

NOVELA

PUERTA DEL SOL

RICARDO BASTID



DIPUTACIÓ DE
VALÈNCIA

Delegació de Memòria Històrica

La novela Puerta del Sol fue publicada originariamente en 1959 por la editorial Losada de Buenos Aires, a la que agradecemos que nos haya facilitado esta reedición.

© Estudio introductorio:
Pablo Allepuz y Óscar Chaves

© Portada:
Herederos Ricardo Bastid

© Imágenes:
Los autores y los propietarios

Editado por:
Diputació de València.
Delegació de Memòria Històrica

Diseño y maquetación:
Ibán Ramón

Coordinadora de la edición:
María Jesús Blasco Sales

Imprime:
Impremta de la
Diputació de València


IMPREMTA
DIPUTACIÓ DE VALÈNCIA

ISBN: 978-84-7795-932-8
Depósito Legal: V-1905-2022

PUERTA DEL SOL

RICARDO BASTID

Estudio introductorio y transcripción
de Pablo Allepuz y Óscar Chaves



Prólogo

Desde su creación la Delegación de Memoria Histórica ha llevado adelante múltiples proyectos en diversos ámbitos, con el objeto de que todos y cada uno de ellos nos permitan reconstruir nuestra Memoria. Poco a poco cada acción y objetivo cumplido nos acerca más a la reconciliación con nuestro pasado, ese pasado enterrado y olvidado que ahora nos esforzamos en recuperar para hacer justicia y honrar a la verdad.

Es un deber político y una obligación moral volver la vista atrás y conocer objetivamente nuestra historia. Es también uno de nuestros derechos en la actual sociedad democrática que estamos forjando y que debemos proteger.

El conocimiento de nuestro pasado es fundamental para alcanzar la auténtica “convivencia democrática”. Este conocimiento se constituye en una herramienta indispensable para salvaguardar el presente, debemos ser conscientes de nuestra propia historia y tratar de evitar que se repitan los errores del pasado.

Como dicta la Ley 14/2017 de memoria democrática y para la convivencia de la Comunidad Valenciana, “es preciso mirar hacia delante pero sabiendo de dónde procedemos, conocer bien nuestro pasado y tener esa lectura colectiva de nuestra historia que permita afrontar los retos del presente”.

Guiados por esta filosofía en la Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia trabajamos con el afán de investigar el pasado, difundirlo y ponerlo a disposición de todos los ciudadanos, implicando a la sociedad en proyectos educativos, expositivos, culturales y artísticos. Queremos recuperar la historia de las mujeres y los hombres valencianos que sufrieron la guerra, la dictadura y que fueron represaliados injustamente. No podemos olvidar a tantos y tantos valencianos que merecen un reconocimiento por sus logros vitales, pero que han sido borrados de la historia por defender la democracia y la libertad.

Uno de estos valencianos que merecen tener su lugar en nuestra historia es Ricardo Bastid Peris, militar, escritor, artista y exiliado que vivió intensamente la guerra como militar y la posguerra como víctima de la represión franquista.

La biografía de Ricardo Bastid es un recorrido por las convicciones, la lucha y las esperanzas de una generación que se vio truncada y perseguida durante décadas. A través de su vida y de su obra podemos llegar a conocer y entender el pensamiento y el sufrimiento de aquellos españoles que formaron parte del espíritu de la República.

Su obra pictórica plasma con autenticidad la tristeza, la desesperación de una sociedad condenada a la oscuridad, utilizando un estilo personal y único a través de composiciones cerradas y una oscura paleta de colores. Sus lienzos logran transmitir su angustia e impotencia y nos ayudan a entender su trágica realidad y la de muchos otros españoles.

Este valor testimonial lo vemos también en su obra escrita, tanto en sus artículos, como en sus cuentos o novelas. En "Puerta del Sol" relata con total transparencia cómo fue el encierro que sufrió en los calabozos de la Puerta del Sol. En la narración de su experiencia sin artificios, nos introduce de lleno en su mente, en los pensamientos que le acompañaban en cada situación. Repasando su vida desde su juventud penetramos sin darnos cuenta en esa misma celda en la que él espera pacientemente, le acompañamos en la vuelta a su pasado para analizar qué hechos le han llevado a vivir huyendo y a estar prisionero de nuevo. Conoceremos sus recuerdos familiares, sus amigos, porqué decidió alistarse voluntario en las milicias... Así pues, con la narración de sus propios pensamientos, al igual que con sus pinturas, podemos llegar a entender un poco más la historia de España antes y después de la Guerra.

Con la reedición de esta novela de Ricardo Bastid, la Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia busca dar un paso más hacia el reconocimiento de la dignidad de las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura franquista. Esta publicación supone una deuda saldada con un uno de tantos intelectuales valencianos silenciados. Por todos ellos trabajamos en la actualidad, para reparar su memoria, sus logros, su vida, la de sus familias y también para asegurar nuestro futuro en democracia, por todo ello seguirá esta Delegación de Memoria Histórica dando pasos hacia la verdad, la justicia y la reparación.

Ramiro Rivera Gracia
Diputado Delegado de Memoria Histórica
de la Diputación de Valencia.

Índice

Texto preliminar	
Milde de Tomás Bastid	P. 8
Estudio introductorio	
Pablo Allepuz y Óscar Chaves	P. 10
Puerta del Sol	
Ricardo Bastid	P. 73

Milde de Tomás Bastid

En mayo de 1958, D. Claudio Sánchez Albornoz les dedicó un ejemplar de su obra *España, un enigma histórico* a mis tíos, Ricardo Bastid y Carmen Tapia. En dicha dedicatoria, D. Claudio transmite su amistad y su deseo de que pronto pisen juntos la tierra que estudia en su libro, pero liberada y renovada. Afortunadamente, tanto el historiador como su hijo Nicolás, Manuel Lamana, Rosa Chacel o Vicente Soto –por citar el nombre de algunos de los muchos exiliados que tuvieron estrecha relación con mi tío– pudieron hacer realidad este sueño. No fue así en el caso de Ricardo Bastid o de D. Luis Jiménez de Asúa, presidente de la República en el exilio –que fue como un segundo padre para él– y de tantos otros para quienes el destino quiso que su fin fuera el destierro, lo que supuso que durante largo tiempo sus nombres, sus hechos o sus obras permaneciesen en el anonimato de la memoria familiar.

Aprovecho la ocasión para agradecer la gran labor de recuperación memorística que se están llevando a cabo todas las fuerzas progresistas de nuestro país. Y, en el caso concreto de Ricardo Bastid, el constante e incondicional apoyo de Amics de la FUE, así como el interés demostrado por la Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia, que ha hecho posible la presente reedición de *Puerta del Sol*. Esta novela relatada en primera persona posee una importante carga autobiográfica y testimonial, expresada a través de los pensamientos y reflexiones del protagonista, un detenido político en los calabozos de la Dirección General de Seguridad de Madrid, en plena dictadura franquista. Atormentado por las dudas, los miedos y los recuerdos, sufre un hondo proceso de transformación que le prepara para un futuro renacer de sus propias cenizas.

Desde que vine al mundo, Ricardo estuvo siempre presente en casa. La fascinación con aquel tío artista que vivía al otro lado del océano –y al que le debo mi nombre familiar– crecía conmigo, y su trágica y repentina muerte, cercana a un próximo reencuentro familiar, marcaron para siempre la niña de apenas seis años que era entonces. El desgarró que se produjo en mi familia hizo que su obra plástica y escrita, la que pudo dar a conocer y la que quedó inédita, permaneciera en silencio durante décadas dentro de nuestro entorno.

Siendo consciente de la importancia de su legado –hoy en día aún sigue sorprendiéndome conforme voy descubriendo algo nuevo sobre su vida o su obra– me propuse desenterrarlo con la convicción de que merecía un justo reconocimiento. Ha sido una labor llevada a cabo con tesón a pesar de las dificultades y que, con frecuencia,

me ha hecho sentir como David frente a Goliat. Este deseo dio sus primeros frutos en el año 1988 con una exposición-homenaje llevada a cabo en el Círculo de Bellas Artes de Valencia y la participación en otras muestras, con el apoyo incondicional de sus antiguos compañeros y amigos de la FUE, de Francisco Agramunt, de María Fernanda Mancebo y de las instituciones de la Generalitat Valenciana. Tras un compás de espera debido a situaciones personales y a la falta de receptividad institucional, volví a emprender mi lucha por dar a conocer a Bastid a partir de 2016, año en que se cumplía el cincuentenario de su muerte y en el que contacté con Nicolás Sánchez Albornoz, que “exprimió su memoria” –como decía con cariño–, me orientó en la búsqueda de información sobre mi tío y fue el nexo de unión con los investigadores Óscar Chaves y Pablo Allepuz –autores del estudio preliminar de la presente edición– con los que vengo colaborando habitualmente. Gracias al importante trabajo historiográfico y memorístico que desde entonces vienen realizando, y gracias también a su participación en diversos congresos y proyectos de investigación, parece que todo va fluyendo y que, poco a poco, el sueño de recuperar el legado de Ricardo Bastid empieza a ser una realidad. La pandemia no frenó la aparición de nuevos proyectos ilusionantes como la publicación de su novela inédita *Los años enterrados* (Renacimiento, 2021) o esta nueva edición de *Puerta del Sol*, llevada a cabo gracias al compromiso y el patrocinio de la Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia.

Finalmente, me gustaría que mis palabras sirvieran además de reconocimiento a todas y a todos aquellos que, precisamente por luchar y defender los valores republicanos, siguen en la penumbra del olvido o sepultados anónimamente en fosas comunes, con el deseo de que sus cuerpos y sus vidas vean la luz y reciban el reconocimiento que se merecen. Han sido demasiados años de amargo silencio. Confiemos en que nunca vuelva a pasar nada parecido. “Pero esto significa que habrá que hacer memoria. (Sí, hay que hacer memoria)”¹.

1 Ricardo Bastid, *Puerta del Sol*, Buenos Aires, Losada, p. 17.

Estudio introductorio
Pablo Allepuz¹ y Óscar Chaves²

En un texto de finales de la década de 1980, publicado a tenor de una exposición-homenaje a un artista muerto en el exilio veinte años atrás, el crítico Vicente Aguilera Cerni afirmó que las generaciones se definen por lo que su tiempo les ha reservado, “entre los albores del inicio de los días y el acabamiento marcado por el último crepúsculo”³. Aquel artista no era otro que Ricardo Bastid Peris (Valencia, 1919 - Buenos Aires, 1966), un polifacético aunque desconocido creador que perteneció a una “generación sacrificada”⁴ y atravesada por la tragedia. Su biografía recorre los hitos históricos más relevantes de la España contemporánea, plena de “concesiones y negaciones” –de nuevo con Aguilera– experimentadas tras la llegada de la Segunda República. Seguir el curso de su vida permite recorrer desde el desarrollo del progresismo educativo al arraigo de la conciencia sociopolítica; desde la radicalización revolucionaria a la represión a consecuencia de la guerra; desde la imposible libertad bajo el franquismo al exilio como posibilidad y como camino de no retorno. Más de tres décadas han pasado desde aquel homenaje y su historia sigue cubierta de una pátina de olvido⁵, lo cual justificaría de por sí volver a recordarla. Pero la íntima relación entre verdad biográfica y verosimilitud literaria que entraña su producción escrita es un motivo mucho más rotundo. Así, cualquier revisión de su obra escrita invita a reformular el relato de su experiencia. Ya ha sido dicho que la suya es una vida de novela, que, añadimos hoy, se reescribe con cada nueva lectura.

La Guerra Civil es un acontecimiento decisivo en la construcción de la poliédrica identidad de Ricardo Bastid. Su literatura sugiere un afán por dar forma a dicha experiencia, a través de la recurrencia dolorosa del recuerdo, al tiempo que muestra una perspectiva crítica, situada. Bastid ofrece un paisaje humano dramático, habitado por víctimas de la violencia contemporánea –asesinados, represaliados, exiliados–, que interpela, conmueve y alumbró con nuevas preguntas. Así como en su obra plástica

los elementos que refieren a la contienda y sus consecuencias son escasos o están convenientemente camuflados en la ambigüedad de la imagen, tal vez debido a las resistencias que plantea la representación visual de la violencia y el sufrimiento⁶, la guerra, ya sea como telón de fondo, ya como escenario principal, tiene una presencia decisiva en su obra literaria.

Puerta del Sol fue concebida tras la salida al exilio y publicada en la colección Novelistas de España y de América de la editorial de la editorial Losada en 1959. Constituye la primera de una serie de elaboraciones en las que Ricardo Bastid se enfrenta por medio de la palabra a la herida bélica. Pero no se trata de una novela sobre la Guerra Civil, al menos no en sentido estricto, aunque estén bien presentes las consecuencias de aquel golpe de Estado fatídico que condenó a miles de españoles a las cunetas de la historia. Se trata en realidad de una narración sobre el insilio, escrita desde el destierro, en la que la memoria juega un papel crucial.

Bastid expone en su literatura una compleja reflexión sobre las dificultades del acto de recordar para una generación rota. En *Puerta del Sol* logra hacerlo con un particular doble enfoque: desde la memoria, porque la novela se ordena en torno al repaso que el personaje protagonista realiza de los acontecimientos vitales desde su infancia, sus años de juventud, el compromiso político, la vida en familia o la creación; pero también acerca de la memoria, pues el ejercicio de recordar parte de las imposiciones de un sistema implacable, lo que le permite abordar los problemas intrínsecos de la remembranza. Un complejo puzzle que hace de esta obra, y casi podría afirmarse que de todo el corpus bastidiano, un esfuerzo literario adelantado a su tiempo en la medida en que trasciende el esfuerzo documental.

La sucesión de identidades de Juan, protagonista-narrador de *Puerta del Sol*, responde a desdoblamientos de la del propio Ricardo Bastid, lo cual dota al relato de

JUVENTUD COMPROMETIDA Y VIDA ENTERRADA POR LA GUERRA

un carácter distintivo dentro de los modos autobiográficos del momento, de los cuales participa. Pero, como ya fuera advertido en la solapa de su primera edición, los acontecimientos narrados en esta novela, aunque “perfectamente verosímiles” en la España franquista, han sido elaborados por el filtro creativo de su autor, convirtiéndolos en metáfora de una época⁷. Al propio Manuel Lamana no le extrañaron las concomitancias entre protagonista y escritor, pues como ocurre en otras obras testimoniales comprometidas con su tiempo, Bastid nos está ofreciendo “la novela de su vida”⁸. Una vida que ha de reinventar –reimaginar, reescribir– en cada nuevo contexto.

Con todo, discurso biográfico e hilo histórico se antojan como guías indispensables para la lectura de esta obra que se reedita seis décadas después de su llegada al mundo, en un momento de creciente preocupación académica y social por la memoria trágica de España. Sin embargo, la distancia temporal y espacial que separa ambos hitos ha determinado que la documentación con que hoy contamos sea sumamente fragmentaria y dispersa; máxime en lo que atañe a los períodos de mayor turbulencia, que son precisamente los que marcan la tensión narrativa de la novela. Para la elaboración de esta nueva revisión de la vida y obra de Ricardo Bastid, un proyecto en continua y necesaria actualización⁹, nos hemos apoyado en las informaciones halladas en la prensa generalista española y en una muestra reducida del periodo exiliario; los documentos elaborados por diversas instituciones, incluidos los tribunales y las instituciones penitenciarias franquistas; los escasos vestigios en la crítica de la época, a ambos lados del océano; los indicios que tanto Ricardo Bastid como sus contemporáneos dejaron repartidos por su obra creativa; y, por fin, el relato y el silencio que perviven en la memoria familiar, que aportan claves propias de interpretación textual así como una dimensión afectiva, íntima, del tiempo histórico transcurrido.

El perfil de la niñez de Ricardo Bastid Peris se recorta sobre el fondo del paisaje urbano de Valencia. Allí nace un 19 de septiembre de 1919 y vive una infancia corriente, relativamente privilegiada, en el seno de una familia de clase media, de convicciones progresistas y con una clara ascendencia republicana¹⁰. Su padre, el contable Ricardo Bastid Larraga¹¹, y su madre, Matilde Peris Porta, modista de cierta categoría además de encargada de las labores del hogar, encomiendan a los Maristas del Sagrado Corazón la educación del primogénito –su hermana María Matilde es nueve años menor que él–. La juventud se nutre de juegos influidos por la lectura de libros de aventuras con épicos protagonistas, como el *Amadís de Gaula* o el ciclo artúrico. Los amores inocentes y las primeras, grandes e íntimas amistades –las que duran para siempre– se cocinan con la irreplicable calma del tiempo infantil.

La mutación a la adolescencia viene acompañada de un doble cambio de escenario. Por un lado, la llegada de la República y su inolvidable proclamación aquella tarde del 14 de abril de 1931 en Valencia ofrece la apertura de nuevos horizontes sociales; por otro, el paso de la educación elemental a la enseñanza secundaria favorece el crecimiento personal. Del colegio privado y religioso pasa al Instituto Lluís Vives, donde formaliza su primera matrícula en el curso 1929-1930. Los resultados obtenidos en todas las materias cursadas –Geografía e Historia Universal, Aritmética, Terminología, Religión y Francés– son muy destacadas¹². Este indiscutible éxito académico inicial sufre algunos altibajos, acusando tal vez las distracciones de la adolescencia y de una circunstancia en creciente inestabilidad. Pero el traslado al Instituto Blasco Ibáñez (1933-1934) supone un repunte curricular general, que puede calificarse de drástico avance –de aprobado a sobresaliente– en el caso de la asignatura de Dibujo, impartida

entonces por Antonio “Tónico” Ballester¹³. Se trata seguramente del momento de alumbramiento de aquella nueva vocación a la que consagró en gran medida su esfuerzo. Pero los caprichos de la memoria quisieron que, llegado el momento de hacer recuento de esos primeros pasos creativos, el Bastid escritor solo recuerde –o solo quiera recordar– una anécdota acontecida junto a Alejandro Gaos, su profesor de literatura¹⁴. Lo autobiográfico admite una cierta flexibilidad y puede acomodarse según el contexto lo requiera.

Las ensoñaciones y anhelos que pueblan la psique juvenil compiten con un conflictivo contexto social que produce un redoble en la conciencia de la juventud republicana, deseosa de imprimir un nuevo rumbo al país. Los lazos de amistad entre los compañeros de aquella informal “generación de Valencia”¹⁵ tienen mucho que ver con la ilusión compartida que va anidando, con sus particularidades y diferencias de tiempo e intensidad, dentro del grupo formado por Bastid, Ricardo Orozco, Vicente Soto y los hermanos Muñoz Suay –Vicente y Ricardo–. Juntos experimentan el furor que emana de dicha realidad candente, y lo que comienza casi como un juego de niños toma pronto el cariz de una arriesgada apuesta que ocasionará un inmenso dolor en el largo plazo, esparciendo huellas dispares en la memoria generacional.

Bastid tal vez pudo haber iniciado su “amargo periplo de politización a la fuerza”¹⁶ a raíz de su integración en la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) –la Juventud o, sencillamente, la “Juve”–, una de las organizaciones que abogan por la acción conjunta ante el fascismo agazapado tras la violencia contrarrevolucionaria de 1934¹⁷. Su vinculación no formal con la Escuela de Bellas Artes de San Carlos le acerca a la acción propiamente estudiantil bajo las siglas de la Federación Universitaria Escolar (FUE) valenciana. Veterana en las reivindicaciones en torno al laicismo y la democratización de las aulas desde tiempos

de Primo de Rivera, esta organización en principio apolítica sufre en 1933 un viraje hacia la izquierda radical y el antifascismo por oposición al Sindicato Español Universitario (SEU)¹⁸. Uniendo sus dos pasiones juveniles, la FUE ofrece a Bastid una aproximación a una formación artística no reglada y una vía para canalizar su preocupación en torno al compromiso de la juventud instruida.

La militancia no ha de ser terreno infértil y el rigor ideológico que impone no está reñido con la expresión artística. Tal cosa pudo intuir el autor de *El traje gris*, un cuento alumbrado hacia 1935-1936 y publicado en el diario *La correspondencia de Valencia*. Este opúsculo de adolescencia, seguramente deudor de un pensamiento políticamente situado, es la única obra narrativa anterior a la guerra de la que se tiene referencia¹⁹, si bien no ha podido ser recuperada. En esa misma época comienza a experimentar con el lenguaje lírico, concibiendo un poemario cuya existencia se conoce diagonalmente a través de una reseña publicada en esa misma cabecera de prensa. Bastid escribe una colección de “poemas tristes, rebeldes, inquietos”, en los que apunta a un alto deseo: “Yo quiero, con ansia divina / Durmiendo los sueños del arte, / Vivir otra vida...”. Un “ansia de renovación” dotada de un cierto fondo de tormento que no pasa desapercibida al atento crítico, quien deposita su “esperanza de evolución lírica y de sensibilidad” sobre los hombros del joven autor²⁰. Al margen de esta amable y seguramente cercana apreciación, el joven escritor parece ahito de cosas que decir, al tiempo que va mostrando un interés creciente por el compromiso entre la forma y el contenido de la obra.

La reciente actitud de algunas figuras del panorama literario español han sido decisivas en la toma de conciencia sobre la responsabilidad del artista. Federico García Lorca estrenaba su *Yerma* en 1934 y el eco de las palabras que pronuncia en diversas conferencias llega a todos los confines de España. Apostar por una educación estética

de las gentes, dice el poeta, es una prerrogativa y una obligación de los Estados en cumplimiento de un mandato de “educación social”. Pero si se descuida tal “misión trascendental”, han de ser los artistas y los escritores quienes asuman la tarea de volcar las esencias del alma popular “en un sueño de sonoras estrofas”²¹. En aquella exitosa gira que ponía su punto final en Valencia, Margarita Xirgu deslumbró junto al escritor por su forma de estar sobre las tablas y también en el mundo. Actitudes como el rechazo a actuar en la Italia del Duce²² o el sufragio económico a las víctimas de la represión tras la revolución de octubre de 1934 hacen de ella un símbolo de la cultura movilizadora²³ que permea en la generación de creadores afines como Bastid.

Para el escritor en ciernes, las nuevas lecturas producen una llamada que se siente como una herida, pero su recuerdo se amontona como los comprometedores volúmenes arrumbados –tal vez ocultos– en los cajones. La voracidad y la rápida circulación de textos entre las amistades genera una selección ecléctica en la que destacan autores como Ramón María del Valle Inclán o Pío Baroja, André Gide, Ernst Glaesser, Erwin Piscator o Romain Rolland. En el gusto de aquel muchacho de intereses pacifistas pero también revolucionarios, la literatura rusa y soviética ocupa un lugar predilecto en el periodo de salto a la madurez, y aunque no faltan textos programáticos –como *Cemento*, de Fiódor Vasílevich Gladkov– ni nombres “oficiales” del realismo socialista –como el del periodista y escritor afín a la causa republicana Iliá Ehrenburg²⁴–, hay dos obras que destacan en este pequeño canon, pues apuntan a la incipiente construcción del imaginario bastidiano. Se trata de *La madre*, de Maksim Gorki, y especialmente *Sascha Yegulev*, de Leonid Andréiev, dos textos que comparten claros vínculos temáticos como la representación brutal de las figuras de autoridad, el hijo al que la política empuja a un destino trágico y la maternidad que sufre sus consecuencias. El relato de Andréiev,

anterior a la revolución bolchevique que tantos quebraderos de cabeza daría a su autor, ofrece el inquietante presagio de una vida truncada por el “animal político”²⁵: la de un joven cuya reacción ante el autoritarismo violento le hace tomar un camino de perdición que pasa por el abandono de la familia, los estudios y, en última instancia, el derramamiento de sangre y la muerte.

La brutalización de la vida pública española tiene como colofón el levantamiento militar contra el Gobierno de la República el 18 de julio de 1936. Una parte de la cúpula del Ejército, acompañada de los sectores más reaccionarios de la sociedad que se oponen al cambio –políticos de derecha extrema y monárquicos, jerarquía eclesiástica, élites económicas radicalizadas–, proclama un golpe de Estado que, en su fracaso, da pie a una guerra sostenida que posibilita el uso sistemático de la violencia frente al enemigo²⁶. Un nuevo ataque contra las aspiraciones democráticas que fue articulado con mayor sutileza y con un afán mucho más destructivo que la larga lista de asonadas, pronunciamientos y levantamientos de toda índole que venía agitando a España desde el siglo anterior²⁷.

Movido por la impaciencia que caracteriza a un muchacho de dieciséis años, Ricardo Bastid recorre cada día el camino que dista desde el domicilio familiar, en la calle de la Nau, a la sede de la FUE, en el número 6 de la calle Concordia, donde los jóvenes organizan su propia defensa ante la agresión golpista. Este muchacho pequeño, nervioso y de ademanes desenfadados, con su pálido y afilado rostro adosado invariablemente a su pipa (fig. 1), asiste puntualmente a las reuniones estudiantiles²⁸. La ciudad bulle con una efervescencia cultural inusitada, especialmente tras la proclamación capitalina (6 de noviembre de 1936)²⁹, pero la guerra impone al joven una primera y fundamental renuncia: la imposibilidad de llevar adelante sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho, solución intermedia entre el designio familiar y el sueño

de una carrera profesional de aspiraciones internacionales.

Los muros de la Ciudad Vieja se vuelven asfixiantes, necesita dar un paso adelante y se alista como miliciano voluntario, contraviniendo el afán de unos padres que sugieren el mayor distanciamiento posible de la contienda. Estos pugnan por su retorno y consiguen provocarlo alegando la minoría de edad, lo cual no hace sino postergar unos meses su firme voluntad de volver a la acción y trocar, simbólicamente, los aperos de la vocación creativa por los instrumentos de la guerra; nuevas claudicaciones impuestas por una coyuntura bélica que va dejando una profunda huella.

Bastid ingresa finalmente en el Primer Batallón "Frente de la Juventud", compuesto íntegramente por miembros de la FUE (fig. 2). Aquella federación que renunciaba expresamente a la guerra como herramienta de resolución de conflictos, aspirando a un Estado pacifista y a una amnistía para el conjunto pueblo español³⁰, fue paradójicamente la puerta de entrada al campo de batalla para cientos de jóvenes. Tras recibir la preceptiva instrucción general en Alicante, marcha al frente madrileño entre diciembre de 1936 y enero de 1937, incorporándose a la 44ª Brigada Mixta. Su afán de conocimiento y la ausencia de una formación militar específica hace que sea designado como miliciano de la cultura de la Tercera Compañía, lo que le permite contribuir a la formación básica de sus camaradas impartiendo clases y conferencias. La prensa cultural, transformada ahora en prensa de trincheras, permite a Bastid mantenerse al cabo de los debates sobre el sentido del arte y de la creación en tiempos bélicos. Cabeceras especializadas como *Nueva Cultura* (fig. 3) u *Hora de España*, junto a otras más generales como *Ahora* o *Mundo Obrero*, hacen circular una crítica beligerante que proyecta su sombra sobre los referentes intelectuales bajo eslóganes que no admiten ambigüedad o indiferencia³¹.

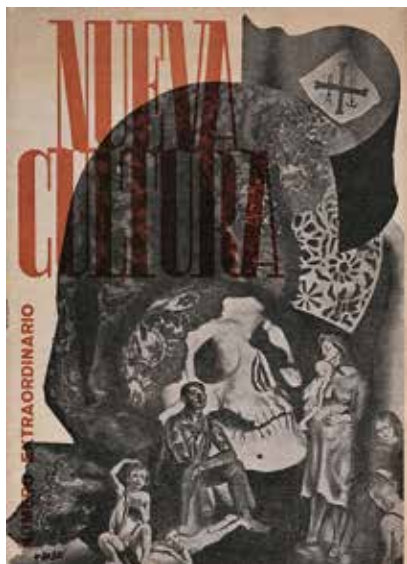


Fig. 1. Autor desconocido, Ricardo Bastid con pipa, c. 1935, Colección Milde Tomás Bastid [en adelante, CMTB], Valencia.



Fig. 2. Autor desconocido, cartel realizado por la FUE de Bellas Artes de Madrid llamando al alistamiento en el Batallón Frente de la Juventud, c. 1936, BNE, GC-CAJA/5/23/61.

Fig. 3. Portada de la revista *Nueva Cultura*, número extraordinario 7-8, octubre-noviembre de 1935; y detalle de un fotomontaje de Josep Renau desplegado entre las páginas 12 y 15 del mismo número.



Las trincheras de la Ciudad Universitaria, la Casa de Campo, el Cerro de los Ángeles (Getafe) y Usera ofrecen la topografía de una simbólica inhumación de su juventud. Incorporado su batallón al II Cuerpo del Ejército, se desplaza primero al Plantío (Majadahonda) y más tarde a Alcantarilla (Murcia). Logra promocionar en la Escuela de Aviación gracias a lo que parece un “examen político”, pero su integración no se hace efectiva debido a un defecto visual. Primero de su promoción, obtiene el grado de Teniente otorgado por la Escuela Popular de Infantería y Caballería, en Paterna (Valencia), lo que le permite ingresar en la Octava División como profesor de táctica –Escuela de Sargentos de El Pardo, Madrid–. Finaliza la guerra en la capital, como enlace entre la 44ª Brigada Mixta y su actual División³². Así pasan dos años en los que con cada “cuerpo a tierra” va enterrando proyectos vitales y dejando atrás algunas identidades rotas.

La afección en la psique del combatiente es tan profunda que esa secuencia de personalidades –miliciano, guerrillero, aviador frustrado, oficial– se experimenta como una sucesión de vidas ajenas. Años confraternizando con el miedo, la monotonía y la frustración ante un deseo constante de victoria que nunca se materializa. Salvo algún feliz permiso que le proporciona unos días de esparcimiento en Madrid –ese *Madrid, capital de la gloria* de Rafael Alberti o de Juan Eduardo Zúñiga³³–, todo son alambradas, trincheras, pulmonías, hospitales de sangre, informes, patrullas y prisioneros. Esta mísera rutina que pese a todo logra sostener acaba por caer como un castillo de naipes en la madrugada del 31 de julio de 1937, cuando se produce un acontecimiento que marca un punto de no retorno. En medio de una batida nocturna, Bastid es testigo del intento de desertión de un soldado de su batallón, quien –al ser descubierto– clava la mirada en su oficial y empuña el fusil contra él, pero termina siendo abatido. Al finalizar la contienda, los familiares de este miliciano caído de-

nunciarán el hecho ante las autoridades franquistas, iniciando así un proceso que quedará enterrado durante dos décadas en la inmensidad burocrática dictatorial.

La guerra avanza hasta que la República se hunde definitivamente tras la ocupación de Cataluña, y con ello las posibilidades de un desenlace incruento se reducen a una promesa de Franco: no habrá represalias para quienes no tengan "las manos manchadas de sangre". El autoproclamado Caudillo asegura al mundo que será magnánimo en la gestión de la victoria y sus palabras calan en una parte de la población, aterrada por la experiencia bélica. No fue así para Ricardo Bastid, que escapa de Madrid enfundado en un uniforme de soldado raso y emprende un viaje de retorno del que se guarda un recuerdo de tintes épicos³⁴.

Valencia mantiene las defensas altas hasta que, finalmente, cae bajo el poder sublevado en los últimos días de marzo de 1939, por lo que cabe suponer que Ricardo Bastid llegase con posterioridad a esa fecha. Lejos de lo expresado en la promesa franquista, la capital del Turia sufrió una exhaustiva depuración que afectó a todos los órdenes de la vida pública. Los medios de comunicación fueron los primeros en sufrir el embate. Casos como el del semanario satírico *La Traca* son paradigmáticos de la intensidad con la que la policía militar se esmeró en sojuzgar la oposición al régimen naciente bajo una fórmula de ocupación que revestía un doble interés, al tratarse Valencia de un bastión del antifranquismo y de una de las tres capitales republicanas³⁵. La elección de su tierra natal como refugio no carece de sentido al haber realizado la práctica totalidad de sus labores de guerra a cientos de kilómetros de allí, en la capital. Por otra parte, era imprescindible eliminar toda huella de actividad política anterior al golpe, lo que le lleva a destruir toda la documentación inculpatória y alejarse hacia el puerto de Alicante, donde si la suerte le era favorable tal vez pudiera subir a uno de los barcos allí atracados a la espera de

partir al exilio³⁶ (fig. 4). Pero el sistema de espionaje y guerra total franquista era, a estas alturas, una maquinaria a pleno rendimiento con total permeabilidad sobre el conjunto de la población: la caída era solo cuestión de tiempo.

El domicilio paterno ofrece a Ricardo un primer lugar donde ocultarse y desde el cual sumergirse en la clandestinidad. Cuando reciben la primera visita de la Brigada Política Social (BPS), se ve obligado a escapar y refugiarse en otras localizaciones. El hostigamiento pretende esclarecer el paradero del excombatiente, que no confía en la palabra dada por el dictador y elude presentarse ante las autoridades tras su apercebimiento, conforme dicta la norma³⁷. La detención de sus padres y las repetidas amenazas sobre su hermana se suceden durante un tiempo prolongado. Pese a ello, logran hacer correr el rumor de que el muchacho ha logrado dar el salto al exilio. Mientras tanto, en la penumbra de los domicilios de familiares y amigos que se juegan el tipo por protegerlo, vive aquella experiencia, doblemente premonitória, de un arresto domiciliario y un exilio de ficción, a la que se suman diversas complicaciones de salud. Tal que un personaje literario³⁸, dedica esos años de vida de "topo"³⁹ a leer copiosamente –volviendo, a la fuerza, sobre lo ya leído–, a reflexionar y a ensayar nuevos modos de expresión desde la escritura –quizá una comedia–, el dibujo, la pintura y la fotografía, usando como modelos a los cómplices de su huida a ninguna parte.

Este encerrarse a piedra y lodo no puede durar para siempre, es necesario volver a encontrarse con el mundo más allá de los intercambios de mensajes en clave con otros compañeros de la clandestinidad. Hasta tal punto se hace urgente la emancipación que Bastid huye de Valencia para comenzar una auténtica vida subrepticia en un escenario cargado de connotaciones. Vuelve a Madrid tal vez con el proyecto de contribuir a la lucha antifranquista que lentamente va articulándose en el submundo

Fig. 4. Ricardo Bastid, *El bombardeo*, s. f., CMTB, Valencia. En el margen inferior, se puede leer con dificultad: "Para otro boceto: ('El bombardeo')". Un grupo boca abajo. Sobre ellos, las sombras de los aviones. (Sin cielo, [ilegible]). En los tres márgenes restantes, anotaciones sobre escala, luz, color y tonalidad.



capitalino. Su primer domicilio se sitúa en casa de unos parientes en el número 111 de la calle de Joaquín García-Morato, héroe de la aviación rebelde que arrebató la titularidad de la céntrica vía a Santa Engracia en 1940. En el proceso de reapropiación simbólica del espacio público tras la victoria, hasta los mártires de la cristiandad eran susceptibles de ser desplazados por la violencia cultural⁴⁰.

La identidad de Ricardo Bastid se encuentra, tras la guerra, en una nueva encrucijada que no está motivada únicamente por la conciencia de su condición de prófugo de la justicia. Sigue siendo joven –está en el ecuador de la veintena–, pero ya no es el estudiante que ha sido toda su vida y que sigue reclamando ser⁴¹. Quizá por ello solicita –fuera de plazo– la convalidación en la Universidad Central de sus asignaturas aprobadas en Bachillerato por estar preparando, tal como él explica, su ingreso en la Escuela Superior de Comercio. Para justificar su petición, alega que “a su edad la pérdida de un año significa un gravoso retraso” para su proyecto vital. En otras palabras, Bastid ya está angustiado por vivir a contrarreloj, y así lo hace saber al funcionariado que ha de decidir sobre su situación. La razón burocrática no se arredra ante sus argumentos y lógicamente su petición es desestimada tres meses después⁴², lo cual le sitúa de nuevo en la casilla de salida.

Aunque persistirá en lo sucesivo en el empeño por retomar los estudios superiores suspendidos por la contienda, bien podría ser esta la coartada de un movimiento más complejo. Relatos de época le sitúan en la génesis de una de las primeras células estudiantiles de la infranqueable universidad de posguerra. El PCE conmina a miembros de la extinta FUE valenciana egresados del Instituto Lluís Vives –entre los que se cuentan Vicente Ramis, Félix y Tulio Marco, Vicente Soto, Ricardo Muñoz Suay y el propio Bastid– a volver a la actividad política. Los acontecimientos internacionales, como la capitulación de Hitler o el pleno del



Fig. 5. Anónimo, Hemeroteca de Madrid, U.F.E.H.: Órgano de la Unión Federal de Estudiantes Hispánicos [manifiesto], 15 de mayo de 1946.

Partido en Toulouse, invitan al optimismo y a contemplar una posible salida para la España aherrojada en la que habitan. Pero esta salida pasa por un retorno a la acción.

Las primeras entrevistas entre los futuros miembros se dan en lugares como un café en las inmediaciones de la Puerta del Sol, peligrosamente cercano a la Dirección General de Seguridad (DGS), o el domicilio del historiador Manuel Tuñón de Lara, quien asume un alto riesgo ya que conoce de primera mano tanto la militancia –en las Juventudes Socialistas Unificadas y la FUE– como los campos de concentración y las cárceles franquistas. Allí se produce la constitución del comité nacional de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH, fig. 5), en la que figuran Luis Escobar, Carlos Robles, y junto a ellos Bastid y Muñoz Suay⁴³, últimos dirigentes de esa macroestructura nacional que engloba las distintas FUE dispersas por la geografía española⁴⁴.

Aquella peligrosa ocurrencia no responde exclusivamente a la impulsividad o la impaciencia, pues Bastid sabe que en el despertar de la conciencia resistente del primer franquismo los estudiantes parecen verdaderamente ir a la zaga de otros sectores sociales donde la movilización está más extendida. Las voces críticas señalan que el coste de la vida en la posguerra es muy alto, lo que encarece también los estudios y hace que el porcentaje de “señoritos” sea mucho mayor que el de los hijos de las clases medias. La propia organización de la universidad y de las escuelas especiales presenta graves deficiencias, los programas no se completan y la depuración ha creado una burbuja de adictos al régimen⁴⁵. Tal orden de cosas empuja a poner en marcha una red que agite la voluntad todavía dormida de esa generación que no luchó en la guerra, que no había padecido la violencia subjetiva y, por tanto, que no se siente directamente interpelada por la represión vigente. Aunque ya no pertenezca a este colectivo de estudiantes, su experiencia invita a liderar la apuesta hasta las últimas consecuencias⁴⁶.

Estas no tardan en manifestarse. En la clandestinidad, el anonimato obliga a cortar los lazos que atan al pasado, borrar las huellas de lo que uno ha sido, pero también a deshacer los vínculos con lo que uno es en el presente. Bastid, que ya había sufrido la sensación de dejar enterrada la juventud en el campo de batalla, vuelve a enfrentarse a un nuevo brete identitario. Para llevar a cabo su misión, debe mudar de piel e inventar un personaje con resonancias pretéritas. “Arturo” será desde entonces su nombre de guerra como secretario de organización. Si en los juegos de infancia había sido “Amadís”, en esta nueva aventura elige de nuevo un rol mítico de origen literario. Así será conocido a partir de entonces entre los otros miembros de la célula que realizan su propia mudanza identitaria: Muñoz Suay, comisario general, sería “Alfonso”; Luis Escobar, secretario militar, pasaría a ser “Jaime”; Carlos Robles, secretario de relaciones, respondería al alias de “Encinar”; etc. La clandestinidad es un espacio de enunciación política⁴⁷, donde juegan un papel tan decisivo el deseo como el miedo y la conciencia del riesgo: protegerse a sí mismo es una manera de mantener también a salvo al resto de integrantes de la célula.

Las directrices impiden comunicar al otro su identidad real o el domicilio que ocupa, lo cual resulta imposible si entre algunos camaradas existen vínculos que se remontan a la infancia. Se desaconseja cualquier contacto íntimo entre compañeros, pero ese poner el cuerpo por la causa acaba por vulnerar el mandato teórico y surgen lazos de proximidad entre los militantes. Bastid, o mejor dicho, “Arturo”, conoce entonces a la que eventualmente se convertirá en su pareja: Carmen Tapia Guevara, alias “Pepi”, vieja conocida de FUE que colabora allá donde fuera necesario como estafeta, tesorera o secretaria⁴⁸; al igual que su hermana Marisa Tapia, exfuista y colaboradora en distintas labores clandestinas que quizá incluyeran el ocultamiento de alguno de los militantes. Esta suma de

hechos cobra una enorme trascendencia habida cuenta de la primera detención sufrida por Carmen durante el "Año de la Victoria" de 1939, por indicios de pertenencia a diversas organizaciones frentepopulistas, con el agravante de la inhabilitación de su padre del servicio de Correos, la cual no acabó en pena de prisión⁴⁹.

PUERTA DE ESPAÑA

Todas estas ilusiones y energías colectivas cuajadas durante aquel paréntesis de dos años se vienen abajo con la caída de la célula. Tras la detención e ingreso en los calabozos de la DGS de Ricardo Muñoz Suay, Ricardo Bastid Peris y José María Cerdá Perales, a las once horas del 11 de septiembre de 1946 el comisario jefe de la BPS de Madrid, Juan Pablo Guinea Sata, decide ampliar unas diligencias previamente elaboradas e incluir en ellas a los nuevos sospechosos. Los agentes de la BPS Francisco Cano de la Herranz y Froilán Martín Rodríguez ejercen como instructor y secretario, guiando el procedimiento -en presencia del comisario- con fórmulas del tipo "el detenido (...) interrogado acerca de (...) manifiesta (...)", "preguntado acerca de cuanto sepa (...)" o "invitado para que diga (...)". Conforme a los usos policiales, los documentos resultantes no reproducen literalmente la voz en primera persona de los detenidos, sino que recurren a la tercera persona gramatical del estilo indirecto para eliminar los rasgos de la situación comunicativa y obtener así un relato en apariencia ordenado, causal y objetivo.

Siguiendo el relato cronológico que ofrece el sumario, el primero del grupo en prestar declaración es Muñoz Suay. Según la transcripción, el joven afirma haber aceptado, tras su llegada a Madrid, la petición de colaboración en la reconstitución de la FUE por parte de tres antiguos miembros -Escobar, Robles y Cañamares-, lo cual "no se atrevió a rechazar por falta de carácter y por temor a probables represalias". En el

expediente figura que Muñoz Suay entrega a la policía la identidad de los integrantes de aquel primer comité nacional: a los anteriormente mencionados se añaden los nombres de Bastid y el de Ángeles Díaz Ribagorda, que ejercía, además de tesorera, de "'estafeta' y 'centralilla telefónica'"⁵⁰. También informa sobre los domicilios -como el de Tuñón de Lara- y lugares públicos donde se producen las reuniones. En la lista de otros miembros que asisten a las mismas sin ostentar cargo en el comité aparece citado el nombre de Carmen Tapia Guevara. El resto de cuestiones se dirigen a esclarecer los contactos de la célula con la FUE de Toulouse, con organizaciones militares como la recién constituida Agrupación de Fuerzas Armadas Republicanas Españolas (AFARE) o estudiantiles como la Alianza Juvenil Democrática, las labores de propaganda realizadas y la línea política a seguir en el curso siguiente.

Acto seguido le llega el turno a Ricardo Bastid. La transcripción de su relato arranca con la siguiente información: "(...) desde que terminó la Guerra de Liberación de España ha permanecido oculto, primero en Valencia y con posterioridad en Madrid, no habiendo hecho presentación ante ninguna clase de Autoridad, ni militar ni civil" debido "exclusivamente a su delicado estado de salud". A diferencia de su compañero, aporta un breve resumen de su actuación durante la guerra. Reconoce haber visto a Muñoz Suay en agosto o septiembre de 1945, a raíz de lo cual entra en contacto con quienes compondrán el mencionado Comité. El relato de ambos coincide en cuanto a los lugares en que estos se reunían, aunque Bastid aporta no solo las identidades reales, sino también las ficticias, de todos ellos. Es preguntado por el cometido y la composición de su secretaría, que abarca la organización en provincias -Córdoba, Valencia, Murcia, Cádiz, Segovia y San Sebastián-, para lo que contaba con la ayuda de dos comerciales de Editora Nacional, y la recaudación de cuotas

Fig. 6. AGHD, Madrid, sumario 137.930, legajo 7625.



y donativos de los afiliados. Afirma conocer la existencia de una FUE de corte libertario en la que milita un tal Suárez Carreño, así como haber tenido contacto con otras organizaciones como la Alianza de Fuerzas Democráticas o la Unión de Intelectuales Libres. Uno de sus miembros, Manuel Tuñón de Lara, auspició las reuniones de su comité nacional, en las que participaron también “algunas muchachas” como Elena Romo, Margarita de Castro –alias “Virginia”– o su novia, Carmen Tapia.

Fueran conscientes o no de ello, para los detenidos el interrogatorio es el núcleo en torno al cual giran las diligencias previas y, por tanto, el conjunto de la instrucción. Cuando por fin declarasen ante la autoridad judicial, lo cual podría ocurrir meses después, las pesquisas se basarían en esta transcripción de las palabras del reo, ratificada por su rúbrica. El método policial permite alterar la voz de sus relatores y, lo que es si cabe más importante, obviar cualquier información sobre el contexto en que se consiguen estos testimonios, por los que los policías recibían un complemento a su exiguu salario. Los malos tratos, el aislamiento y la retención prolongada de los detenidos –sin cargos– se convierten en herramientas habituales de acceso a sus declaraciones, que más adelante en el expediente serán consideradas “confesiones”⁵¹.

El recuerdo de los propios miembros de la FUE de lo ocurrido tras aquella detención grupal y la información volcada en el sumario número 137.930 (fig. 6) ofrecen llamativas divergencias. Ricardo Muñoz Suay afirma que el prendimiento de Bastid se produjo el día cinco de septiembre de 1946, dos días antes que el suyo, lo cual contradice la evidencia documental. Por otra parte, su relato *a posteriori* recoge un hecho crucial obviado en el expediente: un careo entre ambos detenidos, “corto pero intenso”, al que fueron sometidos “en los calabozos de la siniestra policía franquista, en las dependencias subterráneas de la Puerta del Sol”, el mismo día de su de-

la tensión que produce el riesgo al que están sometidos, pues saben que incluso la opinión internacional está al tanto de su situación. Pese a ello, los interrogatorios siguen sucediendo, las torturas continúan, hasta que por fin son enviados a su nuevo destino.

El 22 de septiembre de 1946, esposados y en un tren de pasajeros, Ricardo Bastid y el resto de militantes son conducidos a la Prisión Central de Alcalá de Henares, donde sufren una nueva identificación (fig.7), ingresando como presos ratificados. Pese a la incertidumbre, la mudanza se recibe con cierto alivio. Supone, por una parte, el cese de la violencia sistemática a la que venían siendo sometidos por parte de la policía, y, por otra, la doble ruptura de la incomunicación. Las galerías de la abarrotada prisión complutense permiten reunirse de nuevo con los camaradas a los que llevan días imaginando detenidos en la DGS, lo que ofrece la posibilidad de rehacer la maltrecha red de resistencia. La cárcel permite retomar también el ansiado contacto con sus familias, tras los barrotes y sometidos a un estricto sistema de control por parte de los funcionarios de prisiones. Y, con muchas salvedades, volver a la actividad creativa y cultural.

Aunque, en primera instancia, la nueva morada no resulta muy prometedora. La situación de los centros penitenciarios durante el verano de 1946 es especialmente compleja, incluido aquel viejo convento dominico dotado de funciones penitenciarias desde el siglo XIX. A los condenados por delitos "anteriores", por asuntos de guerra o actividades políticas republicanas –una minoría en el caso de Alcalá– se suma el encarcelamiento masivo de los llamados "posteriores", disidentes de la dictadura que podían tener o no vinculación directa con la contienda. Como consecuencia, en los penales de la capital se produce el mayor desbordamiento desde los primeros años de la posguerra.

Lo que les espera a los nuevos ingresos es un periodo de confinamiento de

dos semanas en una celda de seis metros cuadrados, dotada de un lavabo, un retrete y un ventanuco, que era ocupada por un total de cinco reclusos. Una vez pasado este periodo de profilaxis, pasan a ocupar las atestadas galerías, donde los individuos se cuentan por cientos. Ante estas condiciones de vida, algunos reclusos elaboran informes que desmienten la imagen de la prisión hacendosa y moderna que el régimen quiere transmitir desde órganos de propaganda como *Redención. Semanario para los presos y sus familias*, confeccionado e impreso en los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares –sobrenombre oficial del centro–⁵⁴. La ausencia de presos comunes hace que el mensaje cobre un carácter de mayor homogeneidad. La contrapropaganda se escapa por los porosos muros del presidio franquista⁵⁵, llegando incluso a trascender las fronteras del país, lo que daña la imagen de la dictadura⁵⁶. Los planteamientos colectivos están a la orden del día. El edificio modelo del proyecto penitenciario franquista es un hervidero de disidencia en el que "la masa penal funciona en todos los actos como un solo hombre"⁵⁷.

El régimen cuartelero con el que la Dirección General de Prisiones gobierna los centros⁵⁸ y que impone decisiones arbitrarias como que los *preventivos* luzcan uniforme de *penados* provoca nuevas protestas radicales por parte de la población penal, entre ellas huelgas de hambre y suicidios, ante las cuales la dirección reacciona con dureza. Movido por la acumulación de desengaños y quizá también por la expeditiva respuesta de las autoridades, este conflicto –y en general, la experiencia penitenciaria– tiene en Bastid un efecto tal vez inesperado. Aprovecha para reflexionar, para moderar los sentimientos encendidos del pasado y dejar reposar las ideas. En lugar de aferrarse a la seguridad –relativa– que le ofrecen las siglas del Partido, comienza a interponer distancia con la organización a la que lleva más de una década atado. Afronta un nuevo ciclo vital; allí podría decirse que acaba de

morir "Arturo", el militante, *alter ego* en la penumbra de la clandestinidad.

La incómoda postura adoptada por Bastid respecto al Partido no le empuja, pese a todo, al ostracismo. En la segunda galería entra en contacto con los miembros de otro comité que opera con las siglas de la FUE, compuesto exclusivamente por estudiantes, a los que su grupo de veteranos recibe calurosamente en la primavera de 1947. La relación con otros presos políticos es fluida, cercana. El grupo lo integran Antonio Lozano, Nicolás Sánchez-Albornoz, Manuel Lamana, Pablo Pintado, Fernando Rico, Luis Rubio, Gerardo Renart, Ignacio Faure, Javier Sanz Faure y Eleuterio López-Linares⁵⁹. Entre sus otros contactos hay también perfiles vinculados a las letras y a la política nacionalista, como Koldo Mitxelena y Ramón Piñeiro.

La prisión es una gran máquina creadora de subjetividades, pues condena al aislamiento a algunos individuos mientras que refuerza el sentido de camaradería de otros. Existe un espíritu de solidaridad y una conciencia de destino compartido que empuja a los presos a informarse por la situación que atraviesan sus homólogos en otros lugares de la geografía penal como Carabanchel o Burgos, donde abundan los presos políticos; o como Ventas y Segovia, donde están encerradas sus compañeras. Los lazos que se crean en tales circunstancias son, en ocasiones, férreos, perviviendo incluso más allá del encierro. Algunas de las relaciones que Ricardo Bastid estableció en Alcalá de Henares trascendieron la barrera del tiempo y del espacio. Y es a través del ejercicio artístico que Bastid encuentra una manera de articular la relación con sus iguales.

Bastid decide retomar la creación realizando dibujos, que podrían separarse en dos grupos de obra plástica. El primero lo compone un conjunto de retratos de sus compañeros de galería. Con el afán de "soltar la mano"⁶⁰, pero seguramente también movido por un ímpetu memorístico, de fijación visual de la experiencia colectiva

de la represión, comienza a realizar estos sencillos dibujos en los que intenta representar de manera fidedigna el rostro de sus compañeros. Pobres en su materialidad –casi siempre lápiz sobre papel–, apuntan sin embargo a la alta aspiración de restituir una parte de la dignidad que ha sido arrebatada en el proceso de desposesión absoluta del preso⁶¹. Puro rostro sobre fondo blanco, neutro, semejan la defensa de la identidad propia frente al borrado que pretende imponer la represión, y quizá también de la identidad compartida como integrantes de la resistencia a la dictadura. La mayor parte los regala a sus modelos, tal vez con el fin de que estos, a su vez, los donen a sus familias en recuerdo de su ausencia, motivo por el cual han acabado padeciendo una dispersión casi total⁶².

Como si de una nueva indagación sobre la condición del represaliado se tratase, elabora otro grupo de dibujos –solo dos han pervivido– en los que emplea un lenguaje radicalmente distinto. Dejando a un lado la pretensión de exactitud y la literalidad con la que afronta el rostro de sus compañeros, reinterpreta un par de escenas concisas del día a día que son casi dos breviaros de la monotonía de la vida en la prisión. Carentes de título, han sido nombrados –seguramente por la costumbre familiar– como *En el patio* (fig. 8) y *En la celda* (fig. 9). El primero representa el desentumecimiento de los presos bajo la estricta y armada vigilancia de los guardias, dando vueltas y vueltas en el único espacio que el reglamento reserva para ello. Este ejercicio es aprovechado por algunos para desplegar su "proselitismo peripatético" consistente en hondos abordajes, a la manera socrática –fundamentados en la palabra y el movimiento–, para conducir las actitudes de impugnación de la dictadura. Los jóvenes militantes, sujetos con frecuencia de las disertaciones de los dirigentes más mayores, referían el sombrío rostro con el que acababan el paseo con el sobrenombre de "barba"⁶³. En el segundo representa cuatro figuras –acaso la misma

Fig. 8. Ricardo Bastid, *En el patio* (c. 1946), CMTB, Valencia.



Fig. 9. Ricardo Bastid, *En la celda*, 1947, CMTB, Valencia.



figura repetida cuatro veces-, de rostros indiferenciados como en el caso anterior, encerradas en su cubículo, donde cuelgan las pertenencias que componen un exiguo ajuar. Apoyados sobre sus petates, uno se sume en sus pensamientos o en el sueño, otro mira por el ventanuco enrejado al luminoso exterior, y los otros dos se ocupan de actividades literarias: uno escribe, con la herramienta apoyada en la boca en actitud reflexiva; otro se sumerge en la lectura de un libro.

Los reflejos entre ambos dibujos pasan sin duda por los aspectos formales –línea negra y gruesa para el contorno, superficies rayadas- y temáticos –representaciones arquetípicas de una humanidad doliente- que serán identificados posteriormente como su estilo personal. Pero hay otra conexión en la presencia reiterativa del libro, un objeto cuyo control fue una disputa constante entre la institución y los presos. Mientras aquella sometía su uso y su circulación a un estricto sistema de control, de tal modo que ningún ejemplar escapase a un meticuloso expurgo, estos trataron de mantener el flujo de volúmenes potencialmente inmorales y revolucionarios⁶⁴. En este ejercicio de subversión de los criterios de higiene lectora fueron muy útiles la complicidad de los funcionarios y de las familias, que aprovecharon las comunicaciones y los paquetes de comida para incluir estos valiosos instrumentos de lucha contra el tedio y la deshumanización.

Las dotes culturales de Bastid son una verdadera tabla de salvación en este y en otros sentidos más concretos, pues contribuyen a la reducción de su condena. El 16 de diciembre de 1946, la dirección eleva propuesta de reconocimiento formal de un primer “destino” o empleo intramuros que venía ejerciendo de facto como maestro auxiliar en la escuela de alfabetización instalada en la 3ª galería de la prisión. Esta labor se incardina en la línea propagandística con que la Dirección General de Prisiones manejaba la reeducación de la población

penal⁶⁵. La solicitud es aprobada por una junta disciplinaria compuesta por el director, el subdirector y el maestro oficial el 29 de enero de 1947. La actitud proactiva demostrada por el solicitante ante la conflictividad instalada entre los presos⁶⁶, y tal vez algún tipo de recomendación, pudieron jugar en favor de su candidatura. Las consecuencias de esta negociación desigual con la institución podían tener un largo recorrido: desde la mejora del régimen penitenciario o el aumento de comunicaciones con la familia hasta el alivio de la condena por parte del tribunal militar encargado de juzgar su caso. Paradójicamente, una tarea similar a la que realizó como miliciano de la cultura durante la guerra pudo ayudarle siendo un preso del bando contra el que luchó.

Este nuevo estatus se prolonga hasta el 7 de noviembre de 1947, cuando es entregado a la guardia civil para su traslado al Reformatorio de Adultos de Ocaña, donde le espera el consejo de guerra. En el penal manchego comienza a elaborar una pequeña agenda (fig. 10)⁶⁷ en la que señala fechas e introduce datos de naturaleza diversa. Las primeras páginas las compone un minúsculo calendario en el que va marcando, casi siempre en tinta de color azul, fechas de relevancia, sin espacio para aportar información específica. A continuación introduce una abultada lista de nombres y direcciones. Algunos refieren a compañeros de prisión –Camilo y Cesáreo Saco, Ramón Piñeiro, José Bueno Ortuño, Luis [Koldo] Michelena, Gerardo Renart...-, otros a contactos y amigos del ámbito cultural y artístico –Tomás Cruz Díaz, Félix Granda, Isabel Iborra de Soto-, y algunos a la estrategia de defensa –Jaime Enseñat, abogado; sor María Roca y sor Josefa López, posibles informantes en favor de su causa-. La agenda propiamente dicha recoge los hitos de su último año en prisión, como la fecha prevista para la reunión del consejo de guerra –19 de febrero de 1948-, las reuniones con el abogado defensor Emilio Andrés Méndez Vigo, los juicios y traslados de sus compañeros y

Fig. 10. Ricardo Bastid, Agenda 1948, BVNP, Valencia: ARBP 10.

CALENDARIO PARA 1948			CALENDARIO PARA 1949		
Enero L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Febrero L.M.M.J.V.S.D. * * * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28	Marzo L.M.M.J.V.S.D. 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Enero L.M.M.J.V.S.D. * * * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Febrero L.M.M.J.V.S.D. * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28	Marzo L.M.M.J.V.S.D. * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
Abril L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Mayo L.M.M.J.V.S.D. * * * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Junio L.M.M.J.V.S.D. * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Abril L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Mayo L.M.M.J.V.S.D. * * * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Junio L.M.M.J.V.S.D. * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30
Julio L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Agosto L.M.M.J.V.S.D. * * * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Septiembre L.M.M.J.V.S.D. * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Julio L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Agosto L.M.M.J.V.S.D. * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Septiembre L.M.M.J.V.S.D. * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30
Octubre L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Noviembre L.M.M.J.V.S.D. * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Diciembre L.M.M.J.V.S.D. * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Octubre L.M.M.J.V.S.D. * * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	Noviembre L.M.M.J.V.S.D. * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Diciembre L.M.M.J.V.S.D. * * 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31

DIRECCIONES		DIRECCIONES	
Nombres	Calles y núms.	Nombres	Calles y núms.
- Ant. López Alén	Guerrin de Buena 4 ^c 71	- Manuel Morell	Milla
- Camilo y Casimiro Saco	Roberto Baamonde 8 - Monforte (Lugo)	- Luis Oliag	4 (Concha Milla) Nebot Valencia
- Ramón Pinheiro López	San Roque 48-2 ^a LUGO	- Victoria Melvil	Michelena
- En Madrid: Isabel Algarrá (Prima)		- Elvira	Danzás 6 - Rentería (San Sebastián)
- Martín de la Heras	76. 1 ^a rda. (calle angélica salida Alhambra)	- Julián Martín	6 Gil Ventorrillo 12 - Madrid
- Manuel Fernández F.	Santibañez 6 (Caja) Madrid	- Francisco Cant	Cajal Ferraz 17. 1 ^a rda. Madrid
- Pedro París	MADRID	- ANGEL PASCUAL	DEVEZA Plaza Caldera Sofala 26 ALICANTE
- Pilar París	Monforte 18 - Alca B	- Daniel Fortea	219557
- María Inés Giménez	De Castela 19. 2 ^a	- 2 ^a Cruz	27 - 2 ^a MADRID
- Juan Miranda	Beccaso 256 890 son José's. Cádiz.	- José Luis del Pina	
- José Buena	Ortuno	- Nuez de Bilibob	60 - MADRID
- Guillermo Castro	31 - Valencia		

amigos, sin olvidar las efemérides de su círculo cercano –cumpleaños, santos, aniversarios de boda– y algunos datos cuya irrelevancia es solo aparente: la recepción de paquetes, las visitas al médico del penal o las referencias bibliográficas que hacen de este pequeño objeto una brújula en el mar sin tiempo de la prisión.

Las conclusiones extraídas durante la instrucción por el juez especial de espionaje y comunismo Enrique Eymar, coronel de infantería y caballero mutilado de la “columna jurídica” de Franco⁶⁸, presentan los visos de una fabricación *a priori*, tendente a hacer caer la cúpula de la resistencia estudiantil en el mismo momento en que esta comienza a articularse. El sumario pretende conectar unas diligencias llevadas a cabo en la provincia de Córdoba como parte de la persecución de un grupo de “bandoleros de la sierra” con la actividad estudiantil madrileña. El detenido Félix Bravo Galán figura, al mismo tiempo, como presunto instigador de una red juvenil y distribuidor de propaganda antifranquista en Madrid, Sevilla y Granada. Para llevar a cabo la operación, Bravo habría contactado indirectamente con Luis Escobar, quien desde la capital reorganiza la disidencia universitaria. Como en una afortunada carambola, la detención de un supuesto partícipe del “maquis” en las sierras andaluzas había precipitado la caída de la FUE en la clandestinidad. El escrito de conclusiones aportado por el teniente Méndez Vigo, abogado de la defensa, pretende desarmar tanto el argumento de la conexión con la guerrilla como la filiación comunista de la FUE, defendiendo de paso la “acrisolada conducta privada” que demuestran cada uno de los informes aportados y la ausencia de daño causado al Estado. Así, pide la absolución de todos los procesados y solo en caso de advertirse trascendencia o daño alguno, la pena de seis meses de prisión menor.

El acusado Ricardo Bastid comparece ante el consejo de guerra en la fecha prevista, pero no recibe testimonio de la sentencia emitida por el tribunal militar hasta pasados

más de dos meses, el 29 de abril de 1948, al día siguiente del setenta cumpleaños de su compañero y músico Daniel Fortea, cuya onomástica tiene entrada propia en su agenda⁶⁹. Esa misma semana registra el día y la hora en que se le comunica la salida de su novia, Carmen Tapia, de la cárcel de Ventas. Como recuerdo de ese feliz acontecimiento y aprovechando el reciente cumpleaños de ella, realiza una cajita de madera con forma de libro para que su futura esposa almacene la correspondencia que seguirán enviándose hasta que Ricardo sea por fin liberado⁷⁰. Antes sufre un nuevo traslado a una cárcel de tránsito, la Prisión Escuela de Madrid (Yeserías), y de allí de nuevo a Alcalá de Henares, donde vuelve a redimir condena, esta vez como auxiliar de las oficinas de administración⁷¹. La junta provincial de libertad vigilada de Madrid expide su certificado de liberación condicional el 13 de marzo de 1949, fijando su residencia en un piso del número cinco de la calle Barceló de la capital⁷², propiedad de unos amigos de la familia⁷³.

La nueva autonomía de la que goza en los años que siguen a su excarcelación es solo relativa. Para un represaliado, la condena continúa y se expande en todos los aspectos de su vida. En primer lugar, el Madrid que encuentra dista mucho de ser el que fue en otro tiempo. Los años no han pasado en vano, la memoria de las trincheras cede sitio a una nueva topografía de la derrota que cristaliza en detalles como la presencia autoritaria de la guardia mora en la Plaza de Oriente, frente al Palacio Real. Las gestiones que ha de hacer para solicitar cualquier empleo de subsistencia, con sus formularios que recuerdan a las declaraciones policiales, y la interminable burocracia de un expresidiario –Certificado de Libertad Condicional, Certificado de Penales, Registro de Rebeldes...– hacen difícil abstraerse de la delicada situación en que se encuentra.

Pese al cúmulo de dificultades y a las limitaciones impuestas, intenta procu-

Fig. 11. ¿Ricardo Bastid?, Carmen Tapia en la boda de Agustín del Campo, Madrid, 1953. CMTB, Valencia.



rarse una nueva vida y casi podría decirse que una nueva identidad. En 1950 contrae matrimonio con Carmen Tapia Guevara, lo que supone la confirmación legal de una promesa largo tiempo aplazada. Alimenta viejas amistades literarias (fig. 11), frecuenta tertulias como la del café Lisboa –tan irónicamente próximo a la DGS⁷⁴– y entabla contacto con habitantes del exilio interior de la cultura capitalina⁷⁵ como Antonio Buero Vallejo, Francisco García Pavón, Juan Eduardo Zúñiga o sus viejos camaradas Vicente Soto y Ricardo Orozco –todos ellos “lisboetas”⁷⁶–. Con la década de los cincuenta llega también la apuesta por la profesionalización del oficio pictórico. Los rudimentos técnicos parcialmente adquiridos antes de la guerra no son suficientes, por lo que parte desde abajo, tomando apuntes de obras maestras en el Museo del Prado que luego reformulará con su propio lenguaje y practicando la copia del antiguo en el Casón del Buen Retiro o del natural en las aulas del Círculo de Bellas Artes. Este crecimiento exponencial de su universo estético es presentado en varias citas artísticas (fig. 12)⁷⁷ en las que la crítica destaca tanto aspectos conceptuales –el empleo de “figuras humanas con categoría de símbolos”, presas de una “angustia sin remedio”⁷⁸– como su particular elaboración técnica –el “rayado incisivo” que emplea en sus retratos⁷⁹–.

En medio de este escenario de cambio, la imprevisible maquinaria burocrática de la dictadura emerge en noviembre de 1955, exhumando el acontecimiento luctuoso vivido durante la guerra –el asesinato de un miliciano de su compañía– y reactivando un proceso jurídico latente durante más de quince años. Por ello es detenido de nuevo y encerrado en los calabozos de la Brigada Político Social de la Dirección General de Seguridad de Madrid. Ricardo Bastid vuelve a sufrir el tormento de las horas muertas encerrado en el calabozo, repasando uno por uno y de manera caótica los hechos acontecidos dos décadas atrás; los interrogatorios policiales en los que el precario



Fig. 12. Ricardo Bastid, *Composición*,
c. 1955, Ateneo de Madrid, Madrid.



Fig. 13. Ricardo Bastid,
El mar de Ulises, c. 1952. CMTB, Valencia.

equilibrio entre decir y callar puede marcar la diferencia entre salir en libertad, pudrirse en la cárcel o ser ejecutado como tantos otros; de ahí el miedo que oprime como un puño sobre el pecho o el estómago, con la conciencia perturbadora de estar de nuevo bajo tierra, siendo un enterrado en vida.

En dos ocasiones, el 17 y el 21 de noviembre de 1955, declara ante el juez Eymar, antiguo instructor del caso contra la FUE. Bastid intenta asirse a su nueva identidad como el náufrago a una tabla de salvación. Si en su primera comparecencia se ve obligado a relatar punto por punto los tres fatídicos años de guerra, en la segunda ocasión opta por defender en todo momento su inocencia respecto al crimen que se le imputa y dejar plena constancia de la dimensión pública de su vida y de su labor creativa, como pintor y como conferenciante invitado⁸⁰. La unión al expediente de varias declaraciones favorables⁸¹, así como las posibles gestiones realizadas en la Dirección General de Prisiones por Carmen Tapia, resultan determinantes en la actitud de cierta benevolencia del instructor y del auditor, que acuerda conceder la libertad provisional al detenido, dejando sin efecto la declaración de rebeldía que le había traído de nuevo al engranaje represivo. El 29 de noviembre de 1955, Ricardo Bastid cruza de nuevo la Puerta del Sol tras salir de las oficinas de la DGS.

En la fase final de la instrucción, cuando el fiscal militar pida la pena de muerte para el encausado por delito de rebelión militar⁸² y Eymar, tras las pesquisas realizadas por los servicios policiales, varias requisitorias⁸³ y una infructuosa orden de busca y captura, decida reactivar la declaración de rebeldía el 12 de diciembre de 1956⁸⁴, Ricardo Bastid se encontraría a punto de cruzar el océano Atlántico para realizar un viaje tantas veces imaginado (fig. 13) y del que no retornará jamás.

RECORDAR PARA SOBREVIVIR: LA GESTACIÓN DE PUERTA DEL SOL

No parece descabellado pensar que la idea de abandonar la España de catacumba⁸⁵, al menos como una sombra de duda, surgiera mientras está encerrado en uno de aquellos calabozos, tras el sometimiento de nuevo a la presión policial. Ese salto al abismo era una forma de reiniciar la vida, algo que para Bastid ya era casi una costumbre. Es algo con lo que viene lidiando desde tiempo atrás: desde sus primeros y premonitorios versos de adolescencia –“Quiero renovarme a mí mismo, / Cruzar este mundo de paso / Y huir del abismo...”⁸⁶– a algunos de sus cuadros más recientes, en los que inscribe las figuras abismadas de “seres que no saben hacia dónde huir”⁸⁷. Sea cual fuera ese momento de determinación, en el verano de 1956 Ricardo Bastid se encuentra instalado en Francia, país al que llegó cargado con los aperos de pintor que abandonó para irse a la guerra -un caballete, un lienzo, unos óleos-, un pasaporte falso y un permiso de una hora para plasmar un paisaje. Su esposa Carmen acude enseguida a su encuentro y, una vez asentada en París, la pareja recibe la última visita de la familia de Ricardo. Las ilusiones iniciales no tardan en desvanecerse pues, más allá de la posibilidad algún empleo esporádico y de la participación en una exposición de la *Association des Artistes et Intellectuels Espagnols en France* (AAIEF)⁸⁸, su paso por Francia no ha dejado mayor huella. Tal vez sea debido a su brevedad, pues el día 9 de enero de 1957 se encuentran ya a bordo del transatlántico “Augustus”, camino de tierras argentinas⁸⁹.

La elección de Buenos Aires parece un movimiento sensato. Allí vive Ángel, hermano de Carmen, junto a su esposa Paz y su hijo Enrique, los cuales salen a recibir al matrimonio Bastid-Tapia cuando arriban a la ciudad porteña el 14 de enero de 1957. Y aunque la presencia de un familiar cercano puede ayudar al nuevo arraigo –como efectivamente hizo⁹⁰, hay aún otros motivos

que hacen de este un enclave atractivo. Pese a la cierta reticencia impuesta por su gobierno, Argentina es el segundo país receptor de españoles en Latinoamérica, unos 10.000, tras la Guerra Civil⁹¹. Algunos importantes contactos residen en la capital platense, viejos amigos y excompañeros de militancia como los hermanos Ricardo y José Orozco; o Nicolás Sánchez-Albornoz y Manuel Lamana, fuístas huidos del destacamento penal de Cuelgamuros en 1948. Perteneciente a una cierta "periferia del círculo de expatriados" debido a su tardío exilio⁹², Nicolás contribuye, junto a su padre, a facilitar la llegada gracias al esfuerzo diplomático y a la colaboración en la primera exposición transoceánica de Bastid⁹³, para la cual el pintor requiere del envío de algunas pinturas recientemente expuestas en España.

Para el escritor en ciernes hay aún otro incentivo más, pues Buenos Aires es un importante refugio artístico y editorial desde la diáspora republicana de 1939⁹⁴. Si los proyectos creativos fracasan, siempre puede acabar encontrando su sustento cerca de las artes o de las letras. Pero Ricardo Bastid llega al exilio rebosante de experiencias que necesita comunicar. Si bien su acumulación supone una importante losa emocional, también son un riquísimo terreno sobre el que plantar la semilla de la creación. Bastid tiene mucho que decir, y parece que ha encontrado una nueva manera de canalizar ese torrente de expresión.

La convocatoria del "Premio Editorial Losada, S.A. 1958" le ofrece una oportunidad inmejorable. Según un fragmento de sus bases⁹⁵, se trata de un concurso para novelas con un único premio de 25.000 pesos⁹⁶. La primera de las condiciones para participar marca una diferencia con cualquier certamen español: el autor ha de escribir castellano, "sin exclusión de nacionalidad ni residencia", lo cual da cabida a creadores exiliados. En segundo lugar, se indica que los tres ejemplares, inéditos y originales, mecanografiados a doble espacio, han de

alcanzar las 60.000 palabras, así como la fecha máxima para su presentación: 30 de agosto de 1958. En tercer lugar, estos han de presentarse firmados con pseudónimo y acompañados de un sobre lacrado, con el *nom de plume* inscrito en el exterior y el nombre real dentro. Finalmente se indica que la fecha de comunicación del resultado será dentro del mes de octubre del año corriente y será en ese momento cuando se dé a conocer tanto la fecha de entrega del premio como los escritores que integren el jurado⁹⁷.

Bastid se decide a concurrir, aunque la gestación de lo que sería su primera novela es una incógnita. Hasta el 2 de septiembre de 1958 no hay mención alguna al respecto en la correspondencia familiar, pero bien es cierto que el corpus presenta importantes vacíos y los dos primeros años de exilio son especialmente problemáticos. No obstante, la información que aporta no ofrece dudas sobre su propósito: "voy a intentar a ver si suelo mi novela en la editorial Losada"⁹⁸, escribe, de modo que entonces estaba ya finalizada (fig. 14). Tampoco se conserva ningún borrador, como sí ocurre con el resto de su producción literaria conocida⁹⁹. Poco más se puede ofrecer sobre su elaboración salvo lo que él mismo añade en una entrevista posterior, a modo de paráfrasis-parodia de Azorín: "escribo muy de prisa, pero pulo despacio"¹⁰⁰. En ese proceso de escritura a tiempo parcial, cabe suponer la ayuda inestimable de Carmen Tapia como transcriptor, correctora, incluso encuadernadora del producto final, como también ocurrirá en realizaciones posteriores.

Este reto es otra forma de empezar de nuevo, y no una cualquiera. Supone retomar la actividad literaria, prácticamente abandonada desde la infancia, por lo que más que una invención de cero, es el deseado retorno a un estado casi olvidado. Quizá por ello, Bastid recurre a un nombre que conlleva un salto al pasado, casi a una "edad de oro"; una vuelta a las aventuras y las emociones de la infancia y la juventud, a

Fig. 14. Carta de Ricardo Bastid a sus "hermanos", nº 67, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1958. CMTB, Valencia.

Buenos Aires, 2-IX-58 Núm. 67

Queridos hermanos: Al fin llegó. Hemos esperado exactamente a escribir en esta fecha, cinco días antes del siete, para felicitar a "madame" por su redondo cumpleaños. Ya me imagino que lo celebraréis como es debido, con alguna parranda y tal. Suponed que estamos con vosotros y bebed algo a nuestra salud, que igual haremos aquí.

No os extrañe que asigne a esta carta un número correlativo con las de los papás. Creo que es mejor así, pues de esa manera llevo la cuenta total de las cartas escritas, sea a vosotros o a ellos, y si no acabaría por hacerme un lío. Decidles que acabo de recibir la suya 62, del día 25 pasado, con las firmas y misivas tanto vuestras como de toda la retahíla de los Dorado. Si siguen por ahí dadles también muchos abrazos y aseguradles que llegará un día en que recibirán carta nuestra.

Tengo pocas novedades que contaros, salvo que la solicitud para mi ingreso en la Universidad ha sido en principio aceptada y ahora sólo falta que resuelva el Consejo universitario, para cuyo trámite habrá que dejar pasar aún unos dos meses. Ya os iré contando las incidencias ~~que os voy contando~~ aunque no deja de ser chocante que la razón fundamental (me olvidé de "pegarle" al espaciador)- para aceptarla ha sido que "puesto que un grupo de estudiantes ha sido admitido en circunstancias análogas por ser húngaros, no voy a ser yo menos". Ahí, poco más o menos. No me negaréis que te pelendengues la cosa. Por mi parte, ahí me las dan todas.

Es probable que dentro de un par de semanas o tres, tal vez para el sábado 27, nos vayamos el fin de semana a Rosario, pues me han invitado de allí- con gastos pagados, como es de suponer- a dar una conferencia sobre el tema que me dá la gana. Probablemente hablaré de Unamuno y Ortega; ya os lo contaré.

Rosario es según dicen una ciudad bonita, así que de paso haremos un poco de turismo.

¿Cuándo vais a enviar fotos de vuestras excursiones? Supongo que aprovechando el verano no pararé en torreta. Aquí aunque estamos todavía en invierno estamos estas días con un calor estival, lo que no impide que cuando llegue el verano nos tengamos que abrigar.

No sé si os dije que voy a intentar a ver si cuelo mi novela en la editorial Losada. En todo caso, hasta dentro de un par de meses o tres no sabré nada. En caso negativo, emprenderé una ofensiva en otras editoriales, en tanto preparo un nuevo rollo. Y por otra parte, dentro de poco, voy a empezar a pintar otra vez para preparar la foxi-ma exposición. Por de pronto la semana próxima le voy a empezar un retrato a D. Claudio Sánchez Albornoz, que espero será de lucimiento, pues es una persona de gran "empaque". Le voy a poner al fondo un paisaje con las murallas de Avila, de donde es oriundo, etc. Aparte de todo esto ya tengo preparados algunos libros para disponerme a atacar el examen de ingreso en la Facultad cuando se presente. Como veréis si esto no es moverse que venga Dios y lo vea. Lo peor de todo es que Carmen va estos días aperedada trabajando en dos sitios para ver de conservar uno. Ya veremos en qué para esto, que habrá de solucionarse en el término de una semana.

Bueno, no diréis que no os he rendido amplio informe de nuestra vida! A los papás ya podéis adelantarles que que "se empapan" de esta carta pues a ellos les toca la semana próxima en el número de orden 67?

Así que un abrazo muy fuerte para todos y otro especial para Richette de felicitación.

*a vuestros hermanos se le olgido firmar con
vto de las misas para mi marcha
Vale*

los primeros amores y los primeros riesgos. Deposita los dos originales firmados bajo el pseudónimo de “Amadís”, leyenda de las novelas de caballería. Bastid, epitome de la tragedia española, elige como *alter ego* un personaje ficcional cuyas andanzas hicieron enloquecer al idealista Don Quijote¹⁰¹. El juego metaliterario queda servido al introducir al mítico personaje en su propio texto como una segunda identidad del protagonista de la novela.

Aunque el gesto pueda parecer la impugnación de todo un símbolo del exilio español, toda empresa literaria comporta algo de quijotesco, y la publicación de una novela testimonial de un represaliado español en el exilio no lo es menos. Contra todo pronóstico, el proceso avanza favorablemente. Bastid mantiene una relación de cercanía con los miembros del equipo de la editorial, lo que le da acceso a cierta información privilegiada; asume que quizá no gane el primer premio, pero los miembros del jurado parecen mostrarse favorables a incluir su novela entre las seleccionadas para su publicación –seis u ocho a lo sumo–, lo cual es todo un logro para un escritor novel. En sus palabras hay un atisbo de triunfo anticipado: “lo que parece fuera de duda es que alguien, quien sea, me la publicará”¹⁰². En caso de que el veredicto final terminase por ser desfavorable, ya ha encontrado otro editor, por lo que cuenta con ver madurar pronto los frutos del esfuerzo. La fortuna por fin le sonrío y aprovecha la energía renovada para arrancar, al mismo tiempo, un nuevo proyecto literario¹⁰³.

La presencia de Carmen se hace notar siempre en el proceso. Pese a estar pluriempleada en la Universidad y en el Servicio Meteorológico, saca tiempo para extenderse en sus comunicaciones con la familia; ese mismo tiempo que a Ricardo parece faltarle, “la mar de tranquilo y satisfecho haciendo lo que tantas ganas tenía y nunca pudo, escribir y pintar”. Informa de que el viernes 24 de octubre está prevista la reunión del jurado, lo que dará por termi-

nado el concurso. Muestra su preocupación por la dura competencia debido a la calidad de las novelas. Además, hay otro candidato español entre los preseleccionados, conocido de Ricardo, que ha enviado desde Madrid su manuscrito a través de un amigo común¹⁰⁴. Pese a la enorme distancia física que separa Buenos Aires de la capital española, los habitantes del exilio y del interior no parecen tan alejados después de todo. Los padres se muestran intrigados por conocer la identidad de este habitante del insilio, pero su curiosidad no se ve satisfecha¹⁰⁵.

La votación se produce el 31 de octubre y, de las 240 obras presentadas, el jurado considera que *La iluminada*, de Cecilio Benitez de Castro, es merecedora del galardón principal¹⁰⁶. Este autor de la primera novela publicada sobre la Guerra Civil española¹⁰⁷, combatiente sublevado por convencimiento propio, había sufrido como tantos otros falangistas de primera hora un proceso de desencanto paulatino que se acrecienta con su asentamiento en Argentina, donde abraza la vertiente más radical del peronismo¹⁰⁸. Presumiblemente ajenos a estos antecedentes, el jurado escoge su propuesta por el vigor, los perfilados personajes, la tensión dramática o lo incisivo de sus diálogos. Pese a todo, el “angustiado soliloquio de un preso político bajo el régimen franquista” que “Amadís” –Bastid– presenta con el título de *Puerta del Sol* figura entre las ocho propuestas por el jurado para su publicación¹⁰⁹.

Las mejores previsiones se han cumplido y una nueva carrera literaria parece estar a punto de despegar. Aunque prometedor, este horizonte no parece suficiente como garante del sustento familiar. Por ello, Bastid baraja la posibilidad de acceder a un puesto de trabajo estable en el ámbito editorial. El ofrecimiento viene por parte del doctor José Julio Castro, médico malagueño asentado en Buenos Aires. Castro forma parte del equipo de la Librería-Editorial El Ateneo, fundada en la capital platense por un emigrante riojano en la década de 1910

y enfocada al libro científico sobre ciencias de la salud, higienismo y psiquiatría¹¹⁰. Su posición le permite, primero, realizar encargos gráficos al artista, actividad que se prolongará en el tiempo, e incluso sugerir un posible trabajo estable como colaborador en el departamento literario y artístico. Ricardo siente que la suerte le sonríe, toda vez que una mejora en su caché como dibujante permite al matrimonio ir “tirando”¹¹¹.

La oferta de Castro, por tratarse de una jornada a tiempo parcial, promete el tiempo que la pulsión creativa demanda. Sin embargo, parece no terminar de materializarse, por lo que la prudencia recomienda aceptar otra propuesta: un puesto como corrector de estilo en el Departamento Literario de Losada. Así, a comienzos de noviembre de 1958, Ricardo Bastid pasa de ser un autor seleccionado a integrarse en la nómina de exiliados¹¹² de esta empresa de raigambre española¹¹³ y de amplio espectro editorial. El ajustado salario se compensa con un horario relativamente reducido y flexible, pero las tardes ha de emplearlas en mantener su compromiso con El Ateneo, entregando periódicamente sus dibujos ayudado también en esta tarea por Carmen. Bastid sabe que ha de cuidar este vínculo que en el futuro podría suponer el espaldarazo profesional definitivo¹¹⁴, pero el alto coste de la vida y la fluctuación continua de la moneda obligan a doblar esfuerzos, lanzándose también a colaborar con medios de prensa como *Ficción* o *El correo de la tarde*, donde publica contenidos literarios con la previsión de hacer también comentarios artísticos¹¹⁵. El más modesto púlpito se antoja deseable para un creador necesitado de predicamento.

El proceso de asentamiento es largo y lleno de escollos, por lo que toda ayuda de la comunidad exiliada es poca. Lo fue para procurarse una entrada legal al país, lo es en su ingreso al mundo literario bonaerense y lo seguirá siendo hasta el último momento. La comunidad española en Buenos Aires es un círculo ecléctico, pero Bastid parece

determinado a introducirse en el selecto grupo del que participan algunos de sus principales contactos dentro de la periferia exiliar. Qué mejor modo de lograrlo que ofreciendo una de sus mejores bazas: sus incisivos retratos, que denotan una mirada radiográfica respecto a la psicología de sus modelos. Bastid quiere apuntar alto, por lo que comienza con el eminente historiador Claudio Sánchez-Albornoz, continúa con el jurista Luis Jiménez de Asúa y volverá a esta labor en sucesivas ocasiones, cuando la situación así lo aconseje¹¹⁶. Labrarse un nombre y un amplio perfil creativo no le impide saldar viejas deudas, como la realización por fin de un retrato de su compañero de fatigas Nicolás Sánchez-Albornoz (fig. 15), iniciado e interrumpido en los oscuros tiempos represivos.

Todo este empeño por estabilizarse no le distrae de la tarea de sacar adelante la deseada publicación de su libro. Su familia le demanda información sobre las condiciones en que esta se produce y que van poco a poco concretándose. Los gastos de producción corren enteramente por cuenta del editor, “que es quien en definitiva hace el negocio –bueno o malo, según se vea–”. Sin demasiada seguridad, comenta que los beneficios que le corresponden como autor son del 10% sobre el precio de venta al público, que se van abonando mediante liquidaciones parciales¹¹⁷.

Pero no todo son buenas noticias. La entrega a imprenta tiene lugar aproximadamente a finales de 1958, pero las pruebas no llegan inmediatamente, durante el ralentizado periodo veraniego del hemisferio sur, sino entrado marzo de 1959. Cada uno de los tropiezos que salen al paso avivan la visión crítica que el matrimonio va de a poco adquiriendo hacia el país de acogida, los inconvenientes del carácter de sus gentes o los ritmos diferentes, todo lo cual instiga el deseo de retorno a la tierra perdida. Ricardo aprovecha estas comunicaciones preliminares para preparar de antemano la recepción de un texto tan comprometido –y

comprometedor- como este, cuya lectura ha de hacerse "a puerta cerrada"¹¹⁸.

Con el mes de marzo llegan por fin las galeradas de la novela. La corrección ha de ser concienzuda, por lo que Bastid encarga al también exiliado Ricardo Orozco que le ayude en esta minuciosa tarea¹¹⁹. No le duelen prendas en delegar en otros cuando la tarea lo requiere, lo cual implica también el riesgo de exponerse, presentando un trabajo que ya apenas podrá ser modificado más que en erratas y pequeños detalles. El producto final requiere el mayor de los cuidados y la apariencia del libro es otro aspecto fundamental que merece la reflexión del autor. Quizá por ello Bastid muestra una opinión variable ante la posibilidad de realizar él mismo la cubierta, tal y como le sugiere Gonzalo Losada. Sin duda un aspecto "curioso y simpático", pues no es frecuente que los novelistas acometan esta tarea, con la doble dificultad de que además de sintetizar el contenido de la novela, hay que hacerlo de manera atractiva y coherente con el resto de ejemplares de la colección. Bastid se divierte en el proceso de realización de los bocetos¹²⁰ y sus padres aprueban la idea, esperando que el resultado tenga "gracia y salero"¹²¹. Y aunque los inconvenientes le hacen perder momentáneamente las ganas¹²², termina por asumir la responsabilidad.

Pasados apenas dos meses, las pruebas del texto están completamente corregidas y depositadas para su impresión definitiva. Nuevos inconvenientes surgen cuando el Río de la Plata se desborda y la parte más baja de la ciudad queda anegada. En Avellaneda, una de las zonas afectadas del Gran Buenos Aires, se sitúan las instalaciones que no sufren desperfectos pero sí una paralización del trabajo que conlleva una nueva demora de más de una semana¹²³. La cubierta final se aprueba unos días más tarde, pero el proceso continúa a un ritmo lento; al menos así lo percibe el autor. Antes de sucumbir a los embrollos de la materialización -"nunca sabe uno cuándo van a



Fig. 15. Reproducción fotográfica del Retrato de Nicolás Sánchez-Albornoz en proceso, CMTB, Valencia; y resultado final, 1957, colección particular, Madrid.

hacer las cosas”–, hace por despreocuparse y esperar a que el proceso finalice por sus propios medios¹²⁴.

Con algunos retrasos sobre el calendario previsto, *Puerta del Sol* sale por fin a la venta a finales de mayo de 1959. La tirada inicial es de 2.000 ejemplares, aunque la editorial guarda las matrices en caso de reimpresión, lo cual a Bastid le resulta difícil de creer. Aunque se trata de un momento excelente en lo relativo a las relaciones sociales de la pareja, a su situación profesional¹²⁵ y a la opinión que se va instalando en torno al autor, los contratiempos acumulados han elevado el precio de salida hasta los 120 pesos, lo que le hace temer que “la van a comprar cuatro gatos”. El contexto económico no resulta demasiado proclive, pues Argentina atraviesa la mayor variación interanual de precios del periodo peronista, con una inflación del 120%¹²⁶. Pese a todo, Bastid aspira a que la circulación “de mano en mano” esté garantizada¹²⁷. Sin duda, una historia novedosa y controvertida como la suya puede prestarse a ello.

ABRIR LA PUERTA DE LA MEMORIA

Ricardo Bastid es muy consciente de la importancia de este esperado momento en que la novela ve por fin la luz. Quizá por ello, para ir allanando el terreno, recibe en su despacho a comienzos de marzo de 1959 a un periodista de la Radio Municipal que desea recabar información para un coloquio cuya emisión habrá de coincidir con la publicación de su texto¹²⁸. En aquella segunda cita, que tiene lugar unos meses después en un ambiente de cercanía –pues uno de los contertulios es Marta Mercader, esposa a la sazón de su amigo Nicolás Sánchez-Albornoz–, Bastid se muestra muy comunicativo. Tras la obligada mención al origen de su título, carente de resonancias para el público local, la conversación gira en torno a la universalidad de una obra con unas coordenadas tan concretas. El autor

es claro en sus expectativas: desde el punto de vista de las ideas vertidas en ella, *Puerta del Sol* podría haber sido concebida en cualquier lugar del mundo. La autenticidad de una historia depende del punto de partida y este ha de ser la “propia experiencia”; solo así la expresión artística puede alcanzar el “interés general”. No sorprende por tanto que cite como su primera lectura “a hurtadillas” *El infierno* de Henri Barbusse, un texto con claras concomitancias con los aspectos autobiográficos de su novela; o que, al saltar al tema de su otra vocación, sugiera la necesidad de llevar a cabo un proceso de “rehumanización” de la pintura¹²⁹, que constituye la base de su ética creativa. Huyendo de referencias explícitas que podrían menoscabar su propósito, Bastid está situando la vivencia en el centro de la creación, al tiempo que avanza algunas claves de lo que será su proyecto estético¹³⁰.

Hay aún otro elemento que solidifica la marca biográfica e introduce, al mismo tiempo, una nota genealógica. Bastid escoge un poema completo y un fragmento de un joven autor del interior de España para ocupar el espacio liminal que precede al texto de la novela. En el primero de ellos se alude directamente al espacio en que situará, *in media res*, al lector al comienzo de su narrativa: “Puerta del Sol, / puerta de España. / Puerta del Sol: / qué mal te llaman. / Que ha muerto el sol / y estás cerrada”. El segundo aborda una de las problemáticas fundamentales del relato: “Ay, del amor y el hombre, / del viento y de la vida, / de la luz de mañana / nunca yo dudaría”. De una manera un tanto sesgada, estos versos de Jesús López Pacheco sirven tanto para situar la acción como para preparar la sensibilidad del lector a la carga humana que destila la historia que está a punto de abordar¹³¹. Aposatar por estos fragmentos inéditos¹³² de un joven autor del interior sitúa a Bastid como portador de un conocimiento de primera mano de la escena literaria subterránea de España, con la que parece decidido a seguir vinculándose pese a la distancia interpuesta

por el exilio. Más aún, la elección comporta un mensaje frontal a estas dos Españas a las que su relato, desde el mismísimo arranque, parece estar interpelando. Un gesto que, en futuras reformulaciones, cobrará los matices de una adhesión inquebrantable al antifranquismo literario¹³³.

Pero Bastid es consciente del valor del disimulo desde los tiempos de la posguerra, por lo que intenta eludir las alusiones autobiográficas cuando presenta por primera vez en público el argumento de la novela, partiendo de un conflicto que no obstante expone sin ambages: “el problema central del protagonista consiste en que se cree obligado a revisar su vida pasada para ver claro en la futura”. El dilema que sintetiza en efecto el eje de la obra señala una pulsión interna imposible de atender en España, la necesidad de hacer memoria, una constante de la literatura exiliar con la que comparte inquietudes. Lo que hasta entonces apenas había podido comunicar a través de la pintura, ahora podía por fin expresarlo de un modo mucho más adecuado. Por ese motivo quiere mostrar su agradecimiento hacia la Argentina, que le ha ofrecido la posibilidad de encontrar un lugar de enunciación propio y, en definitiva, de dedicarse por fin a “escribir en serio”, es decir, a empezar a vivir de nuevo¹³⁴.

La novela, así lo explica Bastid, se desarrolla entre los calabozos y los despachos de la Dirección General de Seguridad de Madrid, donde el protagonista, un aspirante a escritor llamado Juan Fernández Vignon, antiguo militante estudiantil y víctima de la represión, se encuentra ahora nuevamente detenido por la imputación –aunque todavía no lo sepa– de un crimen de guerra. Salvo algunas puestas en abismo propiciadas por los ejercicios de memoria a los que se ve empujado, la trama se desarrolla íntegramente en este espacio oclusivo y recurrente. Esa circularidad asfixiante queda expresada ya en la ilustración de la cubierta, donde se conectan los dos registros que articulan el diseño: la tela de araña con fondo gris

que es casi un sol radiante y el ventanuco enrejado que permite ver la bombilla en el centro, permanentemente encendida para mayor disgusto del detenido, pero que es en realidad lo que le separa del mundo exterior, percibido apenas a través de sombras. En ese bucle entre dos planos diferenciados –pasado y presente– es donde Juan sufre la confrontación entre el relato oficial –lo que puede comunicarse–, el recuerdo forzado por las circunstancias –la memoria impuesta¹³⁵– y los recovecos de su propia memoria atormentada.

En la exposición de la “corriente de conciencia”¹³⁶ del protagonista, sometida al cambio y la digresión, Bastid pone el acento en la repetición cíclica de pequeños pasajes que remiten al sufrimiento del protagonista. La metáfora del puño que sube y baja por la garganta evoca la experiencia física del miedo y resuena visualmente en la imagen de la araña que sube y baja del techo de la celda, que cuando parece haber desaparecido cobra nueva presencia y se reproduce. Una espiral que reproduce el giro de las manecillas de un reloj inconcreto –ninguno más a mano que el de la Puerta del Sol–, que marca las horas muertas del encierro y simboliza el paso lento del tiempo. El hilo que el artrópodo teje compone la fina urdimbre que conecta los recuerdos entre sí, siempre susceptible de romperse pero nunca deshecho del todo. Pero también el tenue hilo que ata a “Arturo”, alias de Juan en la lucha clandestina, con sus compañeros de militancia y con la primera línea del compromiso político, que siente haber abandonado ya. Esa red de ataduras que forman todos juntos acaba por convertirse en una maraña, una trampa mortal que el protagonista ha de deshacer para seguir viviendo.

El equilibrio entre forma y fondo que se despliega en la estructura de la cubierta marca una de las claves poéticas de Ricardo Bastid. Ya en 1955, el pope de la crítica artística española José Camón Aznar destacó a propósito de su primera exposi-

ción individual la preocupación del pintor por “el ritmo cerrado de la composición”, que se revelaba en sus obras de “temas sombríos, arte de una posguerra, con una humanidad abrumada”¹³⁷. Con *Puerta del Sol*, Bastid alcanza si cabe una mayor coherencia mediante la elección del monólogo interior¹³⁸, que entronca con las corrientes testimoniales presentes en la literatura del momento y que logra introducir en “las circunstancias históricas y temperamentales” de la dictadura franquista¹³⁹. Y aún hay más, pues nos ofrece un balance entre el “aporte documental de la vida española desde 1934” hasta el presente y la descripción de “un caso –nada extraño, por lo demás– de profunda transformación vital e ideológica”¹⁴⁰. Esa metamorfosis de lento acontecer termina por fraguarse en los escasos días que ocupan el tiempo de la diégesis. Del cruce entre los planos que corresponden al repaso de los acontecimientos que han descrito su vida –segundo plano– y su examen minucioso y crítico desde el presente –primer plano– surge un tercer plano que es la reacción del protagonista¹⁴¹.

Las páginas finales evocan la irrupción de un nuevo sentido marcado por el plano que representa la toma de conciencia tras haber repasado –reelaborado– casi una vida entera. Desde el goce de su soledad, Juan comienza a sentirse por fin uno consigo mismo. La luz de la inquisitiva bombilla que inunda el calabozo arroja matices que le llenan por dentro. La puerta perforada por el ventanuco enrejado y bañada por la luz renovada es una puerta del sol distinta de la que está arriba, en la superficie. Tras este pensamiento se siente por fin sereno y preparado para hacer algo de tal importancia como emprender una nueva vida. Desde su celda, sueña despierto con su siguiente aventura: zarpar en un barco junto a su esposa e hijo hacia un territorio lejano. Este no podría ser otro que América, donde se reencontrará con el abrazo de sus antiguos camaradas y donde hallará también la paz. “América es una hermosa tierra, una hermo-

sa tierra”¹⁴²: estas palabras pronunciadas por la madre sufriente de Sascha Yegulev, que Bastid retoma en su novela, otorgan a Juan un camino de redención allá en el exilio vetado para el joven protagonista de la novela rusa.

LECTURAS A PUERTA CERRADA

A este alumbramiento de optimismo final, Bastid añade una importante coda donde sitúa la epifanía del protagonista; un acto de coherencia con la estructura de la novela y con el propio argumento, pues describe con mayor exactitud la ontología del refugiado. El exilio impone un rumbo paradójico, pues la ilusión de romper con el pasado acaba casi siempre en un esfuerzo inútil. La fijación casi obsesiva con el ayer, o, dicho de otro modo, la conjugación del presente en “pasado continuo”, es una de las constantes de la experiencia del exilio. Ricardo Bastid ya experimentó un primer acercamiento a esa sensación como víctima de la represión, lo que hizo aún más profunda la herida en la memoria. Quizá por ello el primer proyecto literario consistente que acomete fuera de España es la redacción de esta novela en la que intenta recomponer los pedazos rotos de su vida.

Las aspiraciones creativas de Bastid –y quizá también el horizonte todavía lejano de un hipotético retorno– pasan por desvincular simbólicamente su nombre de las acciones narradas, renunciando así a la fórmula del pacto autobiográfico¹⁴³ y sustituyéndolo por una suerte de pacto ambiguo¹⁴⁴: la firma de Amadís en el manuscrito presentado al concurso de Losada desaparece cuando la novela por fin se hace pública, rompiendo con ello la identidad entre autor, narrador y personaje que sí operaba como clave de lectura en la primera versión. Sin embargo, esfuerzos de distanciamiento tales como la ocultación de ciertos perfiles biográficos de su entorno no consiguen hacer olvidar la fuerte carga

personal que recorre la obra; especialmente a los receptores más competentes, por cercanos, para quienes su lectura resultará seguramente dolorosa. Un hecho del cual es perfectamente consciente cuando, con una prudente antelación, decide por fin trasladar a su familia el controvertido argumento de la obra cuya publicación está en ciernes¹⁴⁵.

Bastid quiere que su *opera prima* se mueva en España, si bien toda prudencia es poca ante el riesgo que comporta la distribución de los ejemplares recién salidos de imprenta. La primera remesa transatlántica de la que hay noticia sale de Buenos Aires en junio de 1959 y tiene como destino la ciudad de Valencia. Se trata de dos paquetes, uno dirigido a la calle de la Nave –actualmente la Nau–, donde residen los padres, y otro a la calle de Puerto Rico, domicilio de su hermana y el marido de esta. Consciente de que “la novela tiene sus más y sus menos”, la pone a nombre de Ricardo Bastid Larraga y María Matilde Bastid de Tomás, de tal modo que “si hubiese algún pequeño tropezón o ‘figase’ alguien en Correos” viese que se trata de sendos envíos al padre y la hermana del autor. De lo contrario, podría estar incurriendo en un delito de importación de propaganda ilegal¹⁴⁶ o quién sabe si algo más grave. El remitente es muy preciso en los motivos por los que no hará ningún otro envío de momento a España hasta que la novela deje de estar de actualidad, de manera que si la familia desea leerla, habrán de compartir estos ejemplares como si de un círculo íntimo de lectores se tratase.

Pero hay aún otro asunto que preocupa a Bastid: la reacción de sus familiares, su madre especialmente, tras la lectura, consciente de que puede resultar desagradable debido a la carga dramática que el final “algo optimista”¹⁴⁷ no logra revertir completamente. En su siguiente carta, Ricardo padre confirma el sentido de sus cautelas, pues el anhelo de recibirla es grande y nadie podrá quitarle a “la Sra. Marquesa” el primer puesto en el orden de lectura¹⁴⁸.

Los libros llegan por fin hacia mediados del mes de julio y los turnos de lectura estipulados se respetan rigurosamente. En apenas unos días su madre ya la ha devorado y, en la siguiente carta, el padre adjunta unas líneas escritas de puño y letra por ella al respecto, hecho insólito en todo el corpus. Lo que contuviera esa misiva tan personal en papel aparte seguirá sin saberse, pues forma parte de la zona gris del epistolario. Su padre se disculpa por carecer de tiempo para comenzar enseguida a leerla, pero en cuanto llegan las vacaciones estivales se afana en la tarea. La respuesta es sumamente lacónica: “En cuanto a tu novela la he terminado de leer en el veraneo y desde luego tiene muy buena literatura y me gusta aun cuando hay párrafos muy duros”¹⁴⁹. La “opinión lacrimógena” de Mari que Ricardo menciona en la siguiente misiva a sus “hermanos”, y que refiere a una comunicación anterior que tampoco se ha conservado, confirma el profundo impacto que *Puerta del Sol* parece estar ejerciendo en la orilla valenciana de la familia¹⁵⁰.

Buenos Aires ofrece la posibilidad de hacer circular abiertamente los ejemplares de su obra sin necesidad de encontrar canales subalternos, incluso puede atreverse a incluir unas líneas manuscritas a modo de dedicatoria (fig. 16). Esta impronta demasiado arriesgada en el caso de los envíos a España resulta insoslayable cuando se trata del regalo a un compañero de viaje como Nicolás Sánchez-Albornoz –y su todavía esposa Marta Mercader–, que lo recibe a los pocos días de su publicación. Desde una postura acorde a su condición de novelista primerizo, Bastid desea que los lectores “sean algo indulgentes con los españoles que ya empiezan a ser ‘machuchos’”¹⁵¹. Mediante esta impersonal y ambigua construcción Bastid reconoce con humildad que no es precisamente un muchacho, pero quizá también quiera autorrepresentarse como un escritor de la experiencia. Un gesto aparentemente innecesario en este círculo de receptores instruidos en mayor o menor

Fig. 16. Ejemplares de *Puerta del Sol*, con sendas dedicatorias del autor. Arriba: Universidad Carlos III de Madrid, Donación Nicolás Sánchez-Albornoz, SA 02616. Abajo: Universidad de Alcalá de Henares, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, Depósito, B159



medida en los detalles de su biografía, y por ello doblemente significativo.

El optimismo previo a la publicación, que sugiere que escribir es garantía para “ir tirando” gracias a los derechos de autor¹⁵², modula hacia una postura más pragmática, tal vez influida por la constatación de los peores augurios en lo que a ventas se refiere –“unos a otros se van dejando los ejemplares que se han enviado de propaganda a la prensa y centros culturales”¹⁵³-. Su empleo como Secretario Literario de Losada le permite conceder una nueva entrevista que aprovecha como un “factor de propaganda”. Ricardo Bastid está aprendiendo que la creación, especialmente si se desarrolla desde diferentes disciplinas, desata un incalculable valor personal¹⁵⁴, pero sus beneficios económicos no son directamente proporcionales a esos intangibles. La presentación en sociedad del retrato a Jiménez de Asúa, a quien “la novela le ha entusiasmado”, es otra ocasión para ir labrándose una identidad profesional que parece estar en auge. Su amigo el doctor José Julio Castro ha pasado de El Ateneo a la Compañía General Fabril Editora nada menos que como director, lo que añade una nueva perspectiva de futuro si las condiciones laborales y económicas en su actual puesto no le satisfacen¹⁵⁵. Pese a la evidente escasez de tiempo, el optimismo parece no abandonarlo y opta por seguir “liándose la manta a la cabeza”; es decir, seguir pintando y escribiendo como puede –la nueva novela “avanza a trompicones” aún contando con Carmen como mecanógrafa¹⁵⁶-. Este constante sacrificio no parece destinado a ofrecer un gran provecho material, pero “uno disfruta y hace disfrutar”¹⁵⁷.

El tráfico postal reproduce ese ritmo frenético, los paquetes siguen cruzando el océano Atlántico en dirección a Buenos Aires cargados de prensa patria mientras el matrimonio Bastid-Tapia comparte a su vez los detalles de la vida en ultramar. En carta de 28 de julio, Bastid comenta con sus “chermanets” su disposición anímica

favorable a la creación. Se siente “de verdad en marcha”, pero encuentra que la Argentina es “un pozo” desde el que resulta muy difícil crecer en la profesión creativa. Identifica un cierto provincianismo literario que hace que “cualquier pequeño éxito obtenido en Europa –perdón: o en “el país del Norte”– d[é] aquí patente de nobleza por mediocre que sea y les dej[e] con la boca abierta”. Esta breve exposición de una de sus preocupaciones intelectuales¹⁵⁸ viene seguida de una solicitud “MUY IMPORTANTE”: la dirección valenciana de su amigo de juventud y antiguo camarada Vicente Muñoz Suay¹⁵⁹. Parece haber llegado el momento de que los ejemplares salgan de la seguridad del entorno familiar para moverse de mano en mano entre los rescoldos de la FUE valenciana de preguerra¹⁶⁰. Igualmente, Carmen comenta que la novela también ha llegado a Madrid, en concreto a su hermana Concha, Garrido y la cafetería Sésamo, “adonde la envié Ricardo con el propósito de que Tomás la haga correr entre los amigos, cosa que por lo visto está haciendo a conciencia ya que hemos recibido carta de uno de ellos y dice que está esperando turno para leerla”¹⁶¹.

El 7 de septiembre de 1959, Ricardo envía un nuevo paquete con dirección al domicilio paterno, conteniendo los dos manuscritos de una nueva novela de elocuente título: *Los años enterrados*¹⁶². La intención es presentarla al concurso Eugenio Nadal que promueve la editorial Destino. Para llegar en tiempo a la entrega, tanto Carmen como él han volcado todos sus esfuerzos en “hacer las copias, corregir y terminar incluso un par de capítulos”¹⁶³. Los riesgos asumidos en el envío de su anterior texto y el sobreesfuerzo que acarrea esta nueva entrega parecen confluir en un mismo objetivo: mantener la presencia en distintos estratos de la esfera cultural española. Conseguir este galardón que promociona el realismo social de posguerra¹⁶⁴ –donde se tolera una cierta crítica al régimen– supondría todo un espaldarazo a su carrera,

contribuiría a su legitimación como creador y quién sabe si también a sentar la primera piedra del camino de regreso a la patria perdida. Por más que la familia tome sus precauciones y remita los ejemplares desde Valencia para evitar sospechas, las ilusiones depositadas en el proyecto se ven frustradas por la distribución tanto a Destino en general como a los miembros del jurado en particular del boletín de Losada *Negro Sobre Blanco*, en el que aparece un comprometedor fragmento de *Puerta del Sol* junto al nombre de Bastid. Y aunque esta vez se trata de una propuesta “perfectamente publicable”, no le caben dudas de que ni la editorial ni los expertos apostarán por ella a sabiendas de tratarse de la obra de un autor exilado¹⁶⁵.

El proyecto de desembarco literario en España acusa estos reveses, a pesar de lo cual –o precisamente a causa de lo cual– Ricardo Bastid persiste en su empeño de abrirse camino en la complicada escena cultural del país de acogida, aun en un contexto económico oscuro y con escasas perspectivas. En su despacho de la editorial cuenta con un portfolio cargado de fotografías de su obra pictórica que le sirven para darla a conocer cuando la ocasión así lo permite. Aprovecha sus intervenciones públicas para presentar separadamente ambas vocaciones que le “tironean por igual”, sin dejar de incidir en su intención de no sucumbir a la tentación de incluir elementos plásticos en literatura, ni caer en una pintura literaria¹⁶⁶. Realiza algunas exposiciones y actúa como conferenciante en varias citas dentro y fuera de la capital, pero su encaje resulta insatisfactorio y el deseo de retornar a Europa se mantiene como una constante que va creciendo cada día.

El desempeño profesional en el equipo de Losada tiene mucho de puente cultural entre el sojuzgado panorama interior y la amplitud de la diáspora literaria. Bastid se integra en la editorial en un momento de transformación que ha sido identificado como un periodo de declive, relacionado

con una concepción estética estrechada debido al predominio de la "literatura comprometida" respecto de la "literatura responsable" defendida por el hasta entonces director editorial Guillermo de Torre, que abandona el barco en 1955¹⁶⁷. Bajo la gestión de Ricardo Bastid y de su predecesor en el cargo, Manuel Lamana –de quien se sospecha una cierta influencia tanto en la publicación de *Puerta del Sol* como en la entrada de su autor en la editorial¹⁶⁸–, se produce un giro hacia los autores del interior o del exilio tardío que cabría incluso de calificar de empático.

La nómina de firmas con las que Bastid mantiene un contacto epistolar por motivos profesionales –adornados, en algún caso, de matices personales– no desmiente estas afirmaciones. Interviene directamente en las gestiones encaminadas a la publicación de obras de Rosa Chacel, Augusto Roa Bastos o Esteban Salazar Chapele; también de viejos compañeros de fatigas como Vicente Soto o Antonio Buero Vallejo, con los cuales desliza algunas confesiones y juicios personales¹⁶⁹ cuya lectura contribuye a diluir las fronteras categoriales del universo epistolar del exilio¹⁷⁰. La dedicación de Bastid en la publicación de estos "nombres españoles de muy diversas 'quintas'"¹⁷¹ –Vicente Aleixandre, Carmen Conde, Gabriel Celaya, Blas de Otero, José Hierro, Alfonso Sastre...– no acaba con el envío del texto a imprenta, sino que se complementa con la elaboración de las notas biográficas destinadas a las solapas de sus libros o los contenidos promocionales que han de aparecer en el boletín *Negro Sobre Blanco*, que por entonces corre bajo su dirección¹⁷². Esta intensa labor posibilita establecer vínculos de proximidad para flexibilizar las fronteras profesionales en favor de las necesidades perentorias de promoción personal dentro del amplísimo radio de la disidencia cultural en España¹⁷³, el exilio literario¹⁷⁴ y el hispanismo en el destierro¹⁷⁵.

En una temprana carta fechada el 23 de octubre de 1951, Koldo Mitxelena resume a su amigo y colega profesional Ramón Piñeiro un viaje a Madrid con motivo de la finalización de sus estudios universitarios. La ocasión le ha permitido reunirse, entre otros, con su viejo conocido Ricardo Bastid, y disfrutar de una obra plástica en la que aprecia un exponencial progreso. En apenas tres años de pintar sin descanso, metódicamente, el autor de los "célebres retratos complutenses"¹⁷⁶ ha adquirido un cierto dominio de la técnica, realizando algunas naturalezas muertas muy conseguidas y algunos paisajes a su juicio algo menos trabajados que, en conjunto, dan la medida de una prometedora carrera artística¹⁷⁷. El examen de Mitxelena es pertinente pues revela la importancia que le otorga Bastid a la adecuación del género escogido al asunto que se quiere tratar. Así lo afirmará años más tarde: "tanto en el campo de la pintura como en el de la literatura intento ese equilibrio entre la expresión y el contenido... pero hay tantas cosas que decir... hay que saberlas decir"¹⁷⁸.

En esa fase incipiente de su carrera artística que se desarrolla bajo el estricto marco de pensamiento que impone la dictadura, Bastid aprendió a manejar ciertos códigos que le permiten expresarse sin exponerse completamente. A través de lo que Ortega llamaba el mutismo de la pintura alcanza un lugar de enunciación propio, seguramente imposible de lograr en la literatura –mucho más literal– en aquellas circunstancias¹⁷⁹. Un bodegón (fig. 17) le otorga la coartada perfecta para representar lecturas herméticas o prohibidas, libros cuyas tapas son de un azul muy intenso pero incluyen notas encarnadas en los bordes y el lomo, que esconden una paradoja y otros tantos secretos difíciles de confesar. La ambigüedad salta a la vista, pues tanto pueden referir a los textos imborrables de la adolescencia, a las lecturas clandesti-

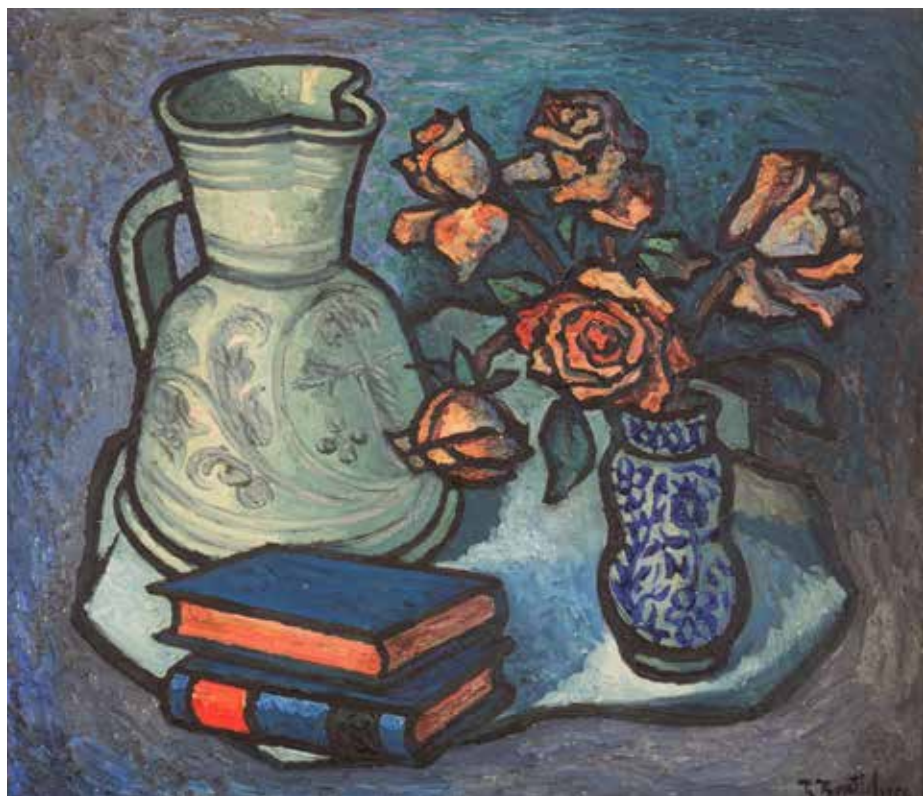


Fig. 17. Ricardo Bastid, *Bodegón con libros*, 1954. CMTB, Valencia.

nas del periodo carcelario o incluso a las historias que se le han ido acumulando a este escritor frustrado por la guerra y por el silencio impuesto, todo lo cual comienza a alumbrar en el destierro.

El 14 de marzo de 1959, Manuel Lamana escribe en calidad de Director Literario de Losada –en breve asumirá una cátedra de Literatura Francesa en Tucumán– unas líneas a Piñeiro en las que informa de dos nuevas novelas en proceso de impresión, una suya¹⁸⁰ y otra del pintor Ricardo Bastid. Las presenta como dos aspectos o dos puntos de vista sobre la guerra civil, necesariamente distintos pues solo uno de los autores combatió en ella. Asegura que se las hará llegar y continúa la misiva hablando de la convivencia de ambos en la editorial, de la añoranza de los amigos, preludio de la nostalgia y del deseo de “aire viejo y purificador” de la patria perdida¹⁸¹. El tono de Lamana se prolonga en una misiva posterior de la que se infiere tanto la recepción en España de ambas novelas como las palabras amables de Piñeiro sobre ellas¹⁸².

La literatura permite un cierto nivel de ambigüedad y el formato epistolar requiere además de la adecuación a unos registros que eviten ensanchar la enorme grieta impuesta por el exilio. Debido a ello, a una mayor complicidad o al cúmulo de experiencias que separan a los sujetos del destierro y del interior, Piñeiro escribe a Mitxelena aquello que jamás podría comunicar directamente a Lamana o a Bastid, por ejemplo un juicio descarnado de la primera novela de su antiguo compañero. Yerra al considerar que la entrada de Bastid en Losada fue lo que propició la publicación *Puerta del Sol*, un texto, a su juicio, difícil de publicar de otro modo. El galleguista estima insuficientes las dotes literarias de Bastid, al que le augura, como ya hiciera su interlocutor, un mayor éxito en su otra vocación. Traspasando los límites de la crítica literaria, por lo demás escueta, se refiere también a la imprecisa postura política del recién estrenado novelista¹⁸³. La pronta res-

puesta de Mitxelena no se detiene apenas en juicios literarios sino que se centra en la reprobación personal: “Puesto que ya has visto el libro de Bastid, no hay necesidad de decir más: lo peor no es que no sea bueno como libro, sino que descalifica a su autor como persona. Y eso que el incidente capital, aludido repetidas veces, pero nunca aclarado, es peor, si mal no recuerdo, de lo que ahí se sugiere”. La vida de Bastid es un ejemplo impecable de la imposible ruptura con el pasado, incluso cuando son otros quienes la narran y la juzgan.

Los comentarios públicos que atesora *Puerta del Sol* inmediatamente tras su publicación en mayo de 1959 no son muy numerosos ni tampoco de gran enjundia¹⁸⁴. Habría que esperar hasta unos meses más tarde para encontrar una pequeña serie de ejemplos hermenéuticos que deben ser comentados. El primero en abordar la fórmula militante que ya estaba en parte presente en las anteriores comunicaciones epistolares es precisamente su amigo Manuel Lamana. Testigo privilegiado de la intrahistoria que acompaña a la novela, aborda quizá con exactitud la problemática que arrastra Juan Fernández Vignón en su viacrucis interior: la dialéctica entre el peso que ejerce la experiencia bélica y el sueño de trascendencia a través de una vida “normal” –boda, casa, hijos–. El estudiante, el miliciano, el militante, el creador y el padre de familia son distintas caras de una identidad fragmentada, sujeta a la renuncia que imponen cada una de las circunstancias que definen la vida. La entreverada toma de partido de Lamana emerge al calificar la polémica evolución moral del protagonista. No se trata de una enmienda a la totalidad de su pasado pues Juan “no ha cambiado tanto”. Los protagonistas asumen las consecuencias de “una vida de lucha” desde la defensa de la República en 1936 –la libertad robada– a la acción clandestina contra el régimen dictatorial –la libertad deseada–, cuya continuidad se define por la persistencia de un mismo enemigo¹⁸⁵.

Su postura favorable respecto a la novela es compartida por otro escritor, Bernardo Verbitsky, que compagina la crítica con los afilados retratos del Buenos Aires suburbial¹⁸⁶. Para aclarar cualquier duda respecto a lo que se dispone a afirmar, abre su exégesis valorando los méritos del texto para su publicación y también desde el punto de vista literario. Verbitsky estima la “naturalidad” con la que Bastid presenta el proceso de la rememoración, a través de la sucesión de “pensamientos y tics mentales” con los que construye “su versión propia del monólogo interior”. Pero no todo son parabienes pues también censura la fatiga que producen en el lector la secuencia de planos y desdoblamientos continuos, el ritmo entrecortado de la narración al detenerse en pormenores como la araña o la bombilla, o “la presencia tipográfica de la línea de puntos que separa los lapsos abarcados”, interpretándolos como obstáculos introducidos por el autor para dificultar la lectura. Pese a estas trabas y pese a que el asunto del detenido que recuerda su vida no supone una novedad argumental, no duda en recomendar su lectura¹⁸⁷. Este balance positivo convierte el recorte de prensa en susceptible de ser enviado a Valencia, donde será leído con detenimiento¹⁸⁸ y conservado cuidadosamente el archivo familiar.

Verbitsky acierta al señalar la superposición de planos pero no en el sentido que cobran en la novela, un error que deviene tal vez del desconocimiento del equipaje teórico del autor. La discontinuidad del relato no parte de una técnica divisionista de regusto pictórico, arrastrada desde un oficio artístico hasta el otro. El crítico se equivoca precisamente en la relación entre principio estructural y argumento, fondo y forma, elementos que Bastid maneja con soltura tras años de reflexión. Del mismo modo que la araña o la bombilla no son simples pormenores recurrentes –la cubierta ya lo anuncia–, resulta imposible entender la evolución interna de Juanito - teniente Fernández - “Arturo” - Juan Fernández Vignon

y el doloroso camino de desvelamiento de la verdad sin la ayuda de estos elementos.

El comentario de Mauro Nonell desde *Nuestras Ideas*, uno de los órganos culturales del PCE en el exilio, comparte la postura militante de Lamana, al tiempo que se aleja de los fundamentos literarios de Verbitsky. Encuentra que la novela no es más que una justificación literaria que emparenta con *La noche quedó atrás* de Jan Valtin. Esta comparación nada fútil se asienta en una censura a la elección de la forma ambigua del cruce entre realidad e invención: “una narración de carácter autobiográfico a lo que se le añade lo de ‘novela’”. Según el crítico, Bastid no habría empleado la ficción con el fin de “encubrir a los patriotas que permanecen bajo el régimen de terror”, sino para maquillar los hechos y justificar así su propia cobardía. Y aún hay más, pues para Nonell *Puerta del Sol* es la plasmación de todas las debilidades del hombre debidas a la disociación de lo físico y lo moral, en virtud de lo fisiológico, que sería su principio creador. La crítica abierta a la personalidad fragmentada del protagonista, antítesis del “hombre íntegro y cabal”¹⁸⁹, que le lleva en última instancia a planear la huida, resulta paradójica tratándose de una cabecera publicada desde Bruselas. Nonell propone, en definitiva, una lectura más partidista que militante, con matices de intolerancia –“(…) es peor aún que el que los diálogos de los pederastas detenidos le parezcan ‘sainetes’ a nuestro Fernández”¹⁹⁰–, y alineada con la defensa radical de los postulados del realismo propugnados por el PCUS¹⁹¹ y las discrepancias entre las voces del antifranquismo exiliar¹⁹².

Desde el ámbito anglosajón se publicaron las últimas dos reseñas de época halladas. Gregory Rabassa sitúa la obra de Bastid en el ámbito de la literatura sobre la Guerra Civil y sus consecuencias posteriores, el encarcelamiento por motivos de disidencia ideológica y la incapacidad de hablar sobre los actos cometidos en la contienda. Para este especialista en lite-

ratura latinoamericana, la indefinición es precisamente uno de los hallazgos decisivos de esta novela, que no es política ni histórica. *Puerta del Sol*, escribe, tiene “el gran valor de no aclarar nada, sino mostrarnos que en efecto los años aquellos siguen siendo tal vez tan confusos e irreales para los que participaron en ellos como para los que los vemos de lejos”. Así se explica la aparente confusión que articula la trama, la espera constante que reproduce el “tono fatídico del tiempo inexorable que es hasta imposible de medir en la cárcel”. La triste ironía que contiene el título de la obra es reflejo de la mentalidad del protagonista, un individuo “aislado de lo normal” cuyas “normas suyas e íntimas forman la única realidad”¹⁹³. Por otra parte, Frederick S. Stimson considera la novela como un recordatorio de que los efectos de destrucción psicológica provocados por la contienda siguen presentes en la España franquista. Situado en un abismo similar al que ocupa el inconsciente jurídico¹⁹⁴, el protagonista atraviesa con dolor la recolección y análisis de los hechos que llevaron a su implicación y eventualmente a su encierro; hechos que el crítico sospecha que discurren en paralelo a los acontecimientos de vida de Bastid, quien vive en Buenos Aires como tantos autores españoles refugiados “mejor conocidos” que él. El crítico asume una postura similar a la de Bervitsky al señalar las dificultades que provoca en la lectura la repetición de determinados rasgos sintácticos que califica de manieristas, pese a los cuales detecta una cierta maestría en el tejido de la compleja trama¹⁹⁵.

Mientras que en el resto del mundo la novela experimenta esta tímida circulación, la situación política en España imposibilita cualquier distribución oficial. Así lo certifica el expediente nº 4166-59 del Ministerio de Información y Turismo (fig. 18), que responde a una instancia presentada el día 25 de septiembre de 1959 para importar 100 ejemplares conforme marcan las normas de censura previa impuestas durante la Guerra

Civil y aún vigentes¹⁹⁶. La infructuosa solicitud fue presentada por Joaquín de Oteyza, enlace esencial en las letras del interior y del exilio literario que supo manejarse con soltura en las zonas grises de la burocracia del régimen¹⁹⁷. El resultado del informe elaborado por el cuerpo censor no dista de lo que el mismo autor de la novela habría esperado. El Lector 15, encargado del examen de la obra, señala como motivo suficiente para la denegación el pasaje en que Juan se confiesa a sí mismo haber matado al soldado Viñas. No obstante, el asunto mismo de la novela –miserablemente resumido en apenas 30 palabras– determina el informe desfavorable. Las “alusiones a métodos brutales seguidos por la policía, etc.” no ayudan a modificar el veredicto sino que recomiendan insistir “en la peligrosidad de esta novela, que debería ser objeto de un control especial”. El requerimiento es finalmente denegado por la Sección de Inspección de Libros de la Dirección General de Información el 20 de octubre de 1959¹⁹⁸ y la admonición despierta un cierto interés en las cloacas del régimen dictatorial¹⁹⁹.

Pese a todo, hubo algún establecimiento que incumplió la proscripción que pendía sobre la novela. En una carta fechada en noviembre de 1963²⁰⁰, los padres de Ricardo informan a la pareja exiliada de una importante novedad. La novela está expuesta para su venta en la librería Rigal, sita en la calle de Félix Pizcueta, en plena zona del Ensanche. El precio de venta al público es de 100 pesetas, considerablemente menor que las 165 marcadas por Oteyza en su solicitud de importación. La feliz noticia fue dada a conocer por Mari y Enrique al padre, quien fue por su propio pie a comprobarlo sobre el terreno antes de transmitir la información al autor.

Los comentarios sobre la recepción pública de la novela no abundan en la correspondencia, lo que invita a pensar en su limitado alcance en América y a una circulación estrictamente clandestina en España, pese a la excepción de Rigal. La imposición

No procede su autorización

Tratándose de una obra de importación, bastaría con lo señalado en las páginas 279, 280, 281, para rechazarla. Pero es -- que el tema mismo de la novela determina este informe desfavorable.

Un detenido político en 1955 en -- la Dirección General de Seguridad, cuanta su historia política. Se trata de un enlace del partido comunista dedicado entre otras cosas a formar barullo en la universidad.

Hay muchas alusiones a métodos brutales seguidos por la policía, etc., como -- ejemplos solo 146, 222.

Insisto en la peligrosidad de esta novela / aver Dretta que debe ir en el file de un control especial

de la censura parece contribuir a una actitud de relativa resignación de Ricardo Bastid a no poder escribir para sus compatriotas, lo que supone la pérdida del público potencialmente más dotado para descifrar las capas de un discurso que iba asumiendo matices decididamente subterráneos²⁰¹. La novela rechazada *Los años enterrados* juega un papel decisivo en el asentamiento de esta postura creativa. A través de las historias entrecruzadas de tres artistas de posguerra, de tres edades distintas –de nuevo cobra presencia la filosofía de Ortega–, Bastid propone una metáfora de amplio recorrido sobre las consecuencias de la violencia contemporánea en la personalidad, en la memoria y en la ética de los personajes. El juego del descenso al inframundo que plantea en *Puerta del Sol* trasciende aquí lo concreto del ámbito policial madrileño para hablar de la vida gris de la posguerra o de la imposibilidad de arraigo en el exilio, así como para agregar poderosas reflexiones sobre la dimensión colectiva de la memoria y las crisis del sujeto creador.

El narrador de esta nueva entrega vuelve a ser un tal Juan, sujeto que comparte generación y algunos matices biográficos con el autor, como la experiencia de la guerra, el exilio y la profesión artística. Sin embargo, el juego de identidades propuesto esta vez no es lineal –distintas personalidades que evolucionan en el tiempo– sino simultáneo –los tres personajes encarnan rasgos de la personalidad bastidiana–. Un proceso de distanciamiento progresivo con los aspectos documentales y las marcas autobiográficas que se potencia en *Mientras sale la luna*, pieza teatral escrita con la intención de ser presentada a algún certamen como el Calderón de la Barca o el Lope de Vega. Aunque comienza la obra apenas tras publicar su primera novela y en medio de la redacción de la segunda, desea aprovechar cualquier oportunidad de (re) introducirse en la escena cultural española. La acción se sitúa en un momento tan crucial como el desenlace de la Segunda

Guerra Mundial en el que Bastid reúne un crisol de personajes arquetípicos que se encuentran detenidos en unas dependencias subterráneas –el sótano de una casa– donde deberán confrontar distintas versiones de una historia para obtener la verdad de lo acontecido. Las concomitancias con sus obras anteriores saltan a la vista: encierro –entierro– y memoria cobran una vez más un papel fundamental en esta trama, que permanece aún inédita.

Sin resultar del todo contradictorias con su obra anterior, las producciones que siguen a sus dos novelas –especialmente este primer y único drama– sugieren exploraciones de un cariz distinto. Los personajes dejan de ser calcos de personas reales y se convierten en estereotipos, los escenarios dejan de ser ubicaciones concretas y se convierten en espacios de significación, los hechos dejan de ser referencias históricas y se convierten en fuentes de metáfora. Su obra va adquiriendo una proyección universal y, por tanto, reduciendo los contenidos particulares –la Guerra Civil española como detonante inequívoco en *Puerta del Sol*, la vocación artística frustrada en *Los años enterrados*– e insistiendo en lo que pudieran tener de extrapolable a un contexto más amplio desde el punto de vista de su recepción.

La génesis del relato *Contramina*²⁰² resulta coherente con este planteamiento, pues es concebido asimismo con el objetivo de presentarse a un concurso, esta ocasión auspiciado por la revista *LIFE en español*. Tal propósito se infiere de una carta de septiembre de 1959 que parece referir inequívocamente a esta obra²⁰³. Según las palabras de Carmen Tapia, el proyecto comporta una interesante dotación económica –en dólares–²⁰⁴, lo cual justificaría de por sí su ejecución debido a la fluctuación de la moneda argentina y a las dificultades económicas que la pareja atraviesa, pero la estrategia parece apuntar a unas aspiraciones artísticas mayores. Bastid parece querer cerrar con esta obra un tríptico narra-



Fig. 19. Ricardo Bastid, Campo de refugiados, 1965. CMTB, Valencia.

Fig. 20. Autor desconocido, Carmen Tapia y Ricardo Bastid en el jardín de su domicilio de Moreno (Buenos Aires), mayo de 1961. CMTB, Valencia.



tivo al que por fin se dotaba de un episodio propiamente bélico, que continuaría con uno sobre la represión –*Puerta del Sol*– y finalizaría con uno sobre el exilio –*Los años enterrados*–. Los tres paneles autoconclusivos e independientes, con protagonistas que comparten un nombre en común –Juan–, configuran juntos un macro-relato plural que recorre un ciclo completo en la vida de este integrante paradigmático de la “generación sufriente”²⁰⁵.

El último esfuerzo literario conservado en su integridad es un poemario titulado *Variaciones de la meditación y el vértigo*²⁰⁶, que constituye otra vía de expresión de su imaginario. En este compendio finalizado en torno a 1965 Bastid resume muchos de los problemas que ya ha tratado previamente: la relación del escritor con el mundo que le circunda, la imponentia de los escenarios bélicos y el desasosegado recuerdo que producen en el excombatiente, el desbordamiento de las ideas políticas y sus consecuencias, el peso de la memoria y la necesidad de olvido y silencio, el desarraigo en tierra extraña y la urgente recuperación de la que se ha perdido, o la insatisfacción existencial y el sueño de vivir una vida distinta²⁰⁷.

Ricardo Bastid vuelve a replantearse la crucial relación entre contenido y forma, la adecuación de lo expresado a su manifestación externa, al plantear esta obra que tiene algo de recapitulación de su imaginario rehumanizador. Un paso adelante que conecta con aquellos poemas de adolescencia –una marca autoral y biográfica decisiva–, al tiempo que determina la importancia del formato lírico como vía de expresión más exacta del proceso germinativo que constituye la experiencia humana, individual y colectiva.

El desplazamiento y las ansias de retorno resumen la recta final de la vida de Ricardo Bastid en Argentina. Su salida de Losada en agosto de 1960 para entrar en la Editora Fabril siguiendo una vieja oferta del doctor Julio Castro sugiere un futuro

prometedor²⁰⁸, que incluye el tiempo libre necesario para seguir escribiendo y pintando. Este tan deseado “empezar de nuevo”²⁰⁹ se completa con la adquisición de un terreno en la periferia bonaerense donde el matrimonio erige por fin un hogar propio (fig. 20), en un entorno rodeado de una pequeña comunidad española²¹⁰. El espacio resulta propicio incluso para comenzar lo que parece un proyecto de integración de sus obras más recientes en la naturaleza. La euforia que embarga al creador en pleno descubrimiento de nuevos lenguajes plásticos convive en todo momento con el deseo de “un pequeño de un viaje a las Europas”²¹¹, que ofrece la promesa de una reunión con sus allegados que nunca acabará de materializarse.

En julio de 1962 comunica a su familia una nueva desdicha, el abandono de Fabril debido a causas nunca del todo esclarecidas, lo que desata el ritornelo de la vuelta al viejo continente a toda costa –“A Francia (ojalá a París), a Italia, a Alemania, qué más da”– y la percepción de que la estabilidad no es más que una ilusión imposible²¹². Las cuitas transmitidas por Carmen y Ricardo convergen con algunas consideraciones de Guillermo de Torre sobre Buenos Aires, quien la concibe como la ciudad del desarraigo, donde nadie alcanza a echar raíces y “todos producen la sensación de acabar de llegar o estar a punto de marcharse (...) alimentando siempre la ilusión del viaje”; lo que hace de ella “una tierra de ‘desterrados natos’” pues “no solo el que llega sino el que nace aquí vive bajo ese signo”²¹³. La réplica desde Valencia al pesimismo de la pareja es un constante mensaje de aliento y una invitación a sacar fuerzas de flaqueza²¹⁴, pero resulta siempre insuficiente para reescribir la novela “*roín*”²¹⁵ que ambos protagonizan.

El retorno definitivo se convertirá a partir de entonces en objetivo prioritario. Y una vez más, el pasado que nunca termina de pasar se convierte en un bache en el camino de vuelta. Previa petición de la pareja expatriada, el consulado español

en Buenos Aires incoa por esas fechas un expediente que requiere el esclarecimiento de la situación de aquel sumario que precipitara su salida de España²¹⁶. Cuentan con alguna ayuda para dinamizar el proceso desde Madrid²¹⁷ y la posible aquiescencia del juez Eymar genera ciertas expectativas, pero el trance obliga a reconstruir de nuevo los acontecimientos cada vez más lejanos. Han de informar a la familia –casi como si fuera la primera vez– del fondo que sustenta el procedimiento “absurdo y confuso” motivado por la denuncia de “la desaparición de un soldado el año 1937” en la compañía donde Bastid ejercía como miliciano de la cultura. Otro tanto ocurre con Carmen, quien dice a sus suegros no tener “la menor idea” de lo que puedan acusarla pero sospecha que le “han cargado el mochuelo” de algo de su hermana M^a Luisa, “que entonces solo tenía 15 años y por esto no podían acusarla de nada”²¹⁸. La opción más sensata es iniciar un nuevo proceso burocrático ajustándose a un formulario empleado por los exiliados que “desean saber qué les pasará si vuelven”²¹⁹ (fig. 21). Con detalle y bajo juramento han de volver a hacer levantar acta de su vida anterior y posterior al golpe de Estado de 1936, que eufemísticamente sigue calificándose como “el Movimiento”, esta vez ante la autoridad consular²²⁰. Nuevos y dolorosos ejercicios de memoria que llegan tras graves vaivenes profesionales y crisis emocionales, éxitos parciales y el entierro definitivo de sueños largamente aplazados²²¹.

Todas las gestiones realizadas por el matrimonio Bastid-Tapia desde el exilio denotan la pervivencia de las dinámicas policiales creadas durante la guerra, así como la dificultad de escapar al control social y al largo brazo de los tribunales militares franquistas, incluso en fechas tan avanzadas²²². La impotencia frente a un poder aparentemente omnímodo como este y la angustia que produce una exposición prolongada a sus efectos pueden estar en la base del sufrimiento psicológico que

MODELO DE DECLARACION JURADA PARA REPATRIACION DEFINITIVA

Ricardo

(Nombre)

Bastid

(Primer apellido)

Peris

(Segundo apellido)

Nacido en Valencia el día 19 de septiembre
de 1919 hijo de Ricardo y de Matilde
Profesión habitual pintor estado casado domicilio antes del 18 de julio de
1936 en (provincia o pueblo) Valencia calle de la Nave número 3
piso 4^o Pertenecía a (partido u organización política o sindical) e indicación del cargo que haya ostentado Federación Unipartidista Escolar (FUE) - Miembro de la Junta Directiva de Bachillerato (1935) -
Presidente de la misma (1935/36) - Secretario de las Bellas Artes de San Carlos en 1936

¿Dónde le sorprendió el Movimiento? en Valencia
Oficina o Dependencia donde trabajaba

Lugar o lugares donde residió durante la guerra de España Valencia, Nave 3, hasta fines de 1936, en que abandoné el domicilio de mis padres para marchar voluntario al frente como miliciano.
Servicios militares, civiles o de cualquier índole que haya prestado durante su estancia en territorio no sometido al Gobierno Nacional, así como, en su caso, empleo militar en el Ejército o Comisariado político, con especificación de Unidad o Unidades a que perteneciera y cargos políticos ejercidos. Si perteneció a la masonería y, en su caso, grado que ha alcanzado. Si está comprendido en los apartados que se citan al dorso y, en su caso, en cuál o cuáles sean Miliciano del 1^o Batallón "Frente de la Juventud" (grupo estudiantil de la FUE) que se incorporó en Madrid (enero 1937) a la 44 Brigada Mixta, en el frente del Pardo. Allí fue designado "Miliciano Cultural" de compañía. Subicte al ingreso en la Academia Militar de Paterna al cumplir los 18 años y me incorporé a ella a comienzos de 1938, sabiendo previamente que iba destinado a la Infantería hacia julio de 1938. Por haber alcanzado el número 1 de mi promoción, fui designado profesor de táctica y tiro de la 61^a Compañía de Sargentos y de allí pasé al Estado Mayor de un antiguo Batallón, como oficial de Operaciones, cargo en el que concluí la guerra.

(al dorso - B)

Salió de España en dieciséis de julio de 1936, con motivo de evitar al ser encarcelado nuevamente por la causa de guerra por la que fui detenido en septiembre, 1935 y puesto en libertad provisional el 7-12 del mismo año.
Ha residido en Valencia (Nave 3), Madrid (Cdad. Mela 276) hasta 1956 / París (1956/57) y Buenos Aires
Piensa residir en España en Madrid
Personas de la familia que le acompañan en España = Carmen Encelia Tapia quevansa

Designación, a ser posible, de dos o más personas solventes, residentes en España, que le conozcan Dr. Mariano Zumeil (Rosa Jordán 1, Chamartín, Madrid) - Dr. Jesús Maset, del Colegio de Médicos de Valencia - Sr. José Vidal, industrial, de Valencia. (Mi padre, Nave 3, Valencia, puede facilitar sus nombres y datos,

Otras manifestaciones:
 Durante mi libertad provisional me oíste presentarme quincenalmente en el Juzgado Militar con la comisión de que por causa había de ser salvado. Pero cuando, en la presentación del 1-7-56, se me participó que tenía que designar defensor, comprendí que punto había de constituirme en prisión y que en ella transcurrirían mis días hasta el Consejo de Guerra, pre-

Buenos Aires, a 29 de abril de 1963

Fotografía del solicitante y huellas dactilares.

Firma del interesado.

[Handwritten signature: Bastid]

ci'samente cuando estaba logrando imprimir mi primera exposición (exposición Nacional de 1954, individual Ateneo de Madrid 1955, Biennial Hispanoamericana de Barcelona 1955, etc). Opto, pues, por exiliarme con mi voluntad.

[Handwritten signature: Bastid]

OBSERVACIONES

ESTAN EXENTOS DE RESPONSABILIDAD

1º — Los meros combatientes en las filas rojas, así como los que ejercieron mando a los que no alcance otra responsabilidad. *Bastid*

2º — Los que no sean autores materiales, ni por inducción ni cómplices, de asesinatos, ni hayan formado voluntariamente en pelotones de ejecución. *B*

LOS QUE HAYAN COMETIDO DELITOS NO INCLUIDOS EN ESTE SEGUNDO PARRAFO PODRAN LEGALIZAR SU SITUACION PERMANECIENDO MIENTRAS TANTO EN LIBERTAD

En España, los condenados a penas inferiores a veinte años se hallan en libertad. En cuanto a los sentenciados a penas de veinte años y un día a treinta años, los propios tribunales están facultados para libertarlos si sus condiciones, estado de salud, conducta, etc., los hacen acreedores a este beneficio.

ESTAS DISPOSICIONES ESTAN VIGENTES PARA LOS EXILADOS

Si algún exilado entrase en España con autorización previa del Gobierno considerándose exento de responsabilidad o con responsabilidad limitada y después resultase por error con graves responsabilidades, SE LE PERMITIRA REINTEGRARSE AL PUNTO DE ORIGEN EN EL EXTRANJERO SI ASI LO DESEA

NO ESTAN EXENTOS DE RESPONSABILIDAD, aunque pueden acogerse a los beneficios concedidos a los que se hallan en igual caso en España:

1º — Los que formaron parte de "checas" o tribunales ilegales en que se perpetraron martirios o crueldades o se actuó contra los principios del Derecho Natural o de las disposiciones vigentes antes del 18 de julio de 1936.

2º — Los que hubiesen concertado con el extranjero la venta o cesión de territorio nacional.

3º — Los que sean autores de expoliación o extracción de tesoros u obras de arte propiedad de la nación española, a no ser que la restituyan en medida suficiente para borrar su responsabilidad.

NO DEBEN REGRESAR A ESPAÑA LOS QUE TOMARON PARTE EN ASESINATOS EN LA FORMA ANTECHICA Y SI VUELVEN DEBERAN SABER QUE SE LES EXIGIRA LA RESPONSABILIDAD A QUE HUBIERE LUGAR.

atenazó, con altibajos, tanto a Carmen como a Ricardo, obligados a revivir una y otra vez los recuerdos más trágicos de su vida, convocando con ello todos los fantasmas del pasado²²³.

La historia de la pareja termina con la muerte de Bastid en la tarde del 23 de mayo de 1966, tras ser derribado por un autobús de línea en pleno centro de la capital platense. La perplejidad y el dolor que despertó en su entorno un final tan abrupto, y, esencialmente, la disparidad de criterios de los pocos testimonios cercanos que han sobrevivido²²⁴ y el vacío en la correspondencia familiar, hacen del hecho un auténtico rompecabezas cuya resolución se antoja prácticamente imposible. Intencionada o no, es imposible desligar su muerte de la supurante herida, abierta una y otra vez por los asuntos de aquella guerra sin fin²²⁵ que comenzó treinta años atrás y que se ensanchó con la experiencia de otras guerras posteriores. Quién sabe qué habría sido de Ricardo Bastid si no hubiera cruzado esa puerta sin retorno, “si no hubiera sido por la guerra...”²²⁶.

LA BALADA DE LA PUERTA DEL SOL: NUESTRA REEDICIÓN

Desde el espacio celular de los condenados a muerte en la prisión de Alcalá de Henares, un tal Manuel Amblard afirmaba en 1945 que “los calabozos de la Puerta del Sol están esperando el Wilde que escriba su balada”. “Entre otros deseos no logrados”, continuaba, “me llevaré a la tumba este de ser Virgilio de su infierno, o, simplemente, el reportero dantesco que lo describa con amplitud, pues haría falta todo un libro”²²⁷. Manuel de la Escalera, escondido bajo este pseudónimo con reminiscencias de hidalguía, no se equivocaba. Habría de llegar el año 1959 para que, a diez mil kilómetros del epicentro de la capital española, Ricardo Bastid lograra volcar sus vivencias en aquel libro soñado, en un doble ajuste de cuentas con la España

que miraba hacia otro lado y con su propia identidad como escritor frustrado.

En el momento de elaboración de este diario entreverado de recuerdos titulado *Muerte después de Reyes* faltaban aún diez años para que los acontecimientos descritos en la novela de Ricardo tuviesen lugar. No obstante, su primera edición data de 1966 y ya contiene una revisión del texto original, sacado a hurtadillas de la cárcel dos décadas atrás, como recordó un amigo del autor²²⁸. Entre esos añadidos sorprende no encontrar referencias a una novela de asunto tan próximo, editada en Latinoamérica, por un autor igualmente español y exiliado, lo que hace suponer la limitada circulación de *Puerta del Sol* incluso entre el público potencial más competente. Las posteriores reediciones de la obra de Manuel de la Escalera, alguna muy reciente, han seguido abundando en este olvido²²⁹; una tónica general apenas cuestionada por breves referencias en estudios generales sobre la literatura del exilio. Recogiendo la urgencia específica que transmiten las palabras de Manuel de la Escalera y la desmemoria generalizada en torno a la obra bastidiana, la conveniencia de esta reedición que hoy presentamos parece caer por su propio peso.

El proyecto dio comienzo con el considerable obstáculo de la ausencia del manuscrito original de la novela; un vacío que impedía, en primer lugar, calibrar en qué medida el producto final publicado por Losada se adecuaba al concepto ideado por Ricardo Bastid. Del mismo modo, resultaba imposible medir el grado de responsabilidad y eficiencia de Carmen Tapia en la transcripción, las correcciones o la encuadernación de la obra matriz, seguramente no menores en virtud de lo que hoy sabemos del proceso de elaboración de su siguiente novela. Las carencias del epistolario familiar durante el periodo en que cabe situar la redacción de la obra –entre enero de 1957 y septiembre de 1958– dificulta la tarea, pero la rotunda dedicatoria con que arranca *Puerta del Sol*

–“A mi mujer”– permite imaginar un trabajo a cuatro manos de índole similar al que hemos podido cifrar en la reciente edición de *Los años enterrados*²³⁰.

Las limitaciones iniciales obligaban a considerar la obra editada en 1959 casi como un manuscrito a partir del cual introducir las modificaciones pertinentes. No obstante, el trabajo de corrección de galeradas que contó con la asistencia de Ricardo Orozco²³¹ fue en su mayoría certero, por lo que las rectificaciones se han reducido a ligeros cambios ortográficos que adecúan el texto a las normas actuales y las correcciones, menores aunque obligadas, de las escasas erratas encontradas.

La única discrepancia considerable respecto a la edición de Losada pretende corregir un malentendido entre el autor y la imprenta que confeccionó el libro. Ricardo Bastid aprovecha el envío a su familia de la mencionada crítica de Bernardo Verbitsky y sus “objeciones por la técnica empleada” para dar las explicaciones pertinentes sobre esta discrepancia. “Lo más curioso”, escribe, “es que lo de los puntos suspensivos no es cosa mía, pues yo me limité a poner tres solos puntos de separación al comienzo de las líneas y en la imprenta me pusieron las líneas completas, que efectivamente estorban para leer, cosa a la que no di mayor importancia al ver las pruebas y me pareció mal exigir que corrigiesen todo el libro”²³². Aquello que sin duda fue considerado como un error por parte de la crítica nace de la prudencia del escritor novel, y seguramente también del exceso de celo como profesional recién llegado al equipo de la editorial. Siguiendo con la misma tónica general, se han modificado algunos signos de puntuación, respetando en todo caso la estrategia narrativa de recreación del pensamiento a tropicicones del protagonista-narrador.

En una entrevista concedida en 1983 al diario *El País*, a propósito de la publicación de *Tres pesetas de historia*, Vicente Soto afirmaba que no estaba en su intención escribir una novela histórica, pese a incluir

la propia palabra en el título y a haber nutrido el texto de acontecimientos y fechas inamovibles. Soto quiso desvincular su obra de una posible lectura documental y por ello insiste en el término novela, porque “la realidad es una imagen desvaída del arte y muy especialmente de la verdad artística” que las palabras son capaces de generar²³³. Otro tanto podría afirmarse del propósito de Ricardo Bastid en la elaboración de *Puerta del Sol*, y por ello parece adecuada la acotación que la editorial Losada introdujo bajo el título de cada una de las obras publicadas a raíz de su primer concurso en 1958. En virtud del respeto por su carácter ficcional, se han desechado las anotaciones a las múltiples referencias autobiográficas que esta contiene, confiando en que este texto introductorio baste para ofrecer un marco amplio de interpretación sin desvelar por completo el argumento de la obra.



Fig. 22. Cubierta y solapa delantera de la edición original de *Puerta del Sol*, Buenos Aires, Losada, 1959.

- 1 Este trabajo se integra dentro del Proyecto de I+D "Imaginarlos de/en la España contemporánea. Cultura material, identidad y performatividad" (Convocatoria Jóvenes Doctores UCM, ref. PR65/19-22421), financiado por la Comunidad de Madrid y la Universidad Complutense de Madrid, del que es I.P. Alicia Fuentes Vega; y del Proyecto de I+D+i "Rostros y rastros en las identidades del arte del franquismo y el exilio" (MCINN-AEI, ref. PID2019-109271GB-I00), financiado por el MICIN/AEI/10.13039/501100011033, del que es I.P. Miguel Cabañas Bravo.
- 2 Este trabajo se integra dentro del Proyecto I+D+i "Franquismo interactivo. Solapamientos, comparaciones y transferencias entre las dictaduras del siglo XX". Ref.: PGC 2018-096492-B-100, del que es I.P. Gutmaro Gómez Bravo, del Grupo de Investigación Complutense de la Guerra Civil y el Franquismo (GIG EFRA); y del Proyecto de I+D+i "Rostros y rastros en las identidades del arte del franquismo y el exilio" (MCINN-AEI, ref. PID2019-109271GB-I00), financiado por el MICIN/AEI/10.13039/501100011033, del que es I.P. Miguel Cabañas Bravo.
- 3 Vicente Aguilera Cerni, "Nota para el recuerdo de Ricardo Bastid", *Exposición-homenaje. Ricardo Bastid Peris*, Valencia, septiembre de 1988, p. 6.
- Una transcripción de este texto podrá consultarse en: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Dossier Ricardo Bastid (1919-1966)", *Labelintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 23, 2021 [en prensa].
- 4 Este elocuente término fue empleado por Guillermo de Torre para definir al grupo humano que padeció, de un modo u otro, la violencia bélica, la posguerra o el exilio. Véase: Guillermo de Torre, *Tan pronto ayer*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2019, pp. 165-169.
- 5 Lucas Marco, "Ricardo Bastid, el museo doméstico del pintor y escritor que retrató la represión franquista", *Eldiario.es*, 7 de diciembre de 2021. Disponible en: https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/memoria-democratica/ricardo-bastid-museo-domestico-pintor-escritor-retrato-represion-franquista_132_8551555.html [consulta: 11-01-2022].
- 6 Elaine Scarry, *Resisting representation*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.
- 7 Ricardo Bastid, *Puerta del Sol*, Buenos Aires, Losada, 1959, solapa.
- 8 Manuel Lamana, *Literatura de Posguerra*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1961, pp. 98-99.
- 9 Este trabajo viene precedido de una primera aproximación parcial a la novela *Puerta del Sol* –Óscar Chaves y Pablo Allepuz, "La vida en fuga: cárcel, exilio y autobiografía en Ricardo Bastid", en Miguel Cabañas (ed.), *Identidades y tránsitos artísticos en el exilio español de 1939 hacia Latinoamérica*, Madrid, Doce Calles, 2019, pp. 284-300-, un estudio preliminar para una novela inédita –Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Introducción", en Ricardo Bastid, *Los años enterrados*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2021, pp. 11-90- y una investigación de conjunto –Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Dossier Ricardo Bastid (1919-1966)", *op. cit.*-, entre otras aportaciones a distintas reuniones científicas.
- 10 Tanto su padre, Ricardo Bastid, como su tío, Ricardo Peris, ocuparon sendos puestos en la junta directiva del Ateneo Republicano del Puerto. Véase: Anónimo, "Los republicanos de Silla. El grandioso mitin de ayer", *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, Valencia, 28 de abril de 1913, pp. 1-2.
- 11 Al margen de su labor profesional, impartió alguna conferencia de tema político como "República unitaria y federal". Véase: Anónimo, "Fiesta instructiva", *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*, Valencia, 19 de julio de 1909, p. 2.
- 12 Archivo Histórico de la Comunidad Valenciana, Valencia: Instituto Luis Vives, Expediente de Ricardo Bastid Peris, folios 2-3.

- 13 Según el relato de Rafael Pérez Contel, tres artistas valencianos obtuvieron su plaza como Cursillistas en la primera eliminatoria del año 1933: Ballester, Francisco Carreño y el propio Pérez Contel. Fueron nombrados profesores, respectivamente, en los institutos Blasco Ibáñez (Valencia), en el de Xátiva y en el de Alzira. Véase Rafael Pérez Contel, *Artistas en Valencia 1936-1939*, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, Valencia, 1986, vol. I, p. 94.
- 14 Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu [en adelante BVNP], Valencia: Archivo Ricardo Bastid Peris [en adelante ARBP] 33, "Entrevista a Ricardo Bastid": Audición "Los lectores y su autor", Programa V, Radio Municipal, Lectores Marta Mercader de Sánchez-Albornoz y Jorge Cassani; compaginador, presentador y director Jorge Masciángoli (Buenos Aires, 1959).
- 15 Ricardo Orozco, "Ha muerto uno de nosotros", *Ínsula*, Madrid, nº 242, enero de 1967, p. 6.
- 16 Tal formulación puede encontrarse en Vicente Soto, *Tres pesetas de historia*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, p. 146.
- 17 Tras la fusión con las Juventudes Socialistas en marzo de 1936 pasa a ser conocida como las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Véase: Sandra Souto, "Las organizaciones juveniles: entre el frentepopulismo y el izquierdismo socialista", en Manuel Ballarín y José Luis Ledesma (eds.), *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones*, Zaragoza, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas, 2008, pp. 59-82.
- 18 Alejandro Mayordomo Pérez y Juan Manuel Fernández Soria, "Sentit social i cívic en l'associacionisme estudiantil valencià (1931-1956)", *Educación e Historia: revista de historia de la educación*, 2004, pp. 137-165. Disponible en: <https://raco.cat/index.php/EducacioHistoria/article/view/223048> [consulta: 21-11-2021]; María Fernanda Mancebo, *La Universidad de Valencia, de la monarquía a la república (1919-1939)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1994.
- 19 Véase: BVNP, Valencia: ARBP 34, recorte de prensa de la revista *Señales* "Con Ricardo Bastid" por María Esther de Miguel, c. 1959. Seguramente se trate del cuento mencionado en: BVNP, Valencia: ARBP 33, "Entrevista a Ricardo Bastid": Audición "Los lectores y su autor", Programa V, Radio Municipal, Lectores Marta Mercader de Sánchez-Albornoz y Jorge Cassani; compaginador, presentador y director Jorge Masciángoli, Buenos Aires, 1959.
- 20 Agustín del Campo, "Poesías nuevos. Ricardo Bastid", *La correspondencia de Valencia*, Valencia, 20 de abril de 1935, p. 5.
- 21 Juan Bellveser, "Yerma en el Teatro Español. Una incitación y una advertencia", *La correspondencia de Valencia*, Valencia, 16 de febrero de 1935, p. 6.
- 22 Anónimo, "Teatros y cines. Tópicos", *El Heraldo de Madrid*, Madrid, 8 de octubre de 1935, p. 8.
- 23 Sobre el impacto de la violencia tras los acontecimientos revolucionarios de octubre en Margarita Xirgu y en la gira de *Yerma* (1934-1935), así como sobre el calado social de este montaje, véase: Antonina Rodrigo, *Margarita Xirgu. Una biografía*, Barcelona, Flor del Viento, 2005, pp. 234-350; M^a del Carmen Gil Fombellida, "Federico García Lorca y Cipriano de Rivas Cherif: una experiencia renovadora en el teatro profesional (1920-1935)", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 17, 1999, pp. 63-88.
- 24 Andrés Trapiello, *Las armas y las letras*, Barcelona, Destino, 2011, p. 83.
- 25 Para una interpretación de este concepto desde el caso bastidiano, véase: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Introducción", en Ricardo Bastid, *Los años enterrados*, op. cit., pp. 11-90.
- 26 Gutmaro Gómez Bravo, *Geografía humana de la represión franquista. Del Golpe a la Guerra de ocupación (1936-1941)*, Madrid, Cátedra, 2017.
- 27 Paul Preston, *Un pueblo traicionado*, Barcelona,

- Debate, 2019, pp. 323-324.
- 28 Así sería recordado por su amigo Ricardo Orozco en un texto conmemorativo tras su muerte. Véase: Ricardo Orozco, "Ha muerto uno de nosotros", *op. cit.*, p. 6.
- 29 "Esta calle de la Paz es el Ateneo, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos, la *Revista de Occidente*, Pombo, *El Sol*". Véase: Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, Barcelona, GEXEL, 1995, p. 56.
- 30 Biblioteca Nacional de España [en adelante, BNE], Madrid: 3/107037, Federación Universitaria Escolar, "Luchamos por", c. 1937.
- 31 Josep Renau, "Notas al margen de *Nueva Cultura*"; íntegramente reproducido en: Jaime Brihuega (com.), *Josep Renau (1907-1982): compromiso y cultura*, Valencia, SECC - Universitat de València, 2009, pp. 458-486.
- 32 En la elaboración de este resumen de la actividad bélica de Ricardo Bastid ha sido necesario confrontar el testimonio y los documentos albergados en: Archivo General Histórico de Defensa [en adelante, AGHD], Madrid: sumario 137930, legajo 7625; sumario 117606, caja 2677-7; y Centro Documental de la Memoria Histórica [en adelante, CDMH], Salamanca: PS-Madrid, caja 450, expediente 36, folios 1 y 2.
- 33 Rafael Alberti, *De un momento a otro*, Buenos Aires, Bajel, 1942. Juan Eduardo Zúñiga, *Capital de la gloria*, Madrid, Alfaguara, 2003. En el volumen de Alberti se incluye el célebre poema "A Niebla, mi perro", que Bastid explota libremente en el capítulo VI de *Puerta del Sol* y en el cuento *Sólo una casa*.
- 34 Entrevista a Milde Tomás Bastid, Valencia, 2 de diciembre de 2021.
- 35 Un resumen del sumario incoado a la mítica revista satírico-sicaléptica y la reproducción de la sentencia contra su director, Vicente Miguel Carceller, y los dibujantes Carlos Gómez Carreras "Bluff" y José María Carnicero puede consultarse en: Antonio Laguna Platero y Francesc Andreu Martínez Gallego, *La transgressió com a norma*, Universitat de València, Valencia, 2016, pp. 143-145.
- 36 Testimonio de Ricardo Muñoz Suay reproducido en Sergio Rodríguez Tejada, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia Vol. I (1939-1945)*, Valencia, PUV, 2009, pp. 67-68.
- 37 Jefatura del Estado, "Ley de Responsabilidades Políticas", *Boletín Oficial del Estado*, 9 de febrero de 1939, pp. 824-847.
- 38 Véase el relato "Exiliado en el aire" en Vicente Soto, *Pasos de nadie*, Barcelona, Edhasa, 1991, pp. 8-48.
- 39 Víctima de una situación similar, Ricardo Muñoz Suay pudo ser uno de los pocos interlocutores clandestinos de Bastid, aunque en alguno de sus testimonios orales olvide mencionarlo –conscientemente o no–. Véase: Benito Sanz Díaz, *Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia 1939-1975*, Valencia, CC.OO.PV, 2002, pp. 26-27.
- 40 Johan Galtun, "Cultural Violence", *Journal of Peace Research*, vol. 27, nº 3, agosto de 1990, pp. 291-305.
- 41 Archivo Histórico Provincial de Toledo, Toledo: Expediente procesal de Ricardo Bastid Peris, Prisión Central de Alcalá de Henares, folio 1.
- 42 Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid: Instancia para la convalidación de asignaturas de Bachillerato para la carrera de Comercio, 10 de enero de 1946, signatura 106_08-134.
- 43 Esteve Riambau, *Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras*, Barcelona, Tusquets, 2007, pp. 118-119.
- 44 Primera entrevista con Nicolás Sánchez-Albornoz en Madrid, 11 de noviembre de 2017.
- 45 Este es el testimonio de Manuel Tuñón de Lara, recogido en Eduardo

- González Calleja, *Rebelión en las aulas: movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*, Madrid, Alianza, 2009, p. 227.
- 46 Según el relato de Sánchez-Albornoz, la dirección del PCE clandestino propuso a Bastid y a Ricardo Muñoz Suay actuar en un doble sentido: por una parte, la organización de los estudiantes movilizados; por otra, la creación de una célula preparada para la lucha armada. Primera entrevista con Nicolás Sánchez-Albornoz en Madrid, 11 de noviembre de 2017.
- 47 Lidia Mateo, *El reverso de la censura. Cine clandestino durante el tardofranquismo y la Transición*, Murcia, CENDEAC, 2020, p. 190.
- 48 AGHD, Madrid: sumario 137930, legajo 7625, folio 17 (recto y vuelto).
- 49 Junto a la FUE y la Federación de Trabajadores de la Enseñanza (FETE), en las que efectivamente militó, se le acaba acusando de pertenecer al Partido Comunista, a la Unión de Muchachas Antifascistas y a las Juventudes Comunistas, así como de ser "propagandista" y "antitáctica". También fue usada en su contra la depuración de su padre del cuerpo de Correos "por su destacada actuación roja". Véase AGHD, Madrid: sumario 137930, legajo 7625, folios 206 y 208.
- 50 AGHD, Madrid: sumario 137930, legajo 7625, folio 13.
- 51 Así lo recoge un informe del departamento de investigación del Foreign Office británico sobre la DGS: National Archives, Londres: FO 371/79.687. Puede hallarse una transcripción en: Gutmaro Gómez Bravo, y Jorge Marco Carretero, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista 1936-1950*, Barcelona, Península, 2011, pp. 311-312.
- 52 Esteve Riambau, *Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras, op. cit.*, p. 121.
- 53 El incentivo de las delaciones entre los investigados aparece recogido en una recomendación interna firmada por el comandante Jesús Jiménez Ortoneda, integrante de la jefatura del Servicio de Información y Policía Militar franquista. Puede consultarse en Archivo General Militar de Ávila, Ávila: 2917, 1/2.
- 54 Para un relato con voz propia del primer redactor jefe de esta publicación, véase: Juan Antonio Cabezas, *Morir en Oviedo. Historia en directo (vivencias de un periodista)*, Madrid, Editorial San Martín, 1984, pp. 303-313.
- 55 Nicolás Sánchez-Albornoz, *Cárceles y exilios*, Barcelona, Anagrama, 2012, p. 98.
- 56 En el Archivo Histórico del Partido Comunista de España [en adelante, AHPCE] se conservan varios "suplementos locales" de la publicación entonces clandestina *Mundo Obrero*. Véase: AHPCE, Madrid: Represión franquista, caja 39. Pueden consultarse también a través de la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica.
- 57 Estas palabras pertenecen a un informe exigido por el coronel Enrique Eymar a la dirección del centro, consultable en el Archivo General de la Administración [en adelante, AGA], Alcalá de Henares: 41/1189. Sobre la situación de esta prisión y el mencionado informe, véase Gutmaro Gómez Bravo, *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista 1939-1950*, Barcelona, Taurus, 2009, pp. 152-154.
- 58 Uno de los textos que con mayor interés y complejidad aborda esta cuestión desde la primera persona es: Diego San José, *De cárcel en cárcel*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2016, pp. 57-60.
- 59 Para conocer más sobre el juicio a los hombres y mujeres que compusieron aquella organización, véase: AGHD, Madrid: sumario 140189, legajo 1781.
- 60 Nicolás Sánchez-Albornoz, *Cárceles y exilios, op. cit.*, p. 108.
- 61 Ricard Vinyes, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, p. 115.
- 62 En la colección familiar se conservan solamente uno

- en homenaje al músico Daniel Fortea, y otro del cual Bastid es el modelo, realizado por un desconocido J. R. G. De los restantes, han sido localizados los de Ramón Piñeiro, Javier Sanz Faure, Camilo y Cesáreo Saco (uno de perfil y uno de frente). Todos ellos se conservan en colecciones privadas.
- 63 Nicolás Sánchez-Albornoz, *Cárceles y exilios, op. cit.*, p. 111.
- 64 Anónimo, *El primer año de la obra de Redención de Penas. Memoria 1939-1940*, Madrid, Editorial Católica, 1940, p. 25.
- 65 Sobre la llamada "redención de penas por esfuerzo intelectual", véase: Gutmaro Gómez Bravo, *La Redención de Penas. La formación del sistema penitenciario franquista 1936-1950*, Madrid, Catarata, 2007, pp. 165-188.
- 66 En su expediente penitenciario figura una entrada firmada por la dirección del centro en que se reconoce como un servicio meritorio "su comportamiento durante la huelga de hambre" de diciembre 1946 - enero 1947. Véase Archivo General del Ministerio del Interior [en adelante, AGMI], Madrid: expediente de Ricardo Bastid Peris, Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, 81292, fol. 1 (vuelto).
- 67 BVNP, Valencia: ARBP 10, "Agenda 1948" con anotaciones manuscritas y con direcciones.
- 68 Ramón Garriga, *Los validos de Franco*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 54.
- 69 BVNP, Valencia: ARBP 10, "Agenda 1948" con anotaciones manuscritas y con direcciones, semana del 26 abril al 2 de mayo de 1948.
- 70 Un comentario más amplio sobre este objeto y la trascendencia del género epistolar dentro de la producción bastidiana puede encontrarse en: Pablo Allepuz y Oscar Chaves, "El epistolario como yacimiento: estratos de una memoria desterrada", en su "Dossier Ricardo Bastid (1919-1966)", *op. cit.* [en prensa].
- 71 AGMI, Madrid: expediente de Ricardo Bastid Peris, Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, 81292, fol. 5.
- 72 AGMI, Madrid: expediente de Ricardo Bastid Peris, Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, 81292, fol. 36.
- 73 Véase: CMTB, Valencia: cartas nº 67, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1958 y nº 99, Buenos Aires, 4 de octubre de 1959.
- 74 Tal y como describe Juan Eduardo Zúñiga en sus memorias, aquel café se situaba en la Puerta del Sol, en la esquina de las calles Mayor y Esparteros. Véase: Juan Eduardo Zúñiga, *Recuerdos de vida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, p. 88.
- 75 María Fernanda Mancebo y Cecilio Alonso, "El Sobre literario (1950-1952). Un testimonio del exilio interior", en Fernando Larraz (comp.), *Exilios/desexilios en el mundo hispánico contemporáneo: los caminos de la identidad (Escrituras y expresiones artísticas del exilio)*, Dijon, Editions de l'Université de Dijon, 2007, pp. 141-183.
- 76 El grupo lo componían Antonio Buero Vallejo, Ricardo Orozco, Vicente Soto, Francisco García Pavón, José Corrales Egea, Arturo del Hoyo, Luis Ruiz Contreras (el editor de *Revista Nueva*), José Ares Montes, Enrique González Mas y Jorge Campos, junto a otros personajes episódicos como Bastid. Véase: BNE, ARCH.RO/1/29, correspondencia entre Juan Eduardo Zúñiga y Ricardo Orozco.
- 77 En el I Concurso Turner de Primavera (1952), en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1952), en el XXV Salón de Otoño de la Asociación de Pintores y Escritores (1952), en el I Salón de Dibujo de la Asociación de Dibujantes Españoles (1953), en su primera muestra individual en el "Saloncillo" del Ateneo madrileño (1955) y la III Bienal Hispanoamericana (1955). También pinta una obra mural para las Cuevas de Sésamo, dirigidas por Tomás Cruz, en cuyo concurso ejerce como juez de los pintores y dibujantes al menos en una ocasión. Véase: K.W.H., "Los que no se durmieron después del premio 'Sésamo'", *La Hora*,

- Madrid, 30 de septiembre de 1958, p. 17.
- 78 Juan Antonio Cabezas, "La pintura con inquietud de Ricardo Bastid", *España*, Tánger, 25 de febrero de 1955, p. 6.
- 79 José Camón Aznar, "Arte y artistas", *ABC*, Madrid, 23 de enero de 1955, p. 5.
- 80 AGHD, Madrid: sumario 117606, caja 2677/7, folio 77.
- 81 El también soldado de la compañía, Roberto Pérez Carpio, informa sobre la condición de miliciano de la cultura y no de comisario de Bastid, así como de su inocencia en los hechos que se le imputan. Ajenos a los acontecimientos pero igualmente favorables fueron los testimonios de Eduardo Dorado, notario y amigo de la familia, y su viejo amigo Agustín del Campo Cayol. Véase: AGHD, Madrid: sumario 117606, caja 2677/7, folios 78, 107 y 108.
- 82 Descrito en el Código de Justicia Militar de 1890, todavía vigente en esas fechas.
- 83 En el sumario constan hasta seis, publicadas en los diarios *Ya* (2), *Levante* y *ABC*, y en los Boletines Oficiales de la Provincias de Valencia y Madrid. Véase: AGHD, Madrid: sumario 117606, caja 2677/7, folios 144, 145, 149, 152, 154 y 155.
- 84 AGHD, Madrid: sumario 117606, caja 2677/7, folios 128, 147 y 157.
- 85 Antoni Gómez, "La España de catacumba (en comentarios de Antonio Buero Vallejo)", *Exposición-homenaje. Ricardo Bastid Peris*, op. cit., p. 5.
- 86 Agustín del Campo, "Poesías nuevos. Ricardo Bastid", op. cit., p. 5.
- 87 Juan Antonio Cabezas, "La pintura con inquietud de Ricardo Bastid", op. cit., p. 6.
- 88 Archives de la Préfecture de Police de Paris, Le Pré-Saint-Gervais: 478.263, 3, "Bordereau d'enquête sur Ass. d'Artistes et Intellectuels Espagnols en France".
- 89 CMTB, Valencia: carta sin número, a bordo, Río de Janeiro, 9 de enero de 1957.
- 90 Ángel Tapia es el encargado de gestionar, ayudado por Luis Jiménez de Asúa, la documentación para el arribo del matrimonio. Véase: Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, carta de Ricardo Bastid a Luis Jiménez de Asúa, Buenos Aires, 25 de febrero de 1957.
- 91 Juan Bautista Vilar, *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid, Síntesis, 2006, p. 388.
- 92 Nicolás Sánchez-Albornoz, *Cárceles y exilios*, op. cit., p. 252.
- 93 BVNP, Valencia: ARBP 21, Tríptico de la exposición en Galería Velázquez, Buenos Aires, 1957.
- 94 Juan Manuel Bonet, "Breve historia del exilio artístico de 1939", en Virgilio Zapatero (dir.), *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias - MN-CARS, 2009, pp. 145-153.
- 95 CMTB, Valencia: bases del Premio Editorial Losada 1958. En el reverso del recorte que contiene estas incompletas bases, Bastid anotó una enigmática cita de *La campesina* de Alberto Moravia: "Realmente, la vida consiste en costumbres, y la honradez misma es una costumbre; y una vez que cambiamos nuestras costumbres, la vida se convierte en un infierno y nosotros en unos pobres diablos desencadenados y ya sin respeto propio ni ajeno".
- 96 Según la información proporcionada por la Agencia EFE en la prensa española, a esta cantidad en metálico se le añadía "el diez por ciento de los derechos de autor, correspondiente a una tirada de diez mil ejemplares". Véase: Anónimo, "Concurso de novelas para escritores en lengua española", *ABC*, Madrid, 15 de marzo de 1958, p. 32.
- 97 Finalmente, el jurado estaría integrado por los escritores Adolfo Bioy Casares, Beatriz Guido, Attilio [sic] Dabini, Marco Denevi y el crítico literario Roberto E. [sic] Giusti. Véase: BVNP, Valencia: ARBP 40, recorte de prensa con la resolución del jurado del Concurso Internacional de Novela de la Editorial Losada, 1958.
- 98 CMTB, Valencia: carta nº 67, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1958.
- 99 Pueden consultarse en la BVNP los manuscritos en-

- cuadernados de la novela *Los años enterrados* (ARBP 61), del drama en tres actos *Mientras sale la luna* (ARBP 62), del relato *Contramina* (ARBP 60), del cuento publicado *Sólo una casa* (ARBP 59) y del poemario *Variaciones de la meditación y el vértigo* (ARBP 58).
- 100 BVNP, Valencia: ARBP 34, recorte de prensa de la revista *Señales* "Con Ricardo Bastid" por María Esther de Miguel, c. 1959. No deja de ser paradójico que su propia esposa, Carmen Tapia, apunte hacia lo contrario al recriminarle su querencia por finalizar su siguiente novela con demasiada premura y sin suficiente repaso. Cfr.: CMTB, Valencia: carta nº 95, Buenos Aires, 19 de agosto de 1959.
- 101 Un personaje que posee enormes connotaciones para la primera generación de la diáspora cultural de 1939. Véase: Manuel Aznar Soler, "Don Quijote y el exilio republicano español de 1939", *Labirintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 5, 2005, pp. 93-136; Miguel Cabañas Bravo, "Artistas republicanos expulsos, quijotes del pincel en ristre", en Manuel Aznar Soler e Idoia Murga Castro (eds.), *1939. Exilio republicano español*, Madrid, Ministerio de Justicia y Ministerio de Educación y Formación Profesional, 2019, pp. 433-444.
- 102 CMTB, Valencia: carta nº 70, Buenos Aires, 10 de octubre de 1958.
- 103 CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 23 de octubre de 1958.
- 104 CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 23 de octubre de 1958.
- 105 CMTB, Valencia: carta nº 69, Valencia, 29 de octubre de 1958. Ha de tratarse de Francisco Valle de Juan, pues el tercer contendiente español, Esteban Salazar Chapela, se encuentra asentado en Gran Bretaña desde 1937, primero en Glasgow –donde ejerció como cónsul de España– y, desde 1941, vive exiliado en Londres. 105 CMTB, Valencia: carta nº 69, Valencia, 29 de octubre de 1958. Ha de tratarse de Francisco Valle de Juan, pues el tercer contendiente español, Esteban Salazar Chapela, se encuentra asentado en Gran Bretaña desde 1937, primero en Glasgow –donde ejerció como cónsul de España– y, desde 1941, vive exiliado en Londres.
- 106 Anónimo, "Copia del acta hecha por el Jurado al pronunciar el fallo del Concurso de Novela de 1958", *Negro sobre Blanco*, Buenos Aires, nº 8, noviembre de 1958, s/p.
- 107 Javier Lluch Prats, "Exaltación falangista de la guerra en 1939. La contestación de Benítez de Castro a Remarque", en Emilio Peral Vega y Marta Olivas Fuentes (eds.), *Cultura y Guerra Civil. Formas de propaganda dentro y fuera de España*, Madrid, Escolar y Mayo, 2016, pp. 137-156.
- 108 Fernando Larraz, "Guillermo de Torre y el catálogo de la editorial Losada", *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, nº 7, junio de 2016, pp. 59-71.
- 109 Integran la selección *Desnudo en Picadilly* de Esteban Salazar Chapela, *Al pie de la ciudad* de Manuel Mejía Vallejo, *La otra mejilla* Mundin Shaffter y *La espina* de Alejandro Carrión, que al igual que *La iluminada* fueron publicados en 1958; y *Los dueños de la tierra* de David Viñas, *Aquí yace* de Francisco Valle de Juan y *Las aventuras de Moritz Schwarz* de Mariano Mikats, publicados, junto al de Bastid, al año siguiente.
- 110 Véase: Eustasio García, *El Ateneo, vida y obra de Pedro García*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2004; Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas (eds.), *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*, Madrid, Siruela, 2006.
- 111 CMTB, Valencia: carta nº 70, Buenos Aires, 10 de octubre de 1958.

- 112 Junto a Manuel Lamana, probable valedor de Bastid en su ingreso, pertenecieron al cuerpo editorial los hermanos Felipe y Luis Jiménez de Asúa –en Medicina y Derecho, respectivamente–, Lorenzo Luzuriaga –en Pedagogía– o el escritor Francisco Ayala. Véase: Raquel Macchiuci, “El escritor entra en liza aunque no quiera. Entrevista con Manuel Lamana”, *Caracol*, nº 7, junio de 2014, pp. 134-154.
- 113 El tándem Gonzalo Losada-Guillermo de Torre crea, en primer lugar, la colección Austral para Espasa-Calpe Buenos Aires (1937); más tarde Espasa-Calpe Argentina S.A. –de cuyo nacimiento participan también Julián Urgoiti y Attilio Rossi–; y, finalmente, el sello editorial que lleva el apellido del primero, también en compañía de Rossi (1938). Véase: Fernando Larraz, “1938: Política y cultura en el primer exilio. La gestación de las editoriales Losada y Sudamericana”, *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 22, 2020, pp. 219-227.
- 114 CMTB, Valencia: carta nº 73, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1958.
- 115 CMTB, Valencia: carta nº 75, Buenos Aires, 17 de diciembre de 1958.
- 116 Es el caso de sus representaciones del Directorio –consejo de administración– de la editorial Fabril: el médico Felipe Jiménez de Asúa y el matemático Manuel Sadosky, quien facilita a Carmen su ingreso en el Servicio Meteorológico y en la Universidad. Se desconoce el paradero de ambos retratos. Véase: CMTB, Valencia: carta nº 120, Buenos Aires, 12 de mayo de 1960.
- 117 CMTB, Valencia: carta nº 73, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1958.
- 118 CMTB, Valencia: carta nº 81, Buenos Aires, 15 de febrero de 1959.
- 119 CMTB, Valencia: carta nº 87, Buenos Aires, 20 de abril de 1959.
- 120 CMTB, Valencia: carta sin número [74], Buenos Aires, 7 de diciembre de 1958.
- 121 CMTB, Valencia: carta nº 73, Valencia, 16 de diciembre de 1958.
- 122 CMTB, Valencia: carta nº 82, Buenos Aires, 23 de febrero de 1959.
- 123 CMTB, Valencia: carta nº 86 [añadido a lápiz: 88], Buenos Aires, 1 de mayo de 1959.
- 124 CMTB, Valencia: carta nº 87 [añadido a lápiz: 89], Buenos Aires, 13 de mayo de 1959.
- 125 Bastid dice percibir por parte de Gonzalo Losada una “especial inclinación”, que habría de traducirse en que fuera propuesto para suceder a Manuel Lamana en el puesto de asesor literario de la editorial cuando este se trasladase a Tucumán. Véase: CMTB, Valencia: carta nº 90, Buenos Aires, 28 de mayo de 1959.
- 126 Unidad de Estudios y Proyectos Especiales de la Cámara Argentina de Comercio y Servicios, “Historia de la inflación en Argentina”, julio de 2018. Disponible en: http://www.cac.com.ar/data/documentos/10_Historia%20de%20la%20inflaci%C3%B3n%20en%20Argentina.pdf [consulta: 17-12-2021].
- 127 CMTB, Valencia: carta nº 90, Buenos Aires, 28 de mayo de 1959.
- 128 CMTB, Valencia: carta nº 83, Buenos Aires, 8 de marzo de 1959.
- 129 BVNP, Valencia: ARBP 33, “Entrevista a Ricardo Bastid”: Audición “Los lectores y su autor”, Programa V, Radio Municipal. Lectores Marta Mercader de Sánchez Albornoz, Jorge Cassani; compaginador, presentación y dirección Jorge Masciángoli, Buenos Aires, 1959.
- 130 Sobre la influencia del pensamiento de José Ortega y Gasset en la obra bastidiana y su proyecto “rehumanizador” del arte, véase: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, “Introducción”, en Ricardo Bastid, *Los años enterrados*, op. cit., pp. 11-90.
- 131 *Canciones del amor prohibido*, libro que recoge

- estos dos poemas, fue editado en la colección "Colliure" de Seix Barral. Su director, el crítico José María Castellet, fue uno de los impulsores de la "operación realista" que intentó la capitalización de la estética humanizadora. Véase: César de Vicente Hernando, "Jesús López Pacheco: palabras para una nueva humanidad", en Jesús López Pacheco, *El tiempo de mi vida (antología)*, Valencia, Editorial Germania, 2002, pp. 7-32.
- 132 Jesús López Pacheco, *Canciones del amor prohibido*, Barcelona, Literaturas [Seix Barral], 1961, pp. 45 y 56.
- 133 Su siguiente novela, *Los años enterrados*, se abre con la cita de unos versos de *Pueblo cautivo*, poemario entonces anónimo cuya autoría será reivindicada en el ocaso de la dictadura por Eugenio de Nora. Véase: Ricardo Bastid, *Los años enterrados*, op. cit., pp. 93 y 377-380.
- 134 BVNP, Valencia: ARBP 33, "Entrevista a Ricardo Bastid": Audición "Los lectores y su autor", Programa V, Radio Municipal. Lectores Marta Mercader de Sánchez Albornoz, Jorge Cassani; compaginador, presentación y dirección Jorge Masciángoli, Buenos Aires, 1959.
- 135 Verónica Sierra, *Cartas presas. La correspondencia carcelaria en la Guerra Civil y el franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2013, p. 56.
- 136 A propósito de este concepto vehicular de la psicología clásica y su aplicación a la novela contemporánea, véase: Robert Humpfrey, *Stream of Consciousness in the Modern Novel*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1968.
- 137 José Camón Aznar, "Arte y artistas", op. cit., p. 5.
- 138 Silvia Burunat, *El monólogo interior como forma narrativa en la novela española*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1980, pp. 9-25.
- 139 Javier Sánchez Zapatero, "La predisposición al testimonio en la literatura del exilio", *Tonos digital. Revista electrónica de estudios filológicos*, nº 18, 2009, pp. 1-14.
- 140 CMTB, Valencia, recorte de la entrevista anónima "Los libros por dentro. Ricardo Bastid nos habla de su novela *Puerta del Sol*", *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 21 de julio de 1959.
- 141 Para un análisis detallado de la novela desde la lectura bastidiana de la teoría estética de la ventana de José Ortega y Gasset véase: Óscar Chaves y Pablo Allepuz, "La vida en fuga: cárcel, exilio y autobiografía en Ricardo Bastid", op. cit. pp. 284-300.
- 142 Leonid Andréiev, *Sascha Yegulev. Historia de un asesino*, Madrid, Eneida, 2015, p. 263.
- 143 Philippe Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Málaga, Megazul-Endymion, 1994.
- 144 Manuel Alberca, *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- 145 CMTB, Valencia: carta nº 81, Buenos Aires, 15 de febrero de 1959.
- 146 Sometido al arbitrio del recién creado Juzgado Especial Nacional de Propaganda Ilegal, uno de los tribunales más efímeros del franquismo. Véase: Juan José del Águila Torres, "El Juzgado de Instrucción Especial Nacional de Propaganda Ilegal (1957-1963): ¿una medida coyuntural excepcional o un eslabón de las instituciones represivas de la oposición al franquismo?", en Mónica Moreno Seco (coord.); Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.), *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates. XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1906-1920.
- 147 CMTB, Valencia: carta nº 90, Buenos Aires, 28 de mayo de 1959.
- 148 CMTB, Valencia: carta nº 88, Valencia, 3 de junio de 1959.

- 149 CMTB, Valencia: carta nº 93, Valencia, 29 de agosto de 1959.
- 150 CMTB, Valencia: carta nº 94, Buenos Aires, 28 de julio de 1959. El conjunto de cartas enviadas desde el domicilio de Mari y Enrique a Buenos Aires se han perdido.
- 151 Universidad Carlos III de Madrid, Biblioteca de Ciencias Sociales y Jurídicas, Donación Collado, SA 02616.
- 152 CMTB, Valencia: carta nº 78, Buenos Aires, 6 de enero de 1959.
- 153 CMTB, Valencia: carta nº 93, Buenos Aires, 12 de julio de 1959.
- 154 BVNP, Valencia: ARBP 33, "Entrevista a Ricardo Bastid": Audición "Los lectores y su autor", Programa V, Radio Municipal. Lectores Marta Mercader de Sánchez Albornoz, Jorge Cassani; compaginador, presentación y dirección Jorge Masciángoli, Buenos Aires, 1959.
- 155 CMTB, Valencia: carta nº 92, Buenos Aires, 29 de junio de 1959.
- 156 CMTB, Valencia: carta nº 93, Buenos Aires, 12 de julio de 1959.
- 157 CMTB, Valencia: carta nº 94, Buenos Aires, 28 de julio de 1959.
- 158 Acerca de la sobreestimación que Bastid percibe en Argentina respecto de obras producidas en Europa en detrimento de las producciones locales, o sobre la necesidad de un mayor contacto entre ambas orillas del océano, véase: Ricardo Bastid, "La 'nouvelle vague' y el rom-peolas platense", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 40, enero-febrero de 1960, pp. 89-91.
- 159 CMTB, Valencia: carta nº 94, Buenos Aires, 28 de julio de 1959. Agradecemos a su hijo, Vicente Muñoz Puelles, la ayuda prestada en la localización del único ejemplar conservado en la colección familiar, carente de inscripciones ni marcas de uso.
- 160 El otro Muñoz Suay, Ricardo, recibió un ejemplar dedicado a él y a su esposa con "un abrazo" el 29 de septiembre de 1959. Suponemos que Ricardo Orozco, colaborador en la corrección de las pruebas de impresión de *Puerta del Sol*, recibiría el suyo propio en mano, aunque no haya sido localizado en su archivo personal custodiado por la BNE. Vicente Soto mantiene desde su exilio londinense (1954) una relación epistolar con Bastid, incluso llega a visitarlo a él y a su hermano Pepe en Buenos Aires en 1961. Pese a los inestimables esfuerzos de sus hijos Isabel y Vincent, a quienes aprovechamos para dar las gracias una vez más, ha sido imposible hallar un ejemplar de la novela en la colección familiar, pero sí una carta en la que Agustín del Campo Cayol menciona su recepción y lectura, añadiendo que le "gustó y hasta emocionó" (Archivo Familiar Vicente Soto, Londres y Madrid: carta de Agustín del Campo a Vicente Soto, Madrid, 23 de diciembre de 1960). Este volumen se encuentra depositado en la Universidad San Pablo-CEU, Biblioteca Central, 860 Bastid, R.
- 161 CMTB, Valencia: carta nº 95, Buenos Aires, 19 de agosto de 1959.
- 162 Véase: CMTB, Valencia; BVNP, Valencia: ARBP 61.
- 163 CMTB, Valencia: carta nº 97, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1959.
- 164 Blanca Ripoll Sintés, "La fiesta de la novela: el Premio Nadal y su función como antecedente del sistema español de certámenes literarios", Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2018. Obtenido de: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0931902> [consulta: 11-01-2022].
- 165 CMTB, Valencia: carta nº 99, Buenos Aires, 4 de octubre de 1959.
- 166 BVNP, Valencia: ARBP 34, recorte de prensa de la revista *Señales* "Con Ricardo Bastid" por María Esther de Miguel, c. 1959.
- 167 Fernando Larraz, "Guillermo de Torre y el catálogo

- de la editorial Losada”, *op. cit.*, pp. 59-71.
- 168 Koldo Mitxelena Kulturunea (en adelante, KMK), San Sebastián: fondo Ramón 1950-1983, carta de Ramón Piñeiro a Luis [Koldo] Mitxelena, Santiago de Compostela, 15 de enero de 1961.
- 169 A Antonio Buero Vallejo le expone la relación de causalidad directa entre la selección de su novela en la fase de concurso y la obtención del empleo en la casa editora. Véase: Colección Buero Rodríguez, carta de Ricardo Bastid a Antonio Buero Vallejo, Buenos Aires, 18 de febrero de 1959. Debemos a la amabilidad de Carlos Buero Rodríguez tanto la consulta de la correspondencia como también del ejemplar de *Puerta del Sol* conservado por su padre, cuya ausencia de dedicatoria hace suponer un posible envío clandestino.
- 170 Véase: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, “El epistolario como yacimiento: estratos de una memoria desterrada”, *op. cit.* [en prensa].
- 171 Fundación Jorge Guillén, Valladolid: carta de Ricardo Bastid a Rosa Chacel, 28 de marzo de 1960.
- 172 CMTB, Valencia: carta nº 120, Buenos Aires, 12 de mayo de 1960.
- 173 Este podría ser el caso del ejemplar de *Puerta del Sol* que Bastid hizo llegar a Sastre, por medios que desconocemos, cuya dedicatoria
- “con un gran abrazo” está fechada en 1960. Su consulta se debe enteramente a Xabier Campo Cemborain (KMK), a quien agradecemos sus esfuerzos tras el reciente fallecimiento del dramaturgo.
- 174 Un ejemplar fue enviado “con verdadero afecto” a la revista *Diálogo de Las Españas* (Ciudad de México) y “un personal abrazo a quienes, siendo hoy del FUE, gusten de encontrar aquí lo que ha venido a ser un antiguo miembro de la FUE”. Parece referirse al líder socialista exiliado Anselmo Carretero, quien, además de formar parte del equipo de la revista, fue uno de los fundadores históricos de la agrupación estudiantil. Carretero fue el autor de la donación de la novela a la Universidad de Alcalá de Henares donde hoy puede consultarse (Depósito de la Fundación Pablo Iglesias, B 15973).
- 175 El Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia, en Nueva York, fue otro de los destinos escogidos por Bastid para hacer llegar su novela, en esta ocasión con una dedicatoria genérica. Agradecemos a Miguel Alirangues la ayuda prestada para acceder a este volumen.
- 176 KMK, San Sebastián: fondo Ramón 1950-1983, carta de Ramón Piñeiro a Luis [Koldo] Mitxelena,
- Santiago de Compostela, 31 de octubre de 1951.
- 177 Biblioteca Penzol, Vigo: Fondo Ramón Piñeiro, carta de Koldo Mitxelena a Ramón Piñeiro, 23 de octubre de 1951.
- 178 BVNP, Valencia: ARBP 34, recorte de prensa de la revista *Señales* “Con Ricardo Bastid” por María Esther de Miguel, c. 1959.
- 179 Sobre las estrategias de disimulo en la pintura y el discurso expositivo de Bastid en la España dictatorial, véase: Pablo Allepuz y Óscar Chaves: “Una teoría novelada sobre memoria, arte y exilio: *Los años enterrados de Ricardo Bastid*”, *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XCVI-II, nº 9, pp. 1443-1467. DOI: <https://doi.org/10.1080/14753820.2021.2006481>.
- 180 Manuel Lamana, *Los inocentes*, Buenos Aires, Losada, 1959.
- 181 Biblioteca Penzol, Vigo: Fondo Ramón Piñeiro, carta de Manuel Lamana a Ramón Piñeiro, Buenos Aires, 14 de marzo de 1959.
- 182 Biblioteca Penzol, Vigo: Fondo Ramón Piñeiro, carta de Manuel Lamana a Ramón Piñeiro, Buenos Aires, 9 de mayo de 1959. No se conservan las contestaciones de Piñeiro. De una de ellas se dice que fue “copiad[a] cuidadosamente” por Bastid, si bien desconocemos el paradero de dicha reproducción.
- 182 KMK, San Sebastián: fondo Ramón 1950-1983,

- carta de Ramón Piñeiro a Luis [Koldo] Mitxelena, Santiago de Compostela, 15 de enero de 1961.
- 184 José Bugeda, "Balcón abierto", *Falange*, Las Palmas de Gran Canaria, 31 de mayo de 1959, p. 7; "Premio 'Losada', de Buenos Aires", *El Libro Español. Revista mensual del Instituto Nacional del Libro Español*, tomo I, nº 12, diciembre de 1958, pp. 78-79; Anónimo, "Puerta del Sol", por Ricardo Bastid. Editorial Losada", *Vea y Lea. La gran revista de América*, nº 316, 23 de julio de 1959, p. 83.
- 185 Manuel Lamana, "Ricardo Bastid: Puerta del Sol", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, nº 39, noviembre-diciembre de 1959, pp. 114-115.
- 186 Su novela de 1957 contribuye a la gestación literaria del concepto "villas miseria". Véase: Bernardo Verbitsky, *Villa Miseria también es América*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1957.
- 187 BVNP, Valencia: ARBP 42, recorte de prensa de *Noticias Gráficas* "Puerta del Sol, por Ricardo Bastid" por B. V., 17 de noviembre de 1959.
- 188 CMTB, Valencia: carta nº 100, Valencia, 3 de diciembre de 1959.
- 189 Mauro Nonell, "Puerta del Sol, novela de Ricardo Bastid", *Nuestras Ideas*, Bruselas, nº 8, 1960, p. 105.
- 190 *Ibidem*, p. 105.
- 191 César de Vicente Hernando, "El realismo social en las revistas culturales comunistas de posguerra", *Revista de Crítica Literaria Marxista*, nº 5, 2011, pp. 21-29.
- 192 La participación de Bastid en una publicación marcadamente anticomunista como *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* pudo ser decisiva a este respecto. Véase: Olga Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, CSIC, 2012.
- 193 Gregory Rabassa, "Ricardo Bastid. Puerta del sol. Buenos Aires, Losada 1959, 299 págs.", *Revista Hispánica Moderna*, Vol. XXVII, nº 3, 1961, p. 356.
- 194 Shosana Felman identifica en el testimonio de un superviviente de Auschwitz el momento paradigmático en que puede percibirse la inconmensurabilidad entre el derecho y el trauma. Véase: Shosana Felman, *The Juridical Unconscious. Trials and Traumas in the Twentieth Century*, Cambridge - Massachussetts - Londres, Harvard University Press, 2002, pp. 131-166.
- 195 Frederick S. Stimson, "Ricardo Bastid. Puerta del Sol. Buenos Aires. Losada. 1959. 299 pages", *Books abroad. An International Literary Quarterly*, vol. 35, nº 2, primavera de 1961, p. 172.
- 196 Ministerio del Interior, "Orden sobre edición y venta de publicaciones no periódicas", *Boletín Oficial del Estado*, 30 de abril de 1938, pp. 7035-7036.
- 197 Jesús Martínez Martín, *Letras clandestinas, 1939-1976*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2016, p. 33.
- 198 AGA, Alcalá de Henares: (3)050, caja 21/12532, expediente de censura nº 4166-59.
- 199 Un ejemplar de la novela se encuentra entre los más de 10.000 objetos de la Colección Comín Colomer, legada a la institución por la viuda del comisario de policía y escritor Eduardo Comín Colomer en 1975. El volumen presenta el sello característico de este repertorio único en su especie que recopila textos de naturaleza variada sobre la masonería, el judaísmo y el marxismo en múltiples formas. Para una breve historia del fondo, véase: José Antonio Ferrer Benimeli, "Fondo masónico 'Comín Colomer' de la Biblioteca Nacional", en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería en la historia de España: actas del I Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española*, Zaragoza, Departamento de Cultura y Educación, 1985, pp. 379-383.

- 200 CMTB, Valencia: carta nº 214, s/l [Valencia], s/f.
- 202 Para una transcripción y un estudio en mayor profundidad de este texto hasta ahora inédito, véanse: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Arqueología de una metáfora: *Contramina* en la literatura de Ricardo Bastid"; y Ricardo Bastid, *Contramina*, ambos en: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Dossier Ricardo Bastid (1919-1966)", *op. cit.* [en prensa].
- 202 Para una transcripción y un estudio en mayor profundidad de este texto hasta ahora inédito, véanse: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Arqueología de una metáfora: *Contramina* en la literatura de Ricardo Bastid"; y Ricardo Bastid, *Contramina*, ambos en: Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Dossier Ricardo Bastid (1919-1966)", *op. cit.* [en prensa].
- 203 Bastid gesta con anterioridad otro cuento, mucho más breve, titulado *Sólo una casa*. Se trata del único éxito en su propósito de publicar una pieza literaria en España. El manuscrito que ha llegado hasta nosotros difiere en algunos aspectos de la versión publicada. Cfr.: BVNP, Valencia, ARBP 59, Ricardo Bastid, *Sólo una casa* [manuscrito], s/f [1960]; Ricardo Bastid, "Sólo una casa", *Índice de artes y letras*, Madrid, nº 141, septiembre de 1960, p. 19. Debido a lo confuso del argumento y a la técnica similar a la empleada en *Puerta del Sol*, Fernando Larraz considera que podría tratarse de un fragmento desgajado de su primera novela. Véase: Fernando Larraz, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 221.
- 204 CMTB, Valencia: carta nº 97, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1959.
- 205 Manuel Lamana, *Otros hombres*, Buenos Aires, Losada, p. 237.
- 206 CMTB, Valencia: *Variaciones de la meditación y el vértigo* [dos manuscritos, uno fechado en 1965], s/p. Sobre la multiplicidad de versiones de esta obra, véase: Milde de Tomás Bastid, "Descubriendo a Ricardo Bastid", en Pablo Allepuz y Óscar Chaves, "Dossier Ricardo Bastid (1919-1966)", *op. cit.* [en prensa].
- 207 Existen dos fragmentos literarios pertenecientes a la etapa final de la carrera de Bastid, fechados en 1966: *Historias de mar adentro (para el final)* y un poema sin título que presenta junto a la firma del autor la palabra "Póstumo" entre paréntesis. Ambos se conservan en la CMTB, Valencia.
- 208 CMTB, Valencia: carta nº 127, Buenos Aires, 24 de julio de 1960.
- 209 CMTB, Valencia: carta nº 128, Buenos Aires, 26 de julio de 1960.
- 210 El malagueño José Julio Castro adquiere también un terreno en las inmediaciones y la finca más próxima a la suya está ocupada por una mujer valenciana y su esposo. Cfr.: CMTB, Valencia: carta nº 119, Valencia, 1 de agosto de 1960 y carta nº 131, Buenos Aires, 4 de septiembre de 1960.
- 211 CMTB, Valencia: carta nº 2, Moreno, 23 de enero de 1961. La numeración de la correspondencia bonaerense se reinicia tras la mudanza del matrimonio a comienzos de 1961.
- 212 CMTB, Valencia: carta sin número, Moreno, 6 de julio de 1962.
- 213 Guillermo de Torre, *Tan pronto ayer*, *op. cit.*, p. 116.
- 214 CMTB, Valencia: carta nº 174, Valencia, 10 de julio de 1962.
- 215 CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 6 de agosto de 1962.
- 216 CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 20 de julio de 1962.
- 217 Aunque este extremo resulta algo confuso en la correspondencia, en la mediación estuvo involucrado Mariano Fernández Zúmel, catedrático de medicina casado desde 1930 con Concha Tapia, hermana de Carmen (CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1962).

- Por otra parte, también se menciona a un tal Tomás –quizá Tomás Cruz, regente de Sésamo, o bien Mariano Tomás, de identidad desconocida– como parte interesada en el proceso (Cfr. CMTB, Valencia: cartas nº 129, Valencia, 11 de diciembre de 1960; nº 8, Buenos Aires, 23 de marzo de 1961; y sin número, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1962).
- 218 CMTB, Valencia: carta sin número, Moreno, 20 de marzo de 1963.
- 219 CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 22 de abril de 1963.
- 220 BVNP, Valencia: ARBP 16, Modelo de declaración jurada para la repatriación definitiva de Ricardo Bastid Peris, 29 de abril de 1963.
- 221 Hacia 1962, Ricardo entra en contacto con el arquitecto Antonio Bonet Castellana, quien le ofrece la posibilidad de participar en el ornato de alguno de sus proyectos latinoamericanos. Si bien desconocemos hasta dónde llegase este vínculo más allá de un par de colaboraciones y varios bocetos de decoración en cerámica, bien pudo obrar en la determinación de Bastid a formarse como arquitecto; “una profesión de carácter universal” que le permitiría volver a ingresar en la vida universitaria y desarrollarse en múltiples direcciones profesionales desde cualquier lugar del mundo. Cfr. CMTB, Valencia: cartas sin número, Moreno, 15 de agosto de 1962; sin número, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1962; sin número, Buenos Aires, 16 de octubre de 1962.
- 222 Carmen Tapia ofrece un agudo examen de la omnipotencia de los Auditores de Guerra en aquellas fechas tan alejadas de la contienda en: CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires / Moreno, 14 de mayo de 1963.
- 223 CMTB, Valencia: cartas sin número: Buenos Aires, 26 de mayo de 1963 y sin lugar, 9 de junio de 1963.
- 224 Cfr.: Antonio Buero Vallejo y Vicente Soto, *Las cartas boca arriba: correspondencia (1954-2000)*, Madrid, Fundación Banco Santander, 2016, pp. 105-115; CMTB, Valencia: carta del Dr. José Julio Castro a la familia de Ricardo Bastid, Buenos Aires, 10 de junio de 1966; CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 16 de noviembre de 1967; segunda entrevista realizada por los autores a Nicolás Sánchez-Albornoz, Madrid, 26 de febrero de 2020.
- 225 Gutmaro Gómez Bravo, “Guerra sin fin. Aproximación al caso español”, *Haroldo. La revista del Conti*, 18 de julio de 2020. Disponible en: <https://revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=492> [consulta: 3 de enero de 2022].
- 226 Ricardo Bastid, *Puerta del Sol*, op. cit., p. 63. En esta edición, p. 124.
- 227 Manuel de la Escalera, *Muerte después de Reyes. Relatos de la cautividad de España*, México D. F., Ediciones Era, 1966, pp. 59-60.
- 228 Marcos Ana, *Decidme cómo es un árbol*, Barcelona, Umbriel, 2007, p. 161.
- 229 Manuel de la Escalera, *Muerte después de Reyes (Relatos de la cautividad de España)*, Madrid, Forma, 1977; y *Muerte después de Reyes. Cielo en la cárcel*, Madrid, Akal, 2015.
- 230 Pablo Allepuz y Óscar Chaves, “Introducción”, en Ricardo Bastid, *Los años enterrados*, op. cit., pp. 11-90.
- 231 CMTB, Valencia: carta nº 87, Buenos Aires, 20 de abril de 1959.
- 232 CMTB, Valencia: carta sin número, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1959.
- 233 Maruja Torres, “Vicente Soto, historia de tres pesetas”, *El País*, Madrid, 18 de junio de 1983, p. 56.

Ricardo Bastid

PUERTA DEL SOL

Puerta del Sol,
puerta de España.

Puerta del Sol:

qué mal te llaman.

Que ha muerto el sol
y estás cerrada.

...

Ay, del amor y el hombre,
del viento y de la vida,
de la luz de mañana
nunca yo dudaría.

Jesús López Pacheco

(De *Canciones del amor prohibido*).

A mi mujer

La puerta se ha cerrado suavemente. Apenas he oído el cerrojo. El guardia me ha mirado con curiosidad y se ha marchado silbando.

Silencio. El silbido cansino del guardia resalta el silencio...

No se percibe el menor rumor. Frente a mí, un poco a la derecha, la pared me hace guiños con varios letreros desvaídos. No, hay uno muy visible. Está justamente sobre el extremo del poyo de cemento. Quien lo escribió estaba seguramente tumbado boca abajo. Sus pies se apoyarían en el muro opuesto y descansaría el torso sobre los codos. "M.H.L. - 26-7-55". Claro, es de este mismo año. Del verano pasado. Por eso es tan perceptible la inscripción. De todas formas se vería bien, porque la celda está pintada de hace poco tiempo. (Pues del verano, naturalmente).

Me gusta esta fresca blancura de la cal. ¡Menos mal! La vez anterior fue una celda mugrienta, cubierta de desconchones y rótulos. Esta de ahora por lo menos está limpia. (Su blancura le da como un aire conventual. Casi diría que esta limpieza sugiere una cierta intimidad).

Se ve que en estos nueve años han remozado todo el sótano. La rotonda del Cuerpo de Guardia está también blanqueada. (Parece más grande ahora). ¡Sería una juerga! ¡Menudo trasiego, de unas celdas a otras...! Claro que ahora debe de haber mucha menos gente y se puede hacer. Seguro que en ningún calabozo meterán a más de uno. Al menos en estos pequeños de incomunicados. Por eso no se oye hablar ni en voz baja. ¿O estarán de siesta? Pero no, porque yo comencé a comer pasadas las dos; y los policías llegarían a casa a eso de las tres. Así que aquí se aproxima ya la hora de la cena. De todos modos este silencio no me engaña. ¡Qué silencio! (Parece un silencio que se pudiera tocar).

Ya no se oye al guardia. Ahora no se oye absolutamente nada. Por eso el silencio se me hace menos real. Tal vez sea porque estoy sintiendo... es como si sintiese sobre mí la curiosidad de los demás detenidos. Serán muy pocos los que me hayan visto pasar, pues este calabozo está muy próximo al primer rastrillo. Solo distinguí a tres o cuatro. Los que estaban asomados a los ventanillos de las puertas. (Aquellos ojos de almendra, tan oscuros y abiertos, ¿serían de una muchacha?)

Me echaría a gusto sobre el poyo de cemento. Está limpio y terso. Incluso brilla a trozos. Pero puedo arrugarme el traje. Y si me quito la americana tendré frío. Ya suponía, ya, que el ponerme este traje nuevo me acarrearía incomodidades... Pero había que hacerlo. Ya sabe uno lo que lleva ganado si entra aquí de señorito. Hasta les puedes contestar de tú. Si ellos te tutean, claro. Y si crees que no te habrá de perjudicar demasiado. Porque a muchos policías les gusta dedicar los primeros momentos a “medirse” con el detenido. Si uno aguanta y logra mantener altura, hay mucho adelantado. Claro que si a las primeras de cambio viene la bofetada, como le ha pasado a más de uno... (¡Qué saborcillo acre en el fondo de la lengua...! Parece como si una espumita cálida me estuviese subiendo del estómago). Bueno, mejor será no pensarlo. Que por eso precisamente me he puesto este traje. Yo creo que para algo servirá. Además...

—¿Cómo?

(¡Soy idiota! Me está hablando el guardia, y yo sin enterarme).

—Sí, Juan Fernández.

(No, no es el guardia. Este es el sargento).

No tiene aspecto de mala persona. Y escribe despacio. Coge el lápiz casi por la punta y aprieta los dedos. Los aprieta, los aprieta...

—No, de guerra.

Pisa fuerte y con parsimonia. Debe de ser grueso. Tiene la cara sonrosada y abundante. Mientras me hablaba y la pegaba al ventanillo apenas le veía los pómulos. (La misma curiosidad de su mirada azul es perezosa y lenta).

No, ¿por qué he de ser forzosamente común o político? No, señor; de guerra. Sí, aunque estemos a estas alturas. ¿Ha habido, acaso, alguna amnistía?

¡Alto...! No, esto no me conviene decirlo. (Ni pensarlo siquiera, no se me vaya a escapar y lo tomen por otro lado).

“¡Pues claro, de guerra! Porque yo no he sido juzgado por mi actuación de la guerra. ¡Y mire usted por dónde, alguien se ha acordado de mí ahora, al cabo de los años! Sí, desde luego, no puede ser más

que una vieja denuncia reavivada; no se explica de otro modo. O tal vez una revisión de archivos...”

Sí, interesa mucho que los guardias se den cuenta enseguida de que aunque no soy “común” tampoco soy un detenido político de los de ahora. ¡Arreglado estaría...! A ver si así, al menos, puedo explotar mejor las facilidades que Rosa me vaya consiguiendo arriba. Porque habrá para tiempo. ¡Para qué me he de engañar!

Lo de la vez anterior no tengo por qué ocultarlo. Pero si no preguntan... Aunque lo veo difícil. Suele gustarles el palique a los guardias. ¿Qué van a hacer? No tienen mejor modo de entretenerse. (Y eso es lo malo. Por la boca muere el pez).

Arriba es distinto. Arriba sabrán más que yo. Lo que yo tenga olvidado me lo sacarán ahora.

En cualquier caso creo que no estará mal apoyarse en la edad, tanto con los guardias como con la policía. Y con el juez, claro. Hay que darle las vueltas que sea; pero, de cuando en cuando, conviene que se fijen en la escasa edad que yo tenía en el verano del treinta y seis.

¡Además, si para ellos será un alivio! Hay que ver qué cara tan agria, yo diría que de hostilidad, puso el policía del Registro cuando me hicieron la ficha de entrada. “Sí, eso, una criatura”. “Casi un niño –balbuceé–, eso es”. Aquel interrogatorio era absurdo. Estaba fuera de lugar. ¡Que me tomasen la media filiación y listos! Pero él seguía machacando. Y eso que le aclaré: “No, al comenzar la guerra yo tenía aun dieciséis años. Cumplí los diecisiete en octubre... ¡Claro, lo que usted decía! Una criatura...” Su acritud comenzó a desvanecerse. Inició una actitud jovial, casi afable. ¡Je! Es que como yo asentía a todo lo que me decía... “Sí, eso, gracias a que el alzamiento fue en julio yo había podido terminar el Bachillerato en mayo. ¡Je, je...!”. Me sonreía ya abiertamente. Parecía como interiormente conmovido por alguna súbita complacencia. No hubo más narices que seguirle la charla. (Y eso que... ¡para charlas estoy yo!) “Ah, entonces, ¿usted era ya policía el año treinta y seis...?”. “Claro, recién ingresado en el Cuerpo... en realidad, bien pocas quintas de diferencia”. “Sí, solo unos añitos...”

Yo creo que de buena gana me habría invitado a café. Pero el guardia esperaba para conducirme abajo. (Y allí se quedó, tan contento, apurando el suyo).

Al verme cruzar la puerta, al otro extremo del largo despacho de ficheros, me dirigió una mirada casi afectuosa.

El guardia que me acompañaba era otra cosa. Parecía que se hubiese tragado un palo. Debía ser de los nuevos, porque tenía aun cierta facha de campesino. Probablemente era de los que le hablan a

uno de “usted”. (Aunque de cualquier modo, a un guardia no le vas a contestar de “tú”, claro).

El poyo brilla, brilla. (Me sentaré).

El frío este del cemento... ¡Cómo cala hasta la carne! Parece como si me hubiera mojado el pantalón, así, sin más. Pero seguiré sentado. No me conviene fatigarme. (Eso de poder solo dar vueltas y vueltas, como una peonza...)

¡Qué agridulce sensación, palpase los bolsillos vacíos! Se siente una especie de liberación... Es como un vértigo de irresponsabilidad. Esto de haber sido despojado de todo... ¡Nada, ni una mala punta de lápiz! Y también me han quitado aquel alfiler que me prendió ayer Rosa en la solapa. (A ver, ¿no estará suelto por el fondo de algún bolsillo aquel pedacito de mina del lápiz estilográfico...? No; esta vez, no. Solo miguitas).

Mejor. Sí, sí, mejor; así... (Lo que tengo que hacer es pensar, pensar... Recordar, adivinar. Y agazaparme en el último rincón de la mente).

...

La mayoría son dulces. (Bueno, pero eso no son miguitas. Es polvillo de harina y azúcar. Porque realmente, las miguitas... sí, son algo saladas).

¡Qué bien está ahora el rapaz! Los dos primeros años no me hacía mucha gracia, la verdad. Me parecía algo que fuese solo de Rosa. (¡Como que yo era casi ajeno a él!) Pero ahora somos amigos.

Cada día va confiando más en mí. Probablemente porque le he aficionado a tramar confabulaciones contra su madre. (Pero en esto del colegio tendrá que ceder. Es decir, tendremos que ceder. Sí, el curso próximo debe ir ya al colegio).

—¿Tiene fuego, guardia?

(Hay que decir algo). Me está mirando tranquilamente a través de los barrotes, como a una fiera que acabase de ingresar en el zoo. Y es natural. Seguramente acaba de hacer el relevo y está recorriendo su zona. Pero es que yo no puedo quedarme así, mirándole como un animal, mientras él se pasea sobre mí con sus ojos.

Este tampoco habla. Al menos ahora.

Bien, ya estoy de pie otra vez. Y ahora con un pitillo encendido. (Malditas las ganas que tenía de fumar).

¿Cuánto tiempo llevaré ya aquí? ¿Será posible que hayan pasado dos horas? Porque este relevo... Pero no, en realidad no sé, pues tal vez el saliente tuviese muy avanzada su guardia.

En cualquier caso llevo aquí un buen rato. Y solo en este momento, mordisqueando unas miguitas, he recordado a mi mujer y a mi hijo.

Me asusta un poco esta insensibilidad. La otra vez no fue así. La otra vez comencé a devanarme los sesos apenas me encerraron. Claro que era distinto. Éramos muchos los complicados. Detenidos, más de diez. Y sabíamos por qué nos habían cogido. Había, además, algo épico en aquello. Una tensión dramática llenaba cada minuto, al menos los primeros días. Las representaciones diplomáticas habían sido informadas por nuestros familiares y se ocupaban de nosotros. Radio París y la BBC habían difundido nuestra detención. Un Congreso de estudiantes iberoamericanos pidió nuestra libertad. Y Toni tuvo varios vómitos de sangre. Le vi por el pasillo, cuando lo llevaban al botiquín. ¡Qué mirada de perro acosado! Ya se le notaba una sombra azulenca junto al ojo izquierdo.

Pero ahora es completamente distinto. Estoy aquí como si hubiera caído en un pozo. O en una trampa olvidada. (No, no caí; alguien me ha empujado). En definitiva, es igual. Arriba, en la luz del día, todo sigue su marcha, y lo mío no tiene nada que ver con nada. La calle del Correo sigue como siempre, con la misma gente presurosa, empujada por la cuestecita que ayuda a bajar a Sol. Ha sido mi última visión de Madrid. Y la cara de Rosa. Su adiós inseguro y sus ojos un poco distendidos, aplazando acaso el llanto).

Sí, he de pensar. He de ponerme en situación y aprestarme para parar los golpes.

¡Si al menos supiese de qué asunto concreto se trata...! Pero aquel policía no fue nada explícito. Ya comprendo que no tenía por qué serlo. Pero dijo bastante. (Tampoco Rosa se tragó la píldora).

“Lo sentimos, señora, pero su marido ha de acompañarnos. Es solo una diligencia. Pero el comisario tiene que interrogarle personalmente, sabe usted...”

Estuvo muy cortés. Casi versallesco. Pero Rosa iba a lo suyo.

“Toma, Juan, ponte este traje más viejo”.

Los policías parecían encantados de aquella comprensión. Un poco corrido, el que habló. Pero, en fin, no había problemas.

“Yo creo que su esposa tiene razón. Se trata solo de un asunto de guerra, pero bueno... Ya sabe, tal vez una noche...”

Por eso. Precisamente por eso preferí no hacerle caso y me metí en mi cuarto. Tardé poco, pues solo se trataba del pantalón y la americana. Y salí tan flamante, con mi traje más nuevo.

“¿Vamos?”.

En el coche les di de fumar. Tabaco inglés. ¿Podría sonsacarles algo? El de más rango aceptó. Debía ser un inspector. Y me habló con familiaridad.

“Se vive bien, ¿eh?”.

“¡Psch! Vamos tirando”.

(Creo que ya está bien. Tengo que cortar estas evocaciones. Hay que ir al grano porque cuando menos lo espere me suben a declarar). Estoy perdiendo el tiempo de una manera estúpida.

Por de pronto, no puedo confiarme en esta primera información. “Un asunto de guerra”. Bien, pero ¿no saldrá algo más a relucir?

Me conviene hacer una revisión general. He de prever todas las posibilidades.

Puede tratarse, en primer lugar, de algún hecho aislado de la guerra. Algo concreto, muy concreto seguramente. Es lo más probable. Será, lógicamente, aquel viejo sumario que ya me airearon como antecedente la otra vez, en el Consejo de Guerra. (Bueno, como no conozco los pormenores, ya preguntarán).

Pero esto significa que habrá que hacer memoria. (Sí, hay que hacer memoria).

¡No es nada, hacer memoria! Casi veinte años... (No me irán a pedir que recuerde cada día de la guerra...)

¡Cuántas de aquellas escenas me parecen ahora imaginarias!

Incluso “aquello” me parece irreal. Lo recuerdo como algo visto en una película. Sí, fue así. Bueno, exactamente no sé, tal vez no. Pero es que, claro, tampoco “aquel” soy yo. De eso sí que estoy seguro. Aquel se movía por un impulso que yo no encuentro ya en mí. ¿Que son los años? No, no creo que sea solo eso. Porque Toni, por ejemplo, sigue viendo las cosas como siempre, desde que le conozco. Creo que hoy sería capaz de embestir con un tanque como entonces. (Al menos con las mismas ganas).

Si se trata de aquello (y ¿qué otra cosa grave podría ser?) me va a ser muy difícil recordar detalles. Ni nombres siquiera. Fueron tantas, aquellas salidas de patrulla entre las dos líneas... Y siempre barajando las mismas caras soñolientas. Pero sí, me convendría. Me convendría mucho recordar a algunos. Me convendría. (Haz memoria. Has de hacer memoria, Juan). Paco, sí. Paco sí vino aquella vez. Porque fue él (sí, fue él) quien se emborrachó disparando el fusil ametrallador sobre el matorral. ¿Y aquel otro, extremeño también? El que tuvimos que traer a rastras hasta la trinchera, con la pierna colgando. ¿No fue aquella misma noche? A ver... claro, creo que fue aquella vez. (A ver, a ver; a lo mejor poco a poco me iré acordando).

Porque sí, eso sí; el minuto aquel es como uno de esos breves trozos de la película que se grabaron íntegros en el recuerdo. Él dio un salto atrás y alzó el fusil. (¿Por qué me acordaré siempre de los

mosquitos?) Fue así, como cuando matas precipitadamente un mosquito. Pero no un mosquito cualquiera, el primer mosquito, no... Uno está oyéndolos zumbar. Ya hace mucho rato que le atosigan, que le vienen rozando. Siente uno las cosquillas insufribles en las ventanas de la nariz. La mano se mantiene alerta... ¡Se escapó otra vez! Los nervios están a punto de estallar. Un relámpago de quietud. Y de pronto, esa motita oscura sobre el hombro desnudo... esa comezón... ¡Que te pica! Eso, fue eso. ¡Que te mata! Y le disparé los tres tiros que me quedaban. Sí, casi a bocajarro, claro. ¡Si él me dio a mí con sus ojos, que se me clavaron dentro!

(¿Por qué habré de recurrir al diálogo siempre que revivo estos recuerdos? Parece que es “el otro” quien me lo cuenta; “aquel”). No. No son solamente los años, no. Hay algo sustancial que ha ido cambiando constantemente en uno. (Bueno, al menos en mí). Me es imposible sentirme dentro de “aquel”. En realidad no recuerdo nada. Lo que hago es preguntarle al “otro”.

En fin, no hay que pensarlo más. (Eso, ya preguntarán).

¿Y si se trata de toda mi actuación durante la guerra? Lo que he sido, lo que he hecho, lo que he dejado de hacer...

Bueno, razón de más. Que vayan preguntando.

¿La guerra mundial? ¿La actuación clandestina en Madrid? No, esto no. Por ahí no creo que salte ninguna liebre. (Ya hubo bastante la otra vez).

Pero ¿y de antes? ¿De antes del treinta y seis? ¡Qué satisfecho se quedó el policía del Registro! “Eso, un crío...” Le gustó, parece que le gustó eso de que solo fuera un crío.

La verdad, si aquello era ser un crío, creo que todavía lo soy. Al menos muy adentro, allá en el fondo de mi mundo oculto, mío... Si no, ¿qué me uniría ya al *otro*?

Sí, algo sustancial cambió; pero algo, sustancial también, sigue vivo en mí, no hay duda. Lo que pienso, lo que hago, lo que *sé*, constituyen un mundo nuevo, distinto. Pero este impulso, este modo de sentir... (Sí, en eso aquel soy yo. Todavía. Solo en eso, pero soy yo. O yo ya no sería yo).

Bueno, a lo que íbamos. ¿Y si preguntan cosas de antes del treinta y seis? Un crío, bien. Pero ¿qué más? “Algo habrá hecho usted. Niñerías, claro, pero algo, algo habrá hecho usted. Que a los quince añitos ya se puede pertenecer a una célula comunista, alterar el orden, apedrear a la fuerza pública... ¿no?”.

Pues sí, desde luego. (No, bueno, no voy a contestar que sí. Eso, hay que pensar qué voy a decir. Pero, sí, a los quince años...) Sí, ya

lo creo que sí. A los quince años ya era yo novio de Pili. Y reñimos precisamente por eso. Bueno, reñimos... ¡Qué claro creo verlo ahora! (Sí, Pili me quería. Lo que pasa es que me quería a su manera, desde su mundo, y claro...) Yo creo que ya tendría bien cumplidos los dieciséis cuando publiqué aquel cuento en el periódico de la Juventud. Ya lo creo, casi diecisiete. ¡Si fue en pleno verano, muy poco antes del alzamiento! “El traje gris”. Y el caso es que, a pesar del tema, el cuento en sí le gustó.

No creo que la policía vaya a encontrarle nada subversivo. Así... “sumariamente”, quiero decir. (Espero que no lo entiendan. Además, qué demonio, entonces podía uno escribir lo que le diese la gana).

Aunque no; no es esa la cuestión. La cosa es que ahí está eso; que incluso antes de la guerra “ya escribía usted cuentecitos en el periódico de la Juventud”. Eso es lo que dirán.

Pero no creo que se salgan por ahí. Si lo hacen, pues lo dicho: “un crío”. Y a cada cosa que pregunten ya iré saliendo como pueda. (Todo antes que cantar de plano, sin más ni más).

Si tuviera la fortuna de caer en manos de un policía inteligente... Probablemente será un inspector quien me tome declaración. Digo, no creo que haya escenas previas. (Si me ponen al pie de letra todo lo que puede ir apareciendo; así, a su modo...)

Pero, no; si tropiezo con una persona inteligente podría tratar de hacerle comprender... que si no, ¡vaya condena!

(Esa voz es de mujer. Sí, de mujer. Y es de una celda próxima).

(¿Andaluza...?)

(¡Y qué voz tan aguardentosa!)

Creo que estoy desbarrando. ¿Cómo voy a hacer comprender nada a nadie? Y aunque comprendiesen –que ya es difícil– ¿cómo habrían de decírmelo?

(El guardia es bastante paciente, la verdad. Claro que, llevando un niño de pecho... No sabía que estuviese permitido).

No, yo no puedo tratar de hacer comprender nada. Lo que he de hacer es callar todo lo posible. Y si puedo hacerme simpático... ¿Por qué no? Modales naturales, lenguaje cuidado... (Pero, ¿qué cara pondré?)

¡Caray, si es una gitana! Lo de “churumbele” se ha entendido perfectamente.

Confío que Rosa habrá movido alguna influencia. El trato, así, sería suave al menos.

Eso, simplemente ver si caigo en gracia. Porque no, hay cosas que no se pueden decir. (Son verdades como templos, pero no se pueden decir. Está... ¡Está feo, sencillamente!)

Y el caso es que no, desde luego que no. A mí no se me ocurre ahora lanzar a nadie contra nada. No. Podré ir a su lado. O ponerme a la cabeza, si llega el caso. ¿Por qué no? Pero *lanzarlo*, es decir, sacarlo de donde está y empujarlo a la aventura...

No, eso no. En esto me doy cuenta del abismo tan hondo que nos separa.

Y sin embargo el otro día, leyendo a Gide, experimenté la misma sensación de entonces. La misma herida, la misma llamada recia y limpia.

¡Qué agudo gozo, aquel hallazgo inesperado! ¡Y qué insospechado retorno a mis quince años! ¿Cómo iba yo a pensar que mi padre me guardase todavía esos libros?

Si voy a la cárcel le diré a Rosa que me vaya llevando algunos. (No faltará quien me los pase).

Es una ocasión única. ¿Cuándo, si no, podría volverlos a leer? Treinta y cinco o cuarenta, por lo menos, sí habrá. De Barbusse, tres, eso seguro, porque *El infierno* lo tuve en las manos, y en el cajón se veían aun *El fuego* y otro, al lado de los de Gorki. Solo en ese cajón tiene que haber como una docena, incluidos los de Gide. No, todos los de Gide, no, que *Los monederos falsos* está en el cajón grande... ¡Vaya revoltijo! Ahí sí que no recuerdo bien. (Valle Inclán, Piscator, Ehreburg, Glaesser, Baroja, Romain Rolland... ¡Ah! y aquel paquetito con *Cemento* y *Sacha Yegulev*, junto a los de Anatole France y Pirandello).

“Aquellos polvos traen estos lodos...” El abuelo me lo diría si me viera aquí, seguro.

Pero, ¡qué fresca, qué reverdecida sensación de mocedad la del otro día! El libro está intacto, con un marcador de cartulina aun entre las últimas páginas. El papá los guardaría todos cuidadosamente al terminar la guerra. Me lo imagino en el desván, revolviendo los trastos viejos para colocar los cajones en lo más escondido.

¡Mis padres! Mis pobres padres... (¿Temerán que me haya metido en otro lío?) A ellos no los empujé, los arrastré. (Mamá lo repetirá, seguro, día tras día: “¡Ahora que empezaba a levantar cabeza...!”). Bien, no quiero pensarlo. Le encargaré a Rosa que le pida a papá todos los libros. Y aquel también. (Se quedó sobre el velador, no se lo vaya a dejar. Ahora ya no hay que temer por tenerlos en casa).

Como estaba forrado se ha conservado bien. La portada está como nueva. Aquella casona señorial, rústica y apacible como una ermita, entre una espesura de huerto y jardín. Arriba, sobre el añil excesivo del cielo, los caracteres negros del título: LA PUERTA ESTRECH... (Claro le falta la “A” final. Todavía se ve sobre la “H” el carmín de los labios de Pili. ¡Cómo nos reímos los dos de su mordisco!)

Era buena, Pili. Y tenía una capacidad de aislamiento extraordinaria. (Así mordió el libro aquella noche, mientras me escuchaba en silencio).

Estábamos acodados sobre el pretil del río. Sí, creo que fue la noche aquella del río. Había algunas nubes y muchas estrellas. Y la luna caía a veces sobre el agua cenagosa y rápida. Yo hablaba, hablaba. Ella callaba y me abandonaba una mano. Con la otra sostenía el libro sobre el pecho, acercándose a veces a la boca oscilante. De cuando en cuando, un mordisco menudito. Como un ratón. Y yo hablaba, hablaba...

—¿Quién quiere mear?

Sí, por si acaso. Porque será tarde. (Así subiré a declarar mejor dispuesto. Es decir, supongo que subiré a declarar esta tarde).

Luego me podré quitar el pantalón y la americana y trataré de dormir. (No creo que tarden en dar las mantas).

—Sí, guardia, yo también.

(Lo malo es si me suben por la noche. O de madrugada, como solían hacer la otra vez. Pero no, no creo. Ahora no hay razón para ello. En fin, digo yo).

Aquí está el guardia.

—Gracias.

Bueno, aunque no se las dé... (Yo creo que a algunos hasta les parece un poco cursi).

—¿Por ahí?

—Sí, todo seguido. Y no tarde, que hay otros dos.

(¡Vaya bostezo!)

Será allá, a la vuelta del pasillo.

Tres, cuatro, cinco, seis... Cuando regrese me fijaré en las otras celdas, las de enfrente. (¡Esta es la gitana!). Ahora habrá que doblar. Once, doce, trece... ¡Claro, aquí!

¡Qué gozo, esta luz del día aun...! Creí que sería más tarde. (Ese tragaluz a ras de tierra parece una tajada de sandía. Boca abajo, claro. De esas un poco ovaladas).

—¡*Informaciones y Madrid...*!

Pues ya serán las seis, o así.

—¡*Madrid!* ¡*Informaciones!* ¡*Informaciones y Madrid...*!

¡Cuántas piernas pueden pasar en unos segundos! Buen mirador para los guardias. (No, uno no está para eso).

Ese ruido metálico no es de la calle. (Parecen cacerolas. Será el rancho. Dentro de nada, la cena).

Trece, doce, once... Catorce, quince, dieciséis.

La numeración, pues, empieza en la rotonda. Y da la vuelta.
(Así que la mía será la dos).

Cuando dé la vuelta apretaré el paso, no sea que el guardia...
(Ahora da gusto, andar sin prisa).

Nueve, ocho, siete...

¡Con qué descaro mira la gitana!

Pues no eran de una muchacha, aquellos ojos oscuros. (Es un chicuelo; ese del cuatro).

—¿Me da un pitillo?

Lo ha dicho de golpe. (Un susurro breve). Me ha parado en seco...

No se ve al guardia. Pero si le doy el pitillo y aparece en ese momento me gana el broncazo. Y no me trae cuenta.

Me lo sigue pidiendo con los ojos. ¡Cómo le chispean detrás del ventanillo! Debo parecerle un pasmado.

—¿Puedo darle unos pitillos, guardia?

¡Qué oportuno ha llegado! No parece que tenga prisa en contestarme. (Se ha plantado frente a él con las manos hundidas en los bolsillos y se despereza echando atrás los hombros. Le está mirando despacio, a través del bostezo ese que casi le cierra los ojos).

—Pero solo te daré lumbre una vez ¿eh? Le tomáis a uno por el chico de la Benita...

Este guardia es de Madrid. Esa manera de decir “pol-chico-la”...
(¡Vaya! Le ofrezco otro a él y me lo acepta. La cosa va marchando).

—No, no cierre la puerta que ya viene el rancho.

¿Cómo no me había dado cuenta? (Los cerrojos suenan como una cadena de golpes secos). El pinche va abriendo las celdas...

Sí, cogeré el plato yo también. Y la cuchara. (Si digo que no quiero me expongo a lo de señorito “remilgao”). Eso, me lo meteré en la celda y ya veremos. (Porque si se lo doy a ese muchacho puedo oírme aquello “del Socorro Rojo”, como la otra vez).

¡Cómo quema! En este rincón está bien. La cuchara puede quedarse también en el suelo. (Tendrá babas de siglos. Si al menos fuese de metal... No, no la usaré).

Ya es tarde para que me llamen. Pero, ¿quién sabe...?

Parece que he reaccionado yendo y viniendo. Me echaré sobre el poyo, un poco incorporado, y así no me arrugaré.

Así. Eso, así...

...

(¡Qué bien, cerrar los ojos y esperar!)

...

La luz de la bombilla es casi amarilla. Y muy tenue.

Será en parte por la roña. La tienen para verlo a uno, pero la verdad es que acompaña.

(El forro del libro no tenía roña. Estaba amarillento, pero no tenía roña).

No se está mal en esta postura. (Podía haberlo pensado antes). Así, tan bien; con los ojos cerraditos y los párpados tan pesados... ¡Todo tan quietecito!

¡Tan quietecito...!

...

(Las que sí tenían roña eran mis rodillas al regresar del colegio. Pero el forro de los libros, no. Y no eran amarillos. Eran de un azul oscuro. Muy oscuro).

(Muy oscuro...)

...

¡Mira, mira qué oscuro! Fíjate qué oscuro, Pili. Tu pelo, como es tan negro, no se ve siquiera. Y todo es así, oscuro. La luz, lo que hace es engañarnos. Sí, las luces, eso. Porque la luz está dentro. ¿Sabes? Dentro...

Dentro, si miras bien, todo es luz. Mira, mira cómo brilla. Y fuera ¡qué oscuro!

¡Claro, tonta! Quería decir dentro de uno... Anda, entra. ¿Ves? Ahora somos uno. Ahora tú y yo somos uno. Asómate a mis ojos. ¿Ves las estrellas? Pues también, también cabrían. Y eso que la puerta es estrecha ¿verdad? Pero también cabrían. Todo cabe, todo... Claro, porque uno se agranda, se agranda...

¡No muerdas el libro, tonta! ¡Ja, ja, ja...! ¡No muerdas el libro!

¿Por qué habrán de dar esos portazos?

(Me estaba durmiendo. Yo creo que he dormido un poco).

No, eso no. Mal asunto, subir a declarar con el sueño cortado.

(¡Qué ocurrencia, meter a Pili en mi cuerpo!)

(Y hacerla morena...)

(Leonor, Leonor sí que era morena).

La luz de la bombilla es casi amarilla...

...

“Anda al baño, Juanito... ¡Qué de roña en las piernas!”

Tú tienes la culpa, Leonor, por hacerme poner de rodillas. Ya te lo decía yo, mamá se fija siempre en las piernas...

¡Qué pelo tan negro, Leonor! Así, inclina más la cabeza...

Muy oscuro, todo es muy oscuro. Pero dentro de uno, la luz... Y todo cabe ¿ves? aunque la puerta sea tan estrechita.

¡Mira, mira qué bien alumbra! Si la herida fuese más grande, el chorrito de luz sería mayor. Y alumbraría todo, todo el camino...

*Ahora, ya sabes, me has de calzar la espuela. ¿Está listo el caballo?
No, el que me trajeron los Reyes no...*

*¡Y qué amarilla es! ¡Qué amarilla es la luz de esta bombilla!
(No, no me conviene dormirme del todo...)*

*Eso... No, tú te has de quedar ahí, en el balcón del castillo... ¡No te
bajes del banco, tonta!*

*Como mañana es jueves nos llevarán al cine... Sí, y el último episodio
de Los Nibelungos... ¡Qué pelo tan largo y rubio el de ella!*

(Como el de Pili. Ese sí. Rubio y largo, como el de Pili).

*Ah, y no olvides los pitillos para el pobre de la esquina... ¡No, tonta!
Pitillos. ¿No ves? Si los está pidiendo con los ojos...!*

¡Claro! Pan ya le dan los demás.

II

Un día saldré así, como ahora. Un pie tras otro, al revés de como entré y... ¡a la calle!

¿Me dolerá la cabeza? La culpa fue mía, por echarme sobre el poyo. (Y el caso es que lo pensé. Malo, mal asunto, subir a declarar con el sueño cortado).

¡Vaya siesta! Tampoco ahora he oído el cerrojo. (Si no me despierta él...)

Estos guardias que le llevan a uno de arriba abajo y de abajo arriba harán el servicio en cuatro turnos. No puede ser de otra manera.

(Y sigue como antes. Como si se hubiera tragado un palo).

(¡Sí que tarda en firmar el volante!)

Eso, un día abrirán el rastrillo ¡y a la calle!

A lo mejor será para llevarme a la cárcel. (Pero bueno, por de pronto a la puñetera calle...)

(Toni lo diría así. Siempre lo dirá así).

No, ahora sí que no tengo la menor idea del tiempo que llevo metido aquí. ¡Vaya una idiotez, dormirme de ese modo! (Como si no tuviera uno nada en qué pensar).

Y el caso es que todos me consideran tan...

Bueno... tan “formal”. (Eso, tan “responsable”).

¡Vaya hombre, otro volante! (Sí que me ha tocado un buen elemento).

Ahora es el rastrillo el que proyecta la sombra de los barrotes afuera, sobre el rellano de la escalera.

Luz eléctrica también, naturalmente. Pero no es como aquella puerca luz amarilla.

Y, claro, hace como una cuadrícula.

Así que tiene que ser ya de noche. Porque cuando me trajeron era el suelo de la rotonda el que recibía la sombra de los barrotes.

Claro que muy floja. ¿Cómo va a llegar bien aquí la luz del día, a través de esa escalera con tanta revuelta?

—¡Vamos!

Vaya, ya dijo algo. También ahora podía haberme hecho solo un gesto con la cabeza, como antes.

(¡Piensa, Juan! Que ya subimos. Piensa, piensa... ¡Vas a declarar! ¿Te das cuenta? Que vas a declarar...)

¡Ya debe ser difícil fugarse de aquí abajo! Y el caso es que dicen que uno lo hizo, hará un par de años.

(Vas a declarar. ¡Que vas a declarar, Juan! Vas a declarar...)

¡Bueno, voy a declarar! Pero peor será pensar en ello, ¿no? Darle vueltas por el camino, barrenar en el cerebro hasta el último momento y llegar allí con el alma hecha un ovillo...

¡Las estrellas!

Está empezando a hacer frío, verdadero frío. (Ya podías haber cogido la gabardina).

Claro, desde este último rellano se planta uno ya en el patio, al nivel de la calle y con ese portón enfrente. No van a adivinar que vienes de abajo... Además, puedes ser un policía ¿no?

(La cosa está en la corbata...)

Pues hace bien, le hace bien a uno atravesar otra vez el patio. Este aire frío y, ahí, ese trocito de la calle del Correo...

¡Qué bien, si llegan los ruidos de la Puerta del Sol! Luego, cuando me bajen, miraré otra vez.

Esta escalera es casi de caracol. Desde luego que aquí no puedes echar a correr. A lo mejor por eso el guardia ha pasado delante. (No, a este guardia no se le ha escapado nunca nadie).

(No es solo la corbata. La cosa está también en la barba. Uno suele llevar barba de varios días).

A ver, a ver si sabe a dónde me lleva. No parece que lo ve muy claro.

Si en vez de mirar y remirar el volante le preguntase al conserje...

Ahí, donde pone "Bar", no va a ser. Puede que sea a continuación; ese letrero de "Brigada Social". O en el pasillo de enfrente; "Brigada Criminal".

¡Venga, a ver si te decides!

(Vas a declarar. Vas a declarar, Juan).

—¿Es para mí? Ya era hora ¿no?

(Pues por poco es en el bar. Está casi al lado).

—Es que, mire usted... la letra no está muy clara ¿sabe?

—Bueno, pero ¿qué tendrá eso que ver? Hace media hora que lo pedí. ¡Pase; venga, pase!

Es a mí. (Vas a declarar, Juan).

—...Usted puede volverse al Cuerpo de Guardia. Ya le mandaré llamar.

(¡Qué salivilla sube...!)

O sea, que hay para rato. (Vas a hablar un rato, Juan. Vas a declarar un buen rato).

—...Siéntese ahí un momento, que me falta un papel.

(Vaya, conmigo no parece que es tan brusco como con el guardia. Y me ha dejado solo con la puerta entornada. ¡Claro, ya saben ellos...!)

(Aquí viene).

—Mire, yo me cierro por dentro ¿sabe? Si me llaman por teléfono, que lo dejen para más tarde.

—¿Y si es don Eugenio?

—¡Caray, claro, según quién sea!

(Ahora sí que va).

Esa vocecilla tiene que haber sido de una mecanógrafa enclenque. Él no. Él parece un hombre sanote. (Mejor).

—Bueno, vamos a ver...

(No sé qué cara pongo).

¿Qué cara pondré? (No pongas ninguna cara; es mejor).

Pues todavía le falta algo. ¿O me estará observando, mientras revuelve los cajones? Porque yo no voy a mirarle a él... Será mejor pasear la mirada así, como distraídamente, por las cosas que hay en el despacho. (Y tampoco puedo decirle nada. Yo debo estar callado. Esperar).

¡No, ese cuadro no! Si miro ese retrato que tiene encima del sillón, ¿qué cara habría de poner?

—Vamos a ver, Fernández... Viñón ¿no?

—Sí, Vignon, pero con "gn"... sí, con "gn".

(Ese gesto no quiere decir nada. Nada así... como para que conteste. Seguiré callado).

¡Vienen bien, muy bien, estas pausas! Así parece que va entrando uno... ¡poniéndose a tono, vamos!

—Mire, yo... francamente, yo he cogido este asunto a disgusto. Y le advierto que no sé nada. No tengo ni idea de qué se pueda tratar. Yo solo tengo una comunicación del Comisario-Jefe de la Brigada a la que he de atenerme. En ella se me ordena simplemente que proceda

a su detención para responder de los hechos que se le imputan en el sumario número no sé cuántos. Y, claro está, que le haga el interrogatorio preliminar.

(¡Qué manera tan familiar de repantigarse en el sillón!)

Yo diría que quiere... que quiere mostrarse algo afable. Parece así... como si quisiera disculparse previamente conmigo.

(¿Estará realmente leyendo algo?)

—... Después, pasará usted directamente a disposición del Juez que se designe.

(¿Qué le voy a decir?)

Ahora me está mirando como para que diga algo. Algo... ¿qué?

Yo diría que ese ademán ha sido para eso.

¡Sí; mira, mira!... ¿Qué te voy a decir?

(Seguiré callado).

—¿Se da usted cuenta...? Mi papelito, como verá... En fin que no, que no es lo mío. Lo nuestro es... ¡pues eso! Ya supondrá usted; indagar, hacer los interrogatorios que sea menester, pero, eso, indagando siempre. Después se pone al detenido a disposición del juez, pero ya con un atestado nuestro que servirá de base para comenzar a instruir el sumario. Eso, eso sí que son interrogatorios preliminares. Bueno, nuestros interrogatorios, en definitiva, son siempre preliminares, claro ¡je, je!... Después, el juez verá... ¿Usted fuma?

—Gracias.

(Pues no marcha mal esto).

Así, fumando con él, la cosa resulta menos solemne.

¡Claro, también se han quedado con mi mechero! (Esta actitud de darme lumbre es ya casi protectora).

(Que no, que no marcha mal esto...)

—Así que, mire, yo me voy a limitar a tomarle la declaración referente a su actuación de guerra. ¡Bueno, je, je, je!... Usted comprende, ¿no? ¡Menuda limitación!...

—Es verdad, ¡je, je!... ¡Vaya una limitación! Pero, entonces, ¿es que se trata de algún asunto de guerra?

(¡Caray, al fin arranqué a hablar!)

—¡Ah! ¿No se lo había dicho? Sí, es una cosa de guerra. No sé qué asunto concreto, pero es una cosa de guerra. Por eso le decía lo de “limitarme”... Lo que quería decir, como usted comprenderá, es que no voy a meterme en pormenores. Ahora, eso sí, hemos de reseñar toda su actuación de manera que no dejemos ningún vacío. “En tal fecha”—aproximadamente, claro—, “fui tal cosa, en tal otra fecha estuve en tal sitio”, etcétera. ¿Eh?

(Vaya, tendrá que aparecer algo de lo que me temía... ¿Y qué digo yo ahora? ¿Qué callo?...)

Este gesto ha estado muy bien. (Y me ha salido él solo).

Lo ha entendido, ya lo creo. Esto de levantar despacio los hombros y ladear la cabeza e ir separando poquito a poco las manos... “¿Se da usted cuenta de lo que pide? ¿Cómo voy a recordarlo todo?”

¡Y tanto, ya lo creo que me ha entendido!

Podría decirle algo. Pero me parece que es él quien va a hablar. (Lo estará pensando...)

—Bueno, mire. En primer lugar, yo no le voy a preguntar nada. Es usted quien tiene que contarme lo que le dé la gana. Es decir, lo que vaya recordando... No me dirá usted que lo más importante no lo recuerda. Vaya haciendo constar los rasgos más salientes, algo que dé una idea clara de lo que fue su intervención en la guerra. Pero, lo dicho ¿eh?, eso sí: trate de no dejar ningún vacío. Puede usted decirme, por ejemplo, ya le he explicado: “Desde tal mes de tal año hasta tal otro mes del año siguiente estuve en tal frente y fui tal cosa”, o “estuve en tal organismo e hice tales y cuales cosas”... ¿Eh? Y basta. ¡Digo, si es que usted cree que basta! Pero, lo que le decía, no me deje ninguna laguna. Y sobre todo no pretenda colarme ninguna mentira, ¿eh? Sería usted el primer engañado. Que a mí, al fin y a la postre... ¿Cómo voy yo a responder de lo que usted me quiera decir? ¿Verdad? Yo no puedo ir después a comprobar nada... Pero es que, a ver si se da usted cuenta de esto: el juez, a lo mejor, le va a decir “se le acusa a usted de que en tal ocasión y en tal sitio, y siendo usted tal cosa”... —pongo por caso, ¿no?— pues “se le acusa a usted de haber perseguido a don Fulano, persona adicta al Movimiento Nacional, que formaba parte de su misma unidad”. ¿Eh?

(Prepárate ya. Prepárate, que te llega el turno. No habrá más remedio que empezar a hablar).

—... Y resulta que, efectivamente, usted estuvo en esa unidad; pero no me lo había dicho. Y, claro, no aparece por ningún lado en la declaración. En su primera declaración, donde se ve la sinceridad del individuo. ¿Se hace cargo? Pues eso significaría una ocultación. Y no haría otra cosa sino perjudicarse ante el juez.

(¡Listo! ¿Estás listo, Juan?... Ya está bien de reflexiones).

A ver qué dice. A ver qué más dice y en cuanto termine empiezo a hablar yo.

¿Para qué se levantará?

...

(Yo diría que se está paseando para darme tiempo a pensar por dónde empiezo).

—... Yo no voy a meterme en si usted hizo o dejó de hacer lo que sea. Entre otras cosas porque no puedo. Le repito que no sé ni siquiera de qué se trata; así que, ¿cómo le voy a hurgar para sonsacarle si, en efecto, persiguió a don Fulano? Pero decláreme al menos que estuvo usted en aquella unidad, la que sea. Porque eso será tonto que no me lo diga. Luego, allá el juez...

(Ale, ale Juan...)

Soltaré algo. (Venga, rápido...)

¿Por qué no empiezas ya? ¿Así, por algo gordo...? ¡Cualquier cosa!
¡Hazte un lío si quieres, pero empieza, anda!

Y lo que hayas de decir, de carrerilla. Suéltalo de una vez. ¡Si será mejor!...

Déjate, déjate ya de reflexiones.

(¡Ale, Juan! ¡Ale....!)

—...Así que, usted dirá.

(Esto resulta raro. Habrá que volverse hacia él, ¿no?)

—...No, no es menester que se vuelva. Puede seguir como está; hable mirando al techo, si quiere. O mire a través del balcón, como le dé la gana. Por mí, como si quiere cerrar los ojos... Ya tiene una experiencia de esto, ¿sabe? Así, yo me sigo paseando. Venga, vamos a ver, ¿qué cargos tuvo usted en la guerra? ¡Vamos, comience si quiere por ahí!

—Fui oficial del ejército. Teniente.

(Venga, Juan. ¡Ale, arráncate...!)

—¿De milicias o de academia? ¿Desde cuándo? ¿Dónde? ¡Venga, vaya usted diciendo! Ya irá saliendo todo.

—De academia. De la escuela de guerra de Paterna. Novena promoción. No recuerdo exactamente en qué fecha terminé, pero... hacia la primavera del mil novecientos treinta y ocho ya me había incorporado al XIV Cuerpo de Ejército.

(¡Qué nudo...! ¡Qué nudo! ¡Ya está!)

—¡Ah, caramba! Estuvo usted en guerrilleros ¿eh? ¡Caramba!...
En fin, diga...

—Estuve muy poco tiempo. Apenas tres o cuatro meses. Porque en el verano de aquel mismo año pasé al Ejército de Maniobra y de allí a mi antiguo Cuerpo de Ejército, el segundo. Y allí terminé la guerra.

—¿Dónde era eso?

—Aquí, en el frente de Madrid. Nuestro Cuerpo cubría desde la Casa de Campo hasta la Sierra. Yo era oficial de enlace en el Estado Mayor del teniente coronel Bueno.

—¡Ah, con Bueno! No lo pasaría mal, ¿eh? Estaban ustedes en el mismísimo Madrid, como quien dice. Podía ir al cine y todo.

—Sí, el Mando lo teníamos en Chamartín. En los pinares de Chamartín, un hotelito de aquellos.

—Bien, me acaba de decir que “volvió” a su antiguo Cuerpo de Ejército. Entonces, cuando usted fue a la academia militar ya había estado en el frente, ¿no?

—Sí, yo me vine al frente de Madrid a fines del treinta y seis. Pero entonces no se llamaba aquello II Cuerpo todavía. Yo llegué a la línea en un batallón de milicias. Casi todos éramos estudiantes. Y anduvimos por distintos frentes durante varios meses. Estuvimos en Usera, en el Cerro de los Ángeles...

—El Cerro Rojo, ¿eh? ¡Je, je!... Usted también diría entonces el Cerro Rojo, ¿no?

—Claro...

—Y ¿por qué fecha?

—...

—¿Recuerda si fue al principio?

—Verá usted... A comienzos del segundo año. Tuvo que ser en enero del treinta y siete.

—¡Ya, con Lister! Mire, si me lo sé todo aquello pe a pa. ¿No ve que me tiré media guerra en una embajada?

—Bueno, pero yo no iba con Lister. Lo que pasa es que atacábamos junto con sus fuerzas. Fue cuando se tomaba y perdía el cerro varias veces al día...

—Sí; ya, ya... Bueno; ande, siga.

—Pues estuvimos también en la Ciudad Universitaria, en la Casa de Campo...

—Bien, muy bien. Después detallaremos todo eso. Y veremos también qué clase de batallón de milicias era aquel. Pero, en fin, por lo que me va diciendo, usted se incorporó al frente de Madrid a fines de mil novecientos treinta y seis, ¿no es eso?

—Sí.

—Y luego, una vez allí —ya veremos cómo— se encontró usted formando parte del II Cuerpo de Ejército, ¿no?

—Sí.

—Muy bien, así iremos ordenando, para hacerme yo una idea... Luego, lo que usted dijo, a Paterna, a la Escuela de Guerra; de allí al XIV Cuerpo, y vuelta finalmente al II Cuerpo otra vez. ¿No es así?

—No. No fue así del todo. A Paterna fui desde Murcia.

—¿Eh? ¿Y qué hacía usted en Murcia?

(¡Traga el nudo! ¿Lo digo...? ¿Lo suelto también? Pasa el nudo, traga).

—¡Toc, toc!
 (¡Cuánto, cuánto aire puede entrar en un segundo en los pulmones!...)
 Tendrá que ver quién llama. ¡Aprovéchate, Juan! Decide, rápido...
 —¡Pase!
 (¡Decide! ¿Va?... ¿Digo esto también?...)
 —¡Toc, toc, toc! Ábreme un momento, Luis. Soy Pepe. ¡Anda, abre que tengo prisa!
 (Sí, dilo. Suéltalo. ¡Si de todas maneras tendrá que salir por algún lado!)
 —Venga, pasa. ¿Qué coño quieres ahora?
 —¡Esto, hombre, esto! La orden para esta noche, para traer a esos chicos. Así me iré ahora a casa a dormir un rato.
 —Venga, ¿algo más?
 —Ya me voy, hijo. ¡Caray, qué prisas!
 —Es que está uno trabajando, encarga que no le interrumpan y siempre, coño, tiene que haber alguien...
 —Si tuvieras que levantarte a las dos para traer a esos a las tres y estarte luego aquí de palique hasta las cuatro o las cinco de la madrugada... ¡Eres muy cómodo, tú!
 —Mira, calla la boca que yo también voy. Solo que no puedoirme a dormir, como tú.
 —¡Hombre, como te veo ahí!...
 —Eso es un embolao del jefe. ¡Ya ves, la confianza! Ánda, lárgate. (Eso del “embolao” ¿qué será?)
 —Bueno, entonces ya sabes que la orden la llevo yo. ¿O prefieres que te la deje?
 —No, da igual. Pasaré a recogerte a tu casa. Pero estate listo porque el otro coche irá directamente a la pensión.
 —Descuida. Hasta luego. ¡Y nada, chico, no dije nada!
 —Bien, anda; hasta luego.
 (¿Qué será lo del “embolao”?)
 Ahora, en cuanto logre encajar el pestillo...
 ¡Bueno, ahí va! Hay que soltarlo. (Pero a ver antes qué me dice).
 —No vaya a tomar a mal lo del “embolao”, ¿eh? Después le explicaré. De todas formas hubiera tenido que decírselo... ¡Bueno, lo de Murcia! Me decía usted que a la Escuela de Paterna fue desde Murcia.
 (¿Por qué se habrá parado en seco?)
 —...¡Mire, me voy a hacer un lío!...
 (¿En qué estará pensando ahora?)
 ¿Sigo yo? ¿Lo suelto?...

Pero sería interrumpirle. Se está paseando otra vez. Y sigue pensativo.

—...Creo que va a ser mejor ir tomando notas y tratar de seguir un relato ordenado, desde el principio. Sí, será mucho mejor.

(¡Qué lástima! Ahora que iba a decirlo...)

Bueno, si se sienta la cosa cambia. De esta manera me será más fácil. Así, cara a cara, charlando...

—...Vamos a ver. Primero... Bueno, antes que nada. ¿Dónde vivía usted al comienzo de la guerra?

—En Valencia. Mi padre estaba destinado allí.

—¿Que su padre qué es?

—Era funcionario público. Del Ministerio de Justicia.

—Muy bien. Así que, iremos tomando nota ya: “Residía en Valencia, con su familia, y se incorporó”. Voluntario, ¿no? Si fue usted miliciano...

—Sí, voluntario. Tuve que escaparme de casa. Mi padre, claro, quería que siguiese estudiando.

—Muy bien. Así que “se incorporó voluntario a un batallón de Milicias, en diciembre del treinta y seis, saliendo desde allí para el frente de Madrid...”

—No. No salí desde allí. Salimos de Alicante. Y no me incorporé en diciembre sino en octubre.

(Vaya, ni que le hubiera picado una avispa...)

Pues no creo que sea tan difícil... ¡Si no escribiese así, a su antojo!

A ver si termina de rascarse la cabeza.

¿Y ahora? ¿En qué pensará ahora?

—Bueno, mire...

(A ver... ¿Qué? ¿“Mire”, qué?)

—...¡Sí, vamos a dejarlo estar!

(¿Será posible? Ahora que estaba decidido... ¡Si ya iba a soltar lo de Murcia! Pero ¡qué descanso...!)

¡Qué inesperado descanso! Ya...

Sigue pensando algo. Y ahora mira el reloj.

—...Vamos a dejarlo estar porque estoy viendo que tendríamos para un par de horas o tres, por lo menos. Son más de las ocho y yo tengo que despachar con el jefe a las nueve. Así que lo dejaremos para mañana. Creí que esto iba a ser más simple.

(Bien, pero no se levanta).

¿Por qué no te levantas ya?

Vaya, ya recoge los papeles...

—...No pudiendo terminar ahora será mejor eso. Y mañana lo haremos todo de una vez. Por lo menos ya puedo darle al jefe la primera impresión. Bueno, y ahora lo del “embolao”... ¡je, je!

(¡Ah, es verdad! Lo del “embolao”...)

Ahora, ahora sí que está simpático de veras. (A ver si termina de encender el pitillo).

—...Mire, estas cosas de guerra son ya asuntos tan viejos que a nadie nos gustan. No puede uno... lucirse. Generalmente todo es puro trámite. ¡En fin, ya lo está usted viendo! De allá para cuando cae aún alguna mala bestia, de los que hicieron de las suyas en zona roja... Pero no, generalmente son meros asuntos de trámite; como habrá de ser el de usted, lógicamente.

(Sí, habrá de ser eso. ¿Será eso? ¡Qué bien, que lo diga él mismo!)

—...Como todos les escurrimos el bulto, el jefe nos lo tiene que pedir casi por favor. Pero es que, además, en el caso suyo... ¡Bueno, mire, al grano! ¿Usted es casado, no?

—Sí.

—Bueno, pues es que el jefe me dio las instrucciones para ocuparme del caso de usted en su despacho, delante de su propia esposa.

—¿De mi esposa...?

(¡Cómo! ¿Rosa...?)

—¡No, hombre! La suya. La del jefe. ¡Je...! ¡Y que no se fue de allí hasta que me lo hubo soltado todo! Así que imagine qué recomendación tendrá usted. Ahora que no se haga muchas ilusiones respecto a la rapidez de los trámites, porque en cuanto esto pase al juez, nosotros ya no podemos hacer nada. El juez será probablemente don Eugenio. Es un coronel ya viejo, pero jovial, campechanote. ¡Muy buena persona! Y sobre todo que entiende, entiende mucho. Ya le he telefonado dos veces de parte del jefe, pero no le he pillado en casa.

(Don Eugenio... ¿Será aquel, el mismo de la otra vez?)

—...Así que, mire, para qué darle más vueltas. Lo mejor que podemos hacer es lo dicho, seguir mañana. Como yo tengo servicio esta noche y me acostaré tarde no vendré por aquí hasta mediodía. Así que tiene usted tiempo sobrado para ir recordando cosas y ordenando ideas. ¡Sobre todo eso, por amor de Dios! Ordene, ordene las ideas. ¡Que me ha hecho pegar cada brinco! Murcia, Alicante, Valencia... ¡Je! ¡Je!

—¡Je, je!

—A ver si mañana podemos hacerlo todo de un tirón. Así, por la tarde a primera hora volveré a llamar a don Eugenio para ver si puede hacerse cargo de lo suyo. ¡Ah, y otra cosa, que le va a gustar! Hoy no ha podido ser, claro. Pero si mañana terminamos con todo podrá ver a su esposa. No se hace con todos, ¿sabe? Pero en fin, cuando son cosas así, como en este caso; una cosa del propio jefe...

(Tienes que decir algo).

Rosa... ¡qué nudo! (Pero este es otro, otra clase de nudo...)
(Dale las gracias, al menos).

—Pues... gracias. Muchas gracias por todo.

—No, no se levante aún. En fin, si no quiere... He de llamar todavía para que vengan por usted.

(Y qué bien, qué bien se respira ahora...)

Parece que no hay línea. ¡Sí, sí, dale!... A ver si me bajan enseñada. ¡Qué ganas de bajar tengo ahora!

(¡Rosa! Hay que ver, Rosa... ¿Por dónde demonios habrá logrado?)

—Oiga, sargento, ya puede mandarme un guardia... Sí, a la Social. (Habrá que explotar esto. A ver si logro escudriñar algo).

Caramba, no me había fijado. ¡Si este balcón da casi a la Puerta del Sol!...

(Ya vuelve).

—Entonces, ¿mi mujer sabe ya de qué se trata?

—¡Hombre, su mujer a estas horas tiene que saber más que nosotros! Ya sabe, cuando hay una madeja de mujeres... ¡Je, je!

—¡Je...!

—¿Mucho tiempo casado?

—Cinco años.

—Nada, hombre, esto no será nada, ya verá. ¡A estas alturas, una cosa de guerra...! Y personas como ustedes... ¡Nada! ¡Y el caso es que, si fuera usted a saber qué de puntos se echa uno a la cara todavía! Y los conoce, los conoce uno bien, ¿sabe? Pero claro, ya han cumplido sus condenas y ¿qué le va usted a hacer? Pero pasa cada uno por aquí, por la mismísima Puerta del Sol...

(¡Qué gesto de ave rapaz!... Da así... como frío).

—...Esta mañana, sin ir más lejos, salgo del “Metro” —muy de prisa, la verdad; me estaba esperando el jefe— y doy un tropezón fenomenal con uno que entraba, corriendo también. ¿Creerá usted que ni pidió perdón siquiera? Hasta se volvió hacia mí de mala manera. Lo que pasó es que, al reconocermé, se metió para adentro sin decir ni pío. Hizo bien...

(Bueno ¿y qué?)

Sí, le aceptaré también este pitillo. (Así bajaré fumando. Me dará tono con los guardias).

—Gracias. ¿Me da fuego, por favor?

—Ah, sí, perdone... Muy bien, muy requetebién que hizo. Ya lo sabía él, que le traía cuenta no chistar. Fíjese, un elemento al que conozco desde lo de Asturias. Nada menos que desde lo de Asturias...

—¡Toc, toc!

—¡Pase!

—¿Da su permiso?

(Hay que ver cómo se descubren los guardias para asomar aquí la cabeza. ¡Y cómo la inclinan para hablar! Hay que ver...)

—Sí, ya va, ya. Bueno, hasta mañana.

(Caray, si me da la mano y todo...)

—Hasta mañana. Y gracias, ¿eh?

—¡Nada, hombre! No hay de qué. ¡Ah, espere un momento!

Recordando al tipo ese del “Metro” caigo ahora en la cuenta de que no se lo he dicho. Lo de Asturias. Es pura fórmula, ¿sabe? Además, usted, sería una criatura. Pero tiene que decirme también dónde se encontraba y qué hizo entonces; ya sabe, ¿no?, cuando los sucesos revolucionarios del treinta y cuatro. ¡Nada, pura fórmula! Ale, hasta mañana.

—Hasta mañana.

(Este guardia ya no es el mismo. Pero anda tan despacio como el otro. ¡Con las ganas que tengo de verme abajo!)

Ese olorcillo de café... ¡Vaya bulla que hay en el bar! Es la hora, claro.

(Si no dice nada, mejor. No tengo ganas de hablar. Además, este me lleva delante. Ha de suponer que ya me conozco el camino).

No, no es solo la cuestión de la corbata. Ni la barba siquiera. Hay otras cosas. Hay más cosas. (Según sea cada cual, claro está).

Porque yo, vamos a ver, ahora me escapo yo y... ¿y qué? ¿qué hacemos?... ¿Y Rosa? ¿Y el chico? No es cosa de irse por ahí, a la buena de Dios...

—No, por aquí.

(Pues no es tan fácil acordarse).

¡Condenada escalera de caracol! Era más cómodo subirla.

(No, ahora no te puedes ir a la aventura, como si tuvieses veinte años y fueses solo. Ahora es distinto; además, parece que la cosa no marcha mal. Dice ese que no será nada. Y Rosa está moviendo influencias...)

¡Vaya, un coche celular! ¿Habrà alguna expedición? Tal vez ha habido ingresos. (Está casi tapando la puerta del patio. Me voy a quedar sin ver la calle del Correo).

Nada, no la vi. (Abrigo negro y pañuelo de seda a la cabeza. Colorín, colorao; de esos baratos. Si no hubiera estado tan pegada a la puerta todavía habría visto un trocito de calle. ¿Cómo le permitirán estarse ahí?)

Aquí se nota un poco de calefacción. Y se agradece, a medida que bajas la escalera. (¿Estará fría la celda?)

(Pues eso, te vas ¿y qué? No, hay que afrontar esto como sea. Ya habrá algo de suertecilla... ¡Que no será tan fiero el león como lo

pintan! Han pasado muchos años. Además, “te vas”... ¡Sí, sí! “Te vas”... Uno; uno se fue, dicen...)

—¿Otro más?

—No, hombre; este es el que estaba en la Social.

—¡Ah, bueno! Entonces cierro ya el rastrillo, ¿no?

—Por mí...

(Aquí se está calentito. Claro que debe ser solo en el Cuerpo de Guardia).

Pues sí, hay ingresos.

(Me va a tocar esperar otra vez).

(Entonces fue igual. Como a estos. Solo que sin esta jarana. Además, éramos tres solamente, y sin chicas).

¡Qué cara de aburrida pone esa del abrigo blanco! ¿O será tristeza? (No es fea...)

Ellos tienen pinta de golfos. De los que viven bien, eso sí.

Claro que ahora, sin las corbatas... (¡Aquella es la mía! Si abriese un poco más la puerta... El cinturón debe de estar colgado al lado).

Pues hay muchas corbatas. ¡Caray, cuántas! ¡Y yo que creía que esto estaba casi vacío! (Además, los que no llevan corbata...)

—Tenga, esto es de usted, ¿no?

—Sí, mío.

—Ale, pues. ¡Eh, tú! ¡Guarda a este!

(Me va a venir bien... La agenda y el dinero. Y el pañuelo).

La otra vez me dejaron todo esto desde el primer momento. (No hay quien lo entienda).

(Cambian, cómo cambian las costumbres...)

Pues la celda frente a la mía está abierta. ¿Quién me tocará delante? (Porque ahí van a meter a alguien).

—Ahí tiene usted mantas, a la vuelta. Coja dos si quiere.

(Sí, claro, cogeré dos. Si no hace demasiado frío me pondré una de almohada. Así no tendré que arrugar la gabardina).

¿Será en la rotonda donde llora esa mujer?

Y el sargento le chilla. (No, este no es aquel sargento).

(¡Cómo llora!...)

(¿Por qué sonreirá este guardia mientras me cierra la puerta? Pues no, conmigo no va. Y sonríe así, tan cazurramente...)

Esta manta más floja para cabecera.

¿Me desnudo?...

Por lo menos el traje. (Sí, me quitaré solo el traje).

Ese rincón parece que está bastante limpio. Desde luego, el pantalón debajo. Así extenderé encima la chaqueta.

(¡Vaya, si se han llevado el plato!...)

Muy justita viene la manta. Pero bueno, al menos puede doblarse en dos. La otra vez me dio resultado. (Así, mitad arriba y mitad abajo. Que está muy frío el poyo y la estera hace bien poco).

(Y muy duro. Pero, ¿lo habías llegado a olvidar? ¡Qué duro! Y tan liso...)

No, la gabardina no me estorbará. (Ya verás de madrugada). Total, solo tengo media manta encima.

¡Hay que ver, Rosa!... Bueno, mañana lo sabré. ¿Para qué darle vueltas?

(A lo mejor ha sido por medio de aquel cura amigo de su tío).

Si me duermo, pues bueno...

Mañana tendré tiempo para pensar.

Además, pensar ¿qué? ¿Lo que voy a decir?

Yo creo que será mejor al revés. Será mejor tal vez pensar solo lo que convenga callar. Nada más que eso.

Cuatro cosas. No serán más que cuatro cosas. Pero habrá que pensarlas bien, no se me vayan a escapar. Y el resto, nada, a soltarlo todo. Y de carrerilla, cuanto antes mejor.

Eso de Asturias, lo del año treinta y cuatro, es una tontería. ¿Qué saben ellos? ¿Y cómo van a imaginar...?

Claro que, en realidad, hacer, lo que se dice hacer, no hice nada. Pero fue aquello lo que me empujó a afiliarme a la Juventud. (Y Toni. Aquello y Toni...)

Pero, bueno, ¿por qué ha de tener Toni la culpa de todo? Además, culpa ¿de qué? ¡Si yo iba aprobando todas mis asignaturas! Y también aquel curso saqué un sobresaliente. (Claro que fue en Historia...)

El caso es que si Toni no me lo propone, así, concretamente, ¿hubiera ingresado en la Juventud? ¡Bueno era yo, para ir a buscar a nadie!

(Rosa... ¿Cómo habrá logrado...? Le he de preguntar qué ha pasado en mi oficina. ¡Vaya bomba!)

Aquello fue el comienzo de todo. Luego la guerra, y tal... Todo eso no lo hizo Toni, desde luego. Pero si yo le hubiese hecho caso a papá y no a él ahora tendría mi carrera terminada. Y no estaría enterrado en esa dichosa oficina.

(Bueno, ya me han desenterrado. A ver, a ver por dónde saldremos ahora. Porque dudo que pueda volver a trabajar con esos norteamericanos. No creo que me admitan cuando sepan esto. ¡No es nada, un "rojo"! Y sin habérselo olido. Con el formulario tan fenomenal que tuve que llenar para ingresar en la empresa... ¡Pues sí, ni que fuese una declaración como estas de la policía!)

¡Otra vez! Sigue llorando esa mujer... ¡Qué manera de llorar! Vaya, pero ahora se oye una voz que la está consolando. (Es una voz de hombre).

No, si siempre hay alguien...

(De algún modo saldremos de esto. Menos mal que el chico está bien. Menos mal. Sí, de algún modo saldremos adelante. ¡Siempre salí de todo!)

Ya empiezo a estar calentito. Está visto, todo es hacerse a las cosas. Al fin y al cabo, peor fue en aquellos primeros días de trinchera, sobre el barro. (Y se dormía. Vaya si se dormía...)

No, a Toni no puedo culparlo de nada. Si no hubiera sido él habría sido Perico el de los palotes. Alguien tenía que ser.

Y él no me arrancó de nada ni me prometió nada ni maldita la falta que me hacía. Nada así... bueno, nada de lo otro, de todo aquello que decíamos a los demás: que si subida de jornales, que si una vida mejor...

Sí, lo de la paz. Aquello de la paz, y la cultura libre, todo aquello. Pero tampoco, tampoco puedo reprochárselo. Además, en confianza, ni él ni yo lo acabábamos de atender. ¡Si esperábamos impacientes la guerra para meternos en la Revolución!

(No, no creo que pueda pensar en volver a la oficina de los americanos. ¿Podrá al menos Rosa cobrar mi paga de Navidad? Habrá que hacerle unos buenos Reyes al chico. Este año ya tiene mucha ilusión... Bueno, para entonces ya estaré en casa).

¡Nada, qué culpa voy a echarle a Toni de nada!...

Si él me propuso que me hiciera de la Juventud fue porque vio que yo estaba ya lanzado, con deseos de hacer cosas. Yo reventaba si no hacía algo.

Él no hizo más que decirme ¡aquí! Nada más. Lo que él hizo fue solo decirme “aquí; sí, hombre, aquí, con nosotros. Este es tu sitio. ¡Y fíjate, fíjate qué talentos hay a nuestro lado!”...

Eso es lo que hizo. Abrirme la puerta, nada más que abrirme la puerta. ¡Y yo me metí tan campante! Porque, además, lo que me argüía tenía su lógica: “¿No dices que te gustan Gorki y Romain Rolland y que te estás entusiasmando con André Gide? Pues son “de los nuestros”, los tres son de los nuestros. ¡Sí, Andreiev también fue un revolucionario, claro, hombre!”...

Sí, tenía su lógica. Y además, era un buen chico Toni. Simpático, y muy activo. Tal vez eso, demasiado activo. Por eso apenas tenía tiempo para leer; si quería aprobar los cursos y trabajar para la Juventud, y preparar las reuniones de célula, todo...

Pero tenía una lógica instintiva. Y convencía además con su

pasión; tal vez más que nada con eso, con su convencido acento de pasión. Y como era buen amigo, y tenía aquella risa tan franca... “¿No ves que cada día que pasa es un día que pierdes? ¿Qué quieres, esperar a ser un André Gide para estar también con nosotros? Ya te irás enterando dentro... No, de Andreiev no he leído nada, pero sé que fue también un revolucionario”... (La verdad es que aquello me acabó de decidir).

Nada, no puedo reprocharle a Toni nada. Él no hizo más que ayudarme a meterme. Si no, quizás me hubiera metido yo solo. Que luego, para salirme ¿necesité de alguien?

Además, él sigue allí, en lo suyo, como si nada. Y sigue siendo un hombre honrado. Muy... algo brutote, vamos. Pero honrado. De lo poco que hay.

En cambio, Pili... ¡Ya lo creo! Pili sí que se lo reprochará toda su vida.

Claro que sin razón. Ella siempre ha creído que fue Toni quien nos separó por “algo”. Porque era antipática, porque era una “burguesa”, tal vez porque iba a misa...

Pero no, Toni no hizo otra cosa sino decirme que leyese *Cemento*. “Eso, eso es una mujer... ¡y vaya un tío ese Gladkov!”

(Y el caso es que no lo leí entonces. Ni siquiera lo leí entonces...)

Lo de la mujer iba por Pili, es cierto. (Pero bueno, eso ya lo sabía yo).

Lo otro, no fue más que lo otro. *La puerta estrecha*. Aquello fue lo que nos separó.

Y ella, sin embargo, me aseguraba que le gustaba Gide. Su estilo, naturalmente. ¡Si Gide era “todo estilo”! Lo demás eran visiones mías.

¡Je! ¡Vaya lío!...

Pili la tomó con Toni por lo de *Cemento*. No podrá comprender nunca que fue *La puerta estrecha* lo que terminó con nosotros. Toni, en cambio, siempre ha creído que fue *Cemento* lo que me acabó de decidir a ingresar en la Juventud. No tiene ni idea de que lo que me lanzó de veras fue la lectura de *Sacha Yegulev*. ¡Si *Cemento* lo leí después, en la trinchera!... Y yo creí por mucho tiempo que sentirme Sacha Yegulev era... bueno, que era ir a lo que iba. En fin, estar “en la línea”...

(Se está calentito. La nariz la tengo fría, pero se está calentando. Ahora que hay que tener la manta así, bien enrollada).

Me va a convenir dormir.

Y se está mejor con los ojos cerrados...

Acaba por atontarle a uno esta puerca luz amarilla.

(Que no se me olvide decirle a Rosa que vaya a visitar a míster

Hopkins, por si acaso. Si a él le da la gana me admitirán otra vez. ¡Y tanto!)

¡Ja, ja! Vaya, vaya lío...

Porque el caso es que “Toni exageraba al juzgar a Pili. No, Pili no era precisamente beata. Iba a misa, le gustaba “cumplir” y nada más. ¡Qué va! ¡Beata, Pili! También mamá va a misa y no es una beata.

Pero es que Toni era muy rotundo en sus opiniones. Pili tenía que ser una beata y en cambio Nati era según él la mejor camarada.

No es que no fuera una buena camarada, no. Lo era, y magnífica. Pero vamos, así, “la mejor”, como él decía... Era muy rotundo Toni, demasiado. Y muy extremado. Por eso, claro, si un poquito, si una parte de algo, lo que fuese, no estaba a la altura del resto...

Nati... (¿Qué habrá sido de Nati?)

¡Qué rosario de años, desde aquellos días finales de la guerra! Parecen como un foso entre nosotros.

Al despedirnos en Madrid me dijo que se marchaba a Alicante para tratar de embarcar. (Y su hermano desde luego murió allí, en Albaterra). Pero alguien, no sé quién, me dijo que a ella la habían visto en el campo de Argelés...

Nati sí. Eso sí. Eso sí que le pareció bien a Toni.

(Y no “aquella beata de Pili”).

Lo que no podía imaginarse Toni era que Leonor y yo, antes...

No, al final ya no era cosa de niños. Vamos, de niños del todo. Porque ya íbamos al Instituto, con Toni.

¿No fue cuando lo de Hitler? Claro, fue el mismo año. Cuando subió Hitler al poder. Eso, catorce años bien cumplidos. (Yo le llevaba solo unos días).

¿Se lo pediría ella misma a sus padres? Estaba tan rara a última hora...

Claro que también otras chicas dejaban el Instituto para terminar el Bachillerato en un colegio privado. Ahora que no, no precisamente internas, como ella, y en un colegio como aquel. (Ni tampoco todas acababan metiéndose monjas).

¡Qué airosas flotaban sus trenzas aún, cuando saltaba a la comba!...

Está visto que no hay más remedio que cerrar los ojos. ¡Maldita luz!

¡Si yo creo que me está irritando los ojos! ¡Cómo me escuecen los párpados!

Además, así me dormiré. Y no tardaré, no. Me parece que no.

¡Se está tan calentito!...

(Y cuando hable con míster Hopkins... No, será mejor no pedirselo. No se atrevería. O lo haría a medias y habría que agradecerse todo. Además, para eso de las influencias ya sabe Rosa, ya sabe... ¿Cómo, cómo habrá logrado?...)

No se oye un alma...

Si me durmiese ahora me despertaría temprano. Porque no serán más de las nueve.

(¡Qué calentito!)

A las nueve me acostaba yo entonces, cuando era chico. Salíamos del colegio a las seis y jugábamos en su casa hasta bien pasadas las siete. ¡Tan calentita! En su casa tenían una salamandra muy grande, más grande que la nuestra.

En las vacaciones de verano todo era distinto. Llegaba julio y nuestras familias nos llevaban cada una por su lado. Los padres de Leonor se la llevaban siempre a su finca, en un pueblo serrano muy apartado y alto.

Pero en invierno, no. Entonces siempre juntos. Y a última hora, cuando éramos mayores, igual. Siempre igual, constantemente juntos.

¡Es grato recordarla ahora! Junto a mí, al amor de la salamandra, buscando un buen programa para la tarde en los diarios del domingo...

...

En el cine también se estaba calentito.

Y salíamos a las nueve.

...

(Ahora ya serán más de las nueve...)

...

¿Falta mucho para las nueve? No, el mío se ha parado. Me olvidé de darle cuerda. ¿No lo ves bien? Trae, a ver...

¿Por qué retiras la mano, Leonor? No, déjala aquí. Así, en el brazo de la butaca. Y la mía encima, así...

Sí, a mí también me gusta Greta Garbo. ¡Fíjate, mira cómo entorna los ojos!... Parecen dos rayas largas, largas... Y dentro, siempre misterio.

¡Mira, si parecen los tuyos! Igualitos, como si trataran de descifrar un misterio...

¡No, no quites la mano, Leonor! Bueno, y si nos ven ¿qué? ¿Es algo malo?

(Dos rayas. Sus ojos parecen dos rayitas negras, llenas de sombra y de misterio).

¡Claro, Mary Pickford era otra cosa!...

...

(Así, me gusta tener tu mano así, Leonor).

¿Te acuerdas de aquel día que vimos el último episodio de Los Nibelungos...? Sí, entonces ya era famosa...

Así. Deja ese dedo en mis labios.

¡Tan suave...!

Anda, deja que te bese, Pili...

Pues a mí sí me gusta Silvia Sidney. ¡Bueno, pero me gusta! Esos ojos tan abiertos, como si fueran de agua...

Parece como si no supieran qué contestar. Todas las preguntas les parecen absurdas ¿verdad?

Fíjate, como si no entendiesen nada de nada. Pero, ¡qué grandes y hermosos!

Como los tuyos; son como los tuyos.

...

¿Por qué no dejas que te bese, Pili? Nunca me dejas...

Bien, pero somos novios... ¿no?

(Agua. De agua... Silvia Sidney llora y sale agua, mucha agua...)

Ahora, cuando salgamos del cine, pasaremos por tu casa para que me bajes el libro. Ya lo tienes más de una semana.

¡Bien, de todos modos no nos pondremos de acuerdo!...

Bueno, anda, mira la película.

(¡Cómo llora...!)

Agua. Los ojos de Silvia Sidney ya no son más que agua. Si miras adentro, adentro... agua, siempre agua. ¡Si es un mar...!

Podrías caer dentro de ellos y hundirte poquito a poco, como en un océano de agua mansa.

Él, no. Él tiene los ojos como dos rayas. Dos rayitas estrechas.

¡Cómo miran!...

...

Y es simpático. Con su gorro de piel ladeado y ese mostacho... Parece un cosaco, ¿verdad?

¡Pero, hay que ver, qué ojirris! Miran como si golpeasen las cosas...

Y dentro no hay sombra, ni misterio, nada de eso. ¡Si echan chispas!...

Ni agua. El agua está allá, al fondo del precipicio. ¿Es un acantilado?...

¡Qué suaves tus dedos, Pili! Y tu boca, así, tan cerca, parece...

¿Qué haces? Pero, ¿qué haces Pili? ¡Ahora no! Aguarda, que nos miran... Fíjate cómo se vuelven esas señoras...

Pero... ¡oh, Pili!

...

¿Pili? Pero, ¿eres tú, Pili?

(Agua. ¡Cuánta agua!... Y está ahí. Ya se ven las olas...)

¡Mira, mira! Las tropas de Tchapaief están ya al borde del precipicio.

Y los blancos las empujan, las empujan... ¡Van a caer en el mar!
(Sí, mañana. Mañana saldremos para el frente. Pero muy temprano.
¿Podrás venir a la estación?)
¡Oh, Nati! Ven, que te bese otra vez...

III

Pues es una araña.

No creo que vaya a bajar del techo. No creo...

(¡Se está tan bien bajo la manta!)

...

¡Cuidado que es bestia ese guardia! El otro, no; el otro habla con una voz natural. ¡Pero vaya con ese!

Ya está en la mitad de la bóveda. ¿Se le ocurrirá bajar por la pared? (Dicen que estas arañas parduscas no hacen daño).

No, parece que no baja. ¿No baja?... ¿Baja o no baja? (Vete a saber...)

El caso es que volverme a dormir con esa araña sube y baja...

No me gusta la idea. Voy a tener que levantarme. (Yo creo que con la manta podré sacudir bien contra el techo).

...

(Ya debe de hacer rato que oigo ese run-run. "...y te llevaré a Graná". Poniendo atención se la entiende).

...

Vaya, ahora le ha dado por inspeccionar todo el arco. (Bueno, la mitad). ¡Y qué vaivén se trae!...

(¡Ya es viejo esto! Este muro del fondo debe ser pura piedra. Como la bóveda. Pero los tabiques serán de ahora. Claro, así cabemos más. Por cada bóveda dos calabozos. O cuatro).

¡Dale con el guardia! Él creerá a lo mejor que no grita. Pero hay que ver... Además, con la resonancia que hay aquí...

Si no me hubiese despertado con esa voz de becerro, ni me habría enterado del canturreo de la gitana.

¡Es bonita esa canción! Y canta tan bajito...
(Estará dándole teta al crío).

...

Es curioso: tengo sueño y no puedo dormir.
(Sí, tengo sueño. ¡Ya lo creo que tengo sueño!)

...

¿Será realmente pardusca o lo parecerá por el electo de la luz?
Está tan cerca de la bombilla...

Y tiene las patas largas. (Vista así parece una estrella de mar).

...

He de dormirme. Hay que dormirse otra vez. (Lo mejor será cerrar los ojos).

A ver si así, del otro lado...

...

(Yo diría que he soñado con el mar. Y que he besado a Pili).

...

En realidad es la gitana la que no me deja dormir ahora. Porque de lo que dice el guardia ni me entero. ¡Y cuidado que chilla!

¡Es bonita esa dichosa nana! Muy bonita. Además la canta así... ¡tan blanda!... "...sus ojitos verde mar! Y le dio un beso en la boquita serrá".

(¡Je! ¡Besar a Pili! Ni en sueños...)

Si ahora no duermo mañana no podré tenerme en pie. A no ser, claro, que duerma luego, por la mañana.

Pero sin mantas... No sé, creo que no podría.

(Pues yo la besaba y ella me besaba. En la película los hombres caían al mar... Y lo he soñado ahora, esta noche).

No, hay que dormir ahora. Mañana por la mañana he de tener la cabeza despejada para decidir lo que sea.

(Ahora. He de dormir ahora...)

(Cierra, cierra bien los ojos).

...

Bueno, no exageremos... Las cosas gordas, por gordas que sean... sí, mejor será decirlas también. A ver si vivo tranquilo ya de una vez. Lo del XIV Cuerpo ya está. ¡Sí, señor, en guerrilleros! ¿Qué? ¿Es que iba yo a desobedecer una orden de incorporación? (Y nada, no pasa nada...)

...

¡Cierra los ojos!... (Eso mañana, de mañanita).

Anda, ciérralos bien.

(Callar, realmente lo que se dice callar... “Aquello”, claro; y lo del fusilamiento. Sí, sí, yo era el oficial más joven y me correspondía mandar el piquete. Muy bien, sí; pero...)

...

¡Nada, que no hay quien duerma!

...

(No, eso tampoco lo puedo decir. Que pregunten... ¡Y el caso es que a lo mejor es eso! ¿Cómo no lo pensé antes? A lo mejor todo el lío de este sumario es por eso).

—“¡...los ojitos verdemar! Era un jesucito frío de carita amoratá...”

¡Qué dulcemente canta ahora! Ya, ni siquiera parece ronca la voz.

...

Mañana, Rosa. (Si se atreviese a traerme al chico...)

(Sí, decididamente nada más. Yo creo que con callar esas dos cosas basta. Callando eso, todo lo demás lo puedo soltar de un tirón. Sí, claro; lo de Murcia también, qué diablos. Si no, menuda laguna iba a quedar ahí...)

No, el chico no tiene la cara amoratada, ni mucho menos. ¡Con lo bien que está ahora!...

...

Mamá solía cantar cuplés o habaneras; le gustaban mucho las habaneras. Algunas eran tan bonitas y dulces como esa nana. Ya lo creo...

Pero no tan largas.

(Decididamente, no. Le advertiré a Rosa que no le pida ningún favor a Mr. Hopkins. Que le explique lo que ha pasado y listos. Todavía dirán que les he engañado, que no les dije la verdad...)

¡Hay que ver, qué distinto ahora de la vez anterior! Entonces no estaba yo para pararme a pensar en nanas. Ni en recuerdos. “¿Habrán detenido a Fulano? ¿Habrán cogido también a Mengano? ¿Estarán advertidos todos los demás?” Y siempre así.

Ahora, no. Ahora yo solo...

¡Si esto es como una especie de vacaciones!... Así, sin prisas, sin tener a nadie pendiente de mí... Y yo no puedo estar pendiente de nada. Yo no puedo hacer nada. (Aquí, tranquilito... ¡Y tanto! Esto es como unas vacaciones de mí mismo...)

...

¡Que no, que no se va esa maldita araña! Si bajase al menos al nivel del pie...

(Cuando los muchachos de mi edad empezaban a ir al baile ya no se estilaban las habaneras. Ni el charlestón... ¡Hubiera sido agradable bailar aquella música lenta con mi cara pegada a la de Pili! O aquellos ritmos cubanos, ciñendo su talle...)

...

Bueno, eso sí: Rosa, mis padres. Y los amigos. Todos estarán pendientes de mí. Yo mismo..., ¿qué haré después? ¿Dónde podré meterme a trabajar?

Pero no, no es eso. Todo eso no puedo solucionarlo yo ahora. No hay por qué pensar en nada de eso. (Ahora tengo que pensar en una sola cosa: ¿qué digo? Mejor dicho: ¿qué callo?)

(Pero, además, si eso ya está. ¡Si ya está resuelto! Esas dos cosas. Solo he de callar esas dos cosas).

...

Estas vacaciones que siento dentro de mí son algo completamente distinto. ¡Qué auténtica holganza! Y, claro, me puedo pasear por mi propio interior.

¿Cuándo, vamos a ver, cuándo se me había ocurrido detenerme a recordar las habaneras y los cuplés que cantaba mamá...?

No, nunca me ha ocurrido esto. ¡Qué bien, qué bien veo ahora trozos enteros de mi vida! (Algunos parecían totalmente olvidados).

Eso, trozos. No parece sino que estoy encontrando ahora trocitos perdidos de mi vida. (Como si fuese un mosaico de colores)

...

Y si quiero... ¡Naturalmente que podría reconstruirla! (No dejaría de ser un buen entretenimiento).

...

Estoy por pensar que lo que comienzo a sentir es... sí, un renacer. Esto es como si viniese a la vida de nuevo. (¡Qué estupenda ocasión para reconocer al "otro"!)

...

¡Sí, vaya entretenimiento!... (Y en definitiva no hago sino lo que me pide la policía: recordar; tratar de recordar).

(Claro, lo que pasa es que lo de las habaneras, por ejemplo, o el que a mí no me gustase el baile entonces...)

Pili sí que me hubiera llevado de buena gana a algún baile de amigos, a alguno de aquellos guateques domingueros. En una casa de familia, por supuesto.

(¿Será posible? ¡Lo que son los sueños...! ¿Era Pili, pero era Pili la que he besado en el cine?)

Claro está que hay cosas inconciliables. O a mí me lo parecían... Pero no, desde luego no podía ser. ¿Cómo había de ir a bailar yo, así, como cualquiera de aquellos pollos a quienes criticaba, y luego acudir como si nada a la reunión de célula?

No, hay cosas que no pueden ser. Que no se conciben...

Nati, por ejemplo, tenía a su padre preso desde lo del treinta y cuatro. Lo de Asturias. (Él era asturiano).

(No, de lo de Asturias ni una palabra. Yo entonces tenía apenas quince años. Y si aquel año habíamos veraneado en Gijón y conocí a aquella gente fue por pura casualidad).

...

Ya calló la gitana...

(A lo mejor es ella la que se ha dormido).

Pero el guardia, dale que dale...

...

Y pensar que Toni quería que fuera yo quien hablase a Nati para hacerla también de la Juventud... ¡Sí, sí! ¿Y Pili? Lo hubiera tomado por el lado contrario. ¡Buena era!

...

Estaba interesante Nati, con aquella cara tan triste, hablando siempre de la detención de su padre; hasta en clase...

(Yo creo que se tiró lo menos dos o tres semanas sin acudir a los entrenamientos de baloncesto).

(El deporte era otra cosa. Una cosa era perder el tiempo bailando y otra hacer deporte. ¡Y el caso es que me hubiera gustado ceñir a Pili por la cintura en un baile de aquellos! Ya lo creo que me hubiera gustado... ¡Quién sabe si hasta habría llegado a besarla!)

¡Qué sorpresa, cuando presentaron a Nati en la reunión de célula!: “Una camarada más...” ¡Ya, ya... una más...!

...

(¿Quién la llevaría al fin? Nunca le pregunté quién la llevó...)

No, no es que yo “me fijase” en Nati. Pili no tenía razón. Lo que pasaba era que simpatizábamos, sencillamente. Ella sabía muy bien que Pili y yo éramos novios, así que...

Claro, su padre era médico de esos... muy “de izquierdas”, vamos, y ella estaba acostumbrada a tratar con toda clase de personas en la clínica. Hablaba con confianza a los amigos de su padre, zascandileaba por todos lados cuando había reuniones políticas en su casa... Los días de refriega incluso ayudaba a curar a los obreros heridos. Y, naturalmente, me trataba a mí como a todo el mundo. Si se terciaba me cogía del brazo y todo. ¿Y qué?

(Desde luego, Nati era otra cosa. Era un tipo de chica completamente opuesto a Pili).

Aquel día que se incorporó a la célula estaba verdaderamente guapa. ¡No sé, a lo mejor me lo pareció a mí! Quizá porque Pili y yo andábamos ya a punto de romper... (Pero lo cierto es que me gustó mucho, mucho).

Claro, regresaba del veraneo. Hacía más de tres meses que no la había visto. Ya había transcurrido casi un año desde lo de su padre... (Creo que solo estuvo encerrado como un par de meses). Y le lucía. ¡Ya lo creo, cómo había cambiado...! (Además, era un poco mayor que yo...)

Traía la piel tostada y hablaba con voz decidida. Eso sí, su voz de siempre.

(Si baja un poco más, la mato. Con estirar el pie... ¡Un poco más, solo un poquito! Y sin tenerme que levantar, vaya...)

¡Y tanto que había cambiado! En las fotos que me enseñó se apreciaba mejor aún. ¡Qué atractiva, en aquellas del “maillot” blanco! En particular la que estaba sentada. Parecía una estatua de Maillol. Y además, junto al mar; encima del mar, al borde mismo del acantilado.

(¡Ya cayó! Qué asco de araña...)

En lo alto del cantil, su silueta; como fondo el cielo limpio y una nube. Y allá abajo el mar, como la palma de la mano. “Te la puedes quedar, si te gusta...”

(¡Ah, claro! ¡Nati! Claro, si era Nati... ¿Cómo iba yo a besar a Pili? ¡Ni en sueños!... Además, ¿cómo había de consentir Pili en ir a ver “Tchapaief”?)

Y me la quedé. ¡Y tanto que me la quedé...!

...

¡Qué vulgar! ¿Cuántos novios del mundo habrán reñido así, por una foto descubierta en la cartera?

...

No se oye un alma, salvo el guardia.

(La gitana no ha vuelto a cantar...)

Solo el guardia.

El otro ya calló también, pero este, dale; dale que dale...

Y tengo sueño; tengo verdadero sueño...

(A ver si me es posible hablar con Rosa sin prisas y la preparo bien para la visita a míster Hopkins. Que se lo explique de una vez: No hice constar que había estado en la cárcel, bien. Pero es que si lo hubiera hecho, ¿me habrían admitido? ¡Ellos, la culpa de que se les engañe no la tienen más que ellos!...)

...

Nati...

¿Habrá muerto? ¿Estará también en Rusia?

Bueno, desde aquí, y al cabo de tantos años... Haberse ido a Rusia parece casi haber muerto.

(¿Pensarán allá lo mismo?)

(¡Qué perra cogió al principio, porque no quería llamarla “Nachi”!)

...

La tarde aquella, al saludar a todos los reunidos, también ella se sorprendió. No esperaba, no, ni remotamente, encontrarme en la célula. ¡Claro, cómo había de imaginarse que yo, siendo novio de Pili...!

(¡Je! ¡Sí, sí...!)

Toni estuvo espléndido aquel día. No había duda, con el Frente Popular sería ya muy difícil el triunfo del fascismo en España. Ni en ningún sitio. ¡Frente Popular! “¡Frente Popular en todos los países!” Nosotros no íbamos a ser menos. Pero ahora, además, era necesario llegar a la unificación de los partidos obreros. Con la clase obrera unida...

Nati me miraba a hurtadillas. Sus dedos firmes jugueteaban con las hojas de *URSS en construcción*. Bajaba un instante los ojos a la revista, un poco distraídamente, y me volvía a mirar. Así, como si pensase: “¡Caray, también tú aquí...!”. Pero en general, claro, escuchaba con atención el informe de Toni.

(¡Hombre, si el guardia ha dicho “adios”!... Parece que ya releva. Sí, ale, ale, a dormir. A ver si también yo me duermo).

...

Así, recordando aquello, mejor. Así tal vez me duerma mejor. (Ahora, con este silencio...)

(Y da gusto. Da gusto recordarlo... Parece talmente como si lo viviera de nuevo).

Salvo Cristóbal, creo que todos los demás éramos estudiantes. En el cuarto de al lado, en cambio, se reunía a la misma hora una célula de barrio. Por eso Cristóbal no podía estar con nosotros más que un rato. (Pero bueno, Toni ya lo hacía bien).

Cristóbal me apreciaba mucho. Me encontraba algo... (¿cómo decía...?) “Sensiblero”. Sí, sensiblero. Le parecía, además, demasiado “mirao” para algunas cosas. Y me lo decía con franqueza. Pero me apreciaba mucho; me tenía verdadero afecto.

(¡Qué satisfacción sentía yo cuando su mano animosa me golpeaba la espalda...! Su mano ancha, noblota).

...

(Quería hacer de mí “un buen cuadro” para el Partido...)

Tenía cierta prisa por “encarrilarme”. Pronto haría falta disponer de gente preparada. Por eso aquella tarde le dijo a Toni que me “endilgara” lo de China. Aunque el informe sobre la situación internacional se hacía al comienzo de la reunión –generalmente corría también a cargo de Toni– algunas veces solíamos hacer algunos de nosotros informes especiales sobre temas concretos. Así nos íbamos

habituando. Y aquella tarde me tocó a mí hablar sobre la guerra de China y la situación interna del *Kuomintang*.

(Me gustaba. La verdad, me gustaba...)

Precisamente unos minutos antes había sido lo de la foto. (Sí, cuando regresó Cristóbal del cuarto de al lado).

Toni había concluido su informe explicando la necesidad de dar un ejemplo de unidad en el plano juvenil. (Eso, la unión con los jóvenes socialistas; justo). Y a Cristóbal le llamaron de al lado para aclarar no sé qué pega.

Entonces Nati y yo charlamos un momento. Y me enseñó las fotos.

“Quédatela, si te gusta”. Lo dijo con naturalidad, como una buena camarada. (Pero a mí me agradó aquello de un modo particular. ¡Qué grato cosquilleo allá dentro!)

(Y a la cartera...)

Por lo visto el informe sobre China me salió muy bien. Al menos así me lo dijo ella al regresar a la ciudad. Y mientras lo decía me miraba de un modo que...

¡No acertaría a explicarlo!

Pero, sí; entonces, en aquel momento acabó Pili.

“Lo has hecho muy bien”, decía. Y me miraba. Y no añadía nada más. Pero con la lucecita que se agazapaba en sus ojos parecía que me dijese: “Y ahora... ¿Qué?”

Pero no. Pili fue injusta con ella. Ellas no eran ni siquiera amigas, así que... Y yo no engañé a Pili, no. Tenía la foto, simplemente. Y nada más. ¡Si no hubo lugar para nada! Fue a la mañana siguiente, al salir de clase, cuando me quitó la cartera de la mano y se puso a fisgarla.

Alguien debió decírselo. Alguien se encargó. (En todas partes hay cotillas).

Si Pili hubiera tardado algún tiempo en descubrir la foto, no digo yo que no... Sí, eso sí; me hubiera visto en algún aprieto. Probablemente... ¿Quién sabe? Pero hubiera sucedido todo de otra manera. No así, tan... Tan lógico. (Tan lógico y tan sencillo).

Porque claro, como las reuniones de “ce” había que celebrarlas en aquel círculo deportivo de las afueras (¿deportivo?, ¿o “cultural obrero”...?; algo así era), pues teníamos como media hora de camino. Y un buen trecho era por la huerta.

Un camino carretero, de tierra oscura y prieta. La acequia corría por la mano izquierda. A ambos lados, dos filas de moreras. Y detrás, la huerta. La huerta y los muros blancos de las casas de labor.

Las reuniones eran todos los sábados. A las cinco. Y claro, cuando regresábamos ya se había puesto el sol. A veces, si estaba nublado era

casi de noche. Cada semana se notaba más el rápido declive del crepúsculo. El otoño estaba ya muy avanzado y muy pronto tendríamos que regresar en plena oscuridad.

Pero aquel día era aún entre dos luces. Ya la vez anterior habíamos regresado los dos solos. Íbamos enfrascados en la conversación y se nos habían adelantado los otros grupos de camaradas.

Aquel día, sin embargo, lo hicimos adrede. Y sin decirnos nada.

No fue solo la conversación, no. Habíamos ido aflojando el paso y charlábamos despacio, rezagándonos más y más. “¡Salud, pareja!” Y Cristóbal nos adelantó presuroso, como siempre. Con él la mayor parte del grupo. “¡Adiós! ¡Salud! ¡Hasta el sábado...!” Y pasaban, pasaban todos. Toni y Petrucha fueron los últimos en adelantarnos; pasaron muy deprisa. “¡Hemos de alcanzar a Cristóbal!”, nos gritó Toni; y abrazaba por el talle a la chica, ayudándola a correr.

Los dos nos fijamos al mismo tiempo; el brazo de él en la cintura de ella. Y nos miramos.

“Te ha salido muy bien”, me dijo, como la primera vez.

Porque yo hacía ya siempre, al final de la reunión, un informe sobre algún tema de actualidad internacional.

(“Muy bien, te ha salido muy bien...” me decía. Me lo aseguraba entornando un poco los párpados. Y entonces volvía a ver en sus ojos aquella lucecita agazapada que me repetía: “¿Qué? Y ahora... ¿qué?”)

“Te ha salido muy bien” —me repitió: “En particular lo de Etiopía”.

Y arrancó al paso una hoja de morera.

Como había un charco un poco grande para su falda estrecha, salté delante y le tendí una mano. Ya no se la solté. Ni ella trató tampoco de desasirse. Realmente ¿cómo no lo habíamos hecho antes?

Pero empecé a sentir una comezón, como un tibio hormigueo...

Ahora no sabía qué decirle. Y tenía que decirle algo.

Podía decirle, por ejemplo, que ya había acabado con Pili. Pero es que, no sé, pasar así... de lo de Etiopía a Pili...

Y si quería decírselo tenía que ser pronto, porque se acababa el camino. Caminábamos junto a las últimas moreras y un poco más allá la mole sombría del cuartel anunciaba el linde de la ciudad.

Olía a rancho. Y a naranjas podridas. Se veían algunos montones, de esas que desechan para que no sean tan baratas.

Cinco moreras. Solo quedaban cinco moreras. Ya se adivinaba la silueta del centinela. Y olía, olía a rancho...

¡Cómo nos ayudan a veces las cosas circundantes! Basta que nos asomemos a ellas... Por un momento anduvimos mirando al

cielo, casi negro ya. Los dos detuvimos la mirada en aquella primera estrella... ¿Cómo bajarla de allí hasta sus ojos, si su mano se dejaba oprimir un poco por la mía y yo...? No, yo no sabía aún qué decir. Y miré distraídamente hacia abajo, al borde del camino, casi fracasado.

Por poco tropiezo con la mano de la mujer. La vi delante de mi pierna, a punto de darle con la rodilla. Una de esas manos color de tierra...

Nos detuvimos un momento. Busqué en el bolsillo con la otra mano. (No; soltar la mano de Nati no. Eso sí que no). Y le di unas perras. Dos reales si habría.

La mujer murmuró algo y siguió allí sentada, con el crío acurrucado en su regazo.

“La limosna es un vicio pequeñoburgués, ya sabes...”, me dijo con voz leve. Y me lo dijo sonriendo tontamente, levantando las cejas y haciendo balancear nuestros brazos. Claro, por decir algo. Pero la lucecita aquella de sus ojos... ¡La veía tan bien, brillaba tan clara aquella luz en sus ojos! Seguramente brillaba también en los míos. Y ella debió advertirlo. Porque su mano se quebró dócilmente a la presión de la mía y dejó que la llevara mansamente, sin decir nada, hasta la última morera.

Estaba algo húmedo el ribazo. Y nos sentamos sobre una carretilla volcada, al pie mismo del árbol, que nos rozaba la cabeza con sus ramas más bajas.

Un grupo venía hacia nosotros. Pero estaba muy cerca. Pronto, pasarían pronto. Y ya, solo las estrellas. Pues habían salido más estrellas.

“¿Tienes clase mañana por la tarde?”, le dije. Y apoyé mi sien sobre la suya; mirando a lo lejos, como si no hubiera dicho nada.

“No, mañana no...” Y balanceó la cabeza. Su pelo cubrió mi mejilla. “¿Y tú...?”

“No, yo tampoco”. Un mechón de pelo me cosquilleaba ahora la boca. Y la palma de mi mano, un poquito temblona, iba y venía despacio sobre los nudillos de la suya.

El grupo pasó frente a nosotros sin mirarnos siquiera. Eran todos obreros. Discutían acaloradamente en voz alta y andaban muy deprisa.

“Parece que seguirá la huelga”, le dije con voz apagada.

“Sí, parece que seguirá”, respondió apenas.

Y, alzando un poco el busto, cogió otra hoja de morera.

...

Después, las demás veces, ¡qué fácil ya!, ¡qué sencillo y fácil! ¡Y qué gozo siempre, su cabeza en mis manos...! Pero nunca volvió a ser como aquella vez. Aquel primer beso fue...

(Me duele este hombro; ¡dichosa estera!... A ver si así, del otro lado... Sí. Yo creo que así me quedaré dormido...)

...

Aquel primer beso fue...

Quieres subir a aquella montaña. A aquel pico, el más alto. (Al menos te lo parece. Está delante de ti...)

Claro, sin decirle nada a nadie. Papá no te dejaría... ¡Qué bien se estará allí! En la cima hay un árbol frondoso. (Te podrás sentar a la sombra, recostarte en el tronco y descansar; verlo todo tan chiquito, allá abajo... Y sentir en la cara el goce de la brisa; aquella brisa, la de arriba...)

Y la montaña te hace guiños.

Sí, la montaña también tiene ojos; y en ellos se agazapa una lucecita incitante que te repite: “¿Qué? ¿Subes...? ¿A que no subes?”

(¿Era el guardia? Eso que brillaba, ¿serían los ojos del guardia? Creo que alguien me ha mirado por el ventanillo...)

...

(Habrán relevado. ¡Qué sueño, ya...!)

...

Y te hace guiños. La montaña te hace guiños... La lucecita de sus ojos te lo repite: “¿subes?, ¿a que no subes...?” Llega un momento en que estás como hipnotizado. Y claro, pues cualquier cosa te empuja hacia arriba; la tienes ahí, tan a mano...

¡Qué gozo, al fin! Subiste. Al fin llegaste arriba. La montaña es tuya...

...

(Pero también aquella primera escalada fue un gozo que nunca se volvió a repetir).

Se acabó la lucecita. Se acabaron los guiños. La montaña ya no necesitó entornarme los ojos para incitarme a subir. Yo ya me sabía el camino. ¡Si era tan fácil!... Y subí otras veces. Muchas veces, siempre que me apetecía. Hasta que un día se enteró papá y todo... (No, Leonor me guardó siempre el secreto. Mas el caso es que papá se enteró). Pero no me dijo nada.

¡Oh, Nati...! ¿Por qué apagaste aquella luz en tus ojos?

...

Bueno, de cualquier manera... Me diste aquello. Alguien me lo había de dar, y me lo diste tú. (Y cuando necesito recordarlo pues lo hago, como ahora...)

(No. La verdad es que como ahora no lo he recordado nunca).

¡Qué minuto aquel, tan entero! ¡Tan lleno de júbilo...! (Fue como abrir la ventana de siempre a un paisaje nuevo).

...

(¡Vaya sueño que tengo...! Que no se me vaya a olvidar lo de mister Hopkins. Eso es preciso. Rosa que le diga lo que quiera, pero que le vea. Sí, quién sabe...)

...

Cuando apartó su cara de la mía me miró con sus ojos limpios, tan hondos...

No, ya no había la lucecita en sus ojos. (Era otra cosa; ahora era como una claridad desbordada y radiante. Tranquila, satisfecha).

Se arrimó más a mí y me topó un poquito en la cabeza; y volvió a coger una hoja de morera. Y la mordió. Y me miró de nuevo. Y me sonrió en silencio...

...

Nos tuvimos que marchar enseguida, porque empezaba a acudir al cuartel mucha gente con latas y cacerolas. La mujer de la limosna pasó también con su puchero y nos dirigió una mirada inexpresiva.

(¡Qué bien! Se ha quedado esto tan callado, tan quieto... ¡Y qué soñarrera me está entrando!)

...

El arrabal ya estaba lleno de luces. En la tasca del tío de Cristóbal pregunté por la huelga de los metalúrgicos.

...

Nubes.

...

Y Nati fue a comprarme en el kiosko de la esquina el último número de "La Correspondencia Internacional".

...

Nubes, ¡cuántas nubes...!

...

Ya, siempre me la compró. (Y me venía muy bien, pero que muy bien, para preparar mis informes de política extranjera...)

...son nubarrones negros. ¿Lloverá? ¡Cómo corren! Y el viento es fresco. Ponte el chaquetón, Nati. ¡Mira cómo inclina las ramas de las moreras...!

Como era ella quien me pasaba a máquina los informes, se los conocía de antemano. Y a veces, mientras yo los decía en la "ce", ella hojeaba el libro que estábamos leyendo.

¡Salud, Cristóbal! ¡Adios, Toni, salud...! ¿Compraste la tierra de calderero para esta noche?

¡Va a llover! ¡Corramos, Nati, que va a llover!

...

Si no hubiera sido por la guerra... (Por nuestra guerra, claro. La de España).

¿Nos habríamos llegado a casar...? (Bueno, habría sido mi “compañera”)

(Tic-tac, tic-tac...) Será la misma venita de otras veces. (Este tic-tac junto al oído me puede desvelar...) Eso, a ver de este otro lado; y subiendo un poco más la cabeza. ¿Si estoy casi dormido...! (Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac...)

¡Qué gotas tan gruesas! ¡Y qué viento...! Ya llueve en serio. ¡Corre Nati! ¡Salud, Toni; adiós Petrusha! ¡Adiós Cristóbal, salud...! ¡Aguarda, Nati, que se te cayó el libro...

(Tic-tac...) Esos ojos solo pueden ser del guardia. ¡Vaya un guardia fisgón...! (Tic-tac, tic-tac, tic-tac...) ¡Vuelta otra vez de cara a la pared! Mejor, así mejor. Así no le veo... (Tic-tac...)

Negro... Llueve y negro. Negro, negro... Las ramas de las moreras son como de tinta negra, más negras que el cielo negro. Negras, las nubes son también negras... ¡Negras, “negras tormentas agitan los aires”...!

—Oye, Toni ¿Pero no es eso la música de “La Varsovia”?

...

¡Estamos empapados! Ven, Nati, aquí podemos guarecernos... ¡No, mujer! ¡Esta paja está seca!

(Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac...)

¡Qué selva de puños en alto! Y las banderas rojas marchan con el viento, igual que el viento... van todas al frente, con las astas dobladas; se van a desgarrar. “¡A las barricadas, a las barricadas... por el triunfo del Soviet y de la Unión...”

—¡Toni, oye Toni! ¡Pero si esto es también “La Varsovia”...!

(Sujétala, sujeta bien la bandera, Toni, que te la quita el viento...)

¡Sí, tienes razón! En cualquier caso es un himno de libertad, ¿no?

(Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac...)

¿No te gusta, Nati, ese olor a paja mojada? Pero esta está bien seca, no temas. ¡Y tan limpia...! ¡Fíjate como cruje...! ¿Te hice daño?

...

¿Se te manchó el libro? ¡Ah, si es LA MADRE! Qué humano es Gorki, ¿verdad? Aquel obrero llega a la ciudad con el mensaje y ellos, los camaradas, lo acogen como a un hermano. Ella, con sus manos delicadas (“distinguidas...”) hasta le lava los pies...

(Tic-tac, tic-tac... Tic-tac, tic-tac...)

Escucha, Toni, ¿cómo se limpia uno la tierra de calderero? El otro día no supe qué contestarle a mi padre; me había puesto las manos perdidas... Además, pintando solo “UHP” se terminaba antes, pero estos letreros tan

largos de ahora... No, no te oigo bien; no puedo acercarme, no... tu perro no me deja... ¿no ves? se empeña en correr entre los dos...

Toni, ¿me oyes aún, Toni? ¿Estás seguro, crees que mi bandera es como la tuya? Sí, tienes razón; las dos corren al menos con el mismo viento, ¿no? Sí, tal vez sean iguales... Pero el perro crece... ya no te veo, porque tu perro crece, crece... crece y nos separa...

¡Mira, Toni, si parece una fiera...!

(Tic... tac...; tic... tac...)

¡Qué bien, Nati! Fuera, la tormenta; y nosotros aquí, sobre la paja seca. ¡Qué bien! ¡Todo aquí está tan callado, tan quieto...! Sí, ya se fueron todos. Todos pasaron corriendo...

Es muy humano, sí. Gorki es muy humano... Hay que ver, ella, con sus manos delicadas, lavándole los pies al camarada... Eso es lo humano, eso. Tener capacidad de amor para cada uno. O de sacrificio. ¿Verdad? Así, uno a uno...

Al revés que Iván Karamazof, ¿te acuerdas...? No lo entiendo, te confieso que no acabo de entender a ese Iván Karamazof. ¿Cómo concibes amar a la humanidad y resistirse al sacrificio por un hombre aislado...? Bueno, él se creería un revolucionario, pero en realidad no lo era ¿verdad?

¡Abrazate más a mí! Así... ¿Ves? Aquí no llega la lluvia, ni el viento. Fuera, la tormenta; y nosotros aquí dentro, tan bien; tan solitos... Como si esto fuera nuestra casa...

(Tic... tac...)

Empiezo a temerle, Toni. Me va asustando un poco tu perro... ¡Si es ya una bestia descomunal! ¡Mira cómo nos enseña los dientes y arroja espuma con la lengua! Mira, fíjate: la lluvia y el viento salen de su boca... ¡Es él; es él, Toni! ¡La tormenta es él! Ya no puedo verte ni oírte, por más que corra... ¡Pero yo soy tu amigo, Toni! Tu perro me ladra pero yo sigo siendo tu amigo... ¿Me oyes? ¿Me oyes aún, Toni?

...

¡Qué extraño y nuevo placer, tu cuerpo en mis brazos! ¡Más fuerte, abrázame más fuerte, Nati! No sé qué raro temor siento... ¡Sí, claro que cruje la paja! ¿No te dije que estaba seca?

... pues es verdad, en algunas partes no cruje porque se ha mojado. Claro, es que ya entra aquí la lluvia. No veo por dónde pero entra... ¡Cómo arrecia la tormenta!

Mira, mira qué perrito ha venido a refugiarse entre nosotros. ¿Te mojas, Nati? ¡Ah, si es el perro! Claro, está chorreando... ¡Sujétate a mí, que el viento se lleva las paredes! Y la lluvia comienza a empaparnos...

¡Fíjate, Nati, pero si es el perro de Toni! ¡Y hay que ver cómo crece, crece, crece...!

¡Nati...! ¿Dónde estás, Nati? ¿Me oyes aún...?

Eso son ingresos. Seguro que son ingresos, no puede ser otra cosa. (Serán pocos, porque el rastrillo se cerró enseguida).

...

Pues no son tan pocos, no. "... y estos cinco son para ti", han dicho. Parece el sargento. (Así que hay más).

...

Sí, esa voz es la del sargento. (Bueno, el tono).

Lo de siempre: los cintos, las corbatas... (Habla como si estuviese adormilado).

...

Tiene que ser muy tarde. (La madrugada ya, seguro). Llevo un buen rato despierto; y tengo la sensación de haber dormido mucho.

(¡Vaya una manera de soñar!)

...

(El caso es que Toni no tenía ningún perro. No, yo nunca le vi con perros).

...

Quizás me conviniese quitar esta estera del poyo. ¡Si al menos fuera un jergón!... Ahora que a lo mejor el frío y la humedad calarían la manta de abajo.

¡Pero es que se clava! Las estrías esas de esparto se incrustan en las caderas que es un gusto...

...

Sí, yo creo que sería mejor quitarla; no hay quien la aguante. (No comprendo cómo he logrado dormir). Sería mejor, aunque pase el frío... (Hace frío. La verdad es que ahora hace frío).

Bueno, ya veremos... Vamos a dejarlo por ahora. (No vaya a resultar peor el remedio que la enfermedad).

De todas maneras me habré de levantar, porque tengo sed. (Y ya no puedo aguantar más; la garganta la tengo seca).

Pero, ¿quién llama ahora al guardia? Y con los ingresos esos no creo que me dejen salir; está esto tan próximo a la rotonda...

Esperaré.

...

Si mañana no veo a Rosa habrá que ir pensando en comer rancho. Así no puedo pasar ni un día más.

(¡Qué sed tengo!)

No me vendrá mal aprovechar la ocasión para estirar un poco

las piernas. Y para enderezar el cuerpo. A lo mejor se me calmaría este dolor de cadera. (¡Dichosa estera!)

De paso podría probar a quitarla un rato. Aunque cale algo el frío; mientras siga despierto...

—¡Guardia...!

Pasó de largo. No me ha hecho caso. (O no me ha oído; le he llamado en voz tan baja...)

¡Bueno, al menos me he levantado! Si no es así, de un salto, no me levanto.

(Claro, ¿cómo no me ha de doler...? Me ha hecho como una moradura).

Casi mejor que no me haya oído. Así podré ponerme los pantalones sin prisas.

(Hace frío...)

¿Podré afeitarme mañana? (Supongo que seguirá habiendo barbero). Debo tener un aspecto bastante puerco. (Desde luego, así no hay quien se haga respetar; ni quien tenga una cara decente en la ficha).

...

¡También soy yo tonto! Lo olvidé. Tal vez me haya oído, pero como están ahí esos ingresos no puede abrirme ahora.

Parece que ya acaban. (¡Rápido ha sido! Naturalmente, el sargento tendrá sueño).

Sí. Sí, ya van a las celdas...

—...y estos dos, este a la ciento cinco y el otro a la treinta y tres.

(La ciento cinco ha de ser allá al fondo, en “La Siberia”. Donde la otra vez).

El final se ha oído bien: “la ciento cinco y la treinta y tres”. (Si hubiera prestado atención habría oído hasta los nombres, porque han pasado lista otra vez).

(Bueno, ¿y qué?)

Sí, la ciento cinco es allá abajo. La treinta y tres, en cambio, tiene que ser por aquí, muy cerca de aquí. Algún ala de esas que cruzan el pasillo. Hacia los lavabos. ¡Sí que los colocan distantes...!

Es natural, para evitar los “recaditos”. (La otra vez, al menos... ¡Hay que ver, aquel guardia!)

...

¿Será algo “gordo”?

...

A ver si vuelve pronto el guardia. (Me parece que se está paseando).

Me pondré junto al ventanillo. Así me verá al pasar y resultará más fácil pedirle que me abra.

(Ni un alma... No se oye un alma ahora).

Los pasos se acercan otra vez. Si, parece que viene hacia aquí.

(Qué fríos, los barrotes en la cara...)

...

Aquí está.

—Guardia...

—¿Qué hay?

—¿Puedo salir al lavabo?

...

(Sí, parece que sí. Eso de mirar hacia atrás con tanta parsimonia será para ver si el pasillo está libre).

—¡Ande! Pero no haga mucho ruido, ¿eh? Si no, querrán los demás. En cuanto va uno...

—Gracias.

(¡Con qué curiosidad me ha mirado! ¿Qué tendré en la cara...?)

Este es otro; no le había visto antes. ¡Vaya un lío de guardias!

Hay quietud ahora. (¡Qué silencio! Impone un poco...)

Estos radiadores de los rincones están algo tibios.

...

La gitana debe estar durmiendo.

Y esas celdas de la revuelta están apagadas. (Estarán vacías, claro).

Doblemos.

—¡Perdone!

...

(¿Habré visto visiones?)

...

Un conejo, parecía talmente un conejo. No solo por la risita entre dientes, y por esa manera de mirar de reojo, no... por todo. Ese guardia parece un conejo en todo. (¡Je! ¡Ya, ya! ¡Vaya con el de la risa cazorra...!)

(Es absurdo: "¡Perdone!". Y yo todo azorado y ellos, en cambio, tan tranquilos).

...

No hay más remedio. Al abrir el grifo, suena fuerte. ¡Qué le voy a hacer...!

(Está fría el agua).

¡Pues se bebe bien! (Es como si estuviera en el campo). Y cabe, ya lo creo que cabe. Ahuecando bien las dos manos... La cosa está en apretar las muñecas sobre la barbilla.

...

(Esperaré un poco a ver si se van. Si a ella le queda algo de vergüenza se habrán ido enseguida).

...
¿A dónde dará este tragaluz? ¿A Carretas o a la calle del Correo?
¿O dará tal vez al callejón de San Ricardo? Porque a la misma Puerta
del Sol no creo... (¿Quién sabe?)

Pues ha de dar cerca de Sol. Ese resplandor rojizo y azulado
solo puede ser de los anuncios luminosos.

...
¡Las cuatro!
(Ya no podré dormir).
Ese taconeo rápido... (Parece una pareja). Y ese coche ha pasado
disparado. (Claro, a estas horas...)

Bueno, habrá que volver.
A ver...
Sí, ya se han ido. ¡Bueno, casi! Ahí van aún. (¡Hay tanto pasillo aquí!)
Él, como si nada, tan tranquilo. Todavía va abrochándose la
guerrera, como Pedro por su casa. ¡Y ella ya podía haberse quitado ese
abrigo blanco! (Así se la ve a la legua, aunque esté oscuro).

...
(¿Qué voces son esas? Es como un murmullo...)
Bueno, hay que seguir deprisa. Ya me he entretenido bastante.
No me había fijado; aquí muere otro pasillo.
—...y no sé nada más!

(¡¡Esa voz!! ¿Será posible...?)
—Pues aún nos faltan tres nombres, hijo. Así que ya sabes, si no
quieres... ¿Eh? ¡Que ya te hemos tenido bastantes contemplaciones!
(El policía es Pepe. Es el Pepe aquel de esta tarde).

—... ¡No, no es menester que me pongas esa cara de idiota,
porque el jefe del grupo eres tú! De eso ya estamos al cabo de la calle...
(Ahora apenas se le oye... Pero no puedo aflojar el paso. He de
seguir así, así...)

—...Bueno, mira, por la mañanita canta el gallo, ¿sabes? Y si es
por las buenas algo te saldrás ganando. ¡Venga guardia, cierre a este!
¡La treinta y tres!

(Como un puño en el estómago. Como si me hundiesen un
puño en el estómago que me levantase en vilo).

...
(¡Claro, el tal Pepe! ¡Aquel servicio!... “Esos chicos”). ¡Pobre
Eduardo! (Y tenía tal cara de bruto...)

...
(Pero ¿será Eduardo? Así, al pronto parecía su voz. Si le volviese
a oír...)

Cinco, cuatro, tres...

Esta es la mía.

No se ve al guardia... (Ah, claro, habrá ido a cerrar a "ese" !)

...

¡Y tanto! ¡Ya lo creo que puede ser Eduardo! (¡No, si no tendría nada de particular...!)

Aquí viene el guardia. (Es un tío tranquilo. Así... con cachaza).

—Gracias, guardia.

—¿Ve usted? Así, callandito, nadie se entera. ¡Y no le incordian tanto a uno!

(Hay que fisgar. Con este guardia me parece que voy a poder sacar algo).

—¿Tiene usted fuego? Así aprovecho ahora, para no molestar después.

—¡No, hombre, si no es molestia...! Ahí va.

...

—Gracias. ¿Usted fuma?

(¡Pronto aceptó el pitillo! Esto marcha...)

—¡Carajo, ingleses! ¿Usted qué es, estudiante también?

(El estómago. El puño ese en el estómago...)

—No, ya no... Lo fui en tiempos. ¡Me hace usted muy joven!

—¡Mire, es que uno se hace ya un lío! Mayores que usted los he visto. ¡Digo, a lo mejor son profesores...!

—¿Es que son estudiantes esos que han traído?

—¡Voy, Perico...! Gracias por el pito, ¿eh?

(¡Lástima...! Este hablaba. Este acababa por hablar...)

El del lunar. Bueno, la verruga. (Tiene una verruga junto a la nariz, hay que acordarse. A lo mejor...)

(Sí, no tendría nada de particular que fuese Eduardo... Los ingresos son estudiantes, eso está claro. Y aquella voz quebrada...)

...

¡Bueno, a dormir!

Mañana, a terminar la declaración. A ver si la firmo y todo. (Y luego ya le preguntaré a Rosa. Es decir, si puedo...)

...

¡No faltaría más sino que hubieran detenido a Eduardo! Y a todos. (Aquellas reuniones en casa eran puramente literarias...)

En fin, como yo no estoy metido en nada... Ni ellos me han dicho nada. (¿Cómo me habían de decir? Fichado y tal... ¿Qué me iban a decir ellos?)

Lo de "fichado", en realidad... ¡También Eduardo está fichado!

(Bien, pero no tiene una causa pendiente como yo).

...

¡Sí, los zapatos también. ¿Por qué no me he de quitar los zapatos?

...

(Ya me suponía yo que Eduardo... ¡Ya me lo olía yo, yal ¡Y Julio, y Andrés! Todos...)

No, la estera dejémosla como está. Aunque me duela. (Peor sería si me calase el frío. ¡Ale, y a dormir...!

...

Bueno, no hay que suponer nada. ¡Eso faltaba, otra preocupación! Bastante tengo con lo mío. (Puede muy bien no ser Eduardo, y en ese caso estaría cavilando en balde. Mañana, mañana me dirá Rosa...)

...

No sé si me dormiré ya. Además, dentro de nada... (Porque supongo que seguirán con la costumbre de levantarnos a la hora de las gallinas).

(“Por la mañanita canta el gallo...”)

¡Venga, venga; a dormir!

...

Si me durmiera pasaría el tiempo más rápido. (Ya voy estando tibio).

...

¡Qué desvergüenza! Sobre todo él. Ella parecía un poco corrida. ¡Y con aquel abrigo blanco, que se destacaba tanto en el rincón...! Ya podía habérselo quitado, ya. Que para estarse allí, pegaditos al radiador...

...

(Tic-tac, tic-tac... —¡Y dale con la venita!— Tic-tac, tic-tac, tic-tac...)

No, en la vida he visto a Toni con un perro.

Hay que reconocer que ciertos sueños son como una infidelidad. Involuntaria, claro; pero, en fin... En definitiva son un secreto. ¡No voy a contarle a Rosa que hoy, aun soñando, he tenido a Nati en mis brazos!

(Primero que nada lo de Eduardo. Lo de mister Hopkins después, si hay lugar para ello. Pero a la primera oportunidad le he de preguntar a Rosa lo de Eduardo. Lo malo es que a lo mejor ni ella sabe una palabra aún...)

...

(Tic-tac, tic-tac, tic-tac...)

¡Cuántas luces, por el ventanuco del lavabo! La Puerta del Sol tiene luces a todas horas, claro. (La otra vez estábamos en época de restricciones). Y son tan escandalosos, los luminosos esos...

Esta bombilla, en cambio... No deben de limpiarla nunca. (Llegará un día que no dejará pasar la luz).

(Mejor, tal vez mejor. ¡Yo diría que con esta tenue luz de sótano...! No sé... parece que aquí voy viendo más claras ciertas cosas...)

...

¿Dónde me quedé...? ¡Ah, sí! Nati me pasaba a máquina los informes para la “ce”, y tal... (En realidad eran solo guiones. Muy documentados, eso sí...)

(¡Qué gusto, recordar...! ¡Si la estoy reconstruyendo! Sin darme cuenta estoy como reconstruyendo mi vida. Así, con pedazos de recuerdos...)

...

Todo ese enredo del perro, y las banderas, y la tormenta... (¡Sí que fue larga la soñarrera!)

...

La gente aquella de la “ce” se desperdigó toda en julio del treinta y seis. Llegó el alzamiento y fue como la pedrada en el charco: ¡paf! el uno comisario, el otro guerrillero, el otro aviador... Todos desaparecieron de mi vida.

Nati, no. Nati no llegó nunca a desaparecer. (Ni Toni, ni Cristóbal... No, tampoco Cristóbal).

...

¡Hay que ver! A veces me parece que aquello duró mucho tiempo, y en realidad apenas si pasó de un año. (En cambio, los tres años de guerra...)

(“Aquello” y lo del fusilamiento, no. ¡Decididamente, no hay que decir ninguna de esas dos cosas! Pero lo demás, todo. Incluso lo de Murcia... Lo demás puedo decirlo todo).

...

¡Je! Conque en un pajar... ¡Son chistosos a veces los sueños...! (¿Qué le habría parecido a mamá?)

...

¡Cuán poco me conocían los míos! La familia, las amistades de casa, todos tenían un concepto tan falso de mí... (Ni idea, no tenían ni idea de quién era yo...)

Los domingos, a eso de las diez (o más), con mamá, a acompañarla a misa y a llevarle un cirio o unas flores a la Virgen. (Si podía me escabullía en la puerta, siempre surgía algún pretexto. Pero más de una vez entré con ella). Y a la salida, el cotilleo: “¡Doña Luisa...!” —“¡Hola, doña Enriqueta! ¡Uy, pero si este es Juanito! ¡Estás hecho un hombretón...!” Y mamá tan ufana. “¿Qué, tienes ya novia, Juanito?” Y

mamá, claro, en guardia. “¿Vas a ingresar en la Universidad? Ya acabaste el bachillerato, ¿no?” Y mamá tan satisfecha. “Sí, claro... Hará el ingreso ahora en septiembre, para empezar la carrera en octubre. Así que, ya sabe él, ya. ¡Aún está verde para novias! Este verano a estudiar...”

Apenas las oía. Me apartaba a comprar prensa para papá, a cualquier cosa. Y si era la hora en que solía acudir Pili a la iglesia me ponía de puntillas, por si la divisaba entre el gentío. (Solo verla, nada más. Aquello acabó del todo. Pero ¿por qué no verla de lejos? ¿Estaría aún tan guapa, con el borde de la mantilla flotándole sobre la frente?)
(Tic-tac, tic-tac, tic-tac...)

El regreso a casa era temible. Por eso solía evitarlo. Pero a veces no había manera y tenía que volver con mamá. El interrogatorio tenía poca variación. Siempre inquisitivo, tenaz: “¿Por qué te has pegado con Pablito? ¡No, si todo se sabe! ¿No había otro más a mano? Además, no sé por qué te has de pegar con nadie... ¡Bueno, pues si hay huelga en la Universidad, tú a casa! A estudiar, que falta te va a hacer... ¿Pero por qué no habéis de dejar entrar en clase a quienes quieran hacerlo? ¿Y por qué no entras tú? ¡Eso! ¿Por qué...? Sí, has sacado el grado, pero... Bueno, mira, ¡tu padre se entenderá contigo! Y ahora otra cosa; pero esto es asunto mío, ¿eh? ¿Quién es esa Nati...? ¡No, no estoy para bromas...! Sí, eso. ¿Quién es esa Nati, vamos a ver...? ¡No, doña Luisa no es ninguna cotilla! ¡Hazme el favor de no faltarle al respeto! No, si ya se ve... ¡A saber con quién te juntas...! ¿Qué haces los sábados por la tarde? ¿Qué haces, dime? ¿Dónde te metes? ¡Te repito que no le faltes al respeto a doña Luisa...!”

(Tic-tac, tic-tac... Tic-tac, tic-tac...) Se está tibiejo, pero hace frío. (Y si me acurruco entra el frío por los huecos...)

...

Con papá no había escape. No me preguntaba nada, lo daba todo por sabido... Me reprendía o me aconsejaba directamente, sin dejarme opción a poner en duda que estuviera enterado de lo que fuese. No, con papá no había escape. ¡Y era tan sereno, tan grave...! “Mira, hijo, no creo que debas pegarte con nadie. Eso es... ¿plebeyo? ¿Te parece que lo llamemos plebeyo? Cuando seas mayor ya defenderás tus ideas como te parezca. Si es que entonces las tienes, vamos... ¡Sí, hombre, sí; a tiros si es menester! A eso iba; y no a puñadas, como un gañán. No te exaltes... Pero ahora, hijo, eres aún un crío... ¿Es que tú te crees realmente un hombre, con dieciséis años? Prepara, prepara tu ingreso en la Universidad y déjate de huelgas y de mítines a tu edad. ¡Tiempo habrá, cuando tengas lo tuyo hecho...! ¿Cómo? ¿Que Pablito se ha vuelto un facha? Bueno, mira, en eso coincido con tu madre: habrá otros

“fachas” más a mano, ¿no? ¿Por qué te has de pegar con un amigo de la infancia...? Mira, hijo, lo que quiero, sobre todo, es que no pierdas un tiempo que nunca podrás recuperar... ¡No, nunca lo podrás recuperar! Y que no tires por la ventana las amistades. Sé amigo de tus amigos, Juan... ¡Bueno, bien, Pablito hoy es un “facha” pero mañana será vaya usted a saber...! —me has de explicar bien qué es eso de “facha”, ¿eh?— pero es tu amigo, ¿no? Y es un buen muchacho. ¡Anda, hijo, anda...! ¡Ah, y me has de decir también qué es eso de esa chica...! ¡Je, je! Nati, ¿no? ¿No se llama Nati? Anda, mañana hablaremos de eso. ¡Anda, sí, anda! Y sobre todo no disgustes a mamá...”

(Tic-tac... tic-tac... tic-tac...)

...

(Tal vez estén llorando ahora. Ahora, en la madrugada, acaso me estén recordando y lloren. Mamá y Rosa. Las dos).

...

“Y no disgustes a mamá...” No hijo, este perro no es mío...

...

(Parece que afloja el frío). Cada vez se está más tibio. (Tic-tac... tic-tac...)

Bueno, crece; el perro crece ¿y qué? Ya no me ves, y el perro nos separa. Bien ¿y qué? Pero yo soy tu padre, yo sigo siendo tu padre, ¿no? Yo soy siempre tu padre...

...

(Tic... tac...) Sí, más tibio...

IV

Parece que hace bueno. Ese rayo de sol... (¡Ya podían tener los balcones de par en par!)

Bueno, leamos, antes que vuelva.

El preámbulo era correcto. A ver...

(Sí, aquí empieza el asunto).

“... no teniendo participación de ninguna índole en los sucesos revolucionarios de octubre de mil novecientos treinta y cuatro. A fines de ese mismo año se afilia a la Asociación Profesional de Estudiantes de Bachillerato, integrada en la Federación Universitaria Escolar (FUE)...”

(¡Sí que lo ha puesto bien claro! Está visto, hablas y luego...)

“...Universitaria Escolar (FUE), organización a la que continúa perteneciendo durante toda su vida estudiantil, llegando a ocupar diversos puestos directivos”.

(Eso, todo bien clarito. ¡Vaya un tipo detallista!... En fin, algo había que cantar. No iba a escamotearle lo de la Juventud así, sin soltar nada...)

“...diversos puestos directivos. Al iniciarse el Glorioso Movimiento Nacional está veraneando con sus padres en Buñol, regresando enseguida a su domicilio de Valencia y residiendo allí hasta octubre, incorporándose entonces con un grupo de estudiantes y amigos en calidad de miliciano voluntario al llamado Primer Batallón de Unidad Juvenil con el que marcha a Alicante dedicándose allí a ejercicios de instrucción...”

(Esta gente detallista no tiene imaginación. ¡Qué atracón de gerundios...! Bueno, hasta aquí es bastante anodino. Todo esto lo ha hecho cualquiera).

“... de instrucción hasta muy avanzado diciembre en que parte para el frente de Madrid participando en diversas operaciones en los sectores de la Ciudad Universitaria, Casa de Campo, Cerro de los Ángeles y Usera, hasta que...”

—¿Qué, vamos estando de acuerdo? Como verá he resumido mucho su declaración porque si no sería un rollo... Las mecanógrafas lo agradecen, ¿sabe? ¡Je, je...!

—Pues sí. Sí, de acuerdo...

(Este que ha entrado con él es Pepe. El Pepe en cuestión).

—... ¿Termino, no?

—Sí, sí... termine, termine de leer tranquilamente, yo ya volveré... Ven, Pepe, vamos a tomar un café. ¿Qué, sacaste tú algo en limpio anoche...?

(Lástima, que no se hayan puesto a hablar aquí... Bueno, a lo mío).

“...y Usera, hasta que hacia abril de mil novecientos treinta y siete el referido batallón es incorporado definitivamente al II Cuerpo de Ejército, como consecuencia de la conversión de las milicias voluntarias en ejército regular. En aquella fecha el declarante había obtenido el grado de sargento y fue enviado con su unidad al sector del Plantío permaneciendo allí hasta octubre de dicho año dedicado a las actividades propias de un frente estabilizado, con la sola excepción de un ataque a Majadahonda en cooperación con las operaciones de Brunete”.

(¡Pues sí que ha resumido! En fin, tampoco “aquello” salió... Sigamos).

“En septiembre del mismo año había solicitado el ingreso en el arma de aviación y como consecuencia marcha a Murcia para seguir los cursos de piloto en la escuela de Alcantarilla, en la que causa baja al poco tiempo a causa de una deficiencia en la vista”.

(Esto sí que ha quedado bien. ¡Ya lo solté, vaya! Y nada, ni sombra de aquel “examen político” de los demonios...)

“Allí mismo solicita el ingreso en la Academia Militar de Paterna, a la que se incorpora a comienzos del año siguiente, saliendo con el grado de teniente de Infantería a principios de abril y siendo destinado al Ejército del Centro desde cuyo Cuadro Eventual se le destina al XIV Cuerpo (Unidad de las denominadas de “guerrilleros”)...”

(¡Vaya, hombre! Y eso que estoy recomendado. ¡XIV Cuerpo y basta! Su nombre oficial era ese, ¿no? No sé a cuento de qué añadir ahí, con todas sus letras, lo de “guerrilleros” ... Por si el juez no se da cuenta, claro. ¡Vaya un tío hipócrita!)

“... de las denominadas de “guerrilleros”) donde presta servicio poco más de un mes, pues es reclamado por el Mando del II Cuerpo de

Ejército al que se reintegra en junio, ocupando el puesto de oficial de enlace afecto al Estado Mayor del referido Cuerpo de Ejército, destino en el que sigue hasta la terminación de la guerra. Hecho prisionero en Utiel cumple el servicio militar que le corresponde por pertenecer al reemplazo de 1940, por cuyo motivo se le envía a Figueras permaneciendo en Cataluña en diversos campamentos de trabajo entre Olot y el Pirineo hasta la primavera de 1943 en que es licenciado y se traslada a Valencia y después a Madrid donde fija su residencia definitiva. El declarante manifiesta no haber comparecido ante ningún Consejo de Guerra para responder de toda su actuación arriba detallada y sí en cambio para ser juzgado por sus posteriores actividades políticas contra el Régimen, concretamente la organización clandestina de los estudiantes en diversos Centros universitarios de Madrid y provincias y el intento de reconstitución ilegal de la ya mencionada "FUE", delitos por los que fue detenido en septiembre de 1946, procesado por el Juzgado Especial de Masonería y Comunismo y sometido a Consejo de Guerra en la plaza de Ocaña en febrero de 1948 que le condenó a la pena de cinco años de prisión que extinguió en la penitenciaría de Alcalá de Henares. Obtenida la libertad definitiva mantuvo su domicilio en Madrid, donde ha venido residiendo hasta la fecha dedicado a diversas ocupaciones y colaborando en algunas publicaciones en su condición de escritor".

...

(Respiremos un poco).

...

Tengo hambre. (Pero es raro; me repugna pensar en la comida).

...

(Y todo eso lo he hecho yo. Todo este chorro de cosas se refiere a mí).

...

Bueno, vale... ¡para qué darle más vueltas! Vale así. Además... sí, demasiado bien está. Con lo de "guerrilleros" y todo, sí. (Demasiado bien. Y mentira no hay ninguna). ¡Je! ¡Pero con lo que he tapado...! (No, callar no es mentir).

Hace bueno, ya lo creo. Seguramente es un día espléndido. ¡Cómo burbujea el polvillo en el rayo de sol!

...

Sí que es largo ese café. (El Pepe en cuestión habrá sacado algo "en limpio"...)

¡Pobre Eduardo! (Yo juraría que era Eduardo). ¡Tener que declarar con esa mala bestia! Habrá estado por lo menos tres horas,

ya lo creo. Lo subieron poco después del desayuno y cuando bajó ya había habido dos relevos.

(¡Ah, claro! Por eso tardarían tanto en subirme a mí. Claro...)

—¿Qué, listo ya?

—Sí, listo. Conforme todo. ¡No le oí entrar!

—Es que he estado un poco ahí en la puerta, acabando de charlar con Pepe...

...

—...¡estamos rendidos!

(Muy bien, pues despáchame pronto y deja para luego esos papeles).

—...¿No le conoce? Es Larrea, Pepe Larrea... Yo creí que le conocería usted de la otra vez...

(No, gracias a Dios).

—No, solo de referencias.

—¡Je, je! ¿Y qué tal? ¿Qué tal las referencias? Bruto, ¿eh?

...

(Me lo merezco, por idiota). ¡Qué cara de imbécil debo estar poniendo! Pero ¿qué voy a decir? Sonríe así, es mejor... (Como lo que eres; un idiota).

—...¡Claro, usted qué va a decir! Pero es un buen elemento, un chico muy despierto. De lo mejorcito que tenemos en la Social. Lo que pasa es que hay mucha leyenda. Mucho... “teatro”. Se le escapa a usted un bofetón y lo cuenta hasta Radio Pekín. ¡Y si al menos diesen cuenta estricta del bofetón! Pero hay que ver, qué fantasías... Este Pepe no tiene más que un genio algo vivo, nada más. Pero a veces hace falta ¿sabe? Si no fuera así... ¡Hay fulanos que le tomarían a uno por el pito del sereno!

...

(Venga, a ver si acabas de una vez y vamos a lo nuestro).

—...Bien, entonces ¿de acuerdo, no?

—Sí, de acuerdo.

—Ale, firme pues.

...

—...Aquí también y aquí... sí, en todos los ejemplares.

(Rosa. He de preguntarle cuándo vendrá Rosa).

—... Eso. Así, a la hora de comer llamaré a don Eugenio. ¡Aunque no sé, no sé! Con el lío de estos chicos...

—¿Ha ocurrido algo?

—¡Nada, este jaleo de los estudiantes! Unos niños mimados, nada. Pero suficiente para entretener lo de usted.

—¿Pero qué tiene que ver esto con lo mío?

(El puño, el puño ese en el estómago...)

—Pues, caray, que el jefe tiene interés en pasar el asunto de usted a don Eugenio, pero lo de estos chicos habrá de ir forzosamente a manos de don Eugenio también, y enseguidita. Y si fueran pocos... ¡pero ya, ya! ¡Solo de San Bernardo hemos traído como una docena!

(Me tiene en vilo. Y ya ni salivilla, nada. Solo el puño, empujándome el estómago. Hacia adentro...)

—Esta madrugada oí ingresos, pero no creí que fuesen tantos.

—Ah, pues ahora han venido más, de la Ciudad Universitaria. Así que voy a darme aire... No, no me lo agradezca. ¡Si es que si no, el jefe...! ¡Je, je! Hoy mismo le mando el atestado a don Eugenio, y así confío que para cuando le llegue este otro asunto ya estará lo suyo despachado.

—Pues se lo agradezco, claro que sí... (Rosa... ¡Pregúntale!) Y... respecto a mi mujer, ¿sabe usted...?

—¡Calle hombre! ¡Qué cabeza la mía! Esta tarde vendrá a verle. Yo ya contaba con que usted firmaría ahora, así que anoche mismo hablé con el jefe de ello.

—¡Ah, pues muchas gracias otra vez! Entonces, ¿ya hemos terminado?

—¡Hombre, me parece que no! Vamos, si es que quiere ver a su señora... ¿Tiene ganas de perderme de vista, eh? ¡Je, je! ¡No, si no me extraña...! En cuanto a la declaración, sí; se acabó. Las próximas diligencias ya serán con el juez. Y entonces ya se conseguirá de él autorización para que le visite la familia. Pero no olvide que ahora está usted todavía a disposición del juez que se designe y hasta tanto él no disponga otra cosa hemos de tenerle incomunicado. Así que estas primeras visitas de su señora serán... “por la puerta falsa”. ¡Je, je! ¡Nada, tendrá usted que aguantarme pocos días! Luego, cuando obtengamos el permiso del juez, ya podrán verse tranquilamente en la Inspección de Guardia.

—Bien, pues entonces hasta luego, ¿no?

—No sé si a la tarde estaré yo. Pero ya he advertido a un compañero para que la reciba en mi despacho y le suba a usted aquí. ¡Un momento...!

(¡Qué espantada! Algo ha visto en la puerta).

—¡Eh, guardia! ¿Va usted para abajo?

—Sí, señor.

—Aguarde, pues. Un instante...

(¡Ah, vamos! Mejor...)

—Bueno, adiós. Así evito tener que llamar por teléfono.

—Adiós.

...

(Otro nuevo. ¡No acaba uno de conocer las caras! Claro, esta mañana habrá relevado toda la guardia...)

Está esto muy animado hoy. Y en el bar sigue la bulla... ¡y el olorcillo a café!

(Natural, ¿cómo no he de tener hambre? Solo he tomado un sorbo de café esta mañana... (¡Si al menos no oliera a grasa!)

Hay mucha, mucha animación... (Este ajeteo por los pasillos no parece habitual).

Estos que suben tienen que ser policías. Tal vez peces gordos. ¡Qué manera de arrinconarme en el rellano para que les deje paso!

(Ahora no tomaría ni un sorbo de café. Aunque fuera de ese. Me da asco solo de pensarlo... ¿Habrá vomitona?)

Ya podían subir más de prisa... ¡Ven que la escalera es estrecha, que les esperamos para bajar, y nada!... Nada, ahí charlando; tan tranquilos.

(Claro, desde ayer a mediodía no he comido nada. Y con este sube y baja de las tripas... ¡Ese puño en el estómago!)

Vaya, ya suben... Despacito, como en su casa. (Solo que cuchicheando).

Si me hace bajar tan deprisa no sé qué va a pasar...

...

¡Qué bueno, el fresco del patio! (El frío...)

...

(¿Se me nubla la vista?)

Con tanto coche no hay quien vea la calle.

...

Se acabó la luz del día. ¡Lástima de sol!

Menos mal, esta escalera está un poco caldeada.

(¡Qué frío en la frente...!)

Ahora, a la celda. (Tan tranquilo...) ¡Qué descanso, después de una declaración así! (Ya se acabó. Ya lo solté todo).

...

(¡Cuidado! Hay que tragar esta saliva. Despacito, muy despacito; pero firme...)

...

Son altos los escalones estos. (Si pudiera bajar más despacio...)

...

(¡Declara uno y se queda tan descansado!)

Sudor, ahora es sudor en la frente. Y como un escalofrío hacia la espalda. (¿Llegaré...?) Si lo soltase todo... (¡Como no sean bilis!)

...

Esta espera me hará bien. Y así, apoyando un poco el hombro en la cancela... (Ese olor a rancho... ¡Qué asco! Y ese no viene a abrir. Y se me nubla más la vista...)

Apretando un poco la lengua contra el paladar, mejor. (Sí, así va pasando mejor la saliva).

...

(Parece que oigo llaves. Creo que viene el de las llaves...)

...

Ya pasa, ya parece que me está pasando, a pesar del olor a rancho... (Creo que llegaré a la celda sin vomitar).

—Entra tú también, que has de subir con más.

—¡Ah! ¿Varios?

—Será uno a uno, ¿no? ¡Atontao!

(¿Eduardo...? Rosa... a ver si sabe...)

Despacito. La saliva poquito a poco. (Que ya me pasa...)

(Claro, están acabando de dar el rancho. ¡Así huele!)

—¡Usted, espere aquí! Aguarde a que le den el plato y así se lleva ya la comida.

(¡No voy a decir que no quiero! Ya faltan pocos... Mientras me llega el turno me sentaré en el banco).

¡Caray con la del abrigo blanco! Con qué desparpajo anda ya por aquí... ¡Como si fuera el ama! (Su amiga parece otra cosa).

Pues vienen derechas. (Estas se sientan a mi lado, seguro).

—¡Ven, Elena! Este se corre un poco y cabemos los tres. ¡Ven, mira qué pendientes!... Oye, hijo, que yo no te he pedido que te levantes, ¿eh?

—Da igual, me iba ya.

(Me temo que el sargento...)

—¡Eh, tú, cierra el pico, que ese es de incomunicados!

—¡Pero yo no! ¡Miren don exactitudes! Además, dígaselo a él... ¿Te gusta puesto? Le va bien a mi cara, ¿verdad? (Y es simpático, ¿sabes?)

(Pues es una madrileña castiza...)

—Ande, coja usted el rancho y métase en la celda. ¡Y tú, un poquito más de respeto!, ¿eh?... Va a haber que sobarte el morro...

—¡Perdone, mi sargento! Pero usted, con tal de sobar... ¡Estese quieto, manos largas! ¡Ja, ja, ja!

(Esto es ya todo caldo. Mejor...)

¡Cómo quema! Menos mal que me devolvieron el pañuelo. ¡Ah, el pan! (También hoy está churruscante).

Tendré que andar despacio. (Me lo han llenado demasiado).

—... ¡amos, traiga, que me quiero probar los dos pendientes! ¡Ja, ja, ja...! Vaya a lo suyo, ande, que le llaman ahí...

(Este chico es de “esos”... ¡Muy joven!) Bastante más joven que Eduardo. Será de primero, de segundo a lo sumo... (¡Pues es verdad, tienen preparados muchos volantes!)

El pasillo está frío... ¡Cómo se nota al doblar la esquina!

(¡Pobre muchacho! No sabía cómo mirar a las chicas... Ya le están abriendo la cancela).

¡Vaya, vertí el caldo! Tengo que ir más despacio. (Pero es que el guardia se acerca...)

—...¡Pues claro que estoy guapa! ¡Ja, ja, ja, ja...!

(No hay más remedio que apretar el paso).

—¡Eh, pschit!

(¿Será a mí? Es por atrás. Y tan bajito... Pero el guardia ya está ahí).

—¡Pschit! ¡Eh, oiga! ¿Tiene un pitillo?

(Así. Aquí en la puerta puedo volverme y mirarle).

Ya comprenderá que... ¡Ya ha visto al guardia, vaya!

...

No, esta vez será mejor dejar el plato sobre el poyo. He de intentar comer algo. Cuando me pase del todo, claro...

(El pañuelo se me ha manchado de grasa).

(¡Eh, que me cierra...!)

—Guardia, ¿puedo darle unos pitillos a ese muchacho?

—Traiga, yo se los doy.

—Gracias.

(Ya me quedan pocos...)

Bueno, ya estamos en casa...

—...¡Ja, ja, ja, ja!

(¡Qué descanso! Otra vez solo...)

La puerta cerrada, el plato en su rincón (quema aún), el muchacho con sus pitillos; yo aquí, sentado. Todo hecho ya...

(Después de una declaración así, redonda, se queda uno tan tranquilo...)

Sí, quema todavía.

Además, no me conviene comer enseguida. Solo hace un momento de esa dichosa náusea.

Pero ya no me repugna el olor...

(Puedo ir mordisqueando el pan).

...

La coronilla está rica.

...
(Y ahora a esperar a Rosa. Hasta la tarde... ¡Qué bien, todo hecho!)

Hay otra araña. (Hay dos).
(Todo hecho...)

...
Rosa vendrá probablemente a media tarde. Desde casa hasta Sol tiene más de media hora, y luego las esperas y tal... (Si se le da bien el trolebús media hora corrida, nada más. Así que hacia las cinco o las seis...)
¿Traerá al chico...? (A lo mejor por ser la primera vez no se atreve).

...
Bueno, creo que esto ya se puede ir tomando. (Poco a poco, muy poco a poco...) Sí, ya se puede tomar. (Hay que mantenerse bien para cuando venga el juez).

(El juez...)

...
(¿Todo hecho...?)

...
La otra vez acabé por acostumbrarme a esta comida. (¡Toma...! No podía pensar en paquetes). ¡Con qué impaciencia esperaba los últimos días el reparto del rancho!

(Claro, aquellos días finales... Entonces sí que lo tenía ya todo hecho. ¡Y tanto...!)

Y en la cárcel, hasta que mamá empezó a enviarme paquetes, igual. Y en la trinchera también, lo mismo. No, si se acostumbra uno a todo... ¡Ya lo creo que se acostumbra!

Pero ahora, las primeras cucharadas...

(Todo hecho... ¡Je! ¡Qué insensato!)

Tengo que ir pensando en la visita de Rosa. Que no se me vaya a olvidar lo de míster Hopkins. (Y sobre todo a ver si puedo averiguar algo de Eduardo. Eso sobre todo).

(Desde luego, y tan insensato... Aún no he declarado ante el juez, ni tengo siquiera idea de por qué estoy aquí. Y ¡“todo hecho”! Por si fuera poco, Eduardo. Yo diría que es Eduardo...)

Pues parece que entona este caldo. (Poquito a poco va pasando...) Unas cucharadas más y ya está bien.

(Hasta que venga el juez no puedo estar tranquilo).

(El juez...)

Ahora me recostaré un rato. ¿Qué cosa mejor puedo hacer? (Parece que el mirar al techo ayuda).

(El juez... ¡Otra vez; como un puñito en el estómago!)

Me ha hecho reaccionar este caldo caliente.

(¿Lo de la patrulla o el fusilamiento? ¿Qué será? No puede ser más que una de esas dos cosas...)

¿El pan...? Me lo meteré aquí. (Este bolsillo de la gabardina es bastante grande; así no se ensuciará).

(Aunque como de patrulla se salía muchas veces... Y casi siempre acabábamos a tiros. Que si sonaba una lata, que si brillaba un fusil, que si se largaba uno...)

...

Pues sí, son dos. Hay dos arañas...

...

(La gente se largaba sobre todo cuando salíamos a poner alambrada. Era buena ocasión. Había tiempo. Pero pocos llegarían a la línea enemiga... ¡Menudos tiroteos! ¡Claro, tú estás en la trinchera, ves una mata que se mueve y lo primero que se te ocurre es pegar un tiro! Bueno, por lo menos los quintos. ¡Y ya está! Ya se organizó...)

Mejor, sí, mejor será echarme la gabardina a la espalda. No me vaya a adormilar y a quedarme frío. (Eso, así...)

(Pero fusilamiento no hubo más que aquel. Y el piquete lo mandé yo. Yo solito...)

...

Dos arañas. Y cada una en su rincón, a lo suyo...

(Yo solito. Y lo presencié quien le dio la gana... ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Claro, claro que sí... Puede muy bien ser eso. Lo del fusilamiento. ¡Es muy probable que sea eso!)

...

Está visto, la gente recupera el hilo de la vida enseguida. Nada, ni siquiera un ronquido se oye. Están reposando la comida, sencillamente...

¿Como yo, toma! ¿Qué estoy haciendo yo?

(Bueno, eso vamos a dejarlo. Aunque ese hable con el tal don Eugenio a la hora de la comida no podrá tomarme declaración hasta después de pasado mañana. Eso como muy pronto. Porque hasta mañana por la mañana no irá el juez a su despacho, y allí tendrá que empezar por reclamar el sumario a quien lo tenga. Después, estudiarlo...)

...

A lo suyo. Ellas a lo suyo, como si nada...

(¡Sí, sí! ¡Pasado mañana! Ya serán varios días...)

...

¡Qué trajín se traen! Que voy, que vengo; que voy, que vengo... Las dos. Las dos a lo suyo.

Como los pendientes de esa del abrigo blanco. (No es fea. No es fea, no). Eran como dos arañas chiquititas, brillantes. (Le sentaba muy bien aquel que se puso).

(A Nati nunca la vi con pendientes).

También son brillantes los ojos de ese muchacho que me pide pitillos. (Él igual, a lo suyo. Allí dentro, atisbando siempre por el ventanillo: “¿Me da un pitillo?”)

(Pitillos sí; eso sí. ¡Ya lo creo que fumaba!... Como si la viese ahora: escuchando en silencio, las piernas cruzadas, los ojos entornados; el codo en la rodilla y el cigarrillo encendido apuntando al techo...)

¡Hay que ver cómo vuelvo atrás! Insensiblemente, sin proponérmelo...

(¡Y el caso es que tengo tanto en qué pensar! *De ahora*. Cosas de ahora, para salir de este lío. ¡Pero hay que ver...! No parece sino que tengo que declarar quién era Nati, qué hacíamos, qué nos decíamos...)

¿Quién sabe si vive aún? (A lo mejor me recuerda algunas veces...) Vidal logró llegar a Rusia y escribe a sus padres. Maruja también está allí. ¿Por qué no ha de estar Nati? (Algunos de los que fueron a parar al campo de Argelés embarcaron después en Marsella...)

Ahora Nati es solo un recuerdo. Uno de tantos. (Pero entonces era toda una ilusión).

“Al comenzar el Glorioso Movimiento Nacional se encontraba veraneando en Buñol, con sus padres”. (¿Y Nati? ¿Nati, qué?)... “y desde allí regresaron a Valencia”. (¡Qué sencillo! Así, como si tal cosa...)

“En Buñol, con sus padres”. (Sí, pero...)

¡La de ratos que estuvo Nati conmigo! (El libro abierto, las cuartillas y la pluma delante, todo dispuesto para estudiar; el clamor de los primeros pájaros, la ventana de par en par, sin sol aún. Y Nati allí. Llegaba sin darme yo plena cuenta de ello, con el airecillo fresco de la mañana. Y se me metía dentro. ¡Qué ganas tenía de volverla a ver!)

¡Fue extraña mi vida, aquel último año en Buñol! No fueron más que unos días, pero ¡qué raros! (Era como estar y no estar...)

Creo que fue entonces cuando empecé a notar lo del “otro”. Aquellos días, cuando me asomaba al secreto de mi impaciencia por volver a ver a Nati, notaba... ¡Pues eso, caray! Lo que dice todo el mundo. ¡Para qué darle vueltas! Que “yo era otro”. (Yo ya era otro...)

“Juanito, el de don Paco”, como me llamaban las amistades. Claro, para no confundirme con los otros Juanitos. (Había tantos Juanitos veraneantes...)

“No, mi Juanito solo podrá venir a las fuentes por la tarde. Las mañanas las ha de dedicar a estudiar...” ¡Qué cara tan grave ponía

mamá para decirlo! “¿Ah, pero no sabía usted? Sí, ya tiene entre manos el primero de Derecho... ¡Eso es, ingresa en la Facultad ahora, en septiembre...!” Y su cara rebosaba satisfacción.

Era entonces cuando percibía que yo –o “el otro”, qué más da...– no estaba realmente allí.

No, si no es que yo no disfrutase. ¡Con lo que me ha gustado siempre preparar por las montañas y oler el romero! Pero algún pedazo de mí estaba siempre ausente. Siempre hubo algo...

De chico, Leonor. ¡Cuántas luchas imaginarias, qué fantásticos combates para librarla del dragón de las grutas! De cuando en cuando un vasito –un “culito”– de agua fresca con unos azucarillos de anís. Y al fin, la voz de mamá: “¡Anda Juanito, vete a jugar con los chicos! ¿No te aburres de mirar las cuevas?”

En otoño, al regresar a casa, yo se lo contaba. Y Leonor se entusiasmaba. (Me añadía detalles y todo, para que la ilusión fuese más completa).

Luego, cuando fuimos creciendo... ¡Aquellas rarezas tuyas! Hay que ver lo que me costó llevarle aquella ramita de pino... Claro, yo mismo le había explicado que parecía como si fuese un pino triste. Estaba en la cumbre del monte, un monte muy difícil de escalar. Era un pino solitario y pelado, con solo dos ramas horizontales. Desde abajo parecía un espantapájaros sobre el firmamento.

“Una cruz sobre el cielo”, me rectificó ella. Y hubo que llevarle la ramita. (Por poco me despeño...)

...

Luego, Pili.

(¿No eran algo ñoños, aquellos paseos imaginarios con Pili?)

...

Como el molino aquel estaba abandonado, podía tumbarme tranquilamente en el ribazo, a la sombra del nogal. Solía hacerlo boca arriba, cruzando las manos bajo la nuca. Solo se oía el rumor del agua. Y yo cerraba los ojos y me imaginaba los suyos, tan grandes, tan abiertos; como aquellos de Silvia Sidney... (De agua, como de agua...)

(Y si quería, pues la besaba...)

...

“Con sus padres...”

¡Sí, claro que con ellos! Pero también con Nati. Y con todos. (Con Cristóbal. Y con Toni y Petrucha. Y con los demás. Sí, con todos...)

Pero sobre todo, Nati.

En septiembre... En septiembre sería el regreso. Y otra vez las clases, la “ce”... (Cuando fuese mayor, el Partido). Y Nati. Aquel

último año, también Nati. Sobre todo, Nati... (Aunque yo no me lo dijese). ¡Con qué impaciencia esperé el fin de aquellas vacaciones del treinta y seis! Cuando terminase el verano, a comenzar en la Facultad. A reunirme con Nati. (A empezar a vivir...)

¡Je! “Juanito el de don Paco”!... No; ni mis padres, ni doña Luisa; nadie podía imaginar...

Claro, doña Luisa solo andaba detrás de endosarme a su hija. (Además, eso: “María de los Ángeles”...)

Sí, bien, Ma-ría-los-án-ge-les; claro está que se podía decir así, de carretilla. Pero con decir simplemente Mari, o Ángeles... ¡o Angelita, vaya! (Sí, sería vulgar, pero no era cursi).

“¡Y va que chuta!” le susurraba yo al oído a mamá. Y ella, pese a todo, se reía. Yo creo que en el fondo comprendía... (Naturalmente, ella prefería que no fuese Nati. Pero se hacía cargo de que... En fin, que se iba acercando mi hora).

...

¡“María de los Ángeles”! Así, con todas sus letras...
(¿No te fastidia?)

...

No, lo de llamar Nachi a Nati era otro asunto. A ella le hubiese gustado por la misma razón que le gustaba a Petrucha que la llamasen así. Pero es que en este caso había un motivo. (Petra, Petrita... No, indudablemente Petrucha sonaba mejor).

Mas en el caso de Nati no había razón alguna.

Yo no sé si ella lo comprendía. La verdad es que nunca se lo razoné muy en serio. (Ni yo mismo me lo razonaba. No me gustaba. Me sonaba... raro).

(No me dio la gana; ya está).

Aquel domingo por la mañana, al salir de la sesión del Cine-Club, cedió al fin.

...

“¡Es verdad —me dijo—, es como si tú quisieras que yo te llamara Iván! En ti... ¡No, no suena! Ni hace falta, ¿verdad?”

Y se acurrucó sobre mi brazo. Porque como estábamos en los primeros días de febrero todavía hacía frío.

...

(¡Claro, la araña! Ese puntito oscuro que se movía era la araña...
¿A dónde habrá ido a parar la otra?)

...

(Pues no se ve la otra. Ahora solamente se ve esa araña, la de la derecha).

Ya será más de la una. (Ese guardia que acaba de asomarse ha relevado hace poco. Y el relevo solo puede haber sido a la una).

...

(A lo mejor la otra araña ha bajado. Habría que verlo, no vaya a picarme...)

Ahora estará Rosa preparándose para salir de la oficina. Y a la tarde... (¡Qué sensaciones nuevas! Esta emoción de pensar en la visita de Rosa...) Seguramente vendrá hacia media tarde.

Creo que ella tenía el teléfono de Lola. Así, por Andrés, podremos saber de Eduardo... (Yo juraría que era Eduardo).

Porque ir a ver a Maribel... (No sé, no creo que sea prudente...)

...

(¿Qué será lo que ha atrapado? Aquí no parece que haya moscas. ¡Vaya meneo que le está dando!)

Ya va haciendo frío, ya. Esto no es Valencia, claro. Además, aquí abajo, con la humedad del sótano... ¡Y que se acaba el otoño, toma!

(Y eso que estos otoños de Madrid...)

Seguro que arriba, como hoy hace buen día... (Ahora la Puerta del Sol estará llena de gente esperando los autobuses, bajando al metro, cazando taxis...)

Rosa se pondrá también en la cola del trolebús.

(Y todo eso está ahí arriba. Ahí...)

...

Ahora en Valencia no hará todavía frío, ni siquiera en un sótano. (Pero en febrero sí). Claro que allí los fríos de febrero son ya los últimos. (Para marzo, helados; y el trofeo universitario de natación, en el puerto). Ahora que la humedad de aquellos días grises, tan desapacibles...

Aquel domingo era uno de ellos. (Aquel domingo... sí, en febrero. Febrero del treinta y seis...) Soplaban un viento bastante fuerte que hacía más sensible el frío. La gente salía del cine sujetándose las ropas y se alejaba presurosa, inclinada hacia adelante. Era ya la hora de comer.

Nosotros, como de costumbre, estábamos citados con Toni y Petrucha en el café de enfrente. Nada, media hora. Una caña de cerveza y a casa.

Nati estaba aquel día muy jovial, alegre como pocas veces. Como la puerta giratoria del café era bastante amplia se acurrucó más aún sobre mi brazo y se empeñó en que nos metiésemos juntos. Tropezábamos un poco con la hoja de atrás. Y ella reía.

“¡Eh, paletos!”

Toni nos llamaba desde nuestro sitio habitual. Era un rincón muy resguardado. Entre dos columnas se divisaba la puerta, pero

estaba oculto del ventanal que daba a la calle. Así estábamos a cobijo de miradas indiscretas. ¡Eso faltaba, que nos localizasen nuestras familias!

El café estaba repleto. Toni rozaba con su espalda a un señor de la tertulia vecina. Así que Nati se sentó como pudo con ellos en el diván, junto a Petrucha, y yo ocupé una silla a su lado.

“No, yo café”, corrigió Nati al camarero con un gesto de frío. Y eso que allí se estaba bien. Y se volvió a colgar de mi brazo.

A Toni le había entusiasmado la película. También a mí, a todos. Bebíamos lentamente, con una satisfacción solemne. Como si la cerveza fuese un elixir delicioso. Salvo Nati; su café quemaba aún. Por eso era ella quien llevaba la voz cantante, complaciéndose en recordarnos algunas escenas. (¡Con lo que le gustaba contar las películas!...)

“...y cuando los muchachos están trabajando en el tendido de la vía? ¿Os acordáis? Es formidable, ¿eh? Aquel conjunto de sonidos metálicos... ¡Hay que ver, cómo hace de música de fondo! Solo con los golpes de las herramientas sobre los rieles, y las palas, y los picos...”

Un primer sorbito de café. ¡Rico! Demasiado caliente, pero rico... También ella bebía con satisfacción. Todo parecía hermoso aquella mañana.

“...La escena aquella del asalto al tabernucho es fenomenal también, ¿verdad? ¡Qué bien reaccionan los muchachos! A pesar de las zorras aquellas...”

Y otro sorbito. Ya, más largo. ¡Rico! ¡Pero qué rico!

“...Y el final? ¡Qué tensión!, ¿eh? La locomotora avanzando, avanzando... Todo el mundo esperando en la estación. Todos tan orgullosos, tan alegres... ¡Qué caras más simpáticas!, ¿verdad?”

Toni aprobaba radiante de entusiasmo. Cuando apuró el último trago de cerveza no pudo callarse más.

“¡Los muy cabrones! ¡Matar al muchacho, así...!”

El señor que estaba dando la espalda a Toni se revolvió un poco y le miró de reojo. Seguramente le habría empujado al erguirse tan bruscamente para hablar.

Nati se animó más aún. Bebió otro sorbo, rápido ya, y siguió. “...¡Cuidado que está bien lograda esa transición! El tren sigue avanzando; se acerca, llega... La máquina se detiene: ¡Pfa, pfa... pfa...! ¿Os acordáis? Resuella como si fuese un animal dolorido... ¡Y las caras de júbilo se cubren de tristeza!”

Toni no pudo contenerse. “¡Toma, claro!” –interrumpió–. “Desde lejos el público no veía más que las banderas sobre la locomotora. Pero cuando llega allí y ven encima el cadáver del chico...”

Nati prosiguió extasiada. “Incluso el silbido final, ¿eh? Parece un aullido, talmente como si fuera una queja...”

“No, desde luego hay que desengañarse” —concluyó Toni—. “¡Estos rusos tienen un cine como nadie!”

Y como al parecer el asunto estaba agotado puso sobre la mesa su cuaderno de bolsillo y comenzó a hojearlo rápidamente. Ya era un poco tarde. Tenía que decirme el tema que me correspondía para la próxima reunión de “ce”. Y enseguida, a casa.

Pero el señor que estaba junto a Toni se volvió hacia él y le miró con aire zumbón. Entonces le reconocí. Era también de la Alianza de Escritores; y creo que del Partido. Pero mayor. Y claro, nos trataba como a mocosos.

“Pues el domingo pasado no hablabas así” —le espetó—. “Tenías una pinta de aburrido...”

Toni se puso en guardia. “Y ¿qué es lo que vimos el domingo pasado?”, le contestó.

“¡Hombre, *Romanza sentimental*!... Sí, sí, de Eisenstein, tu ídolo. Y te pareció demasiado cerebral, lenta; que carecía de interés para las masas... ¡En fin, prefiero no acordarme!”

“Bueno, pero en cambio, ¿qué me dices de *El Acorazado Potemkin*?” —arguyó Toni—. “¿Eh? ¿No es eso bueno? ¿No es eso cine de veras?... ¡Y también es de Eisenstein!”, concluyó con voz de triunfo. Y lo subrayó con un vivo movimiento de cabeza, como añadiendo “¿que tú qué te has creído?”

Pero el otro rio de buena gana. En sus ojos brincaban dos puntitos de ironía. “Hombre, eso de *de veras* me ha gustado! Y ya va explicando algo...” Descolgó su abrigo del perchero y su cara adquirió un aspecto conciliador. “Desde luego, fuera bromas, la película de hoy es estupenda”, siguió diciendo. Hablaba ya con voz grave; su acento parecía sincero. “De lo mejorcito que he visto del cine soviético” —añadió—. “Es buena y además tiene lo otro, el fondo...”

“¡Claro que sí!”, interrumpió Toni, agresivo aún. “El fondo, eso es. ¡Pero no sé por qué coño tienes que llamar al fondo *lo otro*! Todo es uno, ¿no? Y sin lo otro no hay cine que valga. ¡Ni literatura, ná...! ¿Es que tú crees...?”

El otro le cortó en seco. “Bueno, mira, me voy, que tengo prisa”. Y le dio una palmada cordial en el cogote. “Además” —añadió—, “¡para qué discutir con críos...!”

“Oye, ¿el domingo que viene qué tenemos?”, le preguntó Petrucha.

“Un conflicto, hija”.

“Pues danos la solución, anda” —dijo Nati. Y se corrió un poco empujando a Petrucha y a Toni para que me sentase a su lado.

...

(Me está fastidiando el bulto este del pan en el costado. No es más que medio chusco, pero... Así, así ya no molesta).

...

La otra araña desapareció del todo. Pero esa sigue ahí; a la tarea, con su botín. Parece que lo mató, lo que fuese...

(Han abierto la cancela).

...

Bueno, sigamos.

(Pero mejor así, mirando a los pies. No quiero ver la araña...)

...

El otro adoptó un aire reflexivo. Realmente dudaba. “Pues mirad, aquí tendremos *La línea general*. Según mis noticias es una maravilla de película. El tema, ya sabéis, el colectivismo agrario en Rusia, y tal... Pero es que en Cine-Club FUE y a la misma hora darán *Topaze*, la de Pagnol. Y en pase exclusivo...”

Toni no prestaba atención. Se había inclinado sobre su cuaderno y mantenía aún en su cara un gesto de desprecio.

Pero nosotros escuchábamos con interés. La rodilla tibia de Nati se apoyaba con firmeza en la mía y su cabeza, erguida hacia el otro, se inclinaba un poco sobre mí.

...

(Pues hay bulla en la rotonda... Serán ingresos de los habituales. Esa voz de marica...)

El otro prosiguió. “En fin, creo que iré a ver *Topaze*. Porque como Toni no se perderá *La línea general*” —y nos guiñó un ojo—, “él me lo contará...”

Toni seguía con su cuaderno. Parecía no hacerle el menor caso. “Bueno, no; en serio...” —requirió Petrucha.

“Pues, en serio, será mejor venir a ver *La línea general*. Es una cinta que se ha traído para la campaña electoral y no sé cuándo tendremos oportunidad de volverla a ver. Los empresarios, ya sabéis... En cambio *Topaze*, al fin y al cabo es... ¡Caray, pues una producción francesa! Cualquiera día la estrenan por ahí.”

Ya se marchaba. Salía zigzagueando entre las mesas y nos dijo las últimas palabras casi vuelto de espaldas. “Bueno, adiós chicos” —terminó. Avanzaba ya hacia la puerta—. “¡A ti también, hombre! ¡Adiós, Toni!”

“¡Ah! ¡Salud...!” —gruñó.

Pagué al camarero y me dispuse a concretar con Toni. Hasta el sábado tenía toda la semana por delante. Pero había que tomarlo

con tiempo. Los exámenes estaban encima. Mayo llegaría sin darnos cuenta... Había que repartir las horas.

Toni terminaba ya. Y Nati asintió. “Sí, claro. Hay que repartir las horas...” Me miró blandamente. Y me dio un empujoncito con la rodilla.

En el preciso momento en que Toni me alargaba el papel entró Cristóbal en el café. Miró alrededor y vino rápidamente hacia nosotros.

Antes de sentarse se inclinó al suelo, del lado de Toni, y recogió algo. Un libro. Y lo dejó sobre la mesa.

“Toma, se te ha caído esto” —le dijo a Toni.

“¿A mí?” —replicó el otro extrañado. Y lo examinó.

No era un libro. Era una revista con formato de libro: *Nuestro Cinema*.

Toni hizo un gesto de desdén.

“¡Ah, debe ser de ese tontaina! Se le habrá caído al levantarse” —dijo. Y lo dejó otra vez sobre la mesa.

“¿Qué tontaina?” —preguntó Cristóbal.

“¡El chalao ese de Planes...!” —siguió Toni despectivo.

“Hombre, Planes es un buen camarada. No sé por qué has de hablar de él de esa manera.”

“Mira, a mí me estomaga, ¿qué quieres? Con eso de que cada dos por tres se va a París y que es amigo de Piqueras...”

“¿Y quién es Piqueras?”

Toni miró a Cristóbal casi asombrado.

“¡Leche, el director de *Nuestro Cinema*...!” le explicó. De golpe, seguro que pensando: “¿Pero de verdad no lo sabes?”

Cristóbal movió la cabeza, levantó un poco los hombros y sonrió. Bonachonamente, como si le hablasen de asuntos totalmente ajenos a él. Y puso resueltamente la mano sobre la mesa cerrando la cuestión.

“¡Bueno, andando! Tú te vienes conmigo, Toni. ¡Menos mal que llegué a tiempo!”

Petrucha le miró contrariada.

“¿Entonces, esta tarde...?”, pregunté yo.

“Sí, a la tarde nos vemos otra vez. Esto no tiene nada que ver”. Cristóbal parecía fatigado. Hablaba de prisa, levantándose ya. Al ver la cara de desencanto de Petrucha prosiguió: “Las elecciones las tenemos encima, niña; solo faltan unos días para el dieciséis. Nada, mujer, será una hora. Después, toda la tarde para vosotros”.

Al salir a la calle Toni me dio *Nuestro Cinema*. “Toma, devuélveselo tú a Planes, ¿quieres?”

“Hombre, yo no le conozco...”, objeté tontamente.

“¿Y qué? Cuando le veas en la Alianza se lo das y listo. Anda...”

“Bueno, trae. Así le daré un vistazo.”

Cristóbal me dio entonces otra revista.

“Toma pues, léete también esto. Me haces un favor porque yo no volveré a casa hasta la noche”.

Se la acepté también, claro. Y nos despedimos.

Petrucha y Nati me cogieron del brazo y nos fuimos los tres hacia el centro. El día seguía desapacible.

Al alejarnos miré por última vez hacia la puerta del cine. Estaba desierta. Solo había dos hombres descolgando la cartelera. El título de la película osciló un momento en el aire: *El camino de la vida*. Y el cartel quedó tumbado en el suelo. En su lugar apareció el de todos los días anunciando la función de la tarde, una revista musical de gran éxito. (¿*Vampiresas*...? No, no me acuerdo. ¡Y cuidado que el cartel era llamativo! Aquellos muslos cubiertos de malla... Americana sí era. Sí, era de aquellas de la Warner...)

Nati me dio un pellizco. “¡Tú! ¿Qué miras?”

Reí como un zángano.

“¿Qué revista te ha dado Cristóbal?”, añadió, como si nada.

“La del Partido; *Nueva Cultura*. Este número creo que no lo conozco...” Y la hojeé.

Las dos chicas acercaron las cabezas para ver mejor. Y caminamos despacio, a pesar del frío.

Efectivamente, aquel número no lo conocía. Al menos no recordaba haber visto aquellos grabados al pie de la página. Todos iguales, alineados como una historieta gráfica.

A los tres nos chocó aquel en que una cruz gamada proyectaba su silueta sobre la *Revista de Occidente*.

“¿Conque también Ortega...?” —pensé—. “¡Caray, lo que va descubriendo uno!”

—¿Se afeitó?

(¿Eh?)

—¡Ah, sí! Sí, ya voy...

(¡Estupendo! Así estaré presentable para cuando venga Rosa).

—¡No hombre, podía haber seguido usted acostado! Ahora solo voy tomando nota de los números. Todavía tardaré en venir.

—¿Mucho rato? —(A ver si con esta sonrisa...)—Es que espero visita, ¿sabe?

—¡Ah...!

(Ha comprendido. Me ha mirado de arriba abajo).

—...Bueno, a lo sumo un cuarto de hora. En cuanto despache al sargento, vengo.

(Con bata blanca y todo, como el de la otra vez. Pero este no tiene aspecto de marica).

Claro, ayer haría la ronda poco antes de ingresar yo. (Ya voy para veinticuatro horas aquí. Como quien no quiere la cosa).

—No me voy a acostar de nuevo. Ahora mismo vuelve ese por mí. (Tengo hambre. ¡Cómo se nota que ya me pasó todo!)

...

¡Vaya, ya salió! No sé cómo pude meterlo antes. El bolsillo parecía más ancho... Bueno, es que sacarlo es otra cosa. Ahora es el grueso del pan más la mano. (Está churruscante. ¡Qué bien! ¿Cocerán todos los días?)

Estoy ensuciando el suelo con miguitas.

...

(¡Caray, con el marica! Parece que ha caído en gracia... Debe haber dicho algún chiste).

...

Miguitas... (Se agradece la gabardina. No mucho, pero abriga). En el bolsillo han quedado miguitas y trocitos de corteza. ¡Claro, si me he tumbado encima del chusco! Por poco lo aplasto...

(¿Traerá al chico?)

...

(Dos. Son dos maricas... ¡Caramba con los ingresos!)

...

Ahora mismo viene el barbero. A afeitarme. Luego, Rosa. ¡Nada, la tarde vuela! Esto marcha... (Se agradece la gabardina, y tanto que se agradece...)

El barbero, Rosa, la cena. ¡Y a dormir!...

...

Miguitas... (¡Qué pronto se calientan las manos en los bolsillos!)
¿Traerá al chico?

...

Estaré recién afeitado... Frotará su mejilla en mi cara. Reirá de gozo; dirá: “¡No raspas!” Y me besará tan tranquilo. (La tarde vuela. Esto marcha...)

...

¡Je! Con esta barba sería otra cosa... Con esta barba me diría: “¡No papi, que raspas! ¡Hace daño...!”

Pero me voy a afeitar.

—¿Hace daño?

—No, no. Ha sido un escalofrío.

—¡El cambio de temperatura! Es que aquí al lado tenemos las calderas; la calefacción y la desinfección. Y este radiador está siempre tan caliente... Aquí se afeita a veces el teniente, ¿sabe? Cuando quiere, claro. Si no, subo yo arriba.

...

(Cerraré los ojos. A ver si así se calla).

...

Tiene las manos sudadas. Y las yemas de los dedos... ¿Hará falta realmente tirar así de la piel? (¡Qué bien, afeitarse uno con su maquinilla!)

...

(Papá me compró la maquinilla de afeitar para que dejase en paz la suya. ¡Es natural!)

—No, no estire el labio...

...

(Y jabón y una buena brocha. Todo. Bueno, cuchillas no. Gastaba las suyas. ¡Total, para afeitarme una o dos veces por semana!)

...

(No, para el viaje a Buñol ya me compró un paquete de cuchillas... Claro, porque él vino después).

¿Me podré afeitar todos los días? Habrá que preguntárselo.

—¿Usted pasa todos los días por las celdas?

—¡Hombre, eso depende...! Si usted lo quiere, sí, desde luego.

Yo hago un recorrido los lunes y otro los jueves, eso de fijo. Pero no quita para que si alguien me pide que vaya a diario... No, ya me hago cargo, ya... ¡Si usted quiere, pues nada, voy todos los días y me lo traigo! Siempre gusta, ¿verdad? Está uno más presentable... Y luego, ya lo ve, si uno quiere se puede ir sin prisas... No deja de ser una expansión. Al fin y al cabo, un paseíto, ¿no? Porque, desde luego... Ya me hago cargo, ya; no crea usted que no me hago cargo: todo el día metido en una celda... ¿No hace daño, verdad?

—No, va bien... Pues mire, sí; venga usted todos los días.

—¡Muy bien, descuide! Es distraído, ya verá. Se cruza uno con tipos muy curiosos, porque de la General suelen sacar a algunos para que ayuden en la cocina. Hombres y mujeres, ¿sabe?; de todo... ¿A ver? Eso, así. ¡Ahá! ¿Se afeita usted solo, verdad? ¡Je! Se nota... Además hay chicas que están siempre por ahí, que voy que vengo. (Las guapas, ¿sabe?) Que si la ducha, que si el lavabo...

(¡Vaya cotorra! Y hay que aguantarle...)

...

—...Claro que usted se habrá de contentar con mirarlas, ¿eh? ¡Je, je! (Eso queda para los guardias). ¡Je, je, je, je...!

(¿No callará? He vuelto a cerrar los ojos, ve que no le hago caso, y él...)

...

¡Qué bonito era el estuche! Era de piel clara. Muy buena piel. (“Flamante”...) Con todos sus departamentos: para la maquinilla y la brocha, para la loción, para el jabón y las cuchillas; para las tijeras...

...

Y allí quedó, tirado. Nuevecito aún...

...

Pero es que ¡caray, lo que pesaba la mochila! Y aquella era la primera vez que aguantábamos fuego de artillería; por si fuera poco, en campo abierto... (¿Qué cuchicheará ese en la puerta? Me deja así, con media cara enjabonada todavía...)

“¡Paso ligero!” ¡Sí, sí, con aquel peso! Solo dejé en la mochila el plato y la cuchara, la toalla, el jabón... Bueno, y el libro aquel. ¡No iba a tirar también *Cemento!*

Y todos hicieron lo mismo. ¡Toma! Silbaba una granada, encimita mismo de nosotros. (¡Je...! Aquella primera vez nos parecía que todas las granadas nos silbaban encima). Y ¡plfst! ¡Cuerpo a tierra! Todo el mundo a tierra...

(¡Ah, amigo! Parece que hablan de tabaco. *Chesterfield, Philip Morris...* Justo, están hablando de tabaco. “Cualquiera, con tal que sea

americano. El *Craven A* tiene poca salida...” ¡Bueno, a ver si acaban pronto! El otro es un guardia. Claro...)

...

Cada “cuerpo a tierra” era una oportunidad para seguir aligerando la mochila. ¡Vaya biblioteca que se hubiera hecho con todos aquellos libros desparramados!

El espectador de Ortega, también. Sí, encuadernado en piel y todo... También fue al suelo. Al mismo tiempo que el estuche de afeitar.

(Ahora el regateo... ¡Ah, pues ha subido el *Chester*! Si el barbero se lo queda a diez pesetas...)

...

Los dos juntitos, en el mismo hoyo. *El espectador* y lo de afeitar. ¡Cómo lo sentí, aunque eran regalos de papá...!

(¿No fue el día de mi santo? Sí, creo que sí. Yo creo que me lo regaló para San Juan. “Toma, aprende a afeitarte que te va haciendo falta. Y este libro... ¡bueno, ya irás creciendo!” Y me dio una palmadita en la cara).

Allí se quedaron. Junto a unas latas de sardinas oxidadas. ¡Cómo vacilé al saltar fuera del hoyo! Llegué a dudar si volver atrás y recogerlos.

...

(*Aunque* eran regalos de papá).

...

Pero había que seguir avanzando. ¡Y a la carrera! Ropa, libros, papel, frascos... ¡fuera, todo fuera! Después me di cuenta de que también las fotos de Nati... (¡Como que iban metidas en un libro!)

Cemento, no. ¿Cómo había de tirar *Cemento*? ¡Si yo iba por eso a la guerra! Aunque no lo había leído, ya tenía una idea, ya. Con lo que me había explicado Toni...

...

(Sí, ya lo creo que lo sentí. *Aunque* fuesen regalos de papá).

—Un momentito y soy con usted, ¿eh? Un momentito...

—¡No se preocupe!

(¿Qué va uno a decir?)

...

No, lo que es prisa no tengo. ¡Y se está tan bien aquí, repantigado! No es demasiado cómodo; como es todo de madera... ¡Pero es un sillón!

...

(¡Aquellos sillones de Valencia sí que eran cómodos! Y mullidos. Como que allí se echaba la siesta mamá...)

...

(Y a veces papá. También papá).

¡Cuando se hayan enterado de esto! Bueno, mamá no lo sabrá aún. (Si al menos pudiera evitar la pena que me da pensar en su pena... Porque la de ellos no habrá quien se la quite).

En aquellos tiempos no tenía esta clase de problemas. Y no era despego, no. No es que yo tuviese despego por ellos, ni mucho menos. (El caso es que ellos lo creerían). Es que... ¡tener padres me parecía un lujo! Un lujo y una cosa perniciosa. (Eso, una cosa perniciosa. Sobre todo, eso).

No, la cosa perniciosa no eran ellos. Era la familia en sí. La “institución familiar”, como dije aquel día a los camaradas a la salida de la “ce”. (¡Je! “La institución familiar”... ¡Qué redicho era yo entonces! Vamos, supongo... Aquello sería como un año antes de lo de la máquina de afeitar. Claro, un año largo. Fue a fines del curso anterior).

—¡Bueno, vamos a seguir! Usted dispensará, ¿eh? ¡No le dejan a uno! Le enjabonaré otra vez, será mejor.

—Bien.

...

(Se ha enfriado el agua).

...

Justo. La primavera del treinta y cinco... (Eso. Porque fue cuando conocí a Cristóbal y al preguntarme qué edad tenía le contesté: “Ya voy para los dieciséis”).

...

“La familia no tiene razón de ser. Al convivir con los padres, los hijos adquieren sus defectos más que sus virtudes... Las desigualdades sociales, espirituales y culturales que separan a las familias unas de otras arraigan en los hijos desde la edad temprana y las perpetúan... Si me apuráis, os demostraré que los principales conflictos sociales, incluidas las guerras, tienen en definitiva un solo origen: la familia... Sí, que no os quepa duda; ese es el padre ideal: el Estado...” Y a la mañana siguiente —domingo, claro— a misa, con mamá. Aquel día había que ponerse corbata, no había escapatoria. (¡Je! “Juanito el de don Paco...”)

—¡Eh, tú! ¡Cibeles!

—¿Qué se le ofrece?

(¡Hombre! Este debe de ser un marica de aquellos...)

—¿Vas a la cocina?

—¡Sí señó, ya me enchufé allá...!

(Ya está coqueteando. Como me ve de frente, por el espejo... Miremos, miremos otra vez hacia el techo).

—Toma, dale este paquetito al encargado. ¿No se habrá ido aún?

—No señó, no. Precisamente le llevo eto cacho’ jabón...

—Anda pues. Y gracias.

—¡No hay porqué! Uté ya sabe, a mandá...

(Menos mal que ha seguido afeitándose. ¡Vaya sainete!)

—Esto ya va rápido, ¿eh? Acabamos en un periquete... ¿Ha visto? ¡Es un maricón muy salao! Y muy servicial. Ahora que si conociera usted a su compinche... ¡Ese sí que tiene chispa! Los dos hacen estraperlo, lo que se presenta. Como ellos dicen, el oficio no da para vivir; la vida está por las nubes. ¡Je!... Pero no es la vida, ¿sabe? Son los chulos. ¡Je, je! Es por los chulos que tienen... ¡Y a ver, cada dos por tres los tenemos aquí! Ya son como de casa... ¡Je, je, je!

—¡Je...!

(¿Callarás de una vez?)

—...Pero, lo que le digo; el otro tiene más salero aún. Flor de Almendro tiene chispa de veras...

—...

(A ver si callando yo...)

—...Ya acabamos, ya. Ahora mismito acabamos...

(Si no se hubiera puesto a darme masaje... ¡Como si yo se lo hubiera pedido!)

...

“Juanito el de don Paco”... ¡Je! ¡Qué Juanito! Apenas había empezado a vivir y ya estaba lleno de “principios”. “Por principio” no admitía una serie de cosas... Era un enemigo declarado del hogar. “Por principio”, claro. No admitía la necesidad de la familia. Ni de la religión. “...no había lugar aún para entretenerse a pensar en Dios”. Ni en la patria —eso era “chauvinismo, literatura vacía y barata”—. En cambio, ese pobre de la esquina, ese obrero sin trabajo... (“¿Por qué, por qué...”) Eso, eso movía su amor. Eso era la familia: “la humanidad”. Por eso, la dedicación entera de la vida tenía que ser para “la idea”; no había lugar para “la vocación”. (“Eso sí que era un lujo...”)

...

(“Eso sí que era un lujo...”) A ver... a ver, a ver.

—¡Ahá! Listo. ¿Hacemos el pelo?

—¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto.

—¡Ah, pues sí! Córtemelo, sí. Creí que era más tarde.

(Ahora tendré que estar tieso. Se estaba mejor antes, con la cabeza hacia arriba... Pero no podía ver el espejo).

...

A ver... ¿Qué maraña de pensamientos es esta? La familia, la religión, la patria... y la vocación. (A ver, a ver...)

...

¡Claro! Ese es “el otro”.

...

Sí, bien. “El otro”. Pero ¿qué otro? (Porque es un otro muy lejano. ¡Si casi le había olvidado!) Yo diría que hay varios otros. Yo diría que es eso... (Pero, entonces, ¿cuál de ellos soy yo?)

...

Dejemos, dejémonos de eso. Aprovechemos ahora la ocasión para ver bien a aquel *otro*. No se me vaya a escapar. (“Juanito el de don Paco”...)

En este momento le veo... ¡Si es como una visión real! Como si estuviera hablando con él... (Es que nunca tuve una ocasión como ahora). A ver, Juanito, escucha... ¡No, no te vayas! No te vayas, hombre... Contéstame rápidamente, ¿eh? No sea que... Mira, te haré como una ficha. Sí, que a lo mejor luego no me acuerdo de lo que me has dicho... Sí, sí. Mejor será ir tomando nota de todo.

...

(Pues resulta divertido. ¡Qué ocurrencia! Y como aquí no hay periódicos para entretenerse como en las peluquerías de la calle...)

...

Dime, Juanito. Pero contéstame concretamente, ¿eh? Poquitas palabras y claras. Dime: ¿Qué concepto tienes tú de la familia?

“¡Vaya una idiotez! Pues el mismo que tú. Si no, dime tú tu concepto, a ver...” —No, mira, realmente yo ahora no tengo concepto ninguno... No, no lo tengo; te lo aseguro—. “¡Caray, pues no será porque no tengas familia!” —Sí, pero... Ahí está. Tengo familia, me he hecho yo mismo mi familia y... Ahí está, ahí. ¡Pero bueno, al grano! Y haz el favor de limitarte a contestarme. ¿Por qué demonios me has de preguntar tú a mí? ¡Soy yo quien te está haciendo la ficha! ¿Está claro?

—¿Le he hecho daño?

—No, no...

—¡Ah! Como se movió así...

...

(Cuidado. Este me va a tomar por loco. O al menos por... “chalo”).

...

(¡Pero es tan bueno el juego! Y en la calle no hay ocasión... No, en la calle no hay tiempo para estas cosas. Ni... ¡No, ni estado de ánimo! En la oficina no se le ocurriría a uno y cuando está uno en la barbería se pone a pensar en la oficina...)

...

(Pero es que si no me vigilo este me va a tomar por algo raro).

...

(Esto será una solución. Sí, creo que sí; sujetándome bien con las manos a los brazos del sillón... Eso, así. Así si me altero un poco lo más que pasará será que daré un apretoncito).

...

A ver, Juanito. Vamos a ver: Veo que estás vestido de miliciano. Con revólver y todo. No tiene balas, pero bueno, ya te darán un fusil. O sea que te vas a la guerra, ¿no? —“Sí”. —Y naturalmente, te escapas de casa, ¿no es eso? —“Sí” —Y dime, aparte de lo de tus ideales y tal, dime, ¿no es cierto que eso de abandonar el hogar y empezar a vivir por tu cuenta y riesgo te gusta? —“Sí”. —Vaya, veo que vas siendo sincero. Muy bien, te gusta. Pero entonces, ¿no será eso, no será solo eso lo que te empuja...? —“¡No!” —Bueno, hombre, bueno; no te pongas así... Yo solo te lo preguntaba. “Tú dices que no y te creo. Sigamos. Así que has admitido que te gusta el hecho de abandonar la casa de tus padres. Conformes. Entonces ¿tienes algo concreto contra ellos? —“No”. —¿Te quieren, satisfacen tus caprichos? —“Sí”. —¿Te impiden realmente hacer tu voluntad?—“No”. —Por ejemplo, si tienes novia, si eres de la FUE o juegas al rugby, la verdad es que acaban por hacer la vista gorda, ¿no? —“Sí.” —Perfectamente; es decir, que tus padres no son en realidad un obstáculo para tu... en fin, para el desarrollo de tu personalidad. ¿Eh? Llamaremos a eso personalidad. Por otra parte, si te gusta el hecho de marcharte de casa y empezar a vivir por tu cuenta... ¡Bueno, a los diecisiete años...! Los acabas de cumplir, ¿no? —“Sí”. —Claro, a esa edad eso es común a todos los muchachos de algún temperamento. Además, no podrá decirse que al primer día... porque tú te vas ahora al frente pero ya llevamos varios meses de guerra, ¿verdad? —“Sí.” —O sea que tú has ido madurando, madurando... Oye, ahora que pienso, ¿no tendrán nada que ver Nati y esas películas...? —“No. En el fondo, no...” —¡Bien, bien! “En el fondo”, dices. Veo que contestas con honradez. Muy bien. Entonces, a lo que estábamos. Tú te sientes muy contento de empezar a vivir tú solito pero eso no significa que tengas nada contra tu familia en particular, ¿verdad? Di, ¿de acuerdo? —“De acuerdo”. —Hemos dicho contra ella en particular. Así que lo que resulta es que tú tienes algo contra la familia en general. Contra la familia... en cuanto a institución social. Nos estamos poniendo doctorales y me revienta bastante, pero en fin... Bueno, ¿no es eso? —“Sí, eso es.” —Muy bien, tomo nota. Y ahora, otra cosa... —“Bueno, espera. Ya ves que hasta ahora te he ido contestando bien concretamente. Pero, mira, antes de seguir has

de permitirme que te diga lo que pienso de la familia, porque si lo dejamos así cualquiera creería que yo... Verás; a mí me parece que la transmisión particular a los hijos..." —Mira mira, eso después. Eso luego, si hay tiempo. ¿No ves que ya tengo una patilla casi arreglada? En cuanto me recorte la otra...

—Vacíeme también de arriba. Lo que le parezca... Tengo el pelo muy largo.

—¡Je, je! Parece que no hay prisa, ¿eh? ¡No, si da gusto estar fuera de la celda! ¿No le decía yo?

(Pues ahora caigo: ¿Para qué seguir aquí? Lo mismo podría seguir en la celda).

...

(Pero a lo mejor se me corta el hilo...)

...

(¡Qué cara tan rara pongo! No, tampoco conviene tener los ojos cerrados. A lo mejor he estado haciendo visajes y ni me he enterado. Más valdrá mirar al espejo; de esa manera me vigilaré mejor. Y las manos, así bien apretadas sobre el sillón...)

...

¿Ves? Ya le he dado largas. Ya ha visto que no tengo ganas de palique. Así que podemos seguir. Pero déjate de explicaciones porque todo eso ya me lo sé. Comprenderás que tus opiniones y tus sentimientos me los conozco muy bien. Al detalle... Precisamente lo que quiero es resumir. Desbrozar y resumir. Hacerte la ficha, vamos. ¿Está claro? Ale, pues, contesta y déjate de conversación que el tiempo corre. Y en cuanto menos lo piense te largas y me dejas con la palabra en la boca... Otra cuestión, a ver: ¿Qué tienes tú que hacer en la guerra? —“¡Hombre...!” —Perdona, llevas razón. Si te hago la pregunta así no me puedes contestar como yo quiero... Vamos a ver: Tú ves que en España hay lo que llamamos *izquierdas y derechas*. No hace falta que te lo explique porque los dos sabemos lo que es eso, ¿verdad? Bueno, pues ¿tú qué eres? De izquierdas, ¿no? —“¡Hombre, naturalmente! Perteneciendo a la Juventud... Pero ten presente que eso no es solamente en España, sino...” —¡Calla! ¿Quieres? Enseguida te disparas... Ya sé a dónde vas a parar, ya. Desde luego, que no vamos a comparar un comunista español con uno francés o chino, pongamos por caso... —“¡Hombre, claro, pero...!” —¿Callarás? ¡No, que no te quepa duda! ¡Caramba...! Y, sin embargo... quiero decir que, marxismo aparte, algo hay de común en ellos que les mueve por un mismo camino, ¿no es eso? —“¡Sí, eso es!” —¡Vaya, ya nos vamos entendiendo! Pero tú, aunque te consideras comunista, sabes de marxismo lo que yo de

astronáutica, ¿no? —“¡Caray...!” —¿Qué es lo que has leído, a ver? —“Pues, *El Estado y la Revolución*.” —¡A ver, a ver! —“¡Pues eso! Y he leído también una historia de la revolución rusa. Corta, pero muy buena.” —Bien, ¿qué más? —“Nada más. Realmente, es que no ha habido lugar. Llevo poco tiempo en la Juventud...” —¡No hombre, no hace falta que te justifiques! Además, ya sé que llevas en la maleta un montón de libros... ¿Qué harás luego con ellos? Los que te quepan, a la mochila, ¿no? —“¡Claro!” —¿Y qué libros, qué libros llevas? —“Pues *El Capital*... ¡es un tomito extractado, con el *Manifiesto Comunista* y todo! Llevo también *Cemento. Y Fábrica de sueños, Citroen 10HP*...” —Total, una tonelada de papel... ¡Ya verás, ya verás lo que pesa! Desde luego, voluntad no te falta. Pero, en fin, en definitiva cosas de Marx o Engels no has leído ninguna todavía, ¿no es eso? —“Pues... no, eso es.” —¡No es que yo desdeñe a Lenin, no vayas a creer! Pero es que, claro, leer *El Estado y la Revolución* es como alimentarse de un marxismo previamente digerido, ¿comprendes? —“Hombre, pero no me negarás...” —¡Bueno, bueno; tomo nota! Quedamos en que no conoces el marxismo pero sí algo de Lenin y de la revolución rusa. Anotaré también que sientes... pondré *entusiasmo*. Que sientes un gran entusiasmo por la URSS. ¿No? —“¡Desde luego!” —Y que aspiras a que un día el mundo llegue a ser todo él... ¿Cómo diríamos?... Como una gran URSS, ¿te parece? —“Sí, claro. ¡Sí, eso es!” —Bien, muy bien...

...

Así que “todo el mundo como una gran URSS”. Bien... ¡No, si por mí...! Quiero decir que no puedo objetarte nada serio. Ahora que, mira: para llegar a eso... ¡Vamos, porque no creo que pretendas llegar a eso por la fuerza bruta, mediante una guerra agresiva de Rusia o algo así...! —“¡Hombre, claro que no!” —¿Entonces...? ¡Ya! Tú piensas que marchamos hacia una segunda guerra mundial, ¿no? —“¡Claro que sí!” —Y luego, naturalmente... ¡si en la primera guerra sin haber precedentes ni nada, reventó la cosa con lo de Rusia, habrá que ver ahora!, ¿eh? Claro, la consecuencia de la guerra habrá de ser la revolución, ¿no? Lo dice Lenin, ¿verdad? El capitalismo hace crisis en el imperialismo; vivimos una época de guerras y revoluciones. Así, unas tras otras... —“¡Eso! Un camarada del Provincial nos lo explicó en Valencia, hace ya varios meses... ¡Eso! El imperialismo significa la etapa superior del capitalismo. Después, es una cosa fatal, sus contradicciones le llevan a la guerra y de la guerra, derecho, a la revolución... ¡También lo llevo en la maleta, no te lo había dicho! Es otro libro de Lenin, ¿sabes? Me lo prestó...” —¡Bueno, bueno, para el carro! Te he dejado hablar porque te veía tan ilusionado... Pero ya está bien. ¡Ya está bien, calla! (A ver qué quiere este...)

—¿Qué le parece?

—Muy bien... ¡Sí, sí, está bien!

(Con espejo por detrás y todo. Como en la calle... ¡Caray!)

—Entonces acabamos enseguida. Le mojaré un poco. Es por las puntas, sabe...

...

(Que haga lo que le dé la gana).

...

(¿Dónde estábamos? Se le va a uno el hilo... ¡Sí que ha sido oportuno!)

...

A ver, Juanito. Vamos a ver...

...

¡Conque también llevas ese libro! ¡Bueno, bueno! Cuando lo leas ya hablaremos...

Entonces, vamos a ver, otra cosa. Tú crees que como consecuencia de la próxima guerra mundial se creará una situación revolucionaria muy aguda. Y entonces, claro... ¡como si fuese una mancha de aceite!, ¿verdad? La URSS se irá extendiendo como una mancha de aceite... En algunos sitios serán tal vez solamente salpicaduras, pero ya llegará, ya... ¿no es eso? —“Claro que sí.” —Entonces, tú has de desear que venga esa guerra, ¿no?

—¡A ver! Juan Fernández... ¿Viñor? ¿Fernández Viñor?

—Sí. Fernández Vignon. Yo soy.

(El mismo guardia de antes...)

—¡Ah, sí! Para arriba pues. Le llaman otra vez.

(¿Qué habrá pasado? Quizás falte algún detalle en la declaración. Es un individuo tan meticuloso...)

—¡No se me mueva! Quieto un momento. ¡En un tris ha estado que no le clavase las tijeras...! Un minutito solo, un minutito...

(¡Bueno! Por mí...)

No me gusta nada esto. Será alguna tontería, pero...

(No acaba uno de estar tranquilo).

En fin, vamos pagando.

—Tenga.

—Ahora le daré la vuelta... ¡Menos mal, las patillas estaban ya terminadas! Un minutito...

(A lo mejor es que falta alguna firma. ¡No, si será cualquier majadería de esas! Pero... ya está; ¡ya está ahí! Ya empieza el puñito ese en la tripa... ¡No puede uno vivir tranquilo, no!)

—¡Listo! ¡Mañana será más! Así que todos los días me paso por usted, ¿eh?

—Sí, eso. Cuando usted quiera, a cualquier hora. La prisa de hoy ha sido por lo de la visita.

—Muy bien... ¡Oiga, no tengo cambio de cinco duros!

—¡Bueno, bueno!

—Mañana, ¿eh?

—Bueno, bien...

(Esa puerta claveteada debe ser la desinfección. ¡Ah, claro y allá al fondo las duchas! Esas chicas que van con sus toallas...)

Habrán que enterarse de lo de las duchas. Es posible que me pueda duchar todos los días.

...

No vive uno tranquilo, no. A pesar de las recomendaciones. (¡Dichoso puñito en el estómago!...)

...

Así que para ir a las duchas hay que atravesar también la rotonda. Para el lavabo, no; como lo tengo al final de mi pasillo... Pero para todo lo demás hay que pasar por las narices del sargento. (No se le ve ahora... Habrá subido a comer).

(Serán poco más de las dos y media... Ahora estará Rosa dando de comer al chico. ¡Vamos, si se le ha dado bien el trolebús!...)

Vaya, la cancela está abierta. (¡Ah, claro...!)

—Sí, sí.

(¡Ya lo comprendo, caramba! No creo que sea menester ponerme el brazo delante para que aguarde).

¡Otros tres muchachos que traen! Estudiantes; parecen también estudiantes. Por lo visto sigue el jaleo... (¡Qué caras tan largas y qué ojos tan abiertos!)

(Es que no es ninguna broma...)

...

Los otros serían policías. ¡Y nada menos que cuatro! Los acompañan hasta la mismita puerta de la celda; hay que ver...

(¡Qué frío se nota al salir al patio! Si me huelo esto no dejo la gabardina abajo. Para otra vez...)

¡Vaya hombre, está nublado! Yo que tenía ganas de ver el sol...

La gente va deprisa por la calle; y ya se ven bufandas y todo. (Es que hace frío, hace frío...)

...

El botiquín estaba cerrado; no parecía que hubiese nadie. (Vaya...)

...

(El puño. El puñito... ¡Y cómo repiquetea el corazón!)

—Pase usted delante.

(Caray, qué precaución tienen algunos en la escalera esta...)

...

(El puñito, el puñito...)

...

(¡Soy tonto! No hay razón para alterarse. No le veo la razón).

...

¡Esa puerta! Ahí está el asunto. (Esa puerta es como las demás puertas, pero...)

—¿Da su permiso?

—¡Que pase, que pase!

...

—...¿Qué tal?

(Caramba, pues está jovial y amable).

—Hola, muy buenas...

(¡Rosa!)

—Bien, ya ve usted que soy hombre de palabra.

(Tiene los labios tibios. Pero la nariz muy fría; y un poquito sonrosada...)

—Hombre, nunca lo dudé.

(No me dice nada. Claro... ¿Por dónde vamos a empezar? Con estos individuos delante... Pues la mano la tiene también fría).

—Lo que lamento es que hoy tendrán que ser muy breves, sabe... Yo tenía prevista esta visita para la tarde, ya le dije. Porque ahora no tengo más remedio que marcharme enseguida. Pero, en fin, este compañero se quedará unos minutos con ustedes. Usted, guardia, espere ahí en la puerta, ¿eh? Ahora mismo vuelven abajo. Y tú, Paco... Perdónenme un segundo. Mira, tú me puedes ir revisando mientras tanto esta declaración. Te ordenaré los papeles...

(Bueno; así, con las manos cogidas, ya nos estamos diciendo algo. Pero no hay tiempo que perder...)

—¿Qué tal el chico?

(¡Qué rara me suena la voz!)

—Muy bien. Mañana te lo traeré, hoy no me ha sido posible. Ayer tarde, como comprenderás, no fui a la oficina, y como ahora vengo de allí...

—¡Bueno, yo les dejo a ustedes! Hoy... en fin lo siento, ya digo, pero... Así que mañana a eso de las seis, o mejor algo después, ¿eh? Encantado, señora. Adiós, Fernández, hasta mañana.

—Hasta mañana. ¡Y gracias de todas formas!... Entonces ¿no irás esta tarde a la oficina?

—No, claro. Y por eso he venido ahora, porque esta tarde tengo

mucho que hacer. De tu asunto, naturalmente ¡ya podrás suponer la de paseos que me estoy dando!

—Oye, ¿cómo has conseguido lo de las visitas? Y... (No, ese no nos mira) bueno, que me traten así...

—Por papá. ¡Y eso que está en la cama el pobre!

—¿Qué le pasa?

—¡Nada, lo de siempre! Pero tiene para unos días. Quien no acaba de ponerse bien es el abuelo, así que la mamá sigue en Valencia. No le hemos dicho nada de lo tuyo, aunque anoche hablamos por teléfono. Tiempo habrá cuando venga.

—Pero entonces ¿cómo ha sido...? ¿No dices que papá está en la cama?

—Sí, pero me dio una carta para aquel amigo suyo, aquel que era compañero del Ministerio... Tengo el nombre en la punta de la lengua pero no me acuerdo. Y eso que fue ayer. ¡Como me acompañó tía Jacinta, que también le conoce!... Bueno, el padre de aquel Pablito de Valencia, de quien me has hablado a veces. Fue precisamente él quien nos recibió primero. Muy simpático, estuvo muy amable. Me encargó que te diese recuerdos.

—¡Ah...!

—Luego su padre me dio otra carta para un señor que es jefe de aquí, por lo visto. Y mira por dónde resulta que la propia señora del jefe, que estaba delante, conoce también mucho a la mamá de Valencia, de casa de una tal doña Luisa...

—¡Claro, la madre de Pablito! No estaría en casa, si no habría salido a conocerte. Esa doña Luisa es precisamente la madre de Pablito, la mujer de ese señor de la carta...

—¡Ah! Como yo no sabía...

(Tiene los ojos enrojecidos. Pero parece que encaja, parece que va encajando...)

—...Bueno, mira, aquí te traigo unos emparedados, chocolate, galletas y algo de fruta escarchada. ¡Ah, y ropa! En este saquito tienes la ropa...

(Hay prisa, pero... ¿Cómo la interrumpo?)

—...Cómetelo todo porque mañana te traeré más. ¿Qué prefieres que te prepare...?

—Mira, estamos entreteniéndonos demasiado. Me habré de bajar ya. ¡Tráeme lo que te parezca!

—Bueno, pero...

—¿Qué tal Eduardo?

—¿Eh?

(¡Ni idea! Claro, no sabe una palabra).

—¿Pero no se puso muy enfermo el otro día?

—Hombre, yo no sabía nada...

—¡Pregunta por él, a ver cómo anda! Lo que podías hacer es llamar a Lola, para que Andrés...

(Parece que va entendiendo. Se le ha ensombrecido la mirada).

—¡No, no hace falta! Precisamente esta tarde he de ver a Maribel. Había quedado en verlos a los dos para acompañarles a comprar las sábanas. Claro que si él se ha puesto enfermo...

—No, yo no lo sé seguro. ¡Pero en fin, Maribel te lo dirá! Si habíais quedado en veros... Todo será que se vean obligados a aplazar la boda, ¿no?

—Sí...

(Está preocupada. ¡Le habrá entrado el miedo de pronto! Ha comprendido...)

—Bueno, un beso, que me voy (ya tiene más tibia la nariz). Ya hemos terminado. Cuando usted quiera... (¡Ah, si ya se había levantado!) ¿Habrà dificultad con el paquete?

—No, ya lo hemos comunicado a la inspección de guardia. Podrá usted recibir un paquete todos los días. Que no le traigan cosas de metal; ni cacharros o latas, claro... ¡Guardia!

...

—Mande...

—Ya pueden volver abajo.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

—¡Anda, dame otro beso! Y no vayas a ponerte a llorar ahora...

(Así. Una palmadita en la cara siempre arranca una sonrisa).

...

Ese despacho cerrado con un guardia en la puerta... Habrá alguien declarando; y no tardará en acabar, claro. (No paran...)

...

(Bueno, ya le he dicho lo de Eduardo. ¡Menos mal que le pude decir eso...! Lo de míster Hopkins se lo diré cualquier otro día).

...

(Ahora se movilizará rápidamente. Aunque, en realidad... Como a la tarde se verá con Maribel, ya le contará ella lo que sea. Así mañana sabré a qué atenerme y podré quedarme tranquilo).

(El caso es que eso de que se vea con Maribel... No, no me gusta nada).

¡Este guardia me lleva al trote! Mejor, mejor... Así mejor, que aquí se nota el frío. (¡Cuidado! Siempre esta maldita escalera de caracol...)

...
(¡Je! ¡Tranquilo...! ¡O me habré de preparar a lo que venga!)
Eso, muy bien. Cruzando deprisa el patio no me enfriaré. (Solo me faltaba un catarro ahora).

—¡Adiós, y gracias por los pitillos! ¡Si le llevan a Carabanchel pregunte por “El Tristezas”!

(¿Pero es a mí?)

¡Ah, si es el muchacho aquel... (Así, con sonreírle basta. Como abajo. ¿Qué le voy a decir?) Pues también se llevan a la gitana... (Se ve que ya es machucha. ¡Cómo le cuesta subir al camión!)

...
Cuando me lleven a la cárcel iré también así. Es decir, si me llevan... (¡Pero es tan fácil eso!)

...
Ya se va notando la tibieza. En cuanto pasas de la mitad de la escalera para abajo... (Supongo que me revisarán el paquete. ¡Digo yo!)

...
Delante de nosotros bajaba alguien, porque están llamando ya al de la cancela...

...
¡Caramba, si es una chica! Y un guardia, claro... (Ya les abren).

—¡Eh, tú! ¡No cierres...!

...
Es un buen tipo; y tiene aspecto de guapa. (No lleva bolso, ni abrigo...)

—Usted, acérquese a la garita y enséñele el paquete ese al sargento. Pero aguarde; ahora cuando acaben con esa.

(¡Qué tranquilo está esto! Fuera de esas voces de la cocina...)

—Tú, Domínguez, ven para acá que vamos a cambiar a esta de celda. Llévatela a la de la gitana.

—Pero la llevaré antes a que recoja sus cosas, ¿no?

—¡Hombre, a ver...!

(¡Ya! Es que bajaba de declarar).

—...Usted ¿qué lleva ahí?

(Me tocó el turno).

—No sé. Ni lo he abierto.

—Míralo tú mismo, anda; a ver si acabo de poner en orden el libro. Con este trasiego de celdas...

—¡Deme, a ver!

...
(¡Cómo resuena el taconeo de esa chica! Está todo tan callado...)

¡Hombre, ahí viene Cibeles! El otro será Flor de Almendro; por la facha... (¡Vaya ojazos!)

...

Es guapo, el condenado. (¡Pero cómo apesta a brillantina!)

—¡A mandá, sargento!

—¿Qué? ¡Ah, esperad un poco ahí! Tenéis que subir arriba a recoger no sé qué.

—¡Leñe! Mira, Sibeles; fíjate cómo vive este señor...

(¿Y yo qué digo? Bueno, como me está prohibido hablar...)

...

¡Claro, es que el guardia lo ha desparramado todo! (Me da vergüenza que vean estas golosinas. Y tanto tabaco...)

—Ya puede recogerlo todo.

...

(Otra vez el taconeó; ya vuelve).

—¡Eh, Flor de Almendro, mira qué monumento! ¡Y qué ojazo! Esa chavala é má guapa que tú...

—¿Y quién dise que no?

—Mírala, ahí la tiene ya... ¡Qué pena de chiquilla!

—¡Digo! Hay que ve... ¡Lo que son la cosa! ¡Esta criatura tan presiosa aquí enserrá y nosotros, arriba, triunfando!

(Bueno, listo. En la celda me lo ordenaré). ¿Pero...?

...

(¡¡Maribel!! ¡Si es Maribel!)

...

—¿Qué? ¿Le ha gustao, buen moso?

(No, no he visto mal. ¡Esa era Maribel!)

—¡Bueno! ¿Vamos o qué?

(El puño, el puño... En el estómago. Y en la garganta...)

—Sí, sí; ya voy.

(El puño...)

Como un asno en la noria. Lo mismo.

...

Pero el cuerpo se siente así mejor. (Y acompasando las pisadas acabas por tomarle el gusto...)

(Igual que en la cárcel. Solo que allí era a lo largo de la galería; arriba y abajo, arriba y abajo. Ahora que cuando nos echaban al patio hacíamos como aquí: ¡vueltas y vueltas y vueltas...!)

Cada vuelta de estas vendrán a ser unos seis pasos.

...

(Maribel. Eduardo...)

...cinco y seis! Sí, seis pasos.

...

(¿Y Julio? ¿Y Andrés; y Lola...?)

Así que cada diez vueltas completas tendrán que ser como unos cincuenta metros. Algo escasos, porque como no puedes alargar mucho las piernas...

(A ver si me sienta mal lo que he comido. ¡Si no hubiera sido más que el chocolate y las galletas...! Pero es que me he zampado cuatro emparedados).

(¡Hay que comer, hay que comer; que si no...!)

...

Va a ser cosa de cambiar de dirección. Ahora al revés... Eso, ahora hacia este otro lado. (Ya empezaba a marearme). Cada diez vueltas quedamos que eran... bueno, pongamos los cincuenta metros. Así que cien metros habrán de ser, total, veinte vueltas. Nada...

(¿Pensarán algo los asnos en la noria?)

...

¡Ploc-ploc, ploc-ploc y ploc-ploc...! Sí, acompasando la marcha... Se coge el ritmo muy bien; anda uno sin sentir. (Y ayuda, ayuda...) ¡Si parece que vas en volandas!

...

Esta fruta escarchada está muy buena. Pero a ver, a ver si me sienta mal... (Porque este hormigueo es miedo. ¡Sí, sí, esto es miedo!)

...

¡Ploc-ploc, ploc-ploc, ploc-ploc...! (Deben de estar caros los tacones. Unas medias suelas creo que eran... sí, unos ocho duros). ¡...ploc-ploc! Es decir que para hacer un kilómetro tendría que dar... pues doscientas vueltas.

¡Bueno, cien! Ya está bien con cien... (Eso, a ver si ando medio kilómetro y luego me acuesto).

(No, no da igual. ¡Qué va a dar igual! ¡Verás, verás si empiezan ahora a detener a unos y a otros!... Porque a lo mejor a Eduardo no se le escapa nada. Ni a Maribel, tampoco. Pero, que detienen a Andrés; que cae Lola, que traen a Julio... y ya está. ¡Ya está, ya! Siendo tantos no hay quien lo evite... —“¡A ver, a ver esta notita! ¿qué es esto? Sí, sí, esto... *Tarde: Vignon*. Y siempre en domingo... A ver, ¿quién es este Vignon? Vamos a ver”. —No, si echan el guante a varios no habrá quien lo evite...)

...ploc-ploc, ploc-ploc!— Cambiemos otra vez.

...

¿Qué hago ahora con estos huesos de ciruela?
(Pues al suelo; ahí, al rincón... ¡No me los voy a tragar!)

...

(¡Y tanto que es miedo! Pero no es ya el puño ese en el estómago, no. Eso es cuando... ¡caray, pues cuando te entra el susto de repente! O cuando va subiendo el miedo. Pero ahora no. Ahora es... como un hormiguelo. Eso es. El run-run ese por todo el cuerpo. Y como un calorcito junto al corazón...)

Ploc-ploc, ploc-ploc, ploc-ploc...

...

¡¡Alto!!
(Alto...)

¡A ver, a ver la agenda! Sí, claro, ahora mismo... (No, no hay quien lo evite. Si van cayendo unos y otros no habrá quien lo evite). A ver... ¡Justo! *Andrés, Lola, etc.* — — *Tarde*. Justo, para el otro domingo. (¡Y lo tengo yo anotado en mi propia agenda!)

...

Desde luego, no hay quien lo evite. Eduardo, Maribel; vaya usted a saber quién más... (Y yo mismo tengo la anotación en la agenda...)

(¿Qué hago ahora yo con esta hoja?
Sentémonos.

...

Eso. Por de pronto sentémonos...
(No hay quien lo evite...)

¡No hay quien lo evite, no! “Y a ver, ¿quién es ese *etcétera*?” Mejor dicho, ¿quiénes son?” ¡Claro, ellos están en su papel: preguntar, preguntar, preguntar...!

...

¡Qué frío! (Y ha sido de repente...)

...

(Bueno, Juan; despídete... ¡Sí, sí! ¡Je! Conque “la tranquilidad”, la “reconstrucción” de tu vida pasada; Nati, Juanito el de don Paco... ¡Je! ¡Sí, sí...! Ya estás listo, ya. Ya te van a dar a ti tranquilidad... ¡De esta sí que te acaban de hacer polvo!)

¿Qué pasa ahora?

¿Para qué me abrirán la puerta? (¡No irán a subirme...?)

—¡Tenga, esto debe de ser para usted! Usted es Juan Fernández...

Bueno, Juan Fernández, ¿no?

—Sí, Fernández Vignon. Yo soy.

—Tenga, pues.

—Gracias.

(¡Rosa...!)

...

¡Qué respiro! Ya me veía arriba... (¡Y con la agenda en el bolsillo!)

...

(¡Rosa piensa en todo! Una manta... la piel de la cama... y ropa. Otro traje y ropa limpia. ¡Ah, y más tabaco!)

(Piensa en todo... Y esto no se lo permiten a todo el mundo. Si no es porque ella...)

...

Ahora ya puedo cambiarme de traje. Por las mañanas me vestiré bien, con camisa blanca y todo, por si viniese el juez.

Y después de ver a Rosa ya me pondré de trapillo.

(Este pobre pantalón se me estaba poniendo como un higo...)

...

(¡No hay quien lo evite, no!)

(Luego, claro, echarán mano de ficheros; verán que ya estuve aquí la otra vez... “¡Je! Conque dirigente estudiantil, ¿eh?” ¡Y ya está; ya está...! Aunque alegue que ya soy mayor, que ya no soy estudiante... ¡Peor, peor aún! “¿Conque de la vieja FUE?” Peor aún...)

...

La piel la pondré sobre la estera. Eso. Se acabó lo de clavarme la estera... (Y si la doblo un poco por arriba puedo meter dentro el traje viejo y ya tengo almohada. Así...) Así, muy bien. Con esta manta y las de aquí tengo de sobra).

...

Tiene gracia el asunto: me han dado mi manta y mi pellejo. O sea que me permiten que lo tenga aquí. Y sin embargo no dejan tener en la celda las mantas de la casa. (¡Je! “De la casa”. También se acostumbra uno...)

(¿Por qué las retirarán por la mañana? La otra vez las dejaban durante el día...)

...

Me quitaré zapatos y todo. (Sí, me los quito...) Claro que, cuando den la cena... ¡Bueno cuando vayan a dar la cena puedo decir que no quiero y así no me levanto! Si no tengo ganas, vamos...

...

(Y ya está. No tengo escape... Ya puedo jurar y asegurar que eran unas reuniones puramente literarias, que aquello no eran más que guateques de amigos... ¡Nada, por más que les diga!

...

Esta manta de lana es otra cosa. Tan suave... (Y es gordita). Hay

que ver, Rosa, cómo piensa en todo... (Pero bien podía haber traído al chico). Me sobra de larga. ¡Mejor, así podré remeter los pies!

(¡Y ya está, ya está! No le veo salida... Ya puedo jurar, ya; ya puedo asegurarles que ahora no me metía en nada... ¡No, si en algunas ocasiones la verdad es lo más inverosímil!)

(Lo peor del caso es que Rosa... ¡Pobre Rosa! ¡Ella que no pedía más que poder vivir tranquila...!)

...

Con la piel esta debajo del cuerpo la cosa cambia...

...

¡Pobre Rosa! ¡Sí, sí; tranquila...! Razón, razón tenía. (Si le hubiera hecho caso a ella...)

Pero, bueno, ¿quién podía pensar...? Era la única manera de poder charlar, de verse... (Y no era todas las semanas. Cada domingo era en casa de uno).

¡Qué demonios! Es que uno no se va a encerrar a piedra y lodo. Está bien que uno se encierre para escribir, pero también tiene que ver a la gente. A uno le gusta leer sus cosas a los amigos, y que ellos le lean las suyas. Uno ha de discutir... (No, todo esto no tiene nada de particular).

(No, esto ha sido... ¡pues una mala pata, nada más! Pero cómo se lo oía Rosa...) ¡Por algo, por algo temía ella aquellas reuniones! Ya me lo decía ella, ya...

(Razón, razón tenía).

...

Pero, bueno, es que también... eso: ¿quién iba a suponer que a mí me habían de encerrar?

(¡Pobre Rosa! Ahora, sola. Y si se me complica a mí la cuestión...)

...

Habrà que ir pensando por dónde pueden venir los golpes.

(¡La agenda! Se me había olvidado...)

La hojita esa. Ante todo esa hoja de la agenda...

...

¡No, no es ninguna exageración! ¡Toma! Y justito al lado, la anotación del teléfono de Andrés. No es ninguna exageración, no... (Lo malo es que no se mastica así como así).

Tal vez sea mejor con los dientes...

...

Eso, así mejor. Así se llegan a hacer mejor esos grumitos de pulpa. (Como la lengua apoya...)

...

Y el caso es que si les da por ocuparse de mí lo de menos va a ser mi relación con Eduardo y todos ellos; porque donde no hay nada... (¡Sí, hombre, sí! Donde no hay nada...) Desde luego que me incordiarán lo suyo, ¡pero en fin, yo creo que al final acabarán por convencerse! Ahora que si empiezan a preguntarme por la historia de cada notita de la agenda... (Todo está en quien me interroge. Según quien me caiga en suerte). Como les dé por hurgar en todas las amistades... ¡Ahí, ahí está la cosa! Por ejemplo, Rafael... Y Díaz... Sobre todo Díaz. ¡Vaya, vaya usted a explicarles que ahora ya no nos metemos en nada! Vaya usted a convencerles de que si nos vemos tan frecuentemente es, pues por eso, por la amistad... Por lo menos los molestarían. (A Díaz lo traerían aquí, seguro...) No, por lo menos el susto no habría quien se lo quitase.

(Bueno, pero es que toda la agenda no me la voy a comer. Todavía estoy con esta hojita...)

No se me había ocurrido: Comiendo al mismo tiempo la fruta escarchada... (Sí, bien, pero no voy a hacerme una bola de papel en el intestino).

...

Desde luego, todo depende de quién sea el que me interroge. Porque si tiene la mano ligera eso no hay ya quien me lo quite... (Bueno, pero dicen que ahora ya no pegan tanto). Lo peor es que puede repercutir en lo mío, claro; en el juez... Eso, eso es lo malo. (¡Maldita suerte!)

...

¡Hombre, será el huevo de Colón, pero tampoco se me había ocurrido! ¡Eso es; es lo mejor! ¡Al retrete...! (¡Claro que sí! ¡No me voy a hacer una pelota de papel en las tripas!) Lo voy rompiendo todo a pedacitos, luego tiro de la cadena... (Ahora que habrá que esperar a que repartan el rancho y se quede esto tranquilo. Así podré ir con más tiempo).

Sí, mejor cuando sea más tarde. (Cuando esté ya bien entrada la noche).

Y antes podría dormir un rato. (Si me durmiese un poco ahora...)
(¡Qué calorcito tan dulce da esta manta de casa!)

Pero cara a la pared, para no ver la luz. Y tapándome bien la cabeza. (Con dejar un huequecito para respirar...) Así, con la manta sobre la cabeza, tengo más sombra en la pared. Eso es, así; y bien ceñida a todo el cuerpo... (¡Je! Para quien mire desde fuera debo de parecer una momia).

No debe de ser tarde. Cuando me subieron a ver a Rosa no serían aún las tres, así que... Yo creo que un par de horas sí que podré dormir;

por pronto que empiecen a dar el rancho... (¡Al retrete, eso es! Cada cuatro o cinco hojas las voy haciendo pedacitos; y tiro de la cadena...)

...

Ahí está el runruneo... de todas formas el runruneo ese. (No me deja, no...)

¡Es que tengo mi suerte en vilo, toma! ¡Y de qué manera tan estúpida! (Está uno aquí por un asunto de guerra; un asunto de hace veinte años, como quien dice nada. Ya no se metía uno en nada; solamente a trabajar, a hacer hijos... Bueno, y a escribir; que ya iba empezando a escribir. Y de pronto, ¡zas!, a la sombra; bajo tierra. Esto es como si le enterrasen a uno en vida...)

...

(¿Quién habrá sido el cabrón?)

...

Ya está, ya está el run-run; por todo el cuerpo... pero ahora es más flojito. Parece que me voy tranquilizando. (Tendrán que acabar por darse cuenta de que yo no... Bueno, eso si es que llegan a mezclarme en el lío; que tal vez esté exagerando). ¡Claro, no hay para tanto! No hay que exagerar las cosas. Uno se explica, y ya está. Porque como parece que ahora ya no suelen pegar...

—¡Eh, oiga! No se tape la cabeza.

...

(¡Qué cosa tan rara! Lo ha dicho así, sin más...)

...

En cuanto he asomado la cabeza se ha ido.

(¡Cuidado, ahí vuelve! Claro, para volver a mirar...)

¡Bueno, pues no me la taparé!

...

(No, ahora ya no pegan. Así que si llega el caso me podré explicar).

...

“Que no me tape la cabeza”...

Y durante el día retiran las mantas. (En cambio me han dejado pasar las que me ha traído Rosa... Bueno, pero será porque estoy recomendado).

¡Qué rarezas! Son tonterías, ganas de fastidiar; como no tienen cosa mejor que hacer...

...

(En fin, a ver si descanso ahora un rato; y a la noche... Eso; y luego tiro bien de la cadena).

¡Je! ¡Pero hay que ver, de qué idioteces se ocupan!

“Que no me tape la cabeza”...

El sargento dijo que la metiesen en la celda de la gitana. (Vaya, por lo menos no está lejos del novio...) ¡Pobre Eduardo! Si supiera que la tiene aquí, a pocos metros de él...

Y yo también aquí. Otra vez juntos... (¡No, si a este paso vamos a estar todos juntos!)

En la de la gitana. Es decir que ahora cada vez que vaya al lavabo tendré que pasar por delante de su celda.

Yendo despacio me podrá ver; vamos, si es que coincide que está de pie y con la vista puesta en la mirilla. (Ahora que si voy silbando... Podría ir silboteando *El Café de Chinitas*; así le llamaría la atención...)

...

Bueno, habrá que ir pensando ya en llamar al guardia. Otros lo hacen; y a voces. Así que... (Pero no yo. Tendría que gritar: “¡Guardia...!” No, mejor será esperar. Ya vendrá).

...

(Ha de ser muy tarde. Con el rato que hace que dieron el rancho...)

No tengo ni la menor idea de qué hora pueda ser. Pero muy tarde, ha de ser muy tarde. Esta tranquilidad... Solo se oyen las voces esas de los guardias. (Ellos, de cháchara; como siempre).

(En la celda de la gitana... Es decir que si ahora me pongo yo a cantar, desde allí se me habrá de oír lo mismo que la oía yo a ella).

La gitana cantaba bajito, muy bajito. ¡Y cuidado que se la oía bien! (Sobre todo cuando había este silencio).

(A ver, probemos...)

—¡En-el-ca... fé-de-Chi-ni-tas-na... na... na... ná-na-na-ná-na-na-na...! (Se me quiebra la voz. ¡Es que hace falta...! Se necesita tener “cara”. Con este silencio...)

Las direcciones no tengo por qué tirarlas. ¡No, no es como la otra vez; en este caso es distinto! Que yo ahora no estoy metido en actividades clandestinas... (Han de darse cuenta; tienen que convencerse de ello). Por consiguiente es natural que yo tenga direcciones de quien me dé la gana. ¿Qué sé yo lo que hace cada cual? Y si no, que pregunten, que pregunten... (En cambio, la agenda...) La agenda ya es otra cuestión. Porque si solo me encuentran direcciones... Me encuentran la dirección de Díaz, por ejemplo, y nada, no pasa nada. ¡Que pregunten! Pero si lo que me encuentran es alguna anotación en la agenda la cosa cambia de color. Aunque no sea más que una simple anotación, una fecha para vernos. Por ejemplo: “Díaz, tal día, a tal hora”. En cuanto vean una notita así se les va a desbocar la fantasía. Enseguida se me van a echar

encima: “¿Para qué? ¿Dónde? ¿Con quién más?” Nada, y no hay quien les appee del burro. Ya están imaginándose conspiraciones... Y lo malo es que como también Díaz tiene aquí su ficha, como cada hijo de vecino, pues ya van a él predispuestos en contra. Pero lo peor de todo es que... Desde luego, hay que ponerse en su lugar, ¿qué sabe él si yo...? ¡A ver! Así que en cuanto Díaz, o Jaime, cualquiera, cualquiera de los amigos viejos, en cuanto cualquiera de ellos se encuentre frente a frente con la policía lo primero que se le va a ocurrir contestar es que hace un siglo que no me ve. ¡Y ya tenemos la contradicción! Y por de pronto, pues claro, a la sombra con él. ¡Sin haber hecho nada; de la manera más estúpida! (No, está visto. No puede uno ni conservar las amistades).

¡Nada, nada, fuera con la agenda! Toda enterita, al retrete... (Menos mal que solo es un trimestre).

...

¿Quién habrá sido el cabrón, quién? ¡Yo que nunca me he metido con nadie! Hace falta mala sangre...

(¡Je! Tenía razón Toni... Hay veces que las cosas no tienen más que un nombre).

...

Este sistema de hojas cambiables tiene sus ventajas... (Muy bien, ha quedado perfecto. Como las hojas de las direcciones son de cartulina, abultan lo suficiente...) Nadie puede imaginarse que aquí había también una agenda. Así queda, pues eso, como un simple cuaderno de direcciones. (Ahora que habrá que revisarlo todo, no sea cosa que haya todavía alguna...)

(Pues era el mismo de antes. Bueno, es que a veces hacen dos turnos seguidos; como se arreglan entre ellos...)

(Me ha oído, pero ha pasado de largo... ¡Ah, no; ahí viene!)

—¿Qué hay?

—¿Puedo salir al lavabo?

(Vaya, no contesta pero abre).

...

—Deje ese plato en la puerta, que ya vienen recogiendo.

(Caramba, pues entonces no es tan tarde...)

—Bien.

(Este guardia no tiene mal encare. A ver, vamos a ver...)

—...¿Tiene usted fuego?

(Mira con codicia. ¡No, si estos cigarrillos ingleses...!)

—¡Ahí va!

—Tenga, fume usted también...

—¡Hombre, bueno! Gracias.

(Así, cuando vuelva del retrete... Porque no tiene mal encare, no).

...

La diez es la última celda de esta mano antes de doblar; y creo que la de la gitana era la anterior. (O por lo menos muy cerca).

(A ver, probemos a silbar...)

—¡Bs-bs-bsss... bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs... bs-bs-bs-bs-bs-bs...

(Creo que era aquí. La ocho).

—¡Bs-bs-bs... bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs... bs-bs-bs-bs-bs...!

Pues no se asoma nadie. Estará dormida... (Y yo no puedo acercarme a mirar. El guardia sigue ahí...)

O no será la ocho. (Pero es que no podía fijarme en dos ventanillos al mismo tiempo...)

...

El pasillo de Eduardo está desierto. (Y no se oye una mosca...)

(Claro que a lo mejor el baile está ahora arriba).

...

¡Bueno, pero ahora no pegan! Y además, Eduardo... (Su familia ha de tener muy buenas relaciones. Con ese tío almirante...)

...

Aquí están los retretes.

¡Cómo huele a lejía! No hay nadie, claro. Estupendo...

¿No irá a haber alguien metido en alguna cabina...? Bueno, con abrir las tres... Vamos a ver).

(Muy bien. Ya puedo meterme tranquilo).

—¡*Informaciones* y *Madrid!*... ¡*El Alcázar!*...

(Pues no; no es tan tarde...)

...

¡Qué bien, si se rompe mejor de lo que yo pensaba...! Pero cuanto más chicos, más tranquilo.

Así, así están bien...

...

(La cosa no es tan difícil. Me va a sobrar tiempo y todo).

...

Ale, a paseo... ¡Y qué fuerte baja el agua!

(No se me había ocurrido... ¡Si llega a estar estropeado...!)

—¡*Madrid!*... *Informaciones!*... ¡Ha salido *El Alcázar!*...!)

No es tan tarde, no. (Todavía andan voceando la prensa de la noche).

(Ahora, ya, a casita; a dormir...)

...

Todavía voy a poder dormir varias horas de un tirón. (Como ya me voy tranquilizando...)

...

El pasillo de Eduardo sigue igual.

...

Convendrá ir silbando ya. (Bueno, bisbiseando). Hay que aprovechar todas las oportunidades... (Tal vez se haya despertado).

—¡Bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs-bs-bsss...!

...

(Pues no. No se asoma nadie... Ni en la otra tampoco).

—¡...bs-bs-bs... bs-bs... bs-bs-bsss...!

(Nadie. ¡Bueno, a ver si mañana...!)

Convendrá ver si puedo ir simpatizando con este guardia; que quién sabe...

(¡Hay que ver...! Ahí está Maribel, en una de esas celdas; y a la vuelta, Eduardo. Y ya me va pareciendo tan natural...)

No, si no les aprietan... y como ahora no pegan... (¿Quién me lo dijo? Alguien, alguien me ha dicho que ahora ya no pegan...)

...

—Muchas gracias, guardia. ¿Otro pitillo?

—¡Bueno, hombre! Para luego.

—¿Me da fuego otra vez? Así no vuelvo a molestarle.

—¡Ahí va!

...

—Gracias.

—¿Qué, hay padrinos, eh? ¡No dirá usted que se le trata mal!

—¡Hombre, no; no puedo quejarme...! Le advierto que yo no soy demasiado friolero. Pero sí, pues mire, así por lo menos tengo mis mantas durante el día; siempre viene bien... es decir, supongo que mañana no me quitarán las mías.

—Pues la verdad, no sé. ¡Como lo de usted no es un caso corriente! Eso es asunto del sargento. Mañana, usted se hace el longuis... Porque ahora hay orden de retirarlo todo, sabe. Bueno, ya hace tiempo.

(Este hombre es sencillote. Tal vez pueda sonsacarle...)

—¿Y por qué? Me han dicho que antes no las quitaban; en realidad... la verdad es que hay órdenes que no acaba uno de entenderlas. ¡Es lo mismo que eso de no taparse la cabeza! Ya me imagino que no es cosa de usted, ¡a usted qué más le da! Y el caso es que, si usted supiera... ¡Con lo bien que se está a la sombra de la manta!

—No, mire, todo tiene su porqué, sabe... Es que hace varios meses... —creo que fue este verano— un fulano se mató cortándose las venas. Claro que era uno con experiencia, sabe. ¡Y un jabato! Imagínese...

—¡Bueno, pero...!

(Ya empieza. Ya está ahí ese puñito...)

—¡Claro, hombre! Dicen que ya lo intentó en la cárcel; pero por lo que se ve salió un hilito de sangre afuera y se descubrió el pastel antes de que la diñase. Poco después lo trajeron otra vez a diligencias —sí, justo, fue este verano— y como el tío temería... El caso es que por lo visto consiguió esconderse una cuchilla de afeitar. Y a la primera noche, en cuanto dieron el rancho y comprendió que ya no habían de llamarle ni ná, pues se enrolló bien con las mantas para que empapasen, ¿comprende?, para que no gotease en el suelo. Como usted estaba; así, como una funda... luego, se tapó la cabeza... ¡natural, para que no le viesen la cara de fiambre! —¡no, si tenía que ser un hombre muy listo!— ¡y a ver! A la mañana siguiente estaba el tío más tieso que un cirio.

—Claro...

(El puñito. Ya me está hurgando el puño ese...)

—Por mí... ¿usted comprende, no? ¡Que se tapen lo que quieran! Pero a ver, uno ha de cumplir... Bueno, me voy. He de seguir la ronda.

—Muy bien; adiós. Y gracias...

...

(“...otra vez a diligencias”).

...

¡Bueno, bueno; no hay para tanto...!

...

(“el tío temería...”)

Bueno, pero es que eso sería algún caso muy grave. No se explica de otro modo.

(¿Quién fue el que me dijo que ya no pegan?)

...

No hay para tanto, no... ¡No van a pegarle a Maribel! Y la familia de Eduardo está muy bien relacionada...

(¿Quién fue? ¿Quién me dijo que ahora ya no pegan?)

...

(Ya no es solo el puño, no. Es también el runruneo ese... Ese run-run de la garganta a la barriga).

...

(Y ese calorcillo junto al corazón...)

VI

¡Daba gusto oírlo! (¡*ABC*, *Ya...*! ¡Ha salido *Arriba...*!)

Por la mañana todo es distinto. Me ha bastado ver la luz del día...

...

Es natural. Ellos tienen la precaución de no juntar en los lavabos a los comunicados de un mismo expediente. Pero siendo de expedientes distintos, ¿qué más da? ¡A ver! ¡Si tuviesen que ir siempre de uno en uno...! Sobre todo ahora, por la mañana.

(Con un poco de suerte hasta puede que llegue a hablar con Eduardo. Pero habrá de ser de buena mañana, como hoy).

...

Sí, por la mañana todo es distinto. (Además, como al fin he logrado dormir un buen rato...)

Y no es tan tarde, no. Yo que creía... (¡Je! ¡Ni que hiciera un siglo que no lo oigo!: ¡*ABC* y *Ya!* ¡Ha salido *Arriba...*! ¡Je! ¡Qué gusto daba oírlo! ¡Qué alegría...!)

Sí. Ha de ser muy pronto aún.

...

Ha de ser muy pronto, porque aunque ya voceaban la prensa de la mañana apenas se oía movimiento de coches. (¿Muchas pisadas...? Bueno, eso es otra cosa. ¡Claro que se oían muchas pisadas! ¡A ver! La gente madruga para ir al trabajo...)

...

(¡Vaya susto que se llevaría Rosa ayer! Por la tarde, cuando viese que tampoco Maribel acudía... ¡Pobrecilla!)

...

No ha sido más que un rato pero lo he dormido bien. Total, el sueño aquel del paredón tiene que haber durado poco. Casi no me acuerdo... (Y el caso es que yo creo que no fusilábamos a nadie... Yo bajaba el sable, el redoble del tambor se interrumpía –¡Buuuum!– y las balas acribillaban el paredón. Y otra vez, igual, sable abajo –¡Buuuum!–. Y siempre igual. Y del paredón saltaban desconchones...)

...

Todavía tardarán en dar el café. Es muy pronto...

...

(No. Yo creo que no fusilábamos a nadie...)

...

Además, eso. Tiene que ser temprano porque la luz del día que se veía desde el lavabo era muy gris. (Claro que a lo mejor está nublado. O llueve. ¡Vaya usted a saber!)

...

(Como ya va haciendo frío habrían quedado en verse en un café. Y al ver que tampoco Maribel llegaba... ¡Pobrecilla! ¡Vaya susto que tendrá encima!)

...

Habrà que ver hoy lo de la ducha. Cuando venga el barbero. (Con lo de las mantas ha habido suertecilla, vaya. Claro, ellos retiran solo las mantas de la casa, no las de uno. Como “en principio” se entiende que no hay otras mantas... Por lo menos el sargento lo ha interpretado así).

He de pedirle a Rosa toalla y jabón. Y lo de los dientes... Tal vez lo traiga hoy todo. (Esta tarde nos lo diremos con los ojos. En cuanto nos veamos: “Sí, también Maribel...” Y la tranquilizaré. ¡Nada, si no puede pasarnos nada!)

...

A lo mejor la luz del día se veía tan gris porque está lloviendo. No tendría nada de particular. Con la humedad que se nota... (Solo de pensarlo da más gusto aún sentir la manta esta sobre las piernas. Y como la piel está tan blandita... No, ahora no me conviene echarme. Así, recostado, basta. Y cuando repartan el café...)

...

Sí, por la mañana es distinto. Se ve todo más claro. ¡Lo que hace el descansar! (Pero vaya preocupación que me entró anoche...)

...

Lo mío, nada, a esperar. (Eso está visto. A esperar y nada más). Y lo de Eduardo y Maribel, pues igual. (Y los otros. Hay otros...) Igual, eso igual, ¡qué diablos! ¡A esperar! (Donde no hay nada...)

Lo más que puede suceder es que a la policía se le ocurra imaginar que esas reuniones en casa –bueno, si es que salen a relucir...–, pues que se imaginen que esas reuniones en casa eran para “algo”; que eran reuniones clandestinas. (¡Pero como no es verdad...!)

...

¡Sí es fácil que salgan a relucir, sí! ¡Ya lo creo que es fácil! En cuanto pregunten a varios lo mismo: “¿Qué hacía usted los domingos por la tarde?”, pues ya está. ¡Pero bueno, con decir la verdad...! Y como si a mí me llaman yo diré también la verdad, lo mismo; como no hay nada de particular en ello... (No, si donde no hay nada...)

...

¡Pero el pobre Eduardo! Y Maribel... Porque lo mío, nada. Se aclara lo de las reuniones en casa y listo; a otra cosa. Pero ahí está, ahí. “Otra cosa”. Ahí está el lío de ellos. (¡Ahora que se iban a casar!) Deben de estar metidos hasta el cuello.

He de ver si puedo pasarle comida a Maribel. Habrá que ver la manera; como es guapa... (A lo mejor el guardia de anoche...)

¡Ah, pues ahora no estará dormida! La habrán sacado al lavabo y habrá tenido que barrer también su celda. Y todavía está esto bastante tranquilo... Ahora, ahora es la ocasión para cantar. Así, quizás cuando traigan el café... (Si nos abren al mismo tiempo).

—En el ca... fé de Chinitas di...jo... Pa... quiero a su hermanooo... Nananá... nanánanananá... na... na... nánananana...

(Ahí va eso).

...

Claro, ellos no pueden tener paquetes. Ellos no recibirán nada. A puro rancho, como yo la otra vez. (Pero como es guapa... Que luego, si llega el caso, ya sabrá ella tenerlo a raya, ya. ¡Pero lo que va delante, va delante! Que le quiten luego lo bailao... Bueno, lo comido).

—...Soy más valiente que túuuú... más tore... ro y más... gitano... Ninoninoninoninoninó... nononí... ninó... noníno...

¡Cómo le gustó esta canción! En cuanto me la oyó se quedó con ella. ¡Vaya tabarra que nos daba! Ni que la hubiera aprendido en viernes... (¡Pobre Maribel!) y decía “hitano”, con acento andaluz y todo. (Nati no decía “hitano”. Pero también le gustaban las canciones de García Lorca, también. Cuidado que le gustaban...)

¡Pobre Maribel! Ahora que se iba a casar...

...

—...nananánananánananá... má toré... ro y má... hitano... Así la cantaba, así. (Y a lo mejor me está oyendo).

...

Nati no. Nati lo cantaba con todas sus letras. Como está escrito. (En cambio, cuando cantaba aquello de “*Links, links, links und links*”... ¿No era así? ¡Je...! ¿Cómo se preocupaba entonces del acento!)

...

(“*Links, links, links und links*” —Creo que era así... — “la izquierda maneja el timón”...)

...

¡Hay que ver, realmente es un abismo! No son más que cinco o seis años de diferencia, pero... Sí, hay un abismo. (¡A ver! Lo que le llevo yo a Eduardo; unos seis años. No será más...)

Maribel, por ejemplo, ha aprendido ahora *El café de Chinitas*. Siendo ya una mujer. ¡Toma, como que lo cantaba mientras se cosía el ajuar! Parece que la estoy viendo. (El otro día. La semana pasada...) Sin embargo, Nati... Nati, entonces... (“*Links und links*”... Luego, al llegar al final, ¿cómo le gustaba arrastrar la “erre”!: “*Rot-Front, Rot-Front, Rot-Front!*”... ¡Je!... ¡Qué Nati!) Y de cuando en cuando lo de Paquiro. O el “Vito”. O aquella otra canción tan bonita (realmente era bonita): “...à l’appel du grand Lénine, se levaient les partisans...”

...

En cambio Maribel alterna las canciones de García Lorca con esas melodías norteamericanas que se oyen ahora por la radio. ¡A ver, lo que se oye!

...

(Sí. Hay un abismo...)

—M-m-m... m-m... m-m-mmm...

(¡Caray! ¡Pues esto no lo he cantado para que me oiga Maribel!)

Todo, todo es distinto por la mañana...

Cuando quiera hacer memoria de algo o tenga que reflexionar serenamente, está visto; hay que esperar a la mañana. (Lavarse con agua fría, ver la claridad del día por el tragaluz; escuchar el rumor de la calle...)

...

No, esto último no lo he cantado para que me oiga Maribel. Lo he cantado, pues... (Me ha salido solo. Eso es... Y ya estoy recordando a Nati otra vez, como antes del susto). Estoy empezando a coger otra vez el hilo de los recuerdos, como si nada. Lo mismo que ayer...

...

Lo de anoche fue miedo. ¡Claro que era miedo, para qué negarlo! Aquel run-run, run-run de la garganta hacia abajo... (Y aquel calorcillo al lado del corazón...)

¿Por qué el miedo se le plantará a uno así, entre la garganta y el vientre?

...

Pero esta mañana, en cambio, ¡qué alegría! (¡ABC! ¡Ya!...) Y ahora, ya, tan tranquilo, como si nada; cantando para mí *El café de Chinitas...* (¡ABC! ¡Ya!... ¡Qué alegría!) Y viendo a Nati otra vez...

(“Alegría”...)

...

Si Rosa me trajese esta tarde al chico...

(“Alegría, alegría”...)

...

Cuando venga estaré afeitado. Porque hoy vendrá tarde...

(“...alegría del vientre redondo bajo la camisa. ¿Te acuerdas, Juan?”...)

¡Hay que ver, qué Nati! Logró entristecer más nuestra despedida. ¡Lo decía tan seria! Sobre todo, tan... solemne. Cuando alzó la vista y miró hacia las palmeras que se veían desde la estación me di cuenta de que tenía los ojos un poco húmedos. Pero aguantaba. Vaya si aguantaba... ¡Je! ¡Qué Nati...!)

...

Así que esta tarde ya puedo decirle a Rosa lo de mister Hopkins. ¿Para qué hacer alusiones a Eduardo y Maribel? (Con los ojos. ¡Si nos lo diremos con los ojos!) Eso, lo de mister Hopkins nada más. (Y si trae al chico...)

...

(El caso es que fue entonces cuando caí en la cuenta de que también ella... Claro, Nati era también una mujer —y bien anchas que tenía las caderas...—. Como todas, claro que sí. Ahora recuerdo que se le iban los ojos detrás de los niños... Sí, a pesar de la apariencia aquella del eterno traje de chaqueta y los zapatones, y del “tipitim, tipitim”, siempre machacando en lo mismo: “Nuestra lucha”, “el Partido”...)

Ese ruido de calderos será para el café. Eso es que están preparando todavía los calderos para el reparto, seguro. (Así que media hora aún no hay quien le quite).

...

(Ya está, ya. Ya me he enredado a recordar... ¡Bueno! Como no hay cosa mejor en que ocuparse...)

...

Y tan mujer como era. ¡Toma...! Ahora, que nunca se me había ocurrido pensar en eso. Entonces caí en la cuenta... Como Pili, qué caray. Bien que le brillaban los ojos a Pili cuando le acercaba la cara. Lo que pasa es que Pili no dejaba que la besase porque... (Bueno, que el camino sería otro. Tal vez más largo. O con más... “recovecos”). Y como Leonor. ¡Y eso que a Leonor no hice nunca intención de besarla!

Ni en los últimos tiempos, cuando yo ya comprendía que... que aquello no era solo ser amigos, vamos. No, ni intención de besarla hice nunca. ¡Pero aquella emoción de tener las manos cogidas, quietas! Y aquellas miradas inseguras... (Hay cosas que las ve uno después. *Ahora...* Después es ahora). Aquella última vez que la visité en el convento me miró tranquila, muy serena, pero ¡con qué ternura tan extraña! Y mientras me hablaba sus manos jugueteaban con una ramita de pino. (De algún pino del jardín. Un pino del convento, claro. Pero en sus manos llevaba una ramita de pino).

...

¿Pili? ¿La última vez que vi a Pili...? Sí. Sí, fue aquel domingo, con mamá... En casa de doña Luisa. (¡Y a Pablito, claro! Justo, aquella fue también la última vez que vi a Pablito).

...

(¡Hay que ver, Pablito! ¿Quién podía imaginar...? Porque aunque la influencia esta sea de sus padres, sin embargo...)

...

Todos nos sorprendimos al ver que Pili venía de visita con su novio. Pero recalcó la palabra: “formal”... “Es novio formal, ¿eh?” ¡Con qué retintín lo dijo! (¡Ya podía serlo! Era un muchacho mayor. ¡Claro, de cuarto! De lo más bobo de la Facultad...) Lo dijo con retintín y apuntándome con el rabillo del ojo. (¡Je! ¡Vaya con Pili...!) Pero al despedirnos se me destapó. Y también era extraña, también fue extraña y tierna aquella mirada de despedida. (No sabía ella que sería la última...) “¿No tendrás prisa por *La puerta estrecha*, verdad?”, me dijo. “Un día de estos te lo dejaré en la portería. Es que lo estoy leyendo otra vez. Ahora me gusta más. Debe de ser porque creo que ya lo voy entendiendo, ¿sabes?”... Se cogió del brazo del novio y se fueron. (Cuando me miró por última vez, desde la puerta, parece que lo repetía con los ojos: “Creo que lo voy entendiendo, ¿sabes?”)

...

(Se fue con el novio. Pero me miró... ¡Sí, sí, me miró con cariño! Y sus ojos lo repetían hasta que se cerró la puerta: “¿Sabes?”)

...

Nati... Luego, Nati. También Nati se me fue. (Y la tenía ya tan dentro de mí...) Claro que aquello... (¿Cómo iba yo a decir que no? ¿Cómo iba yo a tener celos del Partido?)

...

¿No exageraría Nati? ¿No estaría... teatralizando? (Con sinceridad, eso sí. Pero a los diecisiete años puede uno engañarse a sí mismo sin enterarse). ¡Era tan extremada para todo! Y tan impulsiva... (Es

chocante: Parece que estoy viendo su mirada triste, casi sombría, al decirme adiós: y sin embargo lo que más recuerdo es aquella palabra que me repitió: “Alegría”.

Me lo decía para hacer tiempo, claro, hasta que saliese el tren. Así, recordando aquella tarde que fuimos a ver *Yerma*, se iban consumiendo los minutos. ¡Como ya estaba todo dicho...! Me lo repitió varias veces: “¿Te acuerdas?” (“*Alegría, alegría, alegría del vientre redondo...*” ¡Ya lo creo que me acordaba!)

...

Ya lo creo... Aquello fue en Valencia. Y era al principio de ir juntos. (Sí, creo que sí...) Cuando salimos del teatro derramaba gestos de entusiasmo: “¡Es tremenda, esta Xirgu! ¿Y qué me dices de Federico? ¡Vaya tío...! ¡Ah! ¿Te fijaste en las niñas pera aquellas del palco de la derecha? ¡Qué estúpidas! No sabían si aplaudir o ruborizarse...” (¡Je! ¡Qué Nati!)

...

(“Un abismo”...)

...

(Eso. Por ejemplo, eso: Maribel es de los que no han podido ver *Yerma*; ni han visto nunca a la Xirgu... ¡Bueno, *Yerma*...! A lo mejor cualquier día la reponen. ¡Ve uno ya tantas cosas! Pero lo que es ver a la Xirgu...)

(¿Dónde estará? ¿En Buenos Aires o en Montevideo? Creo que leí que está por allá... ¡Bueno, qué más da! Desde aquí, estar desterrado en América es... No, no es lo mismo; pero, en fin, “casi-casi”. Como haber muerto... (¿Pensarán ellos lo mismo de nosotros?)

...

Sí, sobre todo lo otro; claro que sí. “*Esta Xirgu*”. (La que vi con Nati...) O sea, aquella. *Aquella Xirgu*. Que son más de veinte años... (Y eso sí que no tiene remedio).

Es como la propia Nati. ¿Qué Nati? *Aquella. Aquella Nati*. (La que iba con “Juanito el de don Paco”...)

...

Sí, con “Juanito el de don Paco”. (No conmigo...)

(“Como haber muerto”... Claro que, bien mirado, ¿quiénes han muerto? Porque estar aquí sí que es como haber muerto...)

Sigue el ruido de los calderos. ¡Cómo tarda hoy el café! Y ese vocerío de los guardias...

(Bueno, también los muertos de veras dan que hacer).

...

Desde luego, es muy posible que Nati embarcase en Marsella...

(¿Quién sabe si al fin habrá tenido chicos y todo? Tal vez chicos que hablan ruso).

...
¿Traerá Rosa al chico? (“Alegría-alegría-alegría”...) ¿Tendremos más chicos?

...
¡Je! ¡Menos mal! Aunque se ponga uno un poco triste...
(Está visto. Todo es distinto por la mañana...)

¡Caray, si he echado un sueñecito! (“Palmeras, palmeras...”)
Tiene que haber sido muy corto... (Palmeras... Y un dragón de cien lenguas me quitaba a Nati. Se la tragaba...)

¡Y tanto! Habrá sido solo unos minutos.
(El dragón se tragaba a Nati y una carroza de humo me arrastraba hacia un país desconocido).

...
Nati...

...
(¡Qué Nati ni qué ocho cuartos! Nati murió. Nati murió en la estación, mientras las palmeras se balanceaban y el tren empezaba a echar humo. Nati quedó allí).

...
(Sí, allí. Porque cuando volví a verla en Madrid... Cuando la volví a ver en Madrid éramos ya como unos desconocidos. Como unos desconocidos que se identifican y nada más... Eso es).

...
Nati se acabó en la estación de Alicante. Como “Juanito el de don Paco”. También él quedó allí. También él murió... (Eso. “Una carroza de humo lo arrastraba hacia un país desconocido”...)

Todos murieron entonces. Todo aquello acabó allí.

(Pero, ¿y Pablito? –¡Hay que ver, Pablito!– ¿Entonces, Pablito...?)

La Xirgu también. Aquella Xirgu murió también, claro. Pero vivo yo –“Yo”...–. (Sí, yo). Y Rosa. Vive Rosa, que no conoció nunca a Nati. Y Maribel, que no alcanzó ni a verle *Yerma* a la Xirgu. Y Federico; también vive Federico, ya lo creo, ¡si cualquier día nos lo ponen en el Español! (“Alegría-alegría-alegría”...)

...
(La verdad es que soy algo idiota. Y cursi. ¿A que no diría todo esto en voz alta?...)

¡Bueno, sigamos!

...

Ó sea que estábamos los dos en la estación. En Alicante. Yo estaba listo para subirme al tren que nos llevaría al frente. Papá y mamá, pues en Valencia, claro. ¡A ver! Y Nati... ¡Ah, sí, lo de “*Agit-Prop*”. Nati estaba allí por pura casualidad, porque había venido con aquella comisión de “*Agit-Prop*” del Partido. ¡No, si cuando las cosas vienen rodadas...!

Así que Nati estaba allí conmigo, en la estación. Rodeados por el gentío y las pancartas y los vítores... Pero los dos solos, junto a la portezuela del vagón. Abrazados. Retirando un poco las caras para podernos mirar, porque teníamos juntas las frentes.

Cuando me recordó aquel día que fuimos al estreno de *Yerma* guardó silencio un momento y me miró con gravedad. Habíamos estado recordando nuestros buenos ratos de Valencia y, no obstante, yo observaba en ella una rara inquietud. Ahora que no me extrañaba. (“¡Qué caramba! ¡Es que una despedida de estas...!”) Pero al hablar de *Yerma* se puso seria de repente. “Ya ves” –dijo– “me temo que también yo...” Hablaba como diciendo algo que tuviese preparado. Yo, seguramente, ponía cara de bobo. No acababa de entenderla. (Es que espetarle a uno, de pronto... Y cuando lo que yo estaba pensando era morderle bien fuerte los labios al despedirnos...) “Mira” –comenzó a explicar– “si he de dedicarme de lleno al Partido no debo pensar en criar hijos ni hacer un hogar ni...” “¿Ni qué?” Ya empezaba a impacientarme. Que lo dijese todo... La locomotora acababa de dar un primer tirón. “Pues mira, que incluso *lo nuestro* es... un lujo. ¡Que me parece que lo hemos tomado demasiado en serio!” Levantó despacito la mirada. Seguramente para ver... Yo sentí como una cosa que se desploma. Como si yo mismo perdiera el equilibrio. “Pero entonces... ¿Qué es lo que quieres decir?” Hablábamos susurrando, mezclando los alientos. Para no mirarla del todo frotaba una ceja con la suya. “¡Venga, dilo claro”, seguí. “Date prisa que va a salir el tren”... Al acariciarle un ojo con la punta de la nariz me la mojé. Se ve que había estado conteniendo el llanto, porque le cayó un chorrito de lágrimas. Me miró con los ojos enrojecidos, pero ya tranquilos. “Ya lo he dicho. ¿No te enfadas...?” Callé. ¿Qué iba a decir? Yo solo sentía aquella cosa que se desplomaba. Me cogió el labio de abajo en un pellizco suave y siguió: “Lo comprendes, ¿verdad? Es mejor así. No me escribas siquiera. Y ten... madrinas, haz lo que quieras. Luego, si cuando termine la guerra...” Yo tenía las mandíbulas apretadas y seguía callado. Sus dedos me acariciaban ya la cara buscando los escasos pelitos del bigote que había empezado a dejarme; y ella seguía a la carga: “No me escribas, ¿eh? Reconoce que es mejor. Hemos de entregarnos por completo al Partido,

desprendernos de todo lo que signifique... ¡Verás cómo es mejor! Para hacer en serio la guerra... Bueno, pero eso no quiere decir que vayas a hacer el loco, ¿eh?”. Sonrió. El tren lanzó el silbido de partida. Y como la gente entonaba ya el último himno tuvo que gritarme: “...¡en fin, que no hace falta que seas un Tchapaief!”

...

(¿Me dio tiempo de besarla? ¡Fue todo tan rápido! Y yo estaba tan aturdido...)

Monté de un salto al tren. La muchedumbre pareció engullirla... Me decía algo, pero su voz se ahogaba en el estruendo de los cantos y los vivas... Incluso la silueta de su cabeza empinada quedó oculta enseguida por un mar de brazos en alto y puños cerrados.

...

Al salir de la estación vi que ya empezaba a clarear.

(Es que era muy temprano. Como ahora...)

Asomé un poco la cabeza por la ventanilla, entorné los ojos y dejé que el aire frío de la mañana me azotase la frente.

...

¡También Nati! También Nati se había acabado. (Ya hacía algún tiempo, ya, que... Lo que pasa es que yo no lo entendía. Pero, sobre todo en su última carta, ya...)

El caso es que para ir a la guerra... Sí, tal vez fue mejor así. (Porque no, no era ninguna broma. Decían que íbamos derechos a Tembleque; a lo sumo podríamos llegar hasta Aranjuez. Y de allí a Madrid. Al frente de Madrid, claro. Esa última etapa la haríamos en camiones. Bueno, si es que no nos largaban directamente al frente de Toledo. Quedaba tan cerquita Cuesta de la Reina...)

...

Las tres. Leonor, Pili, Nati... También Nati. Las tres quedaban atrás. ¡Y yo que había estado esperando el fin del verano para empezar a vivir!

...

(Hace frío. Y tarda el café... ¡Está apretando el frío, caray!)

...

En fin, una guerra así no podía ser larga. Si le mataban a uno... ¡pues bueno! (Lo malo era si quedaba uno averiado). Y si no, cuando acabase... ¡Entonces sí! Entonces... ¡Y quién sabe si todavía Nati...! (“Alegría-alegría”... No, si por algo me acordaba yo ahora: “Alegría”... ¡Qué pena, Nati!)

...

¿Eh? ¿Qué te parece, Juanito? ¡Caramba, si está ahí! ¡Si le estoy viendo...! Igual que ayer; como ayer en la barbería...)

¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Crees tú que volverás con Nati cuando se acabe la guerra? —“¡Hombre, me has cogido así... tan de sorpresa!” —“Claro, claro... En fin, lo que es una pena es eso; que ahora ya tenías una novia de veras, que ibas a empezar tu carrera... Porque aunque fueras a ingresar en el Partido tú ibas a hacer tu carrera, ¿no?” —“¡Hombre, natural...” —“Pero, oye, no estás demasiado triste; no te veo, así... muy decaído. ¡Parece mentira! Ahora que pensabas empezar a vivir...” —“Sí, pero mira... ¡Quién sabe! ¿No crees que ir a la guerra puede ser una manera de empezar a vivir?”

(¡Hombre, ahí vienen los del café! ¡Qué bien! Hace ya un frío...)

...

¡Hay que ver! Como un relámpago... Cuando recuerdo ahora la guerra la veo siempre como un relámpago. Y eso que fueron casi tres años... (Bueno, pongamos dos y medio. Para mí dos y medio: si me alisté en octubre... Eso, pongamos desde entonces).

Como un relámpago. Y sin embargo ¡vaya si dejó rastro! Claro que fue un rastro... ¿cómo diría yo?

...

(Pues muy sencillo: *humano*. Solo humano).

Claro. ¿No quedamos en que el Juanito aquel había muerto? Entonces... Sí, es verdad. Alguien tenía que nacer después... (El teniente Vignon. Diecinueve años; y un bigote ya presentable. Camino de los veinte, pero... solo diecinueve añitos. Eso, cuando terminó la guerra no tenía siquiera la edad de un quinto).

...

Claro... Claro que sí. Aquel teniente que terminó la guerra prisionero tenía que ser distinto del miliciano que la empezó en Alicante. Naturalmente, le habían pasado muchas cosas. (Y otras le habían dejado de pasar. Nati, por ejemplo).

Había cambiado. ¡A ver! Las cosas que le pasan a uno le hacen cambiar.

...

(Las cosas que le pasan a uno...)

...

(Maribel ya llevará aquí por lo menos un día entero. Si ayer la cambiaron de celda... Ahora que pudo entrar por la mañana ya tarde, hacia el mediodía...)

...

(Todavía me sigue en la boca ese regusto de grasa, a pesar del rato que hace. Que no sea café, pase; se comprende. Pero que sepa a grasa...)

...

Las cosas que le pasan a uno, eso es. En cambio, las que no le pasan... (Sí, sí; las que “pasan” pero no le pasan *a uno*, sí señor. A ver si es que hablo en chino...) Porque en muchos aspectos el teniente Vignon aquel, pues... ¡qué duda cabe! En muchos aspectos seguía siendo como “Juanito el de don Paco”. Igualito. (Ya tenía bigote, había crecido del todo, la voz se le había hecho más grave... y no había habido más “Natis”. ¡Menuda lección fue aquella! Pero...) Sí, indudablemente. En muchas cosas pensaba todavía como si fuera el mismo Juanito. Por ejemplo, su ilusión hacia el Partido... (Lo humano, ¿está claro? Había cambiado lo exclusivamente humano...) ¡A ver! De la “ce” aquella juvenil a la trinchera. En la trinchera a lo suyo, a la tarea de cada día... ¡Si allí nadie sabía ya quién era él! (No volvió a haber más “Natis”, no. En toda la guerra apenas si leyó la prensa; apenas si hablaba de política ni veía a nadie con quien pudiera hablar; con quien se pudiera hablar, como él hacía antes... Así que no se enteraba de nada; oía campanas y nada más).

Cada día lo mismo; hinchándose la cabeza de la misma idea: “Esta guerra se ha de acabar algún día”. (O sea, “algún día la hemos de ganar”). ¡Y a ver...! Pues a *lo suyo*. Siempre a lo suyo... Que si las alambradas, que si la rectificación de trinchera; que la salida de patrulla, que el informe, que el envío del prisionero; el hospital; el permiso a Madrid, el cine, las chicas. Ganar la guerra... (Y entonces, al fin, empezaría a vivir).

Por eso algunas cosas de Juanito las conservaba intactas. Sobre todo la ilusión hacia el Partido. (A pesar del instructor aquel. Era una acémila, pero en fin... Precisamente por eso. Y era un buen camarada, eso sí). La ilusión por el Partido seguía siendo una promesa.

...

Sí, las cosas que le pasan a uno; las que vive. Esas son las que le hacen cambiar. Que las otras...

...

(“Las cosas que le pasan a uno”).

...

(Así que ayer la cambiaron de celda. Bueno, en realidad... Claro, puede que lleve más tiempo, ¿por qué no? Al fin y al cabo cuando la vi ayer la bajaban de declarar; y a saber cuántas veces la habrán subido...)

...

(Tal vez lleve aquí ya un par de días. O tres... No, más de tres no, porque cuando vimos a Eduardo la víspera de detenerme a mí nos dijo que acababa de dejarla en su casa).

...

¡Y tanto! Las que le pasan a uno... Y a lo mejor le cambian a uno en un día. En una hora... (¡Qué mirada tan apagada se le ha puesto! Y eso que me ha sonreído. En fin, al menos me ha visto; siempre anima... El pelo enmarañado y las ojeras y la piel brillante, eso no, eso es lo de menos. Pero esa manera de mirar... ¡Hay que ver lo que hace el miedo! ¡Cómo apaga los ojos!)

...

A uno le hablan de la Inquisición, de los martirios a fuego lento y de los pobrecitos que caían en manos de los pieles rojas. O de lo que cuentan de la Gestapo y de lo que se hacía aquí en zona nacional; o en la nuestra, que también ellos cuentan lo suyo. Y a uno se le pone carne de gallina; y se le achica el corazón. ¡Sí, si lo piensa uno despacio acaba por sentir el corazón metido en un puño!

Pero es que a ti te ponen, simplemente, frente a un par de policías. (*A ti, ¿eh? A tí...*) En un despacho vulgar y corriente, sin más. No hay nada más. Papel, plumas oxidadas, una máquina de escribir; alguna mancha de tinta... (Has mirado de reojo y nada, no ves nada más). Y lo que sientes es que el puño se te pasea por la barriga. Y que sube, sube... y que pasa a través de ese calorcillo que notas junto al corazón. (No, ese calorcillo no es en el corazón precisamente. Es... pues por ahí. ¡Si el corazón te ha desaparecido de su sitio! No te queda ya ni corazón).

¿Que te chillan? Bueno, ¡ya está! Ya te han chillado. Ya te pueden seguir chillando lo que les dé la gana. ¡Como ya has perdido el miedo a que te chillen...! Y, sin darte cuenta de ello, te acabas de fabricar tú mismo un pedacito de corazón. (Que chillen, que chillen; ¡mientras no llueva más que por ahí...!) Pero, a lo mejor, pues ves venir el tortazo. Ves que el otro, el que está callado, te mira, te mira... Estás viendo que se refriega una mano sobre los nudillos de la otra... (o sobre la rodilla...) ¡Paf! Una. (“¡Vaya –te dices–, si pega con la mano! Y con la mano abierta”...) ¡Paf, paf, paf! Dos, tres, cuatro. Y te has fabricado otro pedacito más de corazón.

...

(¡La pobre! Por lo menos le han chillado... ¡Pobre Maribel! Sí, tienen que haberle chillado. Esa manera de mirar...)

Y así te vas haciendo un corazón. (Un nuevo corazón, claro). Te lo vas haciendo pero nunca te lo acabas de hacer; porque es que en realidad nunca sabes... Un día, por ejemplo, al llevarte a declarar pasas frente a un despacho que se han dejado abierto; no hay nadie; pero encima de la mesa ves un vergajo. (Sí, sí, has visto bien. Era un vergajo. De esos de cuero y goma maciza; de reglamento. Naturalmente,

de los que llevan los guardias). Y sientes que el corazón que te habías fabricado es aún tan pequeñito...

(Sí. El miedo apaga los ojos).

...

(Así que aquel hombre...)

...

El miedo hace que uno mire de otra manera. (Aunque la cara no cambie, aunque la boca parezca correctamente cerrada y uno ande con naturalidad. Porque aquel hombre andaba despacio, con su fusil preparado; como todos. Pero... a pesar de todo. Aquella manera de mirar...) Sí, la mirada siempre delata el miedo. (Cuando uno lo conoce, claro; cuando uno ha sabido lo que es).

...

Así que aquel hombre tenía miedo. Seguramente era eso, lo que tenía era miedo. Nada más. Y si echó a correr hacia la línea enemiga fue solo por eso; porque de pronto sentiría miedo de nosotros (¡Claro! ¡Cómo no se me habrá ocurrido nunca? A lo mejor aquel hombre, si no lo llevamos aquella noche de patrulla, ni se le ocurre pasarse...)

Aquel hombre nos miraba con temor, no hay duda. (¡Claro que sí! Y lo que él temería... ¡Qué corazón tan grande tuvo que fabricarse en unos minutos!)

No, si está claro... (Ahora sí que lo veo claro). Aquel hombre sabía que todo el mundo estaba con la mosca detrás de la oreja. Como era tan amigo de los que se habían pasado la víspera... Que se sospechaba de él, vamos. Y estaría en guardia, claro. Pero de eso a pasarse al enemigo... No, de eso ni hablar, seguro. ¡Si tenía toda su familia en Madrid! La mujer, dos críos, el padre... Él diría: "Que se crean lo que quieran; yo, con cumplir..." Pero llega la temporada aquella de las deserciones a granel. En la compañía de al lado se pasan cinco un mismo día; en la nuestra desaparecen otros dos... (Él pensaría: "¡Sí, sí! Que se han pasado... Dicen que se han pasado al enemigo. ¡Sí, sí!") Y al día siguiente, de patrulla. Es decir, a la noche siguiente... (¡Así miraba él! ¡Qué ojos! No, si está claro. Si yo hubiera sabido entonces lo que es eso...)

Hay que ver, hay que ver el miedo... ¡Cómo apaga los ojos!

...

¿Por qué tendrían que hacerme sargento? ¡Con diecisiete años! (Bueno, pero es que como me fue creciendo la barba...)

...

Si hubiera tenido unos meses más "aquello" no habría sucedido. Es decir, no me habría sucedido a mí. (Yo no habría estado allí y no

habría soltado yo los tiros aquellos). Si hubiera tenido unos meses más habría estado ya en Aviación, haciendo el curso de piloto. (¡Je! O me habrían hecho sargento unos meses antes, vaya usted a saber... ¡No, si cuando las cosas vienen rodadas...!)

...

En ese caso tampoco habría leído *Cemento*. Probablemente no, porque lo leí aprovechando aquellas pocas semanas de quietud. Y luego, ya, como me lo pidieron para la biblioteca del Batallón...

(A medida que avanza el día va aflojando el frío. ¿O será que también se nota aquí la calefacción? Ya se oye por ahí a “Flor de Almendro”... ¡Je! ¡Ese siempre con sus chirigotas!)

—Fernández... ¿cómo? ¿Fernández y qué más?

—Vignon. Juan Fernández Vignon. Con “gn”.

—¡Ah!

...

(¡Vaya un gesto agrio! Como si tuviera yo la culpa...)

...

(Este sargento tiene mal encare. ¡Malo! Mala guardia me espera...)

...

¿A qué hora habrán hecho el relevo? No acabo nunca de enterarme. (Lo mismo pueden ser las ocho que las nueve. O las diez...) Ni idea. No tengo ni idea...

...

Esta es la tercera guardia que veo. Así que hoy es ya mi tercer día. (¿Cuándo hablé con aquel guardia de la verruga...? ¡Ese sí que tenía facha de buena persona!)

Es de suponer que harán servicio de veinticuatro por cuarenta y ocho, como la otra vez. (Y como los guardianes de la cárcel...) Será igual. Dos días francos por cada día de guardia.

...

Así que hoy es ya el tercer día que estoy aquí. (Habrá que ir llevando la cuenta, si no me armaré un lío). A ver... Eso. Por la tarde, hacia las cuatro; a esa hora vendría a entrar en la celda. (Una cosa así, porque de casa se me llevaron a eso de las tres...) Y fue en miércoles. (*Miércoles*, hay que acordarse). Así que hoy tiene que ser viernes. (Bueno, es mi tercer día, pero aún no llevo aquí ni dos días enteros. Hasta que no sean las cuatro...)

...

¡Justo, después de oír a Eduardo! Cuando, al regresar del lavabo, oí a Eduardo y al policía. (¡Vaya si era Eduardo...!) Entonces fue cuando le pedí fuego al guardia aquel de la verruga y le di de fumar.

Justo... Y eso fue la primera noche; así que tuvo que ser la primera guardia: o sea, que le toca ya mañana.

...

¡Cómo vuela el tiempo! Y eso que a veces cada hora me parece un siglo. (¿Cada hora? Bueno, cada rato...)

...

Es lo mismo que en la guerra. ¡Cuidado que se hacían largos aquellos días de trinchera! Aquellos meses... Uno pensaba: “Ya llevamos un mes en esta posición, como quien no quiere la cosa. El enemigo ha relevado, porque lo que tenemos enfrente ahora son moros; esa manera de paquear”... (“Los requetés aquellos no se portaban mal, pero lo que es esta gente”...) “¡Cómo nos cuelan los tiros por las troneras!” Y algún tiempo después: “Ya llevamos aquí dos meses. Va a haber que techar bien la chabola, porque no se habla de relevo”. (“Ellos sí que han vuelto a relevar. Ahora se vive más tranquilo; puedes asomar la gaita y todo”). “Y habrá que poner más tablas por el suelo; no hay quien ande por la trinchera. ¡Qué asco de barro! Pero a ver de dónde las sacamos”... (“Eso, a verlo. Que para algo te han hecho cabo”). Y todo seguía igual. Bueno, algo iba cambiando. Se techaba mejor la chabola, claro; y se ponían las tablas por fin. La verdad es que siempre cambiaba algo: las alambradas, el polvorín; el camino de acceso por la vaguada, los nidos de ametralladora que se iban instalando. Las bajas cada día... Eran pocas, pero ¡de qué manera más tonta! (¡Pobre Moncho! Y cuidado que lo sabía, que se lo habíamos dicho; aquel atajo por la loma adelantaba camino, pero... ¿Y Alberto? ¡Aquello sí que fue...!)

...

Todo iba cambiando, todo. Pero uno no lo percibía más que de allá para cuando.

Igual que la barba; es lo mismo. A uno le va creciendo la barba. Tanto, que un día piensa que aquello lo que es es una porquería; pica demasiado. (“¿Serán piojos? ¿Tendré también piojos en la barba? Hasta ahora solo era en el cuerpo. ..”) ¡Y fuera la barba! Era entonces cuando apreciabas cuánto te había llegado a crecer; cómo parecías otro. Porque ahora, sin barba, otra vez se te veía la cara de crío. Pero ya no tenía remedio. ¡Lástima, no haberlo sabido antes! “Aunque picase, aunque picase; que seguramente ayudaría a imponer respeto”. (“Hay que inspirar respeto. Ahora que le han hecho a uno sargento hay que imponer más respeto...”)

Eso. También el tiempo crecía. Como la barba... (Habían sido más de tres meses de barba sin salir de aquella posición).

...

La primavera se había acabado y avanzábamos por el verano. Dentro de nada, un año. Un año ya de guerra. (El monte de El Pardo se había llenado de nueva vida. Sobre el musgo húmedo que crecía al pie de las encinas habían aparecido flores de colores brillantes y por las noches nos desvelaba el clamor de las cigarras y los gritos repentinos de aquellos pájaros extraños). ¡Malo, qué mal asunto desvelarse en las noches de trinchera! Sobre todo si la primavera le cosquilleaba a uno y de cuando en cuando se le metía en la cabeza el relincho de aquel caballo de la Comandancia. “Alguna yegua”, pensábamos. ¡A ver...!

Pero lo peor era que si la brisa soplaba del sur nos invadía el olor aquel de las letrinas. (¡Pobre Alberto, aquello sí que fue...! Todavía se me revuelven las tripas cuando lo recuerdo).

¡Pobre Alberto! Le gustaba tanto la soledad... (Y eso era difícil. ¡No es nada, estar solo! Aunque sea nada más que un ratito cada día. Pero allí... Allí siempre tenías que estar con alguien. ¡A ver! La vaguada donde estaban las chabolas era muy estrecha, estaba como encajonada entre las lomas; las vertientes eran casi verticales... Además, era el camino obligado a lo largo del sector. A uno le estaba prohibido salirse del límite de la Compañía, y hasta para pasar el de la Sección tenía que contar con el Teniente. ¡A ver...!) Siempre, siempre habías de estar con alguien. Hasta en el parapeto. Y eso que en el parapeto solamente podían estar los que tuviesen guardia. (Pero entonces no ibas a distraerte...) Por si fuera poco, las lomas de los lados estaban todas batidas; no podías dar un paso tranquilo. (¡Pobre Alberto! Él creería que detrás de aquel árbol...) No, allí la soledad era imposible. En ningún sitio podías estar aislado. Ni para leer; siempre habían de interrumpirte. (“Ni pa cagar”, como decía El Maño).

Claro que, para leer... Cuando no hay otro remedio y se lee con interés uno se aísla de todo. Uno puede llegar a leer en cualquier lado, con tal que no le interrumpen. (Es como en el café: te olvidas de la gente, de la taza que se te enfría delante; de lo incómodo del diván, que es demasiado bajo...) Por eso las letrinas acabaron por convertirse en una sala de lectura. (Lo que decía el Miliciano de Cultura aquel: “Será chocante, pero es más digno que estarse ahí todos de palique con el culo al aire”. Era un punto de vista). En fin, por lo menos era un modo de estar solo...

¡Pobre Alberto! ¿Qué estaría leyendo, la carta de la novia o el libro de poesías que tenía al lado? (¡Pobre Alberto! Los pantalones caídos en los tobillos; piernabierto aún... La cabeza de lado, sobre el charco de sangre, y el vientre desnudo cara al cielo). ¡Y cuidado que El Maño se lo tenía dicho: “¿Pa qué te empeñas en subirte a esa loma? ¡Un día

te van a dar más que a un gorrión!” (¡Con lo que El Maño le quería! Claro, como se iba haciendo ya viejo... Casi gimoteó al decirlo: “No, si tenía que pasar, tenía que pasar... ¡Y tó por no enseñarnos el culo!”)

...

(Era otro punto de vista...)

...

Desde luego, aquel Miliciano de Cultura era algo idiota. ¡Mira que ocurrírsele pedir a Madrid nada menos que *Sin novedad en el frente!* Como si no hubiera libros más a propósito para la biblioteca del Batallón... Como dijo El Maño: “¡Nos ha jodío! ¡Ma tú que darme este libro! ¿Pa eso aprende uno a leer? ¿Pa que entoavía te refrieguen lo que estás pasando?”

...

¿Cuántos meses fueron? ¿Cuatro o cinco...? Bueno, da igual... Tal vez fueron seis. (El caso es que fueron de un tirón).

Era ya verano pero teníamos clavados aún en la memoria aquellos primeros días en El Pardo; aquellas noches enteras acostados sobre la tierra encharcada, tiritando de frío... Aunque fuese sobre el barro, pero había que dormir. ¡Qué remedio! Y se dormía, vaya si se dormía... (¡Y tanto! Así le quedó el nombre a la vaguada. Estábamos en verano pero la llamábamos todavía “El barranco de las pulmonías”). Gálvez, Pepillo, Martínez, Domingo... El alicantino aquel... Luego Moncho, Alberto... ¡Para qué contar! Solo entre balas perdidas, pulmonías estúpidas y morterazos inesperados faltaba ya casi media compañía.

En verano era otra cosa. (Pero vivíamos pensando en la amenaza de un nuevo invierno).

...

Fue entonces cuando empezaron a dar aquellos permisos de veinticuatro horas para “bajar” a Madrid. (Como me habían hecho sargento me tocaría una vez cada cuatro semanas. Una cosa así; cada mes bajaría un día a Madrid).

Cada mes. Y solo veinticuatro horas. (Pero era un día en Madrid...)

De los sargentos, el primero fue El Maño. (¡Qué Maño! Como si fuera un muchacho: “¡Ya os lo contaré, hijos! ¡Quedad tranquilos que ya os lo contaré!” Nos guiñó un ojo y abrió el otro como un plato. “Pa algo voy yo de descubierta...”)

A su manera, El Maño tenía sensibilidad; ya lo creo que la tenía. ¡Qué cara de desencanto trajo aquella primera vez! Pero no logré sacarle nada en limpio; algo había sentido en Madrid que no era capaz de explicar. Porque franqueza no le faltaba, no; a veces tenía demasiada... El caso es que cuando le pregunté por “lo otro”, como él decía, me lo

contó enseguida: “¡No me hables! Además, eso. ¡Pa eso...!” Yo no sabía si se burlaba de sí mismo o si es que estaba triste de veras. “¡Tó cambia, Juanico, tó cambia. Claro, es que se va uno haciendo viejo... ¡Lo malo es que te enteras de repente, ridiós!” Había que animarle. Estaba ya claro que era preciso animarle. Pero tuve que frenar, porque no le gustó nada aquella sugerencia mía; a pesar de todo prefería volver a Madrid. “Sí, hijo, sí. De tós modos vale la pena. Ves que de toás las maneras la gente sigue viviendo...” Había conseguido entristecerme. Pero de pronto echó a reír: “Y además, ¡qué coño! Pues eso... ¡ves culos nuevos!” (¡Je! ¡Qué Maño!)

...

La semana siguiente iría yo.

Un día en Madrid...

...

(Ese ruido de calderos ha de ser ya la comida).

...¿ya lo creo que sí!

“Las cosas que le pasan a uno”.

Porque hay racimos de días que son todos iguales, pero... (Sí, racimos. Todos los días pasan cosas diferentes, pero luego... Luego transcurre el tiempo y no distingues ya unos días de otros. Todos son iguales. O tú eres igual en todos ellos).

...

(Un racimo, sí. Un mazacote de días...)

Pero llega un día que se planta él solo en tu memoria. Llega un día que se suelta del racimo. Es un día de aquellos, cualquier día de aquellos. Pero se ha soltado; algo ha hecho que se desprenda.

Te ha pasado algo a ti.

...

(Parece que no, pero esto va marchando. ¡Qué bien hice en no comerme todos los emparedados! Con lo melindre que es Maribel...!

...

Te ha pasado algo.

Al terminar ese día ves bien claro que no es que tú acabas de pasar por la vida como los demás días, sino que es la propia vida la que acaba de pasar por ti. Los demás días tú ibas desfilando por la vida; la vida atrapaba cada día trozos nuevos de ti. Pero ese día eres tú quien le has atrapado a ella un pedazo nuevo. Un trozo que no conocías.

Y lo examinas. O lo saboreas.

O lo escupes.

...

(Habrá que decirle a Rosa que traiga más comida. Ya podrá suponer para qué es).

...

No ese mismo día, claro. El mismo día tú no puedes detenerte a examinar nada. Eso viene después. Porque ese día, tú... ¡Pues eso, lo vives! (La cosa viene luego, luego...)

Lo que pasa es que ese día tú te has levantado mirando una cara de las cosas pero cuando llega la hora de acostarte ves que hay cosas que tienen también otra cara. Eso. (No es solo el miedo lo que cambia la mirada. El miedo te apaga los ojos, pero es que hay otras cosas... Bueno, esa clase de cosas hará seguramente que la mirada se te vuelva un poquito más honda).

Sí, eso es. Por eso al levantarte tú mirabas esas cosas de una manera, y al ir a acostarte, en cambio... (O al revés, ¡llámale hache! Era al ir a acostarte cuando veías eso de una manera, pero luego, al levantarte...)

...

Y todo por aquel dichoso macuto... ¡En qué mala hora se le ocurrió al Maño! ¡Mira tú que encargarme aquello a mí! ¡Precisamente a mí! Como si no hubiera otros que ya estaban acostumbrados a hacerlo. (Eso se podía hacer en El Pardo; no hacía falta ir a Madrid). Pero se dice muy pronto: "Por todo lo que llevas en el macuto te darán por lo menos un par de pastillas o tres de tabaco. Tú pides cuatro, que va una lata de carne y todo".

(¡Qué sorpresa se habrá llevado Maribel! ¡Nada menos que cuatro emparedados; y la fruta... Hice bien en pensar en el guardia de la verruga. Él dice que solo por esta vez, pero bueno...)

...

(¿Cómo será que tiene guardia hoy? Le tocaba mañana... No, claro, él no lo hace por el tabaco. Lo hace porque es buena persona y ya está; y si no fuera por las órdenes... ¡pero es que es mucha Maribel!)

...

(A lo mejor ya había comido algo de rancho. ¡Bueno, siempre calienta el cuerpo! Y al guardia este habrá que tenerlo de cara. A ver cómo... ¡Si supiésemos en qué celda está Eduardo!)

...

Lo que hace un pitillo a tiempo... (¡Pero porque él es así! Que si no...)

...

¡Cómo pesaba el macuto! Menos mal que el camión nos dejó en la Red de San Luis. Y el hotel que me había dicho El Maño estaba allí mismito, en José Antonio. (La Gran Vía. Aquello entonces era la Gran Vía, sin más).

Allí mismito, un par de bocacalles o tres hacia Callao. Nada.

Como todos los demás tenían familia en Madrid se dispersaron enseguida y yo me quedé solo. Me colgué el macuto de un hombro y eché a andar hacia el hotel. Despacio. Aquel primer día anduve despacio, llenándome los ojos de Madrid. ¡Estaba en Madrid...!

(El miedo te apaga los ojos pero el gozo parece que te los ilumina. Y hace que el corazón lo sientas allí, en su sitio; hinchándose, hinchándose, llenándote todos los huecos del pecho).

Estaba en Madrid...

¡Qué alegría! Daba alegría estar en Madrid. *Estar*. Porque Madrid en sí... (Aquellos sacos terreros apelmazados por el tiempo. Las calles heridas por la guerra... Las casas con agujeros de cielo y los solares aquellos que aguantaban aún unos pedazos de muro. Y la vida; porque aquella vida... La gente seguía viviendo, sí. Pero...) ¡Madrid en sí era una cosa muy triste!

Lo percibí en un momento, con solo dar unos pasos. Cuando llegamos de Alicante, en diciembre, era otra cosa. (“Héroes”. Entonces nos sentíamos héroes, y a lo grande. Al vernos desfilar la gente nos vitoreaba...) Si venía a cuento la gente gritaba todavía: “¡No pasarán!” (Y no pasaron; *ellos* no pasaron. Pero pasó el tiempo. Ahí está...)

Aquella mañana la gente iba por la calle como si tal cosa. Se detenía en los escaparates, entraba en las tiendas, se metía en los cafés... Y eso que era temprano. Los cines, como si tal cosa, ponían sus carteles en la puerta. Y por las paredes se veían también los carteles aquellos del “No pasarán”. Los había recientes, con los colores llamativos, frescos; pero los había desvaídos por la lluvia y el sol.

La guerra era ya una rutina.

Un tranvía. (¡Hasta eso! Ya me lo habían dicho, ya. Hasta seguía habiendo tranvías). Un tranvía daba la vuelta y se detenía en la entrada de Montera. Despacio, muy despacio... como si estuviera anémico. (La energía eléctrica andaba escasa, claro. Claro...) Pero, caray... ¡qué rodillas tan bonitas! Como aquellos tranvías de la Guindalera eran viejos y tenían los estribos altos y la chica llevaba una falda muy ceñida y bastante corta, pues tuvo que bajar de lado; pero, aun así, bien que las lució. (¡Bueno, unas rodillas de chica! Lo que pasa es que no a todas las chicas les ves las rodillas así. Y que no siempre ves unas rodillas de chica cuando llevas seis meses sin ver chicas bajando del tranvía). La chica aquella venía también hacia Callao.

Venía despacio, no parecía que tuviese prisa. Sacó del bolso una novela barata, miró el reloj y siguió más despacio aún. (Pues ella no parecía anémica, no. Ni mucho menos. Y con aquellas piernas tan llenitas...)

...

(Todas las cosas acaban por tener una explicación; por ejemplo: “Para ir al trabajo no hay quien eche cuentas con el tranvía. Hay que madrugar de lo lindo y cogerlo muy temprano. Así que, dándosete bien te sobra un carro de tiempo; pero si no, ni echando a correr llegas a la hora.”

Todo tiene explicación. Pero yo, ¿qué iba a explicarme yo en aquel instante? Yo solo veía que aquella chica andaba tranquilamente a mi lado; un poquito adelantada, moviendo las caderas como una gata cautelosa. (Claro; es que si no, podía tropezar. Como iba leyendo...) Que el macuto me pesaba lo suyo. Que al encargado del hotel tenía que verle a las nueve si quería hacer el cambio enseguida, pues de no ser así tendría que esperar a la noche, o a la mañana siguiente... Y que eran ya las nueve menos cinco. Así que había que ir más vivo. ¡Qué pena! Y el caso es que aquella chica... Y se veía además que era una chica que iba a su trabajo). Era preciso andar más vivo.

Al adelantarla la empujé adrede un poquito con el macuto. Fue... en fin, fue una tontada. Al decirle “¡Perdone!”, ella, claro, levantó la cabeza. ¡Qué gracioso mohín de disculpa me hizo con la boca! ¡Y es tan distinto, ver unos labios de carne que te están haciendo a ti un mohín a imaginártelos en la penumbra de la chabola...!) Pero eran las nueve menos cinco. Corridas ya. Lo peor fue que al dar unos pasos más y volverme para mirarla de nuevo también ella levantó otra vez la cabeza y me miró fijo a los ojos. (Pidiendo guerra. Aquello, meter así el morrito de arriba hacia adentro y sacar el de abajo, aquello no era más que pedir guerra, estaba claro). Pero daban ya las nueve. Sería tal vez algún reloj adelantado pero estaban dando las nueve. (Y que yo... ¡Qué demonios! Es que yo no había ido nunca detrás de una chica; así, por la calle... Tenía que prepararme un poco. No había hecho más que llegar...)

...

“Qué pena...” –pensé–. ¡Bueno, Madrid tenía que estar lleno de chicas! Pero ahí está, es que aquella chica... ¡No, una puta no! Aquello, precisamente aquello era la ilusión que yo me había hecho. Una chica con ganas de “guerra”, simplemente. (Que pidiese guerra... pues “porque sí”, eso es).

Ya no había remedio. La gente, los parapetos de sacos, el puesto aquel de periódicos... No, ya no se la veía. No era cosa tampoco de volver para atrás; el encargado del hotel se marchaba a las nueve. (Y hay cosas que no se repiten así como así...)

...

(A ver si vuelvo a ver a Maribel cuando den la cena. Rosa dijo que hoy vendría a eso de las seis, así que para la hora de la cena... Sí, desde luego; si viene hacia las seis, para las siete como mucho ya estoy aquí de vuelta).

...

¡Qué pena! Pedía, pedía guerra. Aquella chica tenía ganas de guerra. ¡Y si al menos hubiera llegado a tiempo al hotel! “Hace un momentito que se acaba de marchar. Ni dos minutos”. Ni dos minutos; justo, el tiempo que había perdido haciendo el tonto. (O si al menos la empleada aquella hubiera estado mejor; porque también ella se preparaba para irse... ¡Cómo le bailaban los ojos al mirarme! ¡Je! ¡Qué Madrid...!)

...

(Si salimos juntos también a la cena me he de fijar en los ojos que pone. El miedo apaga los ojos, y cuando se tiene miedo la soledad los apaga más aún. Pero cuando ves que no estás solo... Cuando va un guardia y te da a hurtadillas un papel con comida y golosinas “de uno que la conoce...”. ¡Pobre Maribel! ¡Qué sorpresa se habrá llevado!)

...

Por hacer el tonto. Por querer oír misa y repicar. Si hubiera hecho cada cosa a su tiempo... (Claro que para eso tenía que haber empezado por no mirar a la chica).

(Cuando me mire luego Maribel ya tendrá los ojos un poquito menos apagados, seguro. Pero, en cambio, cuando me mire Rosa... No tardará ya; dentro de un rato está aquí. Me lo dirá desde el principio, con los ojos: “Maribel; también Maribel...” ¡Pobre Rosa! Me lo dirá con los ojos apagados).

...

En fin, por lo menos descansaría del macuto. Podría dejarlo allí hasta la noche, cerrado con llave en la habitación. Como nadie había de entrar a hacer la cama ni nada...

Eso, y enseguida a desayunar. Una taza de malta de aquellas, con sacarina, y a la calle. A pasear por Madrid. (Mi día en Madrid...)

...

(...y yo, “de campo”. ¡Todos con el alma en un hilo y yo de campo! Eduardo ahí, aguantando. Maribel con miedo por Eduardo; y por ella misma. Rosa con miedo por mí y por si lo de Eduardo y Maribel me complica a mí lo mío. Y yo... ¡Nada, “de campo”! Como si nada. Paseándome por Madrid...)

...

(Bien, pero ¿qué se le va a hacer? Si fuera que puedo yo remediar algo... Al menos así estoy más tranquilo. ¡Eso, eso! ¡Que hasta que no venga el juez...!)

...

Una mañana en Madrid puede llenarse de muchas cosas. O de pocas. O de una sola. Porque a lo mejor te pasa una cosa que borra todas las demás. (Una de esas cosas que le pasan a *uno*).

Por ejemplo: Son muchos los perros que pasan por la calle. En particular cuando los perros están hambrientos y se dedican a mirar a todo el mundo, por si acaso. Pero a aquel perro se le ocurre plantarse precisamente allí, frente a ti. Como tú te has sentado en un banco... (No es más que un perro hambriento. Pero es que tú eres tú...)

...

¿Qué había hecho yo antes? Había desayunado, claro. Y había ido a comprarme libros y revistas. Y algún diario. Eso es, porque fue estando allí, en el banco, cuando leí lo de las Brigadas Internacionales.

...

Así que una hora o dos ya llevaría por Madrid. Pero el caso es que de aquella mañana en Madrid lo único que recuerdo bien son los ojos del perro. (Quizás porque leí después la poesía aquella. Es posible que sea por eso...)

La cuestión es que yo estaba sentado en el banco aquel.

¿Iría a llover? Porque aunque estábamos en pleno verano soplaba un vientecillo fresco y el cielo estaba cubierto de nubes bajas que corrían muy ligeras. Nubes de esas de un gris plomo...

¡Bueno, que lloviese! Allí se estaba bien. ¡Para un día que iba uno a Madrid...! Podía ir a comer al “Florida”; a ver qué tal estaba aquel potaje de garbanzos que decían. Y luego a la Juventud; así conocería por fin a aquel primo de Cristóbal y empezaría a tener relación con alguien, ¡porque hay que ver...! (Tenía la “ce” aquella de la Compañía, sí, pero era distinto. Aquello era otra cosa. No hablábamos más que de asuntos de la trinchera, y si alguna vez se hacían informes políticos me sonaban a música celestial; me parecía que se referían a algo lejano).

Allí se estaba bien, sí señor. Aunque el banco estuviese roto. Además, no quedaba lejos del hotel. (No estaría de más dar un vistazo a la habitación antes de irme a comer. ¡Dichoso macuto!)

Así que podía quedarme allí un rato aún. Y si llovía... ¡Bueno, como aquellos árboles tenían las copas muy tupidas, ya veríamos!

Visto así, desde la Plaza de España, el Campo del Moro parecía una madeja de algodón azulado extendida al pie del palacio real. De algodón en rama, claro. No es que hubiese niebla, pero como todavía no era muy tarde... Cerca del río, por la mañana sobre todo, siempre era así. (Igual pasaba en El Pardo).

Sí, se estaba bien allí. ¡Y tan tranquilo! Allí se sentía uno... como vacío de todo.

Aquel tracatrac que se oía de vez en cuando no iba con uno. Y eso que las ametralladoras sonaban por allí; tenía que ser allí mismito, por la Casa de Campo y todo aquello. (La última, no. La última parecía haberse oído por Ferraz, hacia el Parque del Oeste. Como si fuera allí al lado...) Pero bueno, aquello no iba con uno.

Uno estaba disfrutando su día de permiso y podía estarse allí tranquilamente, recostado en el banco aquel de madera, sin pensar en nada si es que no tenía ganas de pensar en nada; ni de hacer nada. Si tenía ganas, ya leería. (En aquel momento te acordabas de que además de los diarios habías comprado varias revistas y dos libros. Pero... ¡Eso! ¡Que no tenías ganas ni de leer!)

Eso es. Ya leerías luego si tenías gana. Porque en aquel momento... En aquel instante lo único que te apetecía era lo que estabas haciendo: recostarte en el banco, bien hacia atrás, con la cabeza un poco caída y... escuchar el tracatrac aquel. (Por eso. Porque aquel no era el tracatrac de todos los días; porque aquel era un tracatrac que no iba con uno).

Las ametralladoras sonaban de cuando en cuando, como los gritos de los pájaros. Igual. Hasta con un poquito de pereza. Y atravesaban el cielo de cuando en cuando como una cosa natural. Una cosa que era así, sencillamente.

Desde luego, un día dejaría de oírse el tracatrac de las ametralladoras, pero seguirían oyéndose los gritos de los pájaros. Un día... ¡Pero bueno, mientras tanto había que vivir! (Había que empezar, por lo menos) Así, con tracatrac y todo; con el ruido aquel tan natural... Ahora que, un día... “Un día.” ¡Este día, este! ¡Hoy! —pensé—. “Un día en Madrid...”

Y llegaba uno a sentir que todo, todo era tan natural...

Madrid estaba así, pero... ¿qué iba a esperar uno? Naturalmente, Madrid tenía que estar así. Aquel agujero de enfrente por donde se veían correr las nubes era una cosa natural. Y aquel pedazo de escalera pingado en el aire, también. (Una bomba que tira un avión hace cisco una casa, claro que sí. Y a los que vivían dentro también, naturalmente. Pero puede quedar algo; puede quedar ese cacho de escalera pingado en el aire. ¡Natural!)

Y de pronto sentí aquello en la rodilla. Algo tibio y blando se había puesto sobre mi rodilla.

“No, chucho, Dios te ampare”. (“En la trinchera hubiera sido otra cosa, pero aquí... Bueno, si hubiera tenido aquí el macuto...”)
“No, chucho, no; por más que huelas...” (Claro, está oliendo el tocino

salado aquel”). Y el perro me miraba. No me entendía pero me miraba y no se iba. Tenía fijos en mí los ojos, abiertos como platos. (De agua. Como unos ojos de agua, sin fondo. De esos que miran y no pueden comprender). Me sentí lleno de desazón. (¡Con lo que a mí me gustan los perros!)

Había una solución: ponerse en pie y marcharse. (Si es que no echaba a andar detrás de mí).

Pero no. No comprenden, pero algo, algo aprenden los perros. (¡Qué ojos...! Claro, él lo olía. ¡Y tanto! Pero al ver que me marchaba levantó un poquito la cabeza, venteó por última vez y dio también media vuelta). Se fue poco a poco, sin rumbo fijo. (La cabeza gacha, pero mirando aún de reojo hacia mí. El rabo le caía entre las piernas...)

...

¿Qué leería? ¿*Ahora, Mundo Obrero, Hora de España...*? ¿O un libro de aquellos? ¡Bueno, cualquier cosa! La Plaza de Oriente estaba desierta y se podía leer paseando. Eso es, daría la vuelta por Arenal hacia Sol, otra vez Montera y a la Gran Vía, al hotel. (Subiría un momento al hotel). Así, paseando, más de una hora, seguro. (Antes de ir a comer pasaría por “Miami”. Tomaría una copa de algo y... Sí, me habían dicho “Miami”).

Cualquier cosa. Podía leer aquella poesía; como era un poema corto... “¡Hombre, y dedicado a un perro! —observé—. A ver, a ver”. (Una puta, no. Pero a “Miami” iban también chicas decentes. Iban chicas del Partido, periodistas extranjeras... “No, una puta, no”. Y yo mismo me animaba: “A ver si tengo suerte, como el teniente de la tercera...”) “Bueno —reaccioné— a ver la poesía esta; vamos a ver...”

...

¡Estaba visto! (¡Pues sí que...! Habías llegado a quedarte como vacío y ahora resultaba que te llenabas de aquello). ¡No, si estaba visto! Uno quería pensar solo en las veinticuatro horas aquellas que tenía para él. Pero... (Y era corto. Era un poema bien corto. Lo que pasaba era que las palabras te caían en el corazón como gotas de plomo frío. Y te lo empapaban).

En realidad, el poema solo era... (Pues eso: un día, un minuto; un latido de vida en Madrid).

“¡Mira tú que ocurrírseme leer esto! Precisamente hoy...” (Me reprochaba, pero... sin mucha fuerza. Porque aquello me iba y me venía, me iba y me venía: *Niebla, tú no comprendes...*)

“Niebla”. Se llamaba “Niebla”. Un bonito nombre de perro.

Y me dieron ganas de volverlo a leer. Aunque... (Sin mucha fuerza, pero me reprochaba a mí mismo: “¿Ahora? ¿Por qué he de volverlo

a leer ahora? ¡Si este poema habla del Madrid sitiado y yo estoy en el Madrid sitiado... si se dirige a un perro y yo acabo de hablar con un perro...” Pero aquellos versos me iban y venían. Aunque yo había empezado ya a pensar en lo otro. (Todo me lo decía yo: “¡Si lo que yo tengo que hacer es irme ahora mismo a “Miami”! ¡Si lo que yo quiero es palpar unos muslos calentitos! Claro... poner mis manos sobre los muslos calentitos de una chica y preguntarle luego a los ojos...”)

Pero el caso es que aquellos versos me iban y venían, me iban y venían: *Niebla, tú no comprendes...*

“Niebla”. Bonito nombre para un perro. Solo que ayudaba a la tristeza...

...

(¿Tendría algún nombre el perro aquel?)

...

(“Calentitos”).

Ya están otra vez con los calderos...

...

Ya están, ya. ¡Siempre el trajín ese en la cocina! (Ahora será para la cena).

(Rosa tiene que estar llegando...)

...

(“Calentitos”).

Ayer, al marcharse tenía ya los labios tibios...

...

(“Calentitos...”)

Bueno, una segunda visita es ya otra cosa.

...

Tiene que estar al caer...

(Hoy la besaré más despacio).

VII

Pues también estos están buenos. (Y son más jugositos...)

...

(¿De dónde sacaré las moscas? Yo aquí no veo moscas).

...

Son más jugosos, ya lo creo. Son unos emparedados que pueden aguantar muy bien un par de días más. (Con esto que me ha dado Rosa ahora y con el refuerzo que traiga Patro el domingo podemos ir tirando. Hasta podríamos repartir con Eduardo muy a gusto).

...

(El caso es que eso que ha atrapado parece una mosca... ¡Je! ¡Duro, duro con ella...! Está visto que todos tenemos apetito).

Es una pena que se vaya, pero en fin... (Total, para el lunes puede estar muy bien de vuelta. Como mucho el martes. Porque la oficina...)

Ahora que para el asunto de la comida ha venido bien la cosa. Así ya tenemos reservas. (Con tal que no se raje el guardia este de la verruga... A la próxima ocasión a ver si consigo que le lleve otra buena tanda. De estos más recientitos...)

...

(A todo se acostumbra uno, está visto. Yo aquí comiendo lo mío y esa araña dichosa igual. Ahí, a lo suyo también).

...

(Después, cuando me duerma, lo mismo. Yo aquí, con mis mantitas; y ella ahí arriba, en su rincón... ¡Hay que ver, con la aprensión que tenía la otra noche! Total, anteanoche...)

Bueno, ya está bien. Ahora un poco de fruta y a hacer seda.

...

En resumidas cuentas, al chico no lo volveré a ver hasta lo menos dentro de un par de semanas. (Eso si llegamos a tiempo a esta firma del Capitán General, que si no... ¡Nada, pues un mes! Habría de pasar lo menos un mes).

En fin, de todas maneras tiene razón. Sí, es mejor así. No vas a pedir peras al olmo... Patro parece buena chica, desde luego, parece que nos aprecia y todo; pero bueno... Sí, mejor será así. Así Rosa, fuera de lo de la oficina, puede dedicarse por entero a lo mío; ¡digo, y a darle un vistazo a papá...!

(El caso es que mañana, a lo sumo el lunes, va a venir el juez. Y que me va a dar la libertad provisional).

...

(¡Que me van a echar a la calle...!)

...

¿Cómo iba yo a suponer que Rosa fuera así? ¡Hay que ver lo que se ha movido! Yo que la creía tan apocada... (Al fin la besé despacio, pero... Bueno, es que con el chico delante... No sé, así es otra cosa).

Para el lunes puede muy bien estar de vuelta. Sí, yo creo que sí. Saliendo esta noche en el expreso mañana a las nueve están allí. Puede estarse todo el día en Valencia, incluso hacer noche, y regresar en el coche del lunes, a las nueve. De esa manera hacia las cuatro de la tarde está en la oficina otra vez, pone al día lo que sea y luego, a las seis... ¡Qué ganas tengo de que vuelva! (¿Por qué le habrán de pasar a uno estas cosas para que se dé cuenta mejor de las otras?)

...

Desde luego, mejor estará el chico en Valencia. Y ella más libre... (La mamá, encantada. Así, además, tardará más tiempo en enterarse de lo mío. Y el abuelo, si va estando mejor... ¡no va a presumir ni nada de biznieto!)

...

¡Je! ¡Qué demonio de crío! No me ha dicho nada de la barba... ¡Y cuidado que me manoseaba la cara! Él lo que miraba era el retrato de la pared; como estaba enfrentito mismo... Se ve que le gustaba el colorín colorao aquel; el fajín, la boina, ¡todo tan encarnadito!; las borlas doradas... (Y mientras tanto, Rosa... ¡Pobre Rosal Ya sabía yo que me lo diría con los ojos...)

...

Tan apagados... ¡Es que, hay que hacerse cargo: marcharse a Valencia y dejarme a mí aquí, sabiendo que también Maribel...! (Es decir, que a saber... ¡Porque claro, ella habrá pensado todo lo que he pensado yo!) Por los ojos que ponía se daba uno cuenta del nudo que

había de tener dentro. Y eso que con las ocurrencias del chico... (¡Qué crío! Parecía que estaba hipnotizado por el retrato aquel de encima del sillón. Pero, ¡ya, ya! Lo que pasa es que él le daba vueltas. Se ve que él se acordaba y no hacía más que darle vueltas y vueltas... “Oye, mami, ¿por qué el de tu oficina no lleva boina?...” ¡Qué crío!)

...

Ahora cuando salga voy a tener que visitar a Pablito. Es decir, a sus padres; pero bueno... (Rosa se ha movido, desde luego, pero si no llega a ser por ellos... ¡Conque resulta que el padre de Pablito conoce también a ese don Eugenio y ha hablado con él y todo!... Así que, nada, nada. Lo que tengo que hacer es eso, una declaración bien clara, sin tapujos; porque si todo lo de la guerra está ya indultado como dicen...)

...

Lo que pasa es que aunque yo le hablase de optimismo y tal, ella lo que pensaba era lo otro. (Ella estaría pensando lo mismo que yo: “Por esto, nada; a la calle. ¡Pero a ver si lo de Eduardo...!”) Y se le ocurriría lo mismo que a mí, que todo es cuestión de rapidez; porque una vez en la calle... (¡Vaya un crío! ¡Je! “¿Por qué, papi? ¿Por qué aquel no lleva boina?” Y sin parar de manosearme la barbilla; con los ojos fijos, clavados en el retrato. Ni que estuviese sacándome brillo... ¡Qué crío! Demasiado bien se ha portado; para el caso que le hacíamos... ¡Menos mal, porque cuando soltó lo otro...! “Di, papi, ¿por qué no compras tú uno? Pero con boina, ¿eh?” ¡Je! Cada día está más rico).

...

Así que papá se encuentra algo mejor y el abuelo va saliendo adelante. (¡Y el chico está majo de veras!)

...

Todo es cuestión de salir pronto de aquí. Sí, ese es el asunto. Luego, una vez en la calle, habrá que seguir un poco de tiempo en guardia, por si lo de Eduardo... ¡Y a trabajar de firme! Bueno, a ver en qué trabajo ahora... (¡Vaya un míster Hopkins! No, si eso ya me lo olía yo... ¡Hatajo de hipócritas!)

...

Es verdad, lo que dice mamá: lo importante es tener salud. Con salud siempre se sale adelante. Así es que... (¡Y tan majo como está! No se pone impertinente, ni extraña a las personas; nada. ¡Mira tú que entretenerse él solito contemplando el retrato! ¡Je! Aunque no le hiciésemos caso; él, ale, a la carga: “¡Pues el papá de Carlitos tiene uno en su despacho! Y el señor de ayer también. ¿Verdad que sí, mami?” Él solito se lo decía todo...)

...

“El señor de ayer” habrá de ser el padre de Pablito. ¡Claro, se ve que Rosa tiene que cargar con él a todas partes...! Desde luego, ha sido muy buena idea. Mejor, mejor estará en Valencia, con mamá... ¡Y qué manecitas tan saladas va teniendo ya! (¡Qué raro! Hoy no ha venido el barbero...)

...

Ahora sí que se acabó. Estos huesos... ¡toma, pues al rincón otra vez! Como mañana habrá que volver a barrer...

...

Yo creo que ya puedo echarme a dormir; ya no me habrán de incordiar para nada. (Ya dieron el rancho, el sargento pasó su visita; tengo también ya las mantas estas...)

...

¿Qué le habrá pasado al barbero? (Bueno, es que la visita de Rosa ha sido muy larga. Más de una hora sí habremos estado. Con eso de que el otro se había de ir con el jefe... El caso es que ha sido mejor. Porque el Larrea ese será un bruto, pero así nadie se nos ha mezclado en la conversación. Él allí, a lo suyo... Como un hurón).

...

(Y ella igual, a lo suyo... Siempre ahí esa araña... ¡Vamos, supongo que será siempre la misma!)

...

A ver qué tal resulta... ¡Vaya, pues se está muy bien! Tanto tiempo en la cárcel sin hacer nunca el petate así, estilo “saco”, y mira por dónde ahora... ¡Se está bien, sí señor! Se está bien... Cuando vuelva a casa se lo tengo que explicar a Patro. (¡A la calle! El juez me va a poner en la p... -¡Pobre Toni!-).

En cuantito venga el juez me van a poner en la mismísima calle. ¡Si no lo acabo de creer!

(¡Pobre Toni! Y él pudriéndose en Burgos...)

...

¡Pobre Toni! ¡Se dice pronto, treinta años de condena! Y de estos de ahora; sin indultos ni “redenciones” ni nada de eso...)

(Dicen que el penal de Burgos es moderno, que se está muy bien. Y por lo visto Toni ya traduce el alemán y el inglés de carrilla... Supongo que no habrá olvidado tampoco aquel francés que chapurreábamos...)

...

¡Pobre Toni! Cuando regresó de Francia... en fin, la verdad es que seguía chapurreándolo. Como lo que se le había pegado era aquel francés del “midi”... Como estuvo siempre rondando el Pirineo, con

sus guerrilleros... Claro, es que nunca dejó de hablar español. (Y pensar que tal vez estuvimos a un paso. Porque... Eso, hasta el cuarenta y tres. Yo me tiré en el campo de trabajo hasta el cuarenta y tres y por aquel entonces ya hacía tiempo que estaba él liado en el “maquis”. Cuando se metieron por Aragón tuvo que llegar a un paso de nuestro campamento).

...

Ya hacía casi cuatro años que había terminado nuestra guerra...

...

(“Terminado...”)

...

(Yo la terminaré ahora. Y Toni, el pobre, si no hubiera sido por lo otro... ¡Qué mala pata! Pero yo voy a liquidar con todo ahora). Mañana, a lo mejor, viene ya el juez; y enseguida... ¡Eso, qué coño! ¡A la puñetera calle! A ser uno más, como todos. A no temer ya nada... (¡A vivir! Que ya es hora...)

...

(“A la puñetera calle...” ¡Pobre Toni!)

...

¡Pobre Toni!... (El caso es que... ¿Qué pensará Toni de mí?)

...

¿Qué pensaría Toni de mí ahora, si supiese...? Porque él no tiene ni idea de que yo... ¡A ver! Él se fue con Galán, desde el principio, y ya no nos volvimos a ver en toda la guerra. Luego, yo, prisionero; después al campo de trabajo. Y él a Francia, y enseguida al “maquis”... Claro que cuando nos volvimos a encontrar en Madrid yo ya estaba... ¿Pero cómo iba a decírselo entonces? (Una guarrada. Hubiera sido una guarrada... Sí, uno puede decir: “Mira, yo estoy aún en el Partido pero es porque... Mira a la primera oportunidad voy a decir que se acabó.” Y para eso no hace falta reñir. Cada uno piensa como piensa, cada cual es como es, y ya está. Pero... No, desde luego. Decírselo entonces hubiera sido una guarrada).

...

La cosa es que no se lo dije. Y que luego, ya, como nos detuvieron enseguida y a él lo metieron en el otro expediente y lo mandaron a Zaragoza para responder de todo aquello... Eso es. La cosa es que él, ahora, a lo mejor se acuerda de mí como si nada. Como si fuese mi camarada aún.

...

(Sí señor, sí; se está bien. Y entras en calor enseguida; como se te pega toda la ropa al cuerpo así, como si fuera una funda. No, si por

algo lo hacían aquellos del penal de Ocaña; con tantos inviernos a la espalda...)

(Lo que pasa es que no puedes moverte apenas... Bueno, pero he reaccionado en un momento. ¡Me estaba quedando tieso de frío!)

(Se ve que es ya bien entrada la noche...)

...

Como si nada, eso es. Él me recordará como si yo fuera aún el de siempre, como si no hubiera pasado nada. Quién sabe si a lo mejor hasta se acuerda a veces de aquel día que nos fuimos a la Casa de Campo solo para poder hablar, hablar... (Y eso que yo no llegué a hablar del todo).

...

Hablar, solo hablar. Es decir, volver a encontrarnos de veras. (Lo que pasa es que... ¡No es nada, volver a encontrarse! Cada cual es cada cual. ¡Y a cada cual le pasan cosas tan distintas! Cosas de *esas*, de las que le pasan a uno...)

...

Es que el asunto no era para menos. Toni y yo. ¡Los grandes amigos, los íntimos amigos; los amigos de siempre! (“Siempre”...) ¡Como que nos habíamos conocido de chicos, en el colegio! Y luego habíamos ido juntos al Instituto y todo. Igual que Pablito... Lo que pasa es que con Toni, además, había lo de la FUE y el equipo de rugby y las huelgas y todo aquello... Y la Juventud. Sobre todo la Juventud, porque allí estuvimos siempre juntos... (¿“Siempre”?...) Siempre en la misma “ce”. ¡Hasta agosto del treinta y seis, eso es! (Porque él se marchó enseguida a Madrid, sí, con Galán; me parece que fue con Galán. Como era algo mayor...) Eso, hasta entonces siempre juntos. (Total, nada menos que ocho años. O nueve, porque si yo entonces tenía entre dieciséis y diecisiete...)

¡La cosa no era para menos, no! Toni y yo, los amigos de siempre... (Pero habían pasado diez años. Justo, porque aquello fue el cuarenta y seis; y en pleno verano. Eso es, el paseo aquel por la Casa de Campo tendría que ser hacia agosto, porque fue muy poco antes de detenernos y él había regresado de Francia en julio. Eso; agosto del cuarenta y seis...)

...

(Y ahora han vuelto a pasar casi diez años otra vez... Es decir, sin “casi”. Sin casi, sin casi; que estamos acabando ya el cincuenta y cinco).
“Siempre...”

(¡Je! O sea que en veinte años nos hemos visto solamente aquellos pocos días del cuarenta y seis. “Visto”, eso es. En realidad, solo vernos

porque lo que es hablar... ¡pues aquel día nada más! Y porque nos fuimos a la Casa de Campo para eso; para poder hablar. Que si no...)

Parece que no, pero... ¡es que es gordita la cosa!

...

Es gordita, es gordita... Porque... Por ejemplo: han pasado cinco años desde que se terminó la guerra. O sea que has pasado toda la guerra, la has perdido, como cada hijo de vecino... Ya sabes lo que es tirarte un par de semanas a pie, huyendo, haciendo eses por la montaña para ver si logras llegar a Valencia. Y sabes lo que es caer prisionero al fin... Luego, el campo de trabajo, los días iguales. (Iguales, aquellos días sí que eran iguales...) Después, Madrid. Madrid con luces. Madrid sin guerra. Tú, con toda la carga de la porquería que está siendo tu vida, que no acaba de arrancar, caes de pronto en aquel Madrid remozado de vida nueva. En la Red de San Luis ya no hay tranvías y la Gran Vía ya no es la Gran Vía...

(Clara...)

...

En la plaza de España venden globos para los chicos; te has sentado en un banco nuevecito y no oyes más que el trajinar de la gente, los autobuses, los vendedores que pregonan golosinas...

No, aquel día no se te acerca ningún perro hambriento. (Pero oyes los gritos de los pájaros; de vez en cuando, como una cosa natural...)

...

(El guardia de la verruga terminará el servicio mañana por la mañana. Así que habrá que ver la manera... A ver si consigo pasarle más comida a Maribel antes del relevo).

...

(Aunque, mañana... Mañana sí que tengo que estar bien a punto, no sea cosa que se le ocurra venir al juez).

(Y el barbero sin aparecer).

...

¡Ya lo creo! Madrid estaba como remozado por una vida nueva. Además, como llegué justamente en primavera... (Era en primavera, porque fue para San José cuando se vinieron los papás de Valencia y empezaron a buscar casa).

...

Sí, fue en primavera. Sí, sí, en plena primavera, porque el día que conocí a Rosa... ¡Justo! Justo... Eso, porque al llegar a la Puerta del Sol fue cuando caí en la cuenta de que, desde El Retiro, había venido calle de Alcalá abajo pensando solo en lo bonita que estaba la Rosaleda y en lo estupendo que tenía que ser pasearse por allí con una

chica cogida del brazo; como aquellas parejas, por el solecito aquel... (Con una chica... pues con una chica con ganas de “mimo”. No que pidiese “guerra”, eso no. ¡No, ya estaba bien de eso...!)

...

(Clara... Y el caso es que cuando regresé a Madrid... el primer día que fui a la Red de San Luis iba recordando a Clara. ¡Casi diría que fue en recuerdo de Clara! En recuerdo de lo del macuto, de la sorpresa que me llevé cuando, por fin, la encontré después en el hotel. De sus ganas de “guerra”...)

(¡Y las mías, toma! Qué bueno iba yo...)

...

(¡Clara! Con sus piernas tan llenitas... ¿Qué habrá sido de ella? ¡Cómo se rio cuando le dije lo de los muslitos! “¡Esto, si yo lo que quería era esto! Tocar unos muslitos calentitos... así, como los tuyos...”)

Pero aquel día, de vuelta en Madrid, lo que yo quería era simplemente poderme pasear por la Rosaleda como aquellas parejas; por el solecito aquel, sin más. Con una chica... Caray, pues con una chica... “¡Como esta!” pensé en cuanto la vi. (Es que estaba tan bonita, con aquella falda de vuelo...) Rosa se dio cuenta enseguida, claro. (¡No tiene olfato, para qué! No se le escapa una... Bueno, cualquier chica. En un caso así cualquier chica ve a la legua que tú te has parado allí por algo y que lo que miras en la luna del escaparate es a ella y no las corbatas aquellas... ¡Qué celos sentí de pronto por las corbatas! ¡Je...!)

...

(Ya estarán seguramente en la estación. Creo que el expreso sale a menos cuarto... Sí, a las once menos cuarto. Y como a ella le gusta cenar tranquilamente allí, en el restaurante; esperando la hora...)

...

(¡Y con lo que el chico disfruta viendo todo el jaleo de los trenes...!)

...

Nunca se me había ocurrido recordar así el día que conocí a Rosa. Hay que ver... (Y eso que ya va para doce años).

(¡Doce años...! Naturalmente. ¿No estamos acabando el cincuenta y cinco? Y aquello fue en la primavera del cuarenta y cuatro...)

...

(Si mañana quiero estar a tono para declarar con el juez me convendría dormir).

...

(Pero es que es peor. Si trato de dormir será peor aún... ¡Ya vendrá, ya vendrá ello solo!)

...
¡Je! Conque “de siempre”. Es gorda la cosa... ¡Pues diez años!
¡A ver! Tres años de guerra más los siete que habían transcurrido desde el final de la guerra. Claro... (Diez años sin verme con Toni; más tiempo que el que habíamos convivido en Valencia). Parece que no, pero... ¡Es gorda, es gorda la cosa! (Ahora que más que los diez años en sí... Eso, lo gordo realmente era todo lo que habíamos pasado en aquellos diez años...)

...
“De siempre...” Aquella mañana en la Casa de Campo los dos creíamos estar junto al amigo “de siempre”. Yo esperaba oír otra vez al Toni aquel de la Universidad, y de la “ce”; de Nati y todo aquello... Y él esperaba a oír... (pues a “Juanito el de don Paco”).

(Eso es. Nada menos que eso. Porque lo de Nati y todo aquello era... eso: Lo de Juanito el de don Paco).

...
Y yo era novio de Rosa... ¡Y tanto! ¡Como que hablábamos ya de casarnos!)

Si me desvelo como anteanoche... ¡Como no consiga dormir, mañana no voy a dar pie con bola! (Y si viene el juez...) El caso es que anoche dormí bien.

Si viniese el juez mañana ganaríamos mucho tiempo, porque como es sábado... Así la semana que viene podría pasar la propuesta de libertad a Auditoría, y como Rosa ya tiene preparado el terreno para que no se estanque allí... (¿Quién me había de decir que Rosa...? Está visto que no acaba nunca uno de saber... ¡Como que nunca acaba uno ni de conocerse a sí mismo!)

¡Hay que ver, Rosal Con lo apocadita que parece...

...
¿Convendrá que visite a míster Hopkins cuando salga? (“Convendrá...” ¡Qué asco!... Claro que... si Rosa ya le ha dicho todo eso... ¡Qué Rosa! ¡Quién me había de decir! Bien, bien que le ha cantado las cuarenta. ¡El muy hipócrita!)

...
El caso es que esos yanquis... no se trabaja mal con ellos, no. Tú cumples y ellos cumplen y ya está. Ellos cumplen, desde luego. (Lo malo es si llegas a entrar en confianzas. ¿Quién le mandaba a míster Hopkins tener aquellas confianzas conmigo, vamos a ver? Por ejemplo, ¿para qué tenía que prestarme *Por quién doblan las campanas?*)

Menos mal que no le dije todo lo que pensaba. Menos mal...) Sí, ellos cumplen. Pero está visto que es mejor no pasar de ahí. Porque no vas a explicarles... (Y cuando les explicas, pues... “¡Comunista, su esposo es un comunista, está claro! Por algo nos ha ocultado que ya estuvo antes en la cárcel. Además, no me negará usted... El membrete ese lo dice bien claro: “*Juzgado especial de espionaje y comunismo*”).

...

(Ahora, que Rosa... No ha tenido pelos en la lengua. “¡Bueno! ¿Y qué? No lo es, pero aunque lo fuese, ¿qué? Al fin y al cabo él está en su casa, ¿no?” ¡Je! ¡Vaya con Rosa! Cuando se dispara...) La verdad, yo creo que lo mejor es ni volver a verle.

Ellos cumplen. Pero también yo cumplía; y bien, ¡qué caray! Siempre tiquitic, tiquitic, siempre con el tiquitic aquel de la máquina de escribir. (El ventanal era estupendo... ¡Qué bien, poder tener un ventanal así en casa! Desde los primeros pisos, no sé... pero desde aquella oficina mía, como estaba ya hacía la mitad del rascacielos...)

¡Qué bien se veía toda la Plaza de España! Toda, como un cuadrilátero, verde en verano, gris en invierno... Pero siempre con sus bancos, los bancos esos. (El banco aquel...)

¡Qué expresión de extrañeza puso míster Hopkins aquel día que me encontró asomado a la ventana! Que se extrañase, bueno; pero que pusiera aquella cara de atontao... ¡No sé qué tendrá contra los pájaros!

Era la hora de marcharse. Yo había terminado ya mi trabajo, eso sí. Pero como todo el día había estado con el tiquitic-tiquitic de las máquinas de escribir metido en la cabeza... En fin, y que... no sé por qué pero la cuestión es que aquel día, pues eso, como otras veces; por lo que fuese, el tiquitic-tiquitic de las máquinas me recordaba el tracatrac de las ametralladoras. El tracatrac *aquel*, el que oí aquel día sentado en el banco; allí mismito, allí abajo. Naturalmente, el tracatrac no se oía ya. Pero tampoco se oía a los pájaros, y eso que había muchos y que volaban a veces enfrente mismo del ventanal. Como la calefacción estaba muy fuerte lo teníamos abierto de par en par. Pero no se les oía.

¡Claro, con el tiquitic aquel de los demonios...! Así que antes de marcharme a casa me asomé a la ventana. Y miré hacia abajo, a la Plaza de España. Y a lo lejos, hasta la Casa de Campo; se veía todo tan bien desde allí arriba... A míster Hopkins le chocó mi respuesta. (Es natural...) “¿Cómo? ¿Que a ver si consigue oír los gritos de los pájaros?” ¡Y la risotada que soltó luego! (Bueno, pero es que hay que hacerse cargo... Cada uno es cada uno. Además, ¿cómo iba yo a explicarle...? “¿Conque el ruido de las máquinas no le deja oír los gritos de los pájaros?” (“Este es chalao”. Seguro que pensaría eso). “¡Well,

eso tiene una solución! Si le ha de ayudar a trabajar, le compraremos un canario”.

“Un chalao”. Seguro que lo pensaría. (No sé cómo se dirá eso en inglés americano; así, *chalao*). Y el caso es que desde su punto de vista tenía tal vez razón. (La misma que tengo yo cuando pienso lo que pienso de él).

“Un canario...” Con su jaula y todo, claro).

No, eso sí. Campechanote sí lo es míster Hopkins...

¡Que no, que no me duermo! Pero es que ni me adormilo siquiera... (Y mañana el juez. Puede que venga el lunes, pero igual viene mañana. Es muy fácil que mañana venga el juez).

...

(El don Eugenio ese; por fin, el mismo).

...

(¿Será mejor o peor?)

...

(La cuestión es que es el mismo de la otra vez...)

...

Tiene que ser muy tarde, muy tarde... (La que cantaba antes era Maribel, seguro. Pero hace ya mucho rato...)

¡No, que cantase no quiere decir que esté tranquila, qué va! Es que estará harta de barrenar. (¡No canté yo ni nada la otra vez! Incluso los primeros días... Como ella; en voz bajita, claro).

...

¡Desde luego, no! No voy a verle. ¡Que se vaya al cuerno míster Hopkins! Lo menos que puede tener es corrección con una señora. Sí señor, porque en un caso así si alguien tiene derecho a perder los estribos somos nosotros, no ellos. ¡Eso, al carajo!

(Frena... Frena, Juan).

...

Al cuerno, que se vaya al cuerno, eso es. (¡Con las ilusiones que había empezado yo a hacerme! Unos pocos meses más y me hubiera situado bien del todo...) ¡Que se vaya al cuerno! Que le dé explicaciones su tía.

(“Al carajo”. Toni diría “Al carajo” y lo repetiría tan tranquilo. “Es que, para expresarte de veras, coño...”, como me explicó aquella mañana, en la Casa de Campo. Y el caso es que...)

...

(Sí, cuando te has acostumbrado... ¡Yo mismo, cuando me ca-lientan! Porque cuando ya lo has dicho una vez... Pero no es como El Maño. El Maño hablaba así porque no tenía otra manera de hablar.

Pero Toni habla así cuando tiene que decir ciertas cosas... Eso es, solo para decir ciertas cosas. “Es que sí no, no expresas del todo lo jodido que te tienen...”, como me decía. Sí, lo de Toni es otra cosa... Ahora que él siempre ha sido así. Con los años mucho más, pero siempre fue un poco así).

...
 (“Siempre...”)

...
¿Cómo le sentaría a Rosa si un día se me escapase a mí un “coño” de esos? Porque es que, eso, cuando te calientas... (Está visto, está visto. Siempre puedes conocer mejor a las personas...)

...
¡Qué carácter va sacando! ¡Y qué... ideas! Porque yo siempre pensé que Rosa... (¡Y como yo lo único que quería era vivir! Bien que nos lo dijimos al casarnos...)

...
Rosa...
 (“Siempre...”)

...
¡Je! ¿Qué diría Toni de Rosa?
 (“¿Siempre?”)

....
¿Qué habría dicho Toni de Rosa aquel día, en la Casa de Campo? (Toni, mi amigo de “siempre”).

Porque, no llegué a decírselo, pero yo era ya novio de Rosa...

...
 (“Un abismo...”)

Rosa... Y Maribel y Eduardo. (Y Andrés; y Lola...) Entre ellos y nosotros hay un abismo, es verdad... (El abismo ese de *las cosas que le pasan a uno*, ¿te das cuenta?)

Ellos no pueden ser como Toni o como yo. Ellos no han pasado ciertas cosas. (No les han pasado las cosas que a ti y a Nati, a Petrucha y a Toni. ¿Te vas dando cuenta? Es el abismo ese...)

Bueno, pero es que... Me parece que aquel día, en la Casa de Campo, lo acabé de ver claro. Entre Toni y yo había también otro abismo. Lo noté de repente, en medio de la conversación. Y eso que Toni y yo... También él había hecho la guerra; también él habría tenido que matar gente... Él había vivido poco más o menos las mismas cosas que yo. (Alguna vez, como yo, se habría acostado todo ilusionado con alguna Clara y luego...) Y lo del perro; también Toni habría visto perros hambrientos; también él, como yo, habrá visto temblar sus ojos

como botones de vidrio... (Bueno, eso de los botones de vidrio es que te lo dices tú. *Tu...* ¿eh? ¡Así que a ver, a ver si vas viendo más claro!)

¡Qué turbio estaba el cielo aquel día! Era una mañana de verano pero de esas desapacibles; uno de esos días indecisos del verano de Madrid, cuando le da por ahí...

(¡A ver si vas viendo de verdad más claro! Porque, sí; por ejemplo, Toni habrá visto también muchos chuchos hambrientos, como tú. Pero es que tú eres tú. ¿Estamos? ¡Tú eres tú! Vamos, que cada cual es cada cual...)

...

(*Cada cual.* Y Toni...)

...

(Pues que él es un “cada cual” de los otros. ¡Eso es! El otro abismo es ese...),

...

(Y, claro, a los dos os han pasado cosas parecidas. Pero como en todos estos años no os habéis visto, como no habéis podido hablar nunca de esas cosas...)

(Pues eso, que el abismo se ve de repente. ¡Y quién sabe si por eso te parece más grande aún!)

...

Muy turbio, el cielo estaba muy turbio. Era un día feo. (Más bien... tonto. Y un día de esos, además, en que te parece que todo te va saliendo a medias; que te deja una desazón...) Pero la temperatura no era mala del todo. Por eso nos bebimos tan a gusto aquellas cañas de cerveza junto al lago y nos fuimos paseando, poquito a poco, hacia el altozano de los pinos. Allí no habría nadie; como soplaba un poco de viento...

(¡Qué bien, pasearme otra vez con Toni! Recordarlo ahora es como si nos paseásemos juntos otra vez y volviésemos a hablar de todo aquello. Ahora, en este momento; solo que...)

(¡Más claro, ahora lo veo más claro! Desde que he caído en la cuenta de que hay también esa otra clase de abismo... “Cada cual es cada cual”. ¡Es eso!)

(¡Más claro, ya lo creo que lo voy viendo más claro! Como en pleno día, a la luz clara de un día de primavera, de los buenos...)

...

(Y eso que esta puerca luz amarilla... ¡Dichosa bombilla! ¿Será eso lo que no me deja dormir? A ver si cara a la pared... ¡Ya estamos como la otra noche!)

...

(A ver, a ver si así... Pero mientras tanto... ¡Qué bien, si parece que voy con Toni de veras, subiendo al altozano!)

...

“¿Has sabido algo de Nati? —me dijo—. Habíamos charlado ya de los primeros días de la guerra, de mi temporada en Alicante, de todo aquello. Pero Nati no había salido a relucir aún. Lo sentí como un disparo. En seco. (A la tarde había de ver a Rosa...) —“¿Has sabido algo de Nati?” —me repitió.

...

(Como de veras. ¡Es como si estuviera de veras con Toni! Y parece que voy adormilando...)

...

“No, no he sabido nada de ella” (Y podía haber añadido: “Además, ya tengo novia en serio”. Pero... ¡Tiempo habría! Se lo diría después). “La última vez que la vi fue en Madrid, a fines de marzo. Del treinta y nueve, claro; al acabarse la guerra. Iba a ver si embarcaba en Alicante.” (Y podía haber añadido también: “Aquello había terminado ya. En todo caso hubiera podido volver a empezar entonces, pero...” ¡“Pero”, siempre “pero”! No acabábamos de arrancar). Fue él quien dijo que ya se había enterado de nuestro acuerdo de dejarlo para después de la guerra, si es que entonces... “¡Así que lo pasarías fenómeno en Madrid!, ¿no? Porque había cada chavala... ¡Y con las ganas que tenían!” (¿Cómo podía yo explicarle ...? ¿Cómo, con qué palabras podía decirle que con una chica que se llamaba Clara, una chica que conocí en mi primer permiso a Madrid...? ¡Y cuidado que tenía ganas de soltárselo a alguien! Pero ¿de qué manera explicarle a *él* aquella punzada de decepción, cuando Clara levantó la cabeza de la almohada y me habló de lo otro? A *él*, que decía todavía aquello de “las ganas que tenían”...) El caso es que lo pensé en un momento... ¡Cuidado que pensé rápidamente todo esto! Y fue entonces cuando sentí realmente entre nosotros el primer trocito de abismo. Como que para saltarlo... Claro, por eso fue tan rápido. —“¿Y Petrucha?”, le pregunté. Me miró de una manera tan inesperada que me quedé pensando si no sería mejor cambiar de tema. Pero ya no podía ser. Toni me miraba... (Seguro, era eso. Me miraba a los ojos para ver si realmente le preguntaba o si es que yo ya lo sabía y...) —“¿Pero no sabes lo que pasó?” —“¡Pues no! No tengo ni idea”. —Toni se agachó, cogió del suelo un guijarro y lo tiró distraídamente hacia los primeros pinos. Estábamos ya casi en la cima del altozano. “Se lio con Goyo. ¿Te acuerdas de Goyo, no?” —Lo dijo con naturalidad. (En fin, con una naturalidad...) —“Sí, me acuerdo”. —“Pues eso. Y se acabó”. Yo no sabía qué decir. Menos mal que fue él quien siguió. —“Que se fuese con

otro, en fin, eso... ¡Pero con ese cabrón! Y ella, claro, pues es que estaba de acuerdo con él. Ni más ni menos. ¡No acabas nunca de saber! ¿eh? Nunca sabes con quién te juegas los cuartos... —“Bueno, pero... ¿pero qué pasa con Goyo?” —“¡Ah!, ¿tampoco sabes eso? ¡Claro, leche, así se explica uno...! Así comprendo que se venga para acá cualquier hijo de su madre y os engatuse. ¡Con eso de que ha estado “allá”...! Pues Goyo es uno de los que se desviaron de la línea del Central al venirse aquí. Nada menos... En Francia parecía, pues como siempre, un tío preparao, fiel... En fin siempre ha sido un buen camarada, ya le conoces. ¡Pero no sé qué pasa, coño! La gente es... En fin, que al venir a Madrid empezó a hacer la puñeta y acabó siendo un confidente de la policía. Y Petrucha igual. ¡Ahora, que para lo que le ha valido...! Creo que se la han llevado a Segovia; está cumpliendo una condena pequeña. ¡Algo le habían de poner!”

Ya estábamos arriba. Efectivamente, soplabá un poco de viento. Al otro extremo había unos muchachos haciendo ejercicios gimnásticos pero como la cumbre formaba una explanada muy amplia podíamos sentarnos en cualquier lado y hablar tranquilamente. Nadie podía oírnos. Allí podíamos vaciar todos nuestros recuerdos, contarnos nuestras vidas ignoradas. (Ponernos “al día”...)

...

Allí podíamos ponernos al día... (Pero para eso tenía yo que decirle... Era como esos casos en que está uno separado por mucho tiempo de la novia. Ha pasado el tiempo y uno ya es otro. Y cuando la vuelve a ver... ¿Cómo va a decirle, de repente “Mira, yo ya no te quiero”?)

...

(Me está entrando la soñarrera. Yo creo que me duermo...)

...

Podíamos ponernos al día, claro. Yo podía explicarle... (¡Se dice pronto!) En fin, yo podía tratar de hacerle ver que no quería enfrentarme con el Partido, pero que para eso no había más que una solución: abandonar el Partido. (No, si la cosa estaba clara, pero...)

...

(¡Es que una novia es distinto! A una novia no tienes más remedio que decírselo. Y al Partido, llegado el caso, también. ¡Pero a Toni; y en aquel momento...!)

¿Por qué decírselo *del todo* entonces? Algo, sí. Algo sí podía soltarle. Pero *todo*... ¡Así, la primera vez, cuando lo que buscábamos era...! Pues nuestra amistad. Nuestra amistad y volver a los años aquellos de Valencia...

...

(Si voy a mear sí que me desvelaré. Y parece que estoy durmiéndome... ¡A ver, a ver si me duermo!)

¡Menos mal que solamente con mirar a lo lejos ya llenábamos los silencios! Se veía San Francisco, las Vistillas: el Palacio Real, de espaldas; y el río. (Madrid...) Volviendo un poco la cabeza, Carabanchel, y del otro lado la Sierra. Se veía todo tan bien...

(¡Mira que tener ahora ganas de mear...!)

...

¡Menos mal, así era más fácil callar de vez en cuando! Y así, de vez en cuando, le tanteaba. (Y retrocedía. Cada vez volvía para atrás. Porque... ¡Tiempo, tiempo habría!)

¡Hay que ver! ¡Qué bien nos conocíamos los dos todo aquello! Cada cual por su lado, pero todo aquello lo habíamos recorrido los dos. Y... (¡A ver! Las mismas gentes, las mismas cosas. ¡La guerra había sido lo mismo para cada uno de nosotros!)

...

Para cada uno... (*Cada cual*).

...

Y lo del Partido, y lo de la URSS. Todo había pasado igual; todo pasó lo mismo para los dos. Para todos. (Para *cada cual*...)

...

(No, si me enredo ahora a recordar todo lo que hablamos no me dormiré. Así que... no. ¡Además, con estas malditas ganas de mear...! ¿No sería mejor ir de una vez?)

...

(No, todo lo que hablamos no. Pero... ¡eso es! ¿Y lo que no hablamos? Total, lo que no le dije fueron cuatro cosas. Fueron solo cuatro cosas. Ahora que...)

...

¡Qué pena! Si me hubiese franqueado con él... Porque allí, como estábamos los dos solos, de tú a tú... (Y él me quiere de veras. Como yo, igual que yo. ¡Bien que lo demostró cuando nos detuvieron!) Tal vez allí me hubiese confesado cosas... Sí, tal vez sí. Tal vez le hubiese gustado descargarse por un momento de esas cosas que nos pesan tanto si no encontramos a tiempo a quien decirlas.

...

Porque yo podía haberle dicho... (Se lo podía haber dicho, y nada, no había por qué enfadarse. Claro que... ¿Y dar con las palabras?)

...

Yo podía haberle dicho: “Mira, Toni... si quieres te enfadas, pero... ¡peor sería portarse contigo como un hipócrita! ¿no?” —Había

que seguir; no era cosa de dejarle que hablase, hubiera tenido que seguir enseguida. —“Mira, al grano. Yo no puedo continuar ni un día más en el Partido”. —¿Qué cara habría puesto? Puede que hubiese pensado eso de “también este se ha cagao”. Pero bueno, la cosa era seguir enseguida: “¡Deja, deja que te explique! Mira, estar en el Partido significa, por lo menos... Pues mira, cosas como estas: Una, la principal, es que has de creer que, de todo lo que puedes hacer en la vida, lo más importante es precisamente dedicar tu propia vida al Partido. Lo que pasa es que para eso te has de anular. Eso es, te has de anular a ti mismo; por lo menos en todo lo que veas que... vamos, todo lo que pueda frenar tu trabajo para el Partido; o tu entusiasmo. Eso quiere decir, claro, que cada vez que tú veas que te brota algo... en fin, lo que sea; que cualquier otra cosa que brote en ti, has de podarla enseguida; en fin, que has de vivir... mutilándote”. —No sé, esto no sé si lo habría entendido. Pero bueno, de todas maneras podía haber seguido: “Otra es que, para poder hacer esto, tienes que tener una fe absoluta... sí, sí, *fe*”. (Seguro que me habría interrumpido; eso de la fe... Me habría dicho lo del autoconvencimiento, que en todo caso habría de ser una fe muy especial, basada en la razón... No, no le habría dejado hablar. Que hubiera hablado después, si no). “Sí, hombre, sí. Porque es que alguna vez han de fallar los razonamientos, ¿no? Alguna vez, por ejemplo, cuando discutes la línea del Central, o la del camarada Stalin o... en fin, alguna cosa gorda; pues sí, hasta algún aspecto de la teoría marxista, ¿por qué no? O alguna de las maneras de aplicar todo eso, incluso algunas maneras... de hablar; eso, hasta las maneras de hablar, que también eso acaba por cargarte a veces...” (Entonces sí que hubiera sido una buena ocasión para colocarle todo aquello de “el camarada Stalin, honra y orgullo del siglo XX, genio y faro de la humanidad contemporánea”... ¡Entonces, entonces podía habérselo soltado! Bueno, del camarada Stalin y de aquellos otros camaradas de menor talla pero... en fin, de todos aquellos que de pronto dejaban de ser genios y te quedabas viendo visiones. Sí, entonces... ¡Ya lo creo que se lo hubiera dicho! Una vez embalado...) “Sí, hombre sí, que no te quepa duda. Bien sabes tú que hay veces que agotas los razonamientos y llegas a un punto en que no ves por qué eso tiene que ser así, precisamente así, cuando a ti te parece que es al revés; o por qué se ha de decir precisamente de aquella manera, cuando tú crees que hay cincuenta maneras mejores de decirlo... Sí, hombre, bueno; si se empeñan, que lo digan... ¡pero que encima tengas que admitir que te parece muy bien dicho...! ¡Que no! Que cuando no entiendes todo eso (o crees entenderlo pero empieza a reventarte, llámale hache),

cuando no te explicas nada de eso no te queda más que un recurso: la fe. ¿Está claro? Natural... ¡Eso es, eso! Sí hombre, sí"... (Seguro, seguro que esto sí que lo habría entendido. Y me lo habría aceptado...) "Eso, como cuando los nazis invadieron Francia en el cuarenta, y el Partido dijo que nanay, justo... Eso es. Porque, sí, se podían hacer muchos razonamientos tácticos, todo lo que tú quieras... pero lo que te hacía aguantar entonces era la fe ¿es verdad o no? No, si estamos al cabo de la calle..." (¡Qué bien, haberseme ocurrido lo de Francia! Como él estaba entonces allí... Porque eso sí que le ha pasado a él... ¿Cómo no se me ocurriría aquel día?) "Ahora que no me negarás que la fe esa solo vale para ti. Esa fe tú no se la puedes prestar a nadie. ¿Eh? ¡Muy bien! Entonces resulta que en algunos momentos el Partido se encuentra aislado de las masas y se queda reducido... pues a eso: a un puñado de hombres con fe. Porque las razones, entonces, no son más que palabras para disfrazar la fe. Total, que en muchos momentos tu actitud en el Partido es... pues como una actitud religiosa o algo así. ¿Vale? ¡A ver!" (Este planteamiento no le habría gustado, pero... sí, hubiera tenido que pasar por él. Ya se lo habría yo explicado, ya. ¡A fe que no se pueden encontrar ejemplos...!) "Pero hay que ver, hay que ver... ¡Sí, hay que ver, llegado el caso, los milagros que pueden hacer cuatro gatos llenos de fe! Llegado el caso quiere decir, pues... cuando la gente está contigo, cuando resulta que se ha roto el aislamiento y la gente está detrás de ti. Entonces sí. Entonces se enciende una llamara-mística en las gentes... (Bueno, "las masas"; perdona). Entonces te enteras de lo que es eso que llamamos un pueblo, de lo que es capaz de hacer un individuo que se siente *pueblo*. ¿Verdad? Porque ese individuo se sacrifica y llega hasta la muerte y todo eso pues... ¡por eso! Porque no se siente ya individuo. ¡Si él va a morir, pongo por caso! ¡Si el triunfo que vendrá luego no lo va él a disfrutar...! *Él*, ¿eh? Ahí, ahí está el asunto. *Él* se da a sí mismo por los demás. ¡Y ese *él* no es ningún revolucionario, ningún teórico abnegado ni nada de eso! Es... ¡cualquiera! Cualquiera de esos que antes no te querían seguir. De esos a quienes no lograbas convencer, que miraban tu fe como una cosa estrafalaria. Total, que en ese momento, el partido adquiere un carácter... ¿cómo te diría? Mesianico. ¡Eso es, mesianico! (Tampoco esto le habría gustado. Pero diciéndolo de buena fe...)

—¡Guardia!

...

(Nada... Nada, ni oírme. Llamo siempre tan bajo... Si oigo que vuelve ya me levantaré).

...

“¡Bueno, quitemos siquiera lo de mesiánico! Buscaremos otra palabra. ¿Pero a que eso de haber roto el aislamiento con las masas sí que te gusta? Así ya te va gustando, ¿eh? ¡Qué granuja eres...!” (No, si uno puede decir lo que sea con tal de... vamos, de decir las cosas claras pero... ¡eso es, sin inquina! Sin soltar bilis. Es decir, si es que tienes bilis...) “Pero bueno, bueno. Paso a paso. Habrá que explicar este milagro, ¿no? Porque si no tiene explicación resultaría que es un milagro de veras y entonces... ¡Je! ¡Sí, hombre, sí! Verás”. (Así, así podía haber sido. Yo podía haberle dicho todo esto así, a él solo; con el corazón, como se dice. ¡Y nada, tan amigos! Él, en el Partido. Yo, solito, solo conmigo. Y tan amigos... ¡Ya lo creo que podía haber sido así!) “Verás, fíjate en el ejemplo de Rusia. Sí, te pongo el ejemplo de Rusia porque como ese ha sido el punto de arranque...”

(Pues anda por ahí. Otra vez se le oye por ahí; pero ahora va con alguien).

...

(Convendrá estar al tanto y en cuanto se acerque... No tengo más remedio que ir a mear).

...

¡Con lo tranquilo que se estaba allí...! Y el vientecillo aquel incluso parecía que ayudaba a sentir el alma fresca. (Pero yo no me atrevía a enseñársela. Y eso que... ¡También, también el alma hay que airearla! Que te la vean de cuando en cuando; y que digan luego lo que quieran.

...

(¡Qué curioso! Yo creo que nunca le he explicado a Rosa todo esto, y sin embargo estoy seguro que ella sabe que yo... ¡Pero es que bien nos lo dijimos al casarnos! “Tú puedes tener las ideas que quieras, pero mira, si vienen chicos... ¡Y como chicos habrán de venir...!” —Bien, bien que nos lo dijimos al casarnos...)

(A ver si viene pronto el guardia ese... ¡con el sueño que me está entrando! Ya doy cabezadas y todo...)

...

¡Qué llanura tan solitaria! Solo un hombre con su perrito... ¡No, allá hay gente! Y corre, la gente corre. Parece que está quieta pero corre...

...

“Verdes ríos y dorados llanos... Gran gigante alegre es mi país...”
(¿m...?)

(¡No, si me estoy durmiendo! Ahora sí que he dado una cabezada... Podía haber puesto algo sobre la pared).

Pues no, Toni no la cantaba en español.

Aquel día lo canturreábamos los dos. Como así, bajito, nadie podía oírnos... (*“Plein de champs, de forêts et rivières... mon pays n'a pas d'équivalent...”*) ¡Es que es una música muy bonita, qué caray! Ahora que nosotros... claro, nosotros la cantábamos en francés; como nos la enseñó Marcel...

(¡Ah, si era Eduardo! ¡Si estaba empezando a soñar con Eduardo...!)

...

(“Legión proletaria... legión campesina... en filas compactas marchemos al frente...”)

¡Vaya, me ha dado filarmónica esta noche!

...

Eso, después cantamos la *Komintern*. ¿Por qué no habíamos de cantarla? (Tan bajito... Y resultaba muy bien así; era también tan bonita...) Pero la *Komintern* la cantábamos en español; como no la sabíamos de otra manera... (Eduardo y Maribel no la pueden cantar en español ni de ninguna manera; ellos no la han conocido... ¡Bueno, lo de “Verdes ríos” y tal, sí; pero es que eso es distinto! Eso todavía puede oírlo cualquiera por Radio Moscú...

...

Sí, la gente se mueve. La gente avanza, corre...

Y cantan. ¡Qué lío! Cada cual canta en su lengua...

...

También la *Komintern*; yo le llevaba la segunda voz, como en el coro aquel de la Juventud. ¡Y se estaba tan a gusto, se estaba tan bien allí...! (Pero él... ¡Claro, él creería...!)

...

(Lola, no. A Lola me parece que no le da por ahí. Y eso que Andrés... ¡En fin, no sé! Además, ¿y qué? La cuestión es que somos buenos amigos. Allá cada cual...)

(Y Rosa... ¡Je! Lo que es Rosa... ¡Buena, buena panzada se ha dado de cantar “nanas”...!)

...

Solo un hombre con su perrito. (Pero es un perrito ya mayor...)

Parece que está quieta pero no, no. ¡Cómo corre la gente! ¡Y cómo va alzando la voz...!

...

“... en el mundo no se encuentra tierra donde el hombre viva más feliz”.

(¡No, si voy a acabar por dormirme!)

...

(Ha cerrado una puerta. Habrá metido a alguien en su celda...

Sí, ahora solo se oyen sus pisadas. Y parece que viene hacia aquí).

...

—¡Guardia!

(Yo creo que esta vez me habrá oído. Aunque ha pasado de largo...)

...

¡Arriba! Ahí vuelve.

Uno tiene que oler los orines. ¡Qué remedio! Pero así te haces la ilusión de que has salido un poquito a la calle. Oyes los ruidos y las voces, ves pasar piernas y piernas...

Y la vista se distrae con el resplandor de los luminosos. (Debe de ser Sol. Ese tragaluz del lavabo tiene que dar a la Puerta del Sol).

...

Esta vez no he oído la hora. (En cambio, los ronquidos... Es chocante eso de oír varios ronquidos a la vez).

Será tarde...

(No, eso no tiene nada que ver. A lo mejor se veían tantas porque salían de algún cine o algún teatro). ¡Tantas piernas juntas...! (Si salían de algún cine puede que sea algo más de la una). ¡Cuidado que pasaba gente!

(Piernas).

...

Claro que igual podían salir de alguna sala de fiestas. Aquellas que se pararon allí hablaban como si fuesen cabareteras.

(Piernas...)

Pero entonces... (Los cabarets los cierran a las tres).

¡Mañana será ella! Como venga el juez mañana...

¡Venga, a cerrar los ojos otra vez!

...

(¡Vaya par de piernas!)

...

Uno no puede evitarlo. ¡No, no hace falta reprocharse así, caray...!

Uno puede estar en una situación... ¡eso, lo que se llama una situación difícil! (*Esto*).

Y sabe que uno tiene un hijo. Y una mujer guapa. Y que a lo mejor mañana viene el juez. (Mañana es dentro de un rato...)

...

Pero no puede uno... ¡vamos, que ya no lo puedes borrar de tu imaginación! Tú has visto ese par de piernas... (Unas piernas como esas).

...
(Como *aquellas*).

...
¡Qué más quisieras tú! Eso es, si tuvieses a tu lado a tu mujer no andarías pensando en esas piernas...

Pero ahí está, es que no la tienes. Es que estás tú solo. ¡Y menos mal que si te apetece, pues te pones a recordar...!

...
(Como *aquellas*. Y que se me quedaron bien en la memoria...)
(¡Pero es que es natural! Cuando estás así, pues te has de fijar en las piernas. Y si resulta que son lo primero que te has echado a la cara...)

...
Te pones a recordar... si es que te apetece recordar, y pasas un buen rato. Te has salido de aquí por un rato.

(Además... ¡Eso, va saliendo! Aunque sea a trozos pero va saliendo. Y sin darme cuenta; resulta que sin darme cuenta estoy recorriendo otra vez toda mi vida).

(Pasito a paso...)

...
Lo que pasa es que te apetece recordar porque estás muy tranquilo. Cada vez más; cada hora que pasa... ¿A que la otra vez no te ocurrió nada de esto? ¡Y eso que estás esperando al juez!

(Pero es que... ¡Ya podía haberlo pensado antes! Naturalmente, si el jefe ese al que estoy recomendado tiene interés en pasar mi asunto al tal don Eugenio... ¡Naturalmente! ¡Pues porque serán amigos! Y ahora resulta que también el padre de Pablito ha hablado con él. Por lo visto todos ellos son amigos).

Lo que pasa es eso. Que te van a echar a la calle; que todo va a ser pura fórmula...

(Aunque solo sea la libertad provisional. ¡Qué más da! La cuestión es que me echen pronto a la calle).

...
Y por eso te encandilas con el primer par de piernas que ves. (No, el primer par no. Que unas piernas como esas...)

(Como *aquellas*).

...
(Como *aquellas*... ¡Tiene gracia! ¡Y que siempre que me acuerdo de Clara tenga que empezar por las piernas! Será porque cuando la vi... ¡Natural! Como que fue lo primero que me eché a la cara...)

...

(Empecé por las piernas y terminé por los ojos. ¡Cómo le bailoteaban los ojos! Parecía seria, pero... ¡Con qué chunga me miraba!)

(Ahora, que hay que ver cómo le cambiaron cuando empezó el cañoneo. Parecían ya otros ojos...)

(Claro, eran unos ojos acostumbrados al miedo. Unos ojos apagados...)

¡Maribel!

Eduardo y Maribel...

...

(¿Y eso, qué? ¿También eso es natural? Ellos están ahí. Ahí, al lado tuyo... ¡Y puede que estén pasando las de San Amaro!)

...

¡Es cierto! Había llegado hasta a olvidarme de ellos. Solo ha sido por un momento, pero...

¡La verdad, que ni de ellos me acordaba!

...

Claro que si no fuese porque hasta en las situaciones más apuradas... ¡Claro, es eso! Tú puedes compadecer un rato... y vuelves a ti.

(Como cuando compadeces a alguien parece que estás con él...) Eso. Y luego, ya, vuelves a ti.

...

(Además, si cuando vuelves a ti resulta que “te vas” otra vez... Sí, que te encandilas recordando...)

¡No, por ellos puedo estar tranquilo! Si ya no les han sonsacado nada... A estas alturas ya tendrían que haber dicho lo de las reuniones. ¡Ya lo creo! Así que tampoco por ahí...

El caso es que la pobre Rosa... ¡Ella que creerá que estoy en peligro! Porque la cara que se le puso...

(Pues una cara de miedo. Una cara de ojos apagados). Así que nada...

(De ojos *apagados*...)

...

¡A dormir! (Venga, a ver si me duermo de una vez).

...

(*Apagados*...)

...

Apagados, y tan apagados. Parecía... (Como Toni, es verdad. Como la otra vez; como cuando a Toni le zurraban cada día...) ¡Pobre Clara! “Es que es la hora”, me dijo. Y no se movió, pero miraba como una rata acorralada.

Se ve que solía ser a aquella hora. Y como cañoneaban casi todos los días...

(Tampoco esto lo comprendería Toni. Probablemente no. O, mejor, no lo *sentiría*. Si le hubiera contado aquel día mi primera aventura con Clara...)

(“Sensiblero”. Seguro que habría pensado de mí lo que decía Cristóbal. “Un sensiblero”. Claro que Cristóbal lo decía en broma...)

...

Aquel primer permiso a Madrid...

(Aquel día en Madrid...)

Aquel sí que fue un día de esos que se desprenden del racimo.

(¡Qué pocos días de la guerra los recuerdo así! Por la mañana, lo del perro —“Niebla”—...— Y a la noche, lo de Clara. A la noche. Pero... ¡Naturalmente, porque a la noche pasó lo que pasó! Por eso recuerdo tan bien mi vuelta al hotel, a mediodía; cuando me la encontré otra vez allí).

...

(Aquel, aquel día sí que fue uno de esos que se sueltan enteros del racimo...)

...

Ya, ni “Miami” ni nada. Al hotel. A darle un vistazo al macuto y enseguida al “Florida”, a comer. (El macuto estaría en mi habitación, claro; pero a ver, a ver si alguien había ido a fisgar...)

La Puerta del Sol me pareció más tristonera todavía que todo lo demás. ¡Y ya es decir! Le di la espalda y subí lentamente por Montera.

A medida que me aproximaba a la Red de San Luis me iba encorajinando con el recuerdo de la chica aquella de por la mañana. (“Tan rica...”, pensaba).

(¿De qué otro modo lo había de pensar? Todo el mundo lo dice así).

...

¡Qué curioso! Pues es verdad... ¡Será chocante pero es verdad! Cuanto más me encorajinaba más natural me parecía todo lo que había sentido aquella mañana. “Si yo soy así es natural que *yo*...” ¡Natural! ¡Yo no podía sentir otra cosa! Lo estúpido hubiera sido que yo le hubiera dado una patada al perro aquel... O que no hubiera querido volver a leer lo de “Niebla”... (“En la trinchera lo volveré a leer, porque ahora...”) O que me hubiera ido a una casa de putas.

Es curioso; entonces lo vi claro... “Eso es, en la trinchera. Y como ya he terminado *Cemento* leeré también todo esto”. —“*Cemento*”...

...

Entonces creí verlo más claro aún. ¡Lo que ayuda el leer una cosa a tiempo! (*Cemento*... —pensé—. “¡Eso es, eso! Es como lo del instructor

ese del Partido pero al revés. Ese instructor es una acémila, es verdad; ¡pobre...! Pero es un buen camarada; es honrado... ¡Pues lo que llamamos ser honrado, caray! Noble. En fin, una buena persona. Que es un hombre que no le hace una faena a nadie. ¡Para no acostarse con la mujer esa del Pardo que le lava la ropa, solo porque su marido está en el frente! Y eso que ella... Y que si no, otro lo hará. *Pero no yo*, como dice él. Sí, es muy bruto el pobre pero ¡qué buen camarada! En cambio ese protagonista de *Cemento* es al revés. Un tío preparado, capaz, activo, muy inteligente... Insustituible, vamos. ¡Pero qué cabrón! Bueno, cabrón el otro, el marido; pobrecillo... ¡Ahí está! ¡No, no; nada de “moral burguesa” ni nada! Precisamente porque él era un dirigente del Partido tenía que mirar muy bien el no ir a acostarse precisamente con la mujer de un soldado, eso es. Sí, sí, aunque ella se le pusiese a tiro... Así que aquel era al revés, no era ninguna acémila, qué va; era un cuadro de los buenos. Pero era un cabrón”).

(“¿Y yo...?”)

Me imagino que todo esto no lo pensaría así, de carrerilla. Miraría algún escaparate, en alguna chica me fijaría... Pero el caso es que sin darme apenas cuenta me anduve toda la calle y me encontré de pronto parado allí, en la Gran Vía ya. En la misma Red de San Luis.

Un tranvía se acercaba y daba la vuelta. Despacio, muy despacio; como por la mañana...

“¿Y yo?”. El tranvía se había detenido y comenzaba a bajar la gente. Ninguna, ninguna de aquellas chicas me gustaba. Ninguna como aquella de por la mañana... Además, mejor sería ir a comer primero, y después... Cada cosa a su tiempo. (Eso, “cada cosa a su tiempo”; y lo acabé de ver claro del todo. “Yo en la trinchera no puedo acostarme con ninguna chica, así que tengo que hacerlo aquí. Y ha de ser hoy. Conque dejémonos ahora de poesías y de todo eso y a ver si esta tarde la aprovecho. Madrid está lleno de chicas. Y no por eso yo dejo de ser yo. Luego, en la línea... ¡Entonces, entonces sí que puedo darle suelta a la sensiblería esa o lo que sea! Eso es, entonces...”)

Y eché a andar hacia el hotel, de prisa, para marcharme a comer pronto. (“¡Eso sí, nada de putas! Ha de ser una chica que lo quiera”...)

Me planté allí en dos zancadas. ¡Qué contento iba ya! ¡Todo estaba tan bien, todo era ya tan natural...!

En el vestíbulo había unas cuantas personas. Algunos militares, un par de chicas en el sofá... No estaban mal, no. Bonitas piernas también. Pero bueno, lo dicho; primero que nada la llave. A ver el macuto.

Allí, a la derecha; detrás de la columna estaba el casillero de las llaves, junto al mostrador del conserje. Bueno, de la conserje... Había olvidado que era una chica.

No, la misma no era. No era posible que aquella chica de antes, tan malcarada, tuviese tan atractivas las pantorrillas; y las rodillas.

¿Qué llave estaría buscando? Porque aunque me hubiese visto entrar... (Estaría buscando otra cosa. Esperaría a que se volviese).

Solo fue un segundo, pero ¡qué llamarada sentí por el cuerpo! “Ahora veremos si también la cara...” —pensé. Claro, como la chica estaba sentada en aquel taburete tan alto, al ladear el cuerpo para alcanzar el casillero me dejaba ver unas rodillas... (Como *aquellas*, recordé enseguida. ¡Qué pena...!)

—¿Es esta su llave, no?

(¡Yo no sé si fue una llamarada o que di un brinco dentro de mí! Pero...)

—La ciento quince, sí. —Le contesté. (Probablemente con una cara tan radiante de alegría... ¡Era ella!)

—¡Tenga! Con niña bonita y todo...

...

...

(Sí, hice bien en no contárselo. Hay cosas que no las puedes contar. Por más que expliques...)

...

(Hice bien, sí. Si llego a contárselo a Toni, al llegar a esto de la “niña bonita” me hubiera interrumpido, seguro. “¡Vaya plan! Y a domicilio... ¡Je, *con niña bonita y todo!* Vaya una mirada cachonda que pondría al decírtelo”... Seguro, hubiera seguido contándomelo él. Lo habría visto todo ya tan... ¡como si le hubiera pasado a él mismo, vamos!)

Hice bien en no contárselo, porque se lo habría imaginado a su antojo. A su medida. Y no, a Toni no pueden pasarle esas cosas.

Bueno... no pueden pasarle *así*. (Eso, aunque le pasase lo mismo. Como “lo mismo” es distinto según sea cada cual...)

...

...

No, lo que se llama una mirada cachonda no. Fue... pues una mirada de chungu. Nada más. (Pero lo suficiente para, empezar... ¡Toma! Y yo que estaba ya disparado...)

...

(Además, Toni habría querido que se lo contase todo, de pe a pa; y que se lo explicase cuando no estuviera muy claro. Por ejemplo, cómo siendo ella una empleada del hotel pudo subir así como así a mi habitación. A las nueve de la noche... Ahora que, bien sencillo era. Como ella hacía su turno de nueve a nueve... A partir de las nueve de la noche estaba ya libre, cenadita y todo. Cenaba allí, a eso de las ocho.

Y como se quedaba a dormir en un cuarto del hotel... El servicio de noche lo hacía un hombre. Al día siguiente, a casa; veinticuatro horas francas. Y al otro día a las nueve allí otra vez. En el tranvía aquel).

A Toni hubiera habido que explicárselo todo. Pero para mí, en cambio... (Para mí Clara es solamente aquella cabeza sobre la almohada y aquellos ojos cambiantes. Aquella mirada que no acababas de entender...)

No, aquel día no la acabé de entender. Por eso me dejó con aquella desazón dentro de mí. (Las demás veces ya fue distinto, pero aquel primer día...)

Primero, la chungu. Primero fue aquella miradita de chungu. De allí salió todo. (Claro, pero es porque aquella miradita de chungu me hacía recordar la otra mirada de por la mañana; aquella mirada con el morrito fuera, pidiendo guerra).

“No, a comer no” —me dijo. Ella no se podía mover de allí. A cenar tampoco, cenaba a las ocho. Sí, allí mismo. Y se quedaba a dormir también allí, en el hotel. “Bueno, pero te puedes venir a la tarde. A eso de las seis no hay aquí nadie. ¡Y total, para estar aquí un rato charlando conmigo...!”

“Total”... Aquella era ya otra mirada. Era una mirada... Pues sí, una mirada de melancolía. Sí, sí, aunque Toni se hubiera reído. (“De ganas”, “De cachondería literaria”, algo así me habría dicho Toni). Pero es que no encuentro otra palabra... ¡No, no la encuentro! Porque en aquella manera de mirar había una mezcla de ansiedad, de promesa y de... decepción Yo veía en sus ojos... (Bueno, lo veo ahora). En sus ojos se veía el ofrecimiento, la anticipación. Como si me dijera “si quieres...” y como si al propio tiempo temiese que por alguna rara circunstancia no llegara aquello a ser realidad.

(Así que, eso; una mirada de melancolía).

(Bueno, de “ganas”; acaso tuviese razón Toni. ¡Para qué darle tantas vueltas...!)

...

Y por la tarde, a las seis... (Razón tenía. No, a aquella hora no había nadie allí).

Por la tarde me recibió con la misma mirada. Pero al despedirnos ya era otra. Cuando me dijo “Hasta luego”, sonriendo levemente, con los labios un poquito apretados y la barbilla levantada... Su mirada entonces era ya de satisfacción. Al menos yo sentía que en sus ojos había la anticipación segura de un momento feliz. (Aquella barbilla avanzaba con firmeza...)

Cuando nos despedimos, a las siete, ya me había dicho que se llamaba Clara.

...

(Que se llamaba Clara. Y que a eso de las nueve; entre nueve y nueve y media... "Sí, sí; me esperas en tu cuarto. Como yo puedo danzar por todo el hotel sin llamar la atención...")

...

(Como esta. Así era de mortecina aquella luz amarillenta del cuarto del hotel).

(De cochina...)

...

¡Cuidado que fastidia esta luz tan puerca! Acabas por no saber si estás en vela y recordando o es que estás durmiendo ya. (Vamos, soñando...)

Mañana será ella. Mañana...

...

¡Cochina luz amarilla...!

(En fin, cerremos los ojos otra vez. Mejor será...)

El cuerpo no; si muevo el cuerpo hacia un lado desharé el saco este que me he hecho. Pero la cabeza...

...

(Su cabeza en la almohada. Y sus ojos, que miraban de tantas maneras... ¡Cuántos ojos distintos creí ver en Clara aquella noche!)

...

(Sí, puedo seguir con el cuerpo hacia arriba pero con la cabeza así, cara a la pared. A ver si con los ojos cerraditos...)

...

¡Cuántos ojos! ¡Y qué distintos!

...

Fue puntual. No serían ni las nueve y cuarto.

Al cerrar la puerta y volver la cara hacia mí había ya en sus ojos como... No se puede llamar de otra manera: picardía. Entonces me miró ya con un poco de picardía. Pero una picardía sencilla, abierta. O será que como frunció un poquito la nariz... (La cosa es que era como una llamada a la intimidación; y que aquella mirada y aquel gesto me cosquillearon todo el cuerpo).

¡Qué estallido de gozo sentía reventar dentro de mí! ¡Aquello, aquello era lo que yo esperaba! (No, una puta no; aquello, una chica que también lo quisiera...)

Cuando separamos un poco las caras después del primer abrazo ya había cambiado su mirada. Era ya una mirada... (¡También me meto yo en complicaciones! ¡No es difícil, para qué, tratar de explicarme...!) Pues sí, casi de melancolía. Casi... Eso, eso es. Como cuando me miró a

las seis de la tarde, solo que sin aquella sombra de temor, de decepción. Pero con la misma ansiedad. Y con un ofrecimiento que ya estaba allí, como enredado en sus pestañas. (Había entornado los ojos, claro. Y naturalmente, era una mirada... honda).

¡Aquello! “Aquello”...

(¡Cómo reventaba yo dentro de mí! Ya no había guerra; ya no había nada...)

Aquello... (“Esto”, pensé).

...

Unos minutos de silencio pueden estar llenos de uno mismo; y uno puede estar lleno de aquellos ojos que brillan junto a los suyos, encima de la almohada. Y si, además, la cabeza de ella frota un poquito tu brazo, como una gata, y ves que su mirada es ahora ya tan natural, tan cariñosamente tranquila... (Claro, en aquellos minutos que estuvimos tan callados, yo estaba lleno de todo aquello. “Aquello” ya se había hecho realidad. Y una especie de júbilo manso repetía en mi interior, como dándome palmaditas en el corazón: “Esto, esto. Esto era lo que tú querías...”)

(Porque ya llevábamos un buen rato allí. No sé... ¿Una hora? ¿Dos? Eso sí que no lo sabré nunca).

...

Solo fueron unos minutos. Luego, levantó ella la mirada hacia el techo y sonrió un poco. Parecía que recordaba algo. Y efectivamente, cuando volvió de nuevo los ojos hacia mí había ya en ellos esa luz confidencial... Me miraba entonces como un buen amigo que te va a decir algo interesante, alguna cosa que solo afecta a los dos. —“¡Je! ¡Y pensar que esta mañana yo creí que tú...! La verdad, cuando me diste aquel empujoncito yo pensé que ibas derecho a lo otro”—. —¿A lo otro?— le pregunté extrañado.— Y... Bueno, pero “lo otro” ¿qué es? (Yo le sonreía francamente, pero... sí, a pesar de todo. Supongo que pondría cara de bobo). “No, ya veo que no. Ahora sí que estoy segura”... —(Me hizo un arrumaco muy lento y acercó un poquito más la cabeza. Yo comencé a sentir un desasosiego...) —“Bien, pero oye... ¿Qué es lo otro? ¿Quieres decirme...?” —“Me refiero a esta mañana, cuando bajé del tranvía”... Yo callaba y la seguía mirando sin entender. Ella entonces me miró un poco extrañada y acabó de explicarse: “Hombre, como el empujoncito aquel me lo diste con el macuto... ¡Y cuidado que llevabas bien a la vista la lata de carne!”

...

Como plomo frío.

Sus palabras me fueron cayendo en el corazón como gotas de plomo derretido, pero frío. Y me lo empararon.

No supe qué decir. Aunque ella no me miraba a la cara yo veía que sus ojos estaban un poco ausentes; un poco... como en retirada; a la espera.

Y entonces sonó el primer cañonazo.

...

...

(“Como plomo”... ¡Los párpados sí que los tengo como plomo!)

...

Levantó asustada los ojos y me miró otra vez a la cara.

...

(“Como plomo”, y tanto... Aunque entreabra las pestañas un poquito. Solo entran ya gotitas de luz sucia).

...

(Gotitas de plomo...)

...

(Yo supongo que el juez comprenderá. Aunque se trate de “aquello”, o del fusilamiento. Un juez ha de comprender...)

...

No, Clara, tú no comprendes...

Me miró a la cara y se apretó contra mí. No gritó, no dijo que tuviese miedo, nada... Solo aquello, muy bajito: “Es que es la hora, ya llevan varios días así” ...

¡No, Clara, tú no comprendes! Cada palabra... no, como una gotita no. Mira, tus palabras han sido como esas balas de cañón. Mira, escucha: otra, otra, otra... Lo dijo muy bajito. Y como los cañonazos caían cada vez más cerca ella se me apretaba más y más. Sus ojos me miraban muy abiertos, cuajados de miedo... (Bueno, pero de un miedo... Eso es, un miedo domesticado. Sí, como un miedo ya familiar).

...

No, Clara, tú no puedes comprender. Aunque me muevas el rabo, aunque me pongas esos ojos de vidrio...

...

De eso sí, de eso sí que me acuerdo. Yo también sentía... No, no era miedo. Peor era en la trinchera y había ya perdido el miedo. ¡Pero es que allí, desnudo...! Que en un cuarto de un hotel era otra cosa, vamos.

Ni gotitas, ni plomo, nada. Ya, nada de eso. Yo solo sentía la necesidad de acariciarle la cabeza y apretarla también contra mí. A ver si se le calmaba aquel temblorcillo...

Claro –pensé–, claro que le daré la lata de carne... Por lo menos la lata de carne y mi parte del macuto. Pero...

...

Sí, chuchó, sí. Todo el macuto para ti. Pero tú... ¡Tú, "Niebla", no puedes comprender!

...

No, Clara, tú no comprendes...

...

(¡Luz cochina! Si al menos fuera la luz del sol...)

...

¡Tú no, tampoco tú comprendes Toni! Y eso que somos buenos amigos... (Sí. El juez tendrá que comprender).

...

¡Claro, claro que le daría la lata de carne! Por lo menos le daría lo mío. Y como por fin el encargado no iría hasta la mañana siguiente... (¡Je! "Aquello". "Lo que yo quería..." ¡Conque resultaba que "aquello" había quedado en "lo otro"...!

Los cañonazos fueron aflojando. Y se oían ya un poco más lejos. Pero en su mirada había todavía un poquito de temor. (Ahora que no era ya el temor a los cañonazos...)

...

Un poquito de temor... y como una pregunta... ¡Ella quería ver si yo...! Yo... ¿Comprendes, Toni? "Yo"... Eso es, lo que te decía hace un momento... eso, "las cosas que le pasan a uno"... a "uno", ¿eh?... Sí, hombre sí, a cada cual le pasan de una manera... Sí, porque cada cual es cada cual, ¡claro, hombre!

...

Chico, pues yo creo que no es tan difícil de entender... Pero ¿por qué no dejas en paz a tu perro? Anda, déjalo un momentito... aunque no sea más que un momentito... ¡No, si a mí también me gusta acariciarlo, pero...! ¿Ves? ¡Ya no hay quien le aguante! Si lo acaricio ya no me deja hablar a mí tampoco.

...

¿Que qué tiene que ver eso con Clara? Ah, ¿pero hablábamos de Clara...?

...

¡Sí, sí, te lo acabaré de contar! No hay prisa. ¡Y se está tan bien aquí! Pues mira, la cosa se repitió varias veces. Al fin y al cabo... ¡En fin que era la guerra! No ibas a tomar las cosas por la tremenda. Y no, una puta no era... No, te lo aseguro. Sí, se acostaba con la gente por la comida pero... Bueno, mira, al fin y al cabo era como un favor mutuo, ¿no? ¡Vaya, qué pronto nos ponemos de acuerdo así! Bueno, pues mira; para que veas: Un buen día dejé de ir a verla. Cambio de hotel. Aquello empezaba ya a fastidiarme; así, de aquella manera, vamos... La verdad, te confieso que

influyó lo de Gerda. Tú la llegaste a conocer, ¿no? ¡Justo, aquella periodista alemana...!

...

No, no acabo allí la cosa...

Me la encontré un par de meses o así antes de que terminase la guerra. Y me dio la alegría más grande que te puedes figurar. Porque... ¡verás! Era un día de sol... ¡Sí, yo creo que fue aquí! Debíó de ser aquí, en la Casa de Campo. Porque había también pinos. Y un lago... Yo estaba sentado en un banco, leyendo tranquilamente. Como era media mañana... Sí, claro, como yo era ya teniente y estaba en el Cuerpo de Ejército, bajaba todas las semanas a Madrid... Total, desde Chamartín... Aquel día estaba pensando también si ir a ver a Gerda o no. ¡Era todo ya tan aburrido! ¡Y tan fácil! Además... ¡Pues sí, eso! Que habías de compartirlo... Y como aquella bailarina que te dije parecía tener ganas de juerga...

...

¿Y el perro? Ah, sí... ¡Déjalo, déjalo...! A ver si estando con esos chicos nos deja un rato solos...

Total, que estando allí, en el banco aquel, veo un grupo de chicas y oficiales paseándose por la orilla. Que una de las chicas se separa del grupo... que viene hacia mí... ¡Era Clara! Se sentó a mi lado y me cogió una mano. “Hola.” —me dijo en voz baja; y me sonrió. Yo la miré y no le dije nada. ¿Qué iba yo a decirle? La había dejado plantada... Miré de nuevo hacia el grupo que se alejaba, y a ella. Me volvió a sonreír sin soltarme la mano y se encogió de hombros y añadió: “Me quedo contigo. ¡Vamos, si me dejas!” Yo sentí la necesidad de ponerme burro. Sí, mira... Tal vez fuese despecho, bien. El caso es que tenía ganas de decirle algo gordo.

...

¿m...?

(Han cerrado a alguien...)

...

(¡Vaya, si parece que he dormido un poco!)

Vaya, vaya...

...

(¡Qué gusto, dormirse...!)

...

Deja, deja en paz al perro. No le llames... (Qué gusto, estar solos...)

...

...

¡Ah, sí! Pues verás, le dije: “Mira, Clara, yo no tengo ya suministro. Quiero decir que no lo recojo yo; como hemos hecho una “república” de oficiales”... Me cortó en seco. De pronto se había puesto muy seria; me apretó

un poco la mano, me miró fijo, fijo, y me interrumpió; “¿Quieres no ser idiota?” Fui yo entonces quien, de pronto, sentí deseos de empezar a sonreír. Porque me miraba de un modo... “Pero entonces” –le dije– “y con el tiempo que ha pasado... ¿quieres decirme entonces por qué vuelves conmigo?” ¡Mi pregunta sí que fue idiota! Es verdad... ¡Claro que algo tenía que decir! Pero en cambio su respuesta...

Deja, hombre, deja al perro que juegue... ¡Escúchame de una vez!

...

Pues su respuesta... Mira, apoyó la cabeza en mi hombro, me miró muy tranquila y dijo: “Porque tú eras tú...”

¿Te das cuenta? ¿Comprendes, Toni?

...

¡Qué bien se está ahora aquí!

(Como el perro nos dejó al fin en paz...)

...

¡Qué bien! Y esta brisa tibia es tan suave...

¡Fíjate, si hasta asoma ya un rayito de sol!

VIII

—Bien, entonces... ¿Es eso, no? ¡Ah, me ha de firmar esto también! Es la petición de usted. La instancia solicitando la libertad provisional.

(El caso es que... ¡Bueno, probaré!)

—En general, sí, eso es; solo que... En fin, eso de los analfabetos; yo no recuerdo haber dicho que los jefes de mi Brigada fuesen analfabetos. Uno de los jefes había sido albañil, eso sí; pero vamos...

(Ya pone cara larga. Malo...)

—Mire, eso... ¡en fin, usted verá! Yo, como me lo ha dictado el coronel... Además, ya podía haberse usted fijado cuando me lo dictaba.

(También tiene razón. Pero es que con la alegría...)

—...¡No, por mí...! Nada, nada; si usted se empeña lo quitamos. Ahora, cuando vuelva el Coronel, se le dice y listo. Eso usted lo ha de ver.

(Mal asunto. Mal asunto ya).

—...Solo que, claro, en un momento no se puede rehacer la declaración y por lo visto nos marchamos enseguida... Así que usted verá. En último caso nada, la próxima vez que vengamos... Eso, la semana que viene puede usted firmarlo todo.

(“Todo”. O sea que la libertad... ¡No, ni hablar!)

—Hombre, no; en ese caso... No, es que yo creí que a lo mejor, con borrar... Nada, siendo así no vale la pena.

—¡Claro, hombre, claro! Total...

—Traiga... ¿Una pluma, por favor?

...

(“Total” Claro, hombre, ¡por una vez más que se diga...!)

...

(A la calle. ¡A la calle! ¡Sí, sí, “a la puñetera calle”...!)

(¡Si de esta no reviento de alegría...!)

...

(La instancia sí que es bien cortita... ¡Bueno, yo creo que ya está!)

—...¿No hay más?

—No, no, ya está todo. ¿Ve usted? Cuando se embala uno... ¡Je, je!

—¡Je!

—¿Un pitillo...? Sí, sí; puede usted fumar delante del coronel...

Porque no habrá pensado en ello, que si no se lo hubiera dicho él mismo. ¡Ya está usted viendo lo campechano que es! Muy recto, eso sí; pero es un hombre muy llanote... (¡Aquí está!)

...

—Sentaros, sentaros...

...

—...¿Habéis acabado?

—Sí, mi coronel. Aquí tiene usted. Y aquí tiene también la petición de libertad.

...

(La verdad es que está más viejo. ¡Es que son nueve años, qué caray!...)

(Se ve que todo lo hace con parsimonia; hasta encender un pitillo).

...

(Ya va a decir algo).

—¡Bien, muy bien! Listo pues. Bueno, ¿no te quejarás, eh? Vas a tener libertad y todo. En fin, si es que los informantes...

...

—...¡A ver si me vas a dejar mal ahora! Ten presente que yo accedo a tramitar tu petición de libertad sobre la base de una impresión previa que te es favorable. ¡Así que a ver si ahora alguno de esos señores...!

—¡Mire usted, yo...! En fin, yo creo que todos habrán de informar bien de mí.

—Así sea.

...

(Ese gesto parece que es ya para marcharse. ¡A ver! ¡A ver si antes...! Sí, le preguntaré).

—Entonces...

—¿Qué?... ¡Felipe, el abrigo!

—Que si podría usted adelantarme alguna impresión... vamos, alguna opinión suya sobre todo esto.

—Hombre, ¿qué más impresión quieres? ¿No te voy a dar la libertad provisional?

(No es cosa de ponerse cargante. El caso es que a mí me gustaría... ¡Eh, que se ha puesto en pie! Levantémonos).

—...Mira, cada caso es una cosa distinta. ¡Para algo tiene uno la experiencia que tiene! Yo, con echarme a la vista la cara de un acusado ya sé más o menos... Y, la verdad, no creo que esto lo hayas hecho tú. Claro que, en estas cosas, como aquí no puedes hacer experimentos...

(Solo le falta la cartera. En cuanto coja la cartera...)

(Pues no, y eso que dicen... ¡No, menos mal! Conmigo no se está portando mal).

—...¿Cómo vas a experimentar con esto? Un caso como este... ¡Y con tantos años de por medio! Ahora, si fuera que me dijese que es que tú eres maricón, vamos a suponer, la cosa cambiaba: ¡con meterte un dedo en el culo...!

(Que esos se rían, bien; pero yo... Ya podrán suponer que no está el horno para bollos).

(El caso es que él no pierde la seriedad. Lo ha dicho tan natural, como si nada...)

...

(Se acabó. Ya va hacia la puerta).

—...¡Y eso que lo tuyo es grave, sabes, no vayas a creer que no es grave! Que un muerto, y con machacamiento de cabeza... Si te pescan por esto al acabar la guerra, estás criando malvas.

(A esto sí que no puedo decir nada).

—...Pero ahora es ya distinto. Ahora estas cosas se miran más despacio... ¡No vas a poner a un hombre contra la pared así como así!

(¡No, no; desde luego!)

(No, pero bueno...)

(Mejor, mejor será seguir callando. ¿Qué voy a decir yo?)

...

(Ya le llegó el turno a la cartera).

—Bueno, pues adiós. Estará el guardia ahí, ¿no, Felipe?

—Sí, mi coronel. Aquí está.

—Ale pues, adiós.

(¡Caramba, si me da la mano y todo!)

—Adiós. ¡Ah, y gracias por la libertad!

(No contesta... La verdad es que con ese gesto basta).

...

...

—¿Me da fuego, guardia? Se me apagó...

(Así, si quiere hablar él que hable, que yo malditas las ganas...)

—... Gracias.

...

(Por estas escalinatas sí que se baja bien).

...
Esta parte del edificio es otra cosa. Esto ya no es aquella cochambre...

¡Hombre, “Pasaportes”! Será por allí... (Claro, es que si por aquí vienen los extranjeros y todo...)

...
(¡Conque “ahora es distinto”! Conque estas cosas se miran ahora “más despacio”...)

(Así que si me llegan a juzgar por esto al terminar la guerra...)

(Pues... ¡“criando malvas”!)

...
(Como Cristóbal).

(Como todos...)

...
(Ya está ahí el puñito. La salivilla esa y el puñito...)

Pero no, ahora es distinto. (Sí, sí, pero bueno...)

¡Total, que la cosa era gorda! (Ya me lo temía yo...)

...
¡Ya me lo temía yo, ya! No, si no podía ser más que “aquello”...
(De lo del fusilamiento, en cambio, ni una palabra. Y ahí sí que fui yo...)

Debe de haber un lío fenomenal en el sumario. Cada cual declara lo que le da la gana... ¡Si hasta resulta que el capitán de la compañía y el comisario; todos...! Es decir, cada uno... ¡Menudo lío! (¡A ver! Declaraciones de las del año treinta y nueve).

(Conque machacamiento de cabeza... En fin, ¿por qué no ha de ser verdad? Ya no sabe uno...)

(Vaya usted a saber si Paco... ¡Porque cuidado que disparó con rabia contra el matorral! O el otro extremeño aquel, como trajeron a su hermano con la pierna a rastras...)

...
¡Qué ventarrón sopla por aquí! Este patio sí que es grande...

...
(Desde luego, si me echan mano entonces... ¡Cualquiera iba entonces a poder explicar...!)

¡Pero no, ahora no me van a matar! Me van a dar la libertad provisional y todo...)

(¡No, quién piensa en eso!)

...
Pero en ese caso. (Pues claro que sí, me tendrán que sobreseer).

(¡Mira tú por dónde, resulta que podré empezar a vivir! De verdad...)

A ver si me fijo en la hora. Aquel reloj... sí, estaba aquí, a la vuelta.

(De verdad, a vivir de verdad ¡Y tanto...!)

(¿Que tengo suerte? ¿Que me va bien aquí? Pues nada, sigo en España... ¿Para qué me he de marchar a correr mundo?)

(¡No, si no hay mal que por bien no venga!...)

...

¡Caray, son cerca de las dos! (Me he pasado ahí media mañana).

...

(Pero si no... ¡Eso, eso! ¡Ahora sí que va a ser vivir de veras! Disponer uno de uno mismo... Porque, natural, en cuanto liquide este asunto...)

(Naturalmente. En cuanto lo liquide podré sacar el Certificado de Penales cuando me dé la gana; que ahora ya no habrá aquello de “la causa pendiente”; no tendrán más narices que dármele, porque como en el Registro de Rebeldes ya no...)

—¡Adiós!

(¡Hombre, el barbero!)

—¡Hola, adiós! Y gracias por lo de la ducha...

(Tarde acaba este de afeitarse...)

Menos mal que vino hoy, y temprano... (Lo cierto es que la otra media mañana casi casi... Sí, la verdad; así vale la pena pagar barbero de ese modo).

...

Esto resulta más largo que para ir a la policía... ¡Ah, este es ya el patiecito aquel! (Ya no me acordaba de la otra vez...)

...

(Sí señor, ahora ya podré sacar mi certificado de penales, como todo el mundo. O sea, que si quiero ya podré sacar el Pasaporte... ¡No, si es para reventar de alegría!)

¡Qué bien se ve hoy la calle! Dichosa calle del Correo... (Por ahí saldré a la calle).

...

En cuanto salga tengo que sentarme un día ahí enfrente, en “La Tropical”. Con Rosa; ¡a tomar cerveza y gambas, de esas gordas! (Ahí, en la mismita calle del Correo...)

Bueno, pero ahora cuidado con los escalones; no me vaya a romper la crisma.

...

Ahora enseguida abriré el de la cancela... cambiaré de guardia... ¡y ale, a la celda; a quedarme allí, tranquilito!

(A casa, como quien dice...)

...

Y otra vez a ensuciar el rincón... (Y mañana a barrer otra vez...)

¡Pero es que estos papeles manchados de aceite no pueden ir más que ahí, al rincón! No voy a pringar el poyo...

(La cuestión es que ya hemos comido).

...

(Ya hemos comido. Y ahora, ya...)

Parece que no, pero cansa. Esto de comer dando vueltas y vueltas...

(Vueltas, y vueltas y vueltas...)

Pero hoy doy vueltas porque estoy impaciente. Porque reviento de gozo... (Mañana a barrer la celda otra vez. ¡Je! ¡Pero bueno...!)

...

Mañana, domingo. Y como Rosa no volverá hasta el lunes... (Como muy pronto).

Así que de aquí al lunes sí que voy a tener tranquilidad. (A ver, a ver en qué me entretengo. Como no me entretenga de algún modo...)

...

El caso es que conviene que regrese pronto, porque se habrá de movilizar para lo de la libertad provisional. Como ella no se mueva me voy a tirar aquí un mes o dos. (Bueno, sería en Carabanchel...)

...

Después de comer da gusto estar acostado. ¿Qué otra cosa vas a hacer? (Pero solo un ratito. Si no, saldré de aquí como un cerdo).

...

(Sería en Carabanchel...)

...

(Me meterían en un coche de esos como una jaula. Igual que al "Tristezas"...)

...

¡Como no lleguemos a tiempo al Capitán General, desde luego, un mes por lo menos! (Y eso, en Carabanchel...)

Mira por dónde, conocería la cárcel de Carabanchel. (También esa es una cárcel moderna...)

...

("También"...)

(También. Incluso más moderna que la de Burgos...)

Toni.

...

...

(Bueno, un poco de formalidad. Eso de que haya podido explicar... ¡Lo que pasa es que he podido negar!)

(Porque los que han fusilado o los que se están pudriendo aún en la cárcel es por eso, porque no han podido negar. ¡Tampoco yo

hubiera podido negar el año treinta y nueve! Habría firmado lo que les hubiese dado la gana. Y me habrían fusilado aunque hubiera sido mentira. Como a tantos otros...)

...

(Solo que en el caso mío es verdad. Porque tuvo que ser uno de mis tiros el que mató a aquel hombre. Yo fui el primero que disparó...)

...

(¡Pero vaya usted a explicar! Si digo que sí, que era yo quien mandaba aquella patrulla y que tuve que disparar porque pasó lo que pasó... ¡Pues eso, se acabó! Si admito eso porque es verdad he de cargar con todo lo otro aunque sea mentira. ¡Porque vaya, vaya usted después a explicar...!)

...

(Así que la cosa tiene que quedar de esa manera. Sí señor, yo “he desempeñado el mando de operaciones de patrulla en múltiples ocasiones”... Eso es. Y “en diversas ocasiones de aquellas regresamos a nuestras líneas con heridos o muertos propios a consecuencia de escaramuzas con las avanzadillas del Ejército Nacional que se aproximaban también a nuestras posiciones”. Eso es. Yo no puedo salir de ahí. Yo tengo que mantenerme en que “pero en ningún momento me he visto en el caso de tener que disparar individualmente contra ningún soldado que tratara de evadirse a las filas nacionales”).

...

“Individualmente”. ¡No, si la declaración está bien hecha! Yo no puedo negar —ni nadie—, que cuando se organizaba un tiroteo general... ¡Bueno, pero eso es otra cosa! (Eso es otra cosa porque aquí se trata de que él iba a largarse, le buscamos, y de pronto me encuentro de cara con él. Y que si no llego a disparar antes... ¡gracias a que yo llevaba pistola! Por pronto que él levantó su fusil... ¡Pero vaya, vaya usted a demostrarlo ahora! Y aunque lo demostrase. ¡Ahí, ahí está! Aunque lo demostrase...)

Sí, sí, está bien así. ¡No hay más vueltas que darle! “Yo no he intervenido en la muerte del soldado Fernando Viñas”.

(Fernando Viñas...)

(¡Ni acordarme!)

De eso sí que no me acordaba; como si no hubiera sabido nunca su nombre...

(Ahora ya no lo olvidaré).

...

¡En fin, no pensemos más en ello!

(¿Qué le iba yo a hacer...?)

...

El caso que, sin yo saberlo, he estado siempre en un tris; todos estos años...

(¡Aunque me hubieran conmutado! Por lo menos los treinta años... ¡Ahora estaría todavía pudriéndome en cualquier cárcel!)

(Quién sabe si en Burgos...)

Toni.

...

(¡Toni —Toni— Toni...! ¿Por qué demonios no se lo diría todo bien claro aquel día?)

...

(¡Qué vida también la de Toni! Y la de Petrucha...)

(En Segovia. Por lo visto a las mujeres las mandan a Segovia).

Elvira.

...

(No he vuelto a oír a Cibeles, ni a Flor de Almendro...)

...

Elvira.

(Elvira. Toni...)

...

(Es que ahora es otra cosa. Como ya me voy acostumbrando... Sí, será eso. Ahora aunque alboroten por ahí fuera ni me entero).

Elvira y Toni...

...

(Bueno, lo que pasa... “Elvira — Toni — Elvira — Toni— Elvira”... ¡Está visto!)

(Está visto... Lo que pasa es que, claro, como estoy escuchando al otro... ¡Sí, sí al “otro”! En fin, a cualquiera de los “otros”...)

...

(La primera vez fue en la barbería, cuando se me apareció “Juanito, el de don Paco”...)

Y ayer... sin ir más lejos. Sí, anoche; eso fue anoche, cuando me parecía que estaba de veras con Toni, en la Casa de Campo...

En la Casa de Campo...

(¡En la Casa de Campo! O sea que...)

¡Qué gracia tienen los sueños! Pensar que anoche... Sí, sí, anoche; fue también anoche, pero eso era ya soñando: Clara se apartó del grupo y se sentó en el banco, a mi lado... había también pinos; y un lago... ¡Natural! El Retiro. Era un banco del Retiro... ¡Si en la Casa de Campo estaba el frente!

...

“Elvira...”

(Sí, sí, ya voy...)

(¡Ya *está* ahí! Como ayer. Pero ahora no es con Toni, ni con nadie...)

“Lo que es Elvira... ¡Era dura de mollera, eh?”

(¡Si es conmigo! Como en la barbería... Como si estuviera hablando conmigo. Pero ahora es él quien me pregunta...)

“¿Pero es que no te acordabas de Elvira? ¡Pues no será porque no discutisteis! Por lo menos la primera vez; antes de meterse Toni de por medio...”

(¡Es él! Arturo...)

Yo.

...

...

(Cuidado...)

...

¡Cuidado, mucho cuidado! (Es entretenido, pero... ¡Cuidado! ¡No vaya a resultar esto un juego peligroso...!)

(Cuando salga a la calle he de leer algo sobre esquizofrenia).

...

(¡Bueno, eso es otra idiotez! No hay para tanto... Lo que pasa es que este calorcillo de la manta... Y como balanceaba así un poquito la cabeza...)

(El cerebro. Lo que balanceaba era el cerebro. El magín...)

Pero mejor será dejarlo, sí. (Aunque...)

(¡No, no hay para tanto! Seguramente es que estaba empezando a echar una siestecita. Nada más).

El caso es que por lo menos me ha servido... (Ahora sí que me parece... ¡Claro, eso podría ser una explicación! Elvira...)

(Toni y Elvira...)

...

Elvira y Toni empezaron como camaradas, nada más. Y como Toni venía de Francia, con la aureola aquella... ¡Desde luego, en pleno año cuarenta y seis; meterse en España por el Pirineo para dirigir el aparato clandestino de la Juventud...! En fin, y para reforzar el Partido. Porque hay que ver cómo trabajó también en el Partido...

...

(¡Caray! He dicho “aparato”...)

...

Empezaron como camaradas, pero... Aunque Toni no quisiera confesármelo, yo estoy seguro... Naturalmente, Toni no podía permitirse el lujo de enamorarse. (Quiero decir *enamorarse*...) Y menos

de una camarada. ¡Menuda complicación! Pero estoy seguro de que le hubiera gustado poder enamorarse de Elvira. (Yo creo que es eso. Porque es muy fácil decir “él la quería”... Así acaba uno muy pronto). ¡Y tan seguro! Él luchaba contra aquel amor que le empezaba a nacer.

Pero él no podía enamorarse de nada. Él no podía distraer ni tanto así de su amor al Partido. (Su entrega...) Porque, además, las exigencias de la lucha clandestina...

¡Eso es! ¡Eso podría ser una explicación! Si yo veía que Toni y Elvira... ¿Cómo iba aquel día a destaparme con Toni? (Yo era novio de Rosa...)

Yo.

(Arturo...)

...

El haberme encontrado con Elvira en Madrid no tenía nada de particular. (Su familia vivió siempre en Madrid).

Ella se había pasado también sus añitos en la cárcel; hacía ya algún tiempo que andaba por la calle... No, aquello no tenía nada de particular. En un andén del “Metro” te puedes encontrar a cualquiera. Y resulta que, en un momento, cuando menos te lo esperabas, has recuperado el contacto con el Partido... (Y aquello sí que era *el Partido*... En el campamento de trabajo fue otra cosa. Allí no eran más que los comités internos, lo que se formaba allí mismo, como se podía. Pero encontrar a Elvira... ¡Aquello, aquello sí que era volver a encontrar al Partido!)

...

¿Cómo llamábamos a Elvira...?

En fin, da igual. Es tan difícil acordarse... Porque cuando te presentan a un nuevo camarada que va a ligar contigo y te dicen: “el camarada Fulano”, pues ya se te queda para siempre. Y aunque un día te enteres por fin de que Fulano se llama en realidad Mengano, para ti sigue siendo Fulano. ¡A ver! Le has conocido así... Pero si lo que pasa es que un buen día te tropiezas con Elvira en el “Metro”, y os daís un abrazo y os marcháis a tomar unas cañas y a recordar las cosas de la guerra... ¡Claro, en ese caso es distinto!

A los pocos minutos se te destapa. Y al final ya te dice: “Mira, de momento enlazarás conmigo, hasta que se decida...” y te dice también “Bueno, pero no me has de llamar Elvira. A partir de ahora llámame...”. (¿Cómo? ¿Pero cómo llamábamos a Elvira...?)

¡Total, es igual! El caso es que quedamos en que para el Partido yo me llamaría Arturo. (No, mi domicilio tampoco había de decírselo a nadie; ni a ella; que en la actividad clandestina nunca puedes saber...)

...

¡Je! “Arturo”...

Al empezar a hablar del asunto ya me lo había advertido: “Vete pensando cómo quieres que te llame...” Así que al despedirnos se lo dije: “Arturo. Llámame Arturo.”

(“Arturo”... Lo que no podía ella ni imaginar es que se me ocurrió ese nombre recordando a Leonor. No sé por qué pero la cuestión es que de pronto me acordé de Leonor; de nuestros juegos; de Amadís, de los Caballeros de la Tabla Redonda...)

(Del pobre aquel de la esquina...)

...

¡Qué ilusión tan grande, cuando empecé las reuniones con Elvira! Y cuando conocí a aquellos otros camaradas... Aquello, aquello sí que iba a ser *El Partido*. No aquella otra pobre gente del campamento. ¡Por fin!

(Solo que... Sí, una semana antes. Una cosa así. La semana anterior había conocido a Rosa).

...

¡Qué ilusión tan grande...! (Tal vez por eso fue la última).

...

Porque, claro, uno estaba ya un poco harto de muchas cosas. Que aquel instructor de la trinchera fuese una acémila, bueno, ¡qué se le iba a hacer! ¡Pero que en el campo de trabajo fuese también siempre lo mismo. ...! Siempre igual, siempre igual; siempre el mismo disco rayado... Y si objetabas algo serio, siempre lo mismo: “Es que tú, camarada, no tienes elementos de juicio. Hay que confiar siempre en la Dirección”... (La fe únicamente, solo la fe me mantenía. ¡Qué cantidad de ella necesité ir consumiendo!)

...

...

(Eso también es verdad. Yo me fui desengañando a medida que mis relaciones con Rosa se fueron haciendo más firmes. Y, claro, como a Rosa no podía decirle nada... Total, que llevaba dos vidas distintas).

...

¡Qué ilusión tan grande! Pero, acaso por eso... (Sí, por eso fue tan tremenda la desilusión).

(Bien, pero entonces... ¿No fue quizá culpa mía? ¿No sería excesiva la ilusión que puse? Tal vez si lo hubiera tomado con más calma...)

(Pero es que hay cosas que no puedes tomarlas con calma. Al menos yo).

(¡Naturalmente! “Cada cual es cada cual”).

(¡Es verdad! Lo había olvidado...)

...

Así que mientras a Arturo se le iba desinflando el alma, yo...
A mí se me iba ensanchando el corazón. (Rosa se me metía adentro,
adentro...)

(A mí).

(A “Juan”...)

...

Al principio fueron nada más que pequeñas discrepancias con Elvira. Distintos modos de ver los problemas... Pero después la cosa empezó a ser más seria. Después fue ya... La “línea”, eso es. ¡Cómo le costaba a Arturo confesárselo a si mismo! Pero lo cierto es que al poco tiempo ya ponía en cuarentena hasta el criterio del “Uno”.

Naturalmente, empezaron las discusiones. (Solo con Elvira, claro. Y cuidando muy bien lo que decía...)

Y al fin, las agarradas. ¡Para algo había de valer la confianza! Cordiales y todo, pero en resumidas cuentas eran agarradas. (Ahora que al final, eso sí; acatando siempre...)

Total, que al cabo de algún tiempo, sin darse cuenta de ello, Arturo solo mantenía ya en pie los pedazos de una ilusión.

Mientras tanto, Juan... ¡Je! Con Rosa, en cambio, siempre llegaba a un acuerdo. “De acuerdo, en cuanto encuentre una colocación. En cuanto consiga un sueldo mejor se lo decimos a los padres...” Y el corazón de Juan se iba ensanchando. Insensiblemente se le iba llenando de cosas... (De paseos por el Retiro, por el solecito aquel, con Rosa del brazo; del plano de una casa con pocas habitaciones: el dormitorio de matrimonio, eso sí, claro; y un cuartito pequeño, con una mesa...)

...

(Arturo... Juan...)

(¿Y yo? Yo...)

(Pues eso: Arturo-Juan).

...

¡Cuidado! No volvamos a las andadas...

(Cuidado).

...

Lo peor fue que a pesar de todo... En fin, que me designaron para un puesto de responsabilidad. Muy próximo a la dirección del Partido. Para algo había la confianza que había...)

...

Esa voz... ¡Si parece el mismo!

Y es ahí, a la vuelta del pasillo. Hacia la rotonda...

(Deben de estar relevando).

Claro que sí, su guardia era hoy. ¡Ya decía yo! Era hoy cuando le tocaba...

(Naturalmente, así me armaba yo un lío. Lo que pasa es que ayer la hizo por otro...)

Con este guardia de la verruga se puede charlar. Siempre se entera uno de cosas. (Si supiese cómo se llama... Podía habérselo preguntado. ¡Bueno, “el guardia de la verruga”!)

...

Me ha venido bien este rato de charla. Y ya tenía ganas de fumarme un pitillo. (Así que no solo no han vuelto a detener a más estudiantes sino que han soltado a tres. Por lo menos tres...)

...

Como el asunto siga así, Maribel... (Eduardo, no sé. No sé cómo estará él de metido. Pero Maribel seguro que está aquí por cualquier tontería; en realidad... ¡pues por eso, por ser su novia!)

...

A ver si me acuerdo de que no he de aplastar la colilla. (Empalmando los pitillos podré estar fumando un buen rato).

Hoy tengo ganas de fumar.

...

(¡No, si todo se irá solucionando! Maribel, por de pronto... Si la cosa sigue de esa manera la echarán enseguida a la calle. Por lo menos a ella...)

¡Se está a gusto así!

Así, mirando el humo...

...

Si uno está callado pero se entretiene mirando el humo del cigarro parece más natural el estarse callado. (Y, claro, cuando uno tiene razones para no decir nada...)

...

(¡Aquel día fumamos los dos como carreteros! Y eso que como en aquel altozano de la Casa de Campo soplaba el viento...)

...

Aquel día fumábamos mucho los dos pero quien más hablaba era Toni. Que yo, con mirar el humo del cigarro... (Claro, es que yo no me atrevía a decirle lo de Rosa. Y eso que ya hacía un par de años que éramos novios...)

(Bueno, no es que no me atreviese; es que me daba pena por él. Porque si yo le contaba lo mío él tendría que pensar en Elvira, y entonces... ¡No, mejor callar! ¡Que para algo Toni era un amigo! No era cosa de ponerle el dedo en la llaga...)

...

(Por lo menos así, sin más ni más. Ahora, si llegase la oportunidad... de no quedar otro remedio...)

(Eso, si acaso en otra oportunidad. Porque aquel día, después de haber hablado de lo de Petrucha y todo...)

Total, aquel día... Sí, él llevaría ya como dos meses en España. (Justo porque había venido de Francia a primeros de julio. Sí, sí, julio del cuarenta y seis...) Pero nosotros solo hacía unos días que nos veíamos. Además, como casi siempre era con Elvira... (Precisamente el día anterior habíamos estado juntos los tres. Fue cuando acabé de darme cuenta de que Toni y Elvira... ¡Pobre Toni! Se le había empezado a hacer aquella mirada tan honda...)

Así que nada, no le dije nada. (Pero por dentro de mí andaba la procesión).

¡Qué oportunidad perdida, aquel día en la Casa de Campo!

(Aquel día sí que acabé de darme cuenta. Aquel día el conflicto me tenía a punto de desfondarme. Y para postre, como regresamos a Madrid siguiendo el río, hacia la calle de Segovia...)

Al pasar por detrás de Palacio comprendí que había hecho bien en callar. Tenía muchas razones para hablar, pero... ¡Sí, también para callar! No así como así vas a romper un hilo que ha tirado de ti toda la vida.

(Alrededor del Palacio se veía la guardia mora; habría alguna recepción, algún nuevo embajador... Desde lejos parecían soldaditos de plomo).

¡No era cosa de volverse un egoísta, así como así! (“Uno”, pensaba yo, “puede enamorarse, bien. Y casarse. ¡Pero vamos...!”)

Andábamos cabizbajos y de cuando en cuando dábamos un puntapié a alguna lata vacía; como cuando éramos chicos... (Porque como íbamos por la otra parte del río pasábamos frente a todas aquellas casuchas míseras, con críos cubiertos de mugre y olor de agua sucia).

Me di cuenta entonces de que la compañía de Toni me molestaba. Era algo que me pesaba, me pesaba... (Que era lo que hacía apremiante mi conflicto, vamos).

Como algo que te invade y te roba el cuerpo; que deja solo la apariencia de ti. Así sentía yo el conflicto.

(Aquel día yo no sabía ya quién era yo. Si uno u otro. Como *cada uno* tiraba por su lado...)

Así que aquel día... (Pues eso: el conflicto. *Arturo-Juan...*)

...

Ahora, en cambio...

Ahora ya no queda más que Juan.

(Yo...)

...

¡Hoy tengo ganas de fumar! (Bueno, pero van ya tres pitillos...)

...

...

(Yo, sí señor. Ahora no hay más que yo. ¡Je! ¡Qué risa! ¡Mira tú que pensar en esquizofrenias...!)

...

(Lo que pasa es que hasta que uno llega a ser uno... ¡Eso es, eso! Todo eso otro que me habla son también “yos”, pero de antes. Como antes siempre hubo en mí varios “yos”...)

(Si quiero... ¡Claro que sí; si quisiera los podría poner en fila y todo!)

(Pero en cambio ahora...)

(¡Ahora yo soy yo! Sin más...)

...

Aquí el humo del cigarro sube derecho hacia arriba. (Claro, es que tampoco aquí corre el aire).

...

Como el día que detuvieron a Toni. Igual... ¡Cuidado que empalmé pitillos aquella tarde! Igual que ahora... (Pero entonces era por la intranquilidad).

Por la intranquilidad...

¡Es que no había para menos! Solamente nos veíamos una vez por semana, pero éramos siempre puntuales; y como llevaba tanto rato esperando...

(¿Serían policías aquellos dos fulanos? ¡Cuidado que pasaron veces por el portal!)

...

(Tampoco eso lo sabré nunca... Pero en fin, ¿qué más da? Mejor no pensar en ello. ¡Que lo que es aguantar, Toni aguantó! ¡Bien que aguantó!... Mejor, mejor no pensar en ello).

(Además, como yo me senté por fin en aquel café de enfrente...)

(Y aquello sería... Vamos a ver: a mí me detuvieron en septiembre... eso, a fines de septiembre del cuarenta y seis, ¡si lo acabo de hacer constar en la declaración! Así que aquello tuvo que ser a mediados de mes; entre el diez y el veinte...)

(Justo, porque aunque hacía solo unos días del paseo por la Casa de Campo, se acababa ya el verano. Aquel parecía más bien un día de pleno otoño).

...
(Como por el ventanal entraba aquel sol tan débil...)

...
Aquello era tener el alma en vilo. Tener que estar sentado allí, fingiendo aburrimiento; vigilando a través del ventanal... Los ojos con que miraba hacia afuera se entornaban con aire de fastidio, pero los que sentía dentro de mí se abrían con unas preguntas... (¡Caray, es que si pescaban a Arturo, adiós Juan! Adiós proyecto de boda, adiós vida. Adiós todo...)

...
(¡Je! Tiene narices... Ahora en cambio, ¡tan tranquilo! ¡Y eso que estoy aún encerrado aquí!)

(Es que ahora es otra cosa. ¡Como solo se trata de esperar lo que ya sé que me espera! Pero lo que es entonces... ¡Vaya rato que pasé!)

¡La de vueltas que le di al caletre! Y el caso es que no era miedo, no. No era miedo, porque yo sabía ya muy bien lo que era el miedo.

Lo primero que pensé: “Ahora, a lo mejor estarán zurrándole a Toni. Le estarán preguntando: A ver. ¿Con quién tenías que verte hoy? Ahora, sí, esta tarde. ¿Y dónde? ¿A qué hora exacta? ¡Venga a ver; no seas hijo de puta!” Eso, eso fue lo primero que pensé. Como ya había pasado media hora...

(Claro que sí, lo pensé de esa manera porque así fue como nos lo había contado aquella vez Pachi; para algo le habían cascado a él...)

Pero no, aquello no era miedo. Aunque, claro, eso no lo puedes evitar. Porque luego pensé: “Ahora canta Toni, le meten una inyección de esas o lo que sea...” — “Y vienen por mí...” — “¡Bueno, pero como yo no estoy ya en el portal...!” — “Bien, pero pueden ir a casa. Toni estuvo aquella vez en casa...” — “Pero si me largo... Sería asustarles. Se darían cuenta de todo... eso le faltaba a papá, ¡otra vez! Y mamá, la pobre... ¿Y Rosa? ¿Cómo lo encajaría Rosa...?” — “Bueno, bueno, pero a ver qué hago... ¿Sigo aquí o pago y me voy?” Y pensé (claro, claro que lo pensé): “¡Lo que es que si me agarran van a ser más que hostias! Me van a hacer picadillo...”

(La verdad es que... Sí, da como un escalofrío al acordarse).

¡Je! “Más que hostias...”

¡Natural! Era natural también que lo pensase así. Aunque uno no tenga la costumbre... ¡Pero claro, es que se trataba de Toni! Y como el dueño del café estaba regañando en aquel momento al camarero aquel: “...hemos hecho un pan como unas hostias.”

¡Natural! Es que era la palabra...

(Y seguía pensando: “He de olvidarme que Toni lleva lo de las guerrillas... ¡maldita la falta que me hacía saberlo! Claro que, bien

mirado, si me cogen por esto... ¡Pues nada, como del Partido en realidad yo no sé nada...! Si me han de coger, sí, casi mejor... Acabarían por darse cuenta de que no sé nada; como nadie podría hablar de mí...” Y pensaba luego: “En cambio, como me cogiesen por lo de la FUE... ¡Entonces sí que sería buena! Me ha llegado a conocer medio Madrid...”)

(Claro que después pensé... También... Así, algo así me dirían: “Entonces, si dices que no sabes nada del Partido, ¿para qué te veías con ese?” ¡Naturalmente, me lo tendrían que decir! Tenía su lógica...)

...

Nos habíamos citado a la caída de la tarde, en aquel portal. Vamos, pasando frente al portal... No, de la hora no me acuerdo, pero bueno... Caía la tarde, eso sí, porque el sol que entraba por el ventanal era ya muy pálido. (Era un sol que se acababa).

Terminaríamos en diez minutos. Solo vernos, por si había alguna novedad. Por mi parte no la había. Y como él no tenía ya ni idea de las cosas estudiantiles... Eso, en diez minutos podíamos terminar. Total, como era solo para vernos...

Nada más que para eso. Para mantener el contacto con el Partido. (“El contacto”).

(Es verdad, entonces ya... ¡Solo eso! “El contacto”).

Todo había quedado en un mero “contacto”... (Al menos para mí).

(Un contacto que había que romper. Porque Rosa...)

...

(Tenía razón Rosa. “O dentro o fuera”. Si nos habíamos de casar...)

...

Cinco minutos o diez, nada, eso no tenía nada de particular. Pero quince, ya... (Y lo acordado era quince minutos; ni uno más. Si al cuarto de hora no acudía uno, había que largarse inmediatamente. Y a repetir la cosa el mismo día de la semana siguiente, en el mismo sitio, a la misma hora. En fin, todo igual, pero pasando de largo a la hora exacta. Así todas las semanas que fueren menester...)

Ya había pasado el cuarto... Conque me alejé despacio. Pero entonces fue cuando me di cuenta de que desde el café de enfrente, sentándome junto a uno de aquellos ventanales... ¡Eso es, desde allí podía vigilar! Ver si llegaba Toni... (Verle, nada más. Porque si acudía fuera de hora podría ser porque la policía esperaba por allí).

En realidad no era ningún riesgo. ¡Vamos, un riesgo grande! El café estaba lleno de gente, así que por uno más... Si por fin veía algo raro ya podía tener casi la certeza de que le habían detenido. Sabría al menos a qué atenerme...

(No, aquella tarde no sentí miedo. Además, el miedo... El miedo verdadero lo sientes cuando tienes el toro frente a ti. Que antes... Y en todo caso la primera vez. ¡Ese es el de verdad!)

(Claro está que pensé que podrían hacerme todas aquellas perrerías. Claro que sí. Pero también pensé: “Bueno, con acordarme de la guerra, cuando lo de Brunete... Mi herida no era grave, ¡pero caray, hurgarle a uno así en la carne para ir sacándole los pedacitos de metralla, sin anestesia...!” “Lo que es eso no me lo van a hacer.” — “Sí, aunque sean más que hostias... pero eso no me lo van a hacer”).

(Eso es. Pensé aquello y me di cuenta de que en realidad no tenía miedo. Y me acordé también del aflojamiento de piernas que me entró en la guerra el primer día de tiroteo; y en cambio, luego... ¡Hay que ver luego cómo acababa uno por tomarles confianza a las balas!)

(¡No, si todo está en atarse las tripas a tiempo...!)

...

(Eso. Y acostumbrarse...)

...

Si eres capaz de dominar el miedo resulta que has sido valiente. ¡Y cuando ha pasado todo te sientes tan contento de ti...!

(Como ahora. Ahora, que me van a echar a la calle...)

...

(Bueno, este pitillo el último. ¡Ya está bien!)

...

El caso es que me tiré allí más de una hora. (¡Ya lo creo! Como no fuesen dos).

¡Y a ver!... Pues estuve pensando, pensando. Aquella tarde pasé revista a todo. (A “todo”...)

(Bueno, a aquellos dos últimos años. A lo que estaba siendo mi vida desde que había empezado con Rosa...)

Cuando ya hubo pasado media hora y tenía casi vacía la segunda taza de café comencé a pensar...

(“Comencé”).

(Pero, ¿he pensado yo así alguna vez?)

(¡Claro, es que era “el otro”! Arturo...)

Fue Arturo quien comenzó a pensar.

...

Arturo miraba, miraba por el ventanal y pensaba: “Si ahora cogen a Toni ya no se lo podré decir. Quizá ya nunca se lo pueda decir, porque si nos cogen...” Naturalmente. “Si *nos* cogen”, pensaba. ¡Ya sabía él, ya...! Bien cerca le rondaba la cosa. (Y cuando las cosas vienen tan rodadas...)

“El otro día —pensaba— no se lo dije. El otro día en la Casa de Campo podía haberle dicho lo que me pasa. Que yo ya no soy yo...” — “Pero no se lo dije. Y lo peor es que él y Elvira... eso, lo peor fue eso; que no le hablé para nada de mis discusiones con Elvira, que me limité a encerrarme en mí mismo... ¡Y naturalmente, él no puede figurarse lo que hay dentro de mí! No pudo darse cuenta de que solo un tenue hilo me une ya con ellos...”

(“Un tenue hilo...”)

Cierto, entonces lo percibí. Allí, junto al ventanal. Cuando pensé que si detenían a Toni mi contacto con el Partido se perdería, y si no quería luego reanudarlo... Porque todo dependía de que yo lo volviese a buscar. Así Rosa ya podría vivir tranquila, y yo...

(Yo. Mejor dicho, “Juan”. Porque eso quien lo pensaba era Juan, que se había metido de por medio...)

(Pero ahora se trataba de Arturo. ¡A ver, a ver qué es lo que pensaba Arturo!)

“Solo un tenue hilo” pensaba Arturo. “Solo eso me une ya con ellos. Y si lo corto...” Entonces fue cuando le entró aquel pavor. (Sí, sí; aquel miedo. Aquel miedo de no atreverse a romper...)

No, no está bien dicho así. No era propiamente miedo al *hecho* de romper. Era miedo a lo que le esperaba después; es decir, a lo que ya no le esperaba. Mejor: a lo que no podría esperar...

(¡Esto es un lío! El caso es que yo lo veo claro, pero dicho así es más bien un lío).

(Ahora que... ¡Eso, es que justamente era eso lo que le pasaba a Arturo! ¡Que se hacía un lío! Que veía lo que veía, pero tan turbio...)

Yo creo que lo mejor será ponerse en situación. No meter la pata y dejarse de comentarios. (A ver, a ver qué es lo que pasaba por la cabeza de Arturo. Turbio y todo...)

En la taza no quedaba café más que para un pequeño sorbo; sería el último.

Era tarde. El sol se acababa ya; aquel sol tan débil... Parecía como si estuviese diciendo adiós. Yo estaba ya estragado de fumar. La colilla se consumía en el cenicero y elevaba hacia el techo un hilillo vertical. Un hilillo tenue...

“Un hilo, nada más. Y si lo corto...”, pensaba Arturo. “Si lo corto... (pues el vacío)” — “Ahora que en todo caso... primero lo habría de cortar dentro de mí. Mientras no lo corte dentro de mí no tendré valor para decirles...” — “Bueno, pero es que mientras no les diga francamente la verdad no lo habré cortado del todo...” — “¡Caray, pues eso! No es miedo a cortar o a hablar. ¡Es temor al vacío! El temor al vacío... La vida tiene

muchas cosas, tú puedes hacer muchas cosas en la vida. Pero lo que pasa es que si tú mismo te habías fabricado una imagen de la vida y has ido tirando por la borda todo lo que te estorbaba para servir a esa imagen...” —“¿Cómo vas a fabricarte otra de repente? ¿Cómo vas a recuperar así como así todos los pedazos de ti mismo que te has ido arrancando?” —“Es eso. Como esa imagen había llegado a invadir toda tu vida, pues si la quitas de pronto te encuentras con el vacío”. —“Y si no la quitas... ¡Lo malo es que si no la quitas ya no puedes vivir ni siquiera para ella! Porque ya no puedes volver a ser el de antes; como has creído adivinar... Eso es; es como si te hubiese llegado un rayito de sol desde un mundo diferente...” —(“Pero es muy distinto. El rayito de sol que te llega es como de un sol que sale. Y este sol que brilla en la taza se va ya”).

(Así fue, así. Aquel poquito de sol que entraba todavía por el ventanal era ya tan débil que parecía una leve telaraña de color naranja tendida sobre la mesa).

(Desde luego, todo esto no lo pensaría así Arturo. Salvo lo del rayito de sol... ¡Ahora que lo que sí vio claro fue que el cortar o no cortar era en definitiva una cosa que se había de consumir dentro de él! Solo dentro de él...)

“Eso es, dentro de mí —pensaba—. Ahora que si yo aprovechase la oportunidad de haber perdido el contacto con Toni... Si no volviese a aparecer por aquí... ¡Pero eso sería una majadería! Al cabo del tiempo volveríamos a las mismas. En cambio, si soy yo quien corto dentro de mí, mañana me los encuentro y se lo puedo decir tranquilamente. A Toni o a quien sea: ¡Señores, corté! Así que hemos de cortar...” —“Así, tiene que ser así”.

“Tendría que ser así...”

...

(¡Je! *Tendría*. “Tendría que ser así”. ¡Qué horrible miedo le daba a Arturo el vacío!)

...

(Y después de haber pensado todo esto, pues claro, el recuerdo de aquellos dos años... ¡Qué extraños tuvieron que parecerle aquellos dos años!)

...

(Es realmente chocante. Recordándolos ahora me parece que aquellos dos años están dichos en dos palabras y sin embargo aquel día, frente a la taza de café y aquel hilillo de humo que se iba extinguiendo... No, no recuerdo cuáles. Pero yo lo creo...)

...

(¡No, imposible! Está visto que no me acuerdo. ¡Pero ya lo cerco, ya lo creo que los fui recordando, todos aquellos momentos! Aquellos

choques con Elvira, aquellos acaloramientos cuando nos quedábamos solos y discutíamos, discutíamos...)

...

(¿Para qué recordar ahora todo aquello? No vale la pena...)

(Además, Elvira era terca, eso sí; pero la verdad es que también yo... ¡No, yo tampoco le pasaba una!)

...

Aquel día, mientras vigilaba desde el café, recordé todo aquello porque tenía que tomar una decisión. Sin embargo, ahora... ¡Ahí está! Por eso ahora me parece que aquellos dos años se recuerdan en dos palabras. (Porque ya no tengo nada que decidir).

Por lo menos en lo que atañe al Partido, porque total... (La verdad es que solo fueron unos meses).

Aquellos dos años, hasta septiembre del cuarenta y seis fueron como un paréntesis continuo, con el Partido al principio y al fin; eso, solo en los dos extremos. Y en el medio lo de la FUE. (Y Rosa...)

...

(Venga, seamos francos. Fue al revés: En medio, *Rosa*; y lo de la FUE...)

...

Al principio del paréntesis el Partido era Elvira. Y al final fue ya Toni. (Y dentro del paréntesis... Naturalmente, allí dentro fue. Allí empecé a nacer *yo*).

Sí, sí. Dos años, casi justos. Porque el paréntesis se abrió con la redada del cuarenta y cuatro; y fue a fines del verano...

La espantada fue general. ¡Toma, es que dieron cada golpe! Elvira desapareció como por encanto. Y el chico aquel que enlazaba conmigo por abajo cayó detenido, así que yo...

(Entonces sí que me libré por tablas).

¡Vaya susto en casa! Como al papá no tuve más remedio que decirle enseguida la verdad... ¡A ver, había que afrontar la situación! Era necesario inventar una excusa para largarse de casa. (Pero mamá se olió la tostada, a pesar de todo).

...

Mi espantada no duró más de un mes. Sí, una cosa así; fue como cosa de un mes sin salir a la calle.

Pero, ¡qué mes! Todos los días con Rosa; todas las tardes... (Como Arturo se escondió en casa de "aquella prima" de Rosa...)

(Maribel).

...

(¡Pobrecilla! Pensar que ahora es ella la que estará hecha cisco...)

...

Rosa iba todas las tardes a ver a Arturo y le llevaba libros; le hacía encargos; charlaban por los codos. (Salvo aquellos ratos de silencio...)

¡Qué mes! Un mes metido en aquel cuartito tan pequeño... (Solo un cuartito con una cama. Y una mesa...)

Así, claro, aquel primer día que fueron los padres de Arturo a visitarle en su escondrijo, la cosa resultó sencilla: “Mamá, esta es Rosa”... Papá, mientras tanto, le había echado una mirada rápida a la mesa. Aquellos papeles manuscritos...

...

(¡Vaya, hombre! Me quedé sin fuego...)

(Y hoy no puedo pasarme sin fumar).

Mañana, nada. Como ya está todo hecho... (A ver si Rosa regresa para el lunes).

...

¡Se hace largo, se hace largo! Aunque te enredes a recordar y todo, de todas las maneras... Se hacen largas las horas. (¡Menos mal que logré fuego! Así, al menos, mirando otra vez el humo...)

(He de procurar que no se consuma del todo).

...

Dentro de nada, la cena. Y adiós tarde... (¡A ver si hoy me duermo pronto!)

¡Qué ganas tengo ahora de acostarme tarde, cansado! ¡O de madrugar! De llenar cada hora haciendo cosas... (A ver si por fin me lanzo a escribir esa serie de artículos).

...

(Bueno, salir de paseo con Rosa o jugar con el chico, también; también eso es llenar las horas...)

¡Sí que va a haber que hacerle unos buenos Reyes al crío! Este año tiene ya tanta ilusión... ¿Qué le compraremos? Habrá que ir pensándolo...

(Lo que habrá que hacer es trabajar de firme. ¡A ver dónde me meto a trabajar, porque si no...! Lo malo es que allá adonde vaya tendré que empezar otra vez por la cola).

...

(En fin, no hay por qué maldecirle tanto. ¡Míster Hopkins es como es y ya está! No voy a pretender que tenga una mentalidad a mi gusto. Además, si a él no le da la gana readmitirme quién sabe si míster Roy...)

Cuando salga lo podría intentar, sí; a ver si míster Roy... ¡Ese es un hombre comprensivo! (No, no todos los yanquis son lo mismo.

Cada cual es cada cual...) Sería cosa de intentarlo, porque al fin y al cabo, como allí ya tenía creada una situación... ¡Además, si me sobreseen pues ya no hay caso! Lo malo es la granizada que ya le ha soltado Rosa a míster Hopkins... ¡Está visto que siempre hay algún motivo para cerrar el pico!

Bueno, y en último caso ¡qué demonio! Saco el pasaporte y nos vamos a Buenos Aires. ¡No será porque Ricardo no me ha insistido en que vayamos!

¡Eso, eso es lo que da tranquilidad! Y optimismo... (Eso. Ahora, si llega el caso, ¡pues nada, saco el pasaporte y adiós! ¡Ahí te quedas, vida mía!)

...

Sí, eso sí; desde luego... ¡Ahora no podré ya permitirme el lujo de organizar tertulias en casa! Se acabó, se acabó el ver a los amigos así como así; que nunca sabes... (Ahora, nada; a trabajar y nada más. Rosa, el chico...)

(Yo. Ahora solo yo. A ver si al fin...)

(¡Menos mal! Se ve que no he salido a relucir para nada en lo de Eduardo).

En lo sucesivo tengo que ir con pies de plomo. Porque sí, puedo sacar el pasaporte, muy bien. Pero como para dar el visado de salida ellos se informan... (Si tienes antecedentes, claro).

Así que nada, nada. A trabajar nada más.

(Y a escribir...)

...

Ahora que si me pongo a escribir no voy a tener más remedio que decidirme a hacer esos artículos. Como es un tema anodino... (No, aquella comedia no hay quien se atreva a estrenarla. Y si se atrevisen... no, mejor será dejarla dormir por ahora. ¡Que siga, que siga durmiendo! Ya la terminaré... pues cuando sea. ¡No vayamos a buscarnos otro lío!)

...

(¡Hay que ver, lo que escribí en veinte días! No sé si llegaría siquiera a veinte días...)

(Claro, metido siempre en aquel cuartito; con aquella mesa tan a propósito...)

Yo, dale que dale, dale que dale; llenando cuartillas y más cuartillas... Y Rosa llevándoselo a su casa y pasándolo a máquina. (Como se le da tan bien eso de escribir a máquina...)

...

La verdad es que aquel mes metido en casa de Maribel fue un mes positivo. ¡Ya lo creo que fue positivo! (Me escribí casi entera aquella

comedia. Presenté a Rosa a los papás. Conocí a Eduardo y Andrés y me proporcionaron aquella colocación...)

¡Ya lo creo que fue un mes positivo! Y como luego, al reanudar la vida normal, fue pasando tiempo y tiempo sin recuperar el contacto con el Partido...)

...

Lo más positivo de aquel mes fue la otra Rosa que conocí. Porque sí, cuando una chica es guapa y uno se hace novio de ella simplemente, y se va con ella al cine los domingos fríos o a la Rosaleda las mañanas tibias... Sí, así es fácil tener ilusión por cualquier chica; pero a pesar de todo... vamos, que siempre puedes pensar: “Es que si no fuese conmigo sería con otro...” o “Bueno, si no fuera ella habría sido otra...” Pero cuando ha pasado lo que ha pasado; cuando de repente has tenido que decirle, a ella, que no sabía nada: “Mira Rosa, no tengo ya más remedio que decírtelo...” y se lo cuentas todo. (Bueno, cuidado; todo no. Lo del Partido no... Entonces no le dije todavía nada de eso).

No podía decirle así como así, de repente, que yo era del Partido y que estaba metido en el aparato clandestino. (No por mí, sino por todo lo que había entonces detrás de mí...)

(¡Qué buena ocurrencia fue la de la FUE! Lo cierto es que como ya había pensado varias veces que había que resucitar la FUE... Porque, la verdad, todo el mundo se movía menos los estudiantes).

¡En fin, fue una mentira necesaria! Pero me sirvió para explicarle la situación: “...así que ya sabes, no tengo más remedio que desaparecer por una temporada. ¡No llores, mujer no serán más que unas semanas...! Pero no, no nos podremos ver. Vamos, depende de dónde me esconda...”

¡Qué buena ocurrencia! ¡Y qué decidida fue Rosa...! “Pues mira, si quieres, en casa de mi prima. Sí, en casa de Maribel... ¡No, no habrá problema; Eduardo es muy buen muchacho! Y son novios casi desde chicos... ¡Claro hombre, es la hija de mi tío Álvaro; el que fusilaron! Por eso, como vive sola con su madre...”

¡Así que Rosa era también una chica valiente! Estaba dispuesta a exponerse por mí.

(Luego... ¡Qué distinto siempre, verla todos los días en aquel cuartito pequeño! Cada día descubría algo nuevo).

Aquellos días de aquel mes.. ¡Cada día era un día diferente! Cada día...

...

(No, aquello no me parece ahora un racimo de días. En todo caso... eso; sí. Es como si cada día se fuese soltando del racimo. Todos; uno tras otro. Parece que los estoy viendo desprenderse...)

Un día fue lo de los rizados. Como hacía aquella humedad y tenía que salir después con su tía, se pasó la tarde con los rizados puestos. “Paciencia, hijo” –me dijo–, “te habrás de ir acostumbrando”.

Otro día, haciéndole gracias, el chico de la vecina le corrió el carmín de los labios; así que se los limpió del todo y ya no se los volvió a pintar. Era la primera vez que le veía la boca sin carmín.

(Y cuando nos quedamos solos... ¡Je! Me lo dijo mirando de reojo hacia la puerta: “Pero cortito, eh?, que va a volver la tía”). Fue un beso cortito, pero... Después me di cuenta de que, además, había sido otra clase de beso. ¡En fin, o que iba siendo otro “yo” de esos quien la besaba!... Como ya era tarde se dispuso para marcharse y, lo mismo que todos los días, me preparó el embozo de la cama; solo que aquel día nos miramos de improviso tan de otro modo... (En la casa de la vecina se oían aún las voces del niño).

Otro día fue la sorpresa que se llevó cuando le enseñé la comedia en marcha. Y al día siguiente: “Oye, ¿pues sabes que me gusta?” Y al otro: “Si quieres te la paso a máquina en casa”. Y días después: “Mira, se me hace muy raro decírtelo, pero... ¡mira, que me parece que tú ahora...!”

Aquel día hablaba despacito, pero a empujones; como si no encontrase las palabras. Yo veía que sus ojos brillaban de contento, y que su cabeza se reclinaba hacia atrás, sobre los hombros un poco encogidos... La cosa estaba clara; quería decirme algo que no sabía muy bien cómo expresar pero que pugnaba por salirle de dentro. Acaso también un poco de vergüenza... (Eso lo noté al darme cuenta de que no me miraba del todo a la cara). “Bueno... pero no te vayas a enfadar, ¿eh?” Y rio. “Pues mira, que me parece que tú ahora... ¡vamos, que me vas pareciendo otro! Y como te prefiero así, pues la verdad, ¡que antes me resultabas un poco tontaina!” Se quedó como quien se desinfla. Y fue volviendo poquito a poco la cabeza hacia mí, hasta que le vi aquella mirada un tanto pícara... (De repente pensé en la tía. Pensé enseguida que de un momento a otro podría volver su tía de la cocina).

(¡Je! Menos mal que después de comer ya nunca se pintaba; al revés, como se quitaba del todo el carmín de los labios...)

...

(¡Cada día, cada día era una cosa nueva! Todos los días sucedía algo que iba metiendo a Rosa más y más dentro de mí. ¡Pero aquel día fue un día tan redondo...!)

...

Cuando aparté la cabeza y volvimos a mirarnos quiso explicarse mejor. Me habló sonriendo: “¡Tonto, no me has dejado terminar!” Y siguió, ya muy tranquila, como buscando las palabras justas. “En realidad

no es que me parezcas otro... No es eso, no. Yo más bien diría que es que desde que te veo aquí... ¡En fin, que ahora tú me pareces más *tú!*”

Como una vaga campanada en mi interior, eso fue lo que sentí. Una campanada de esas que suenan de pronto, sin esperarlo. (Pero que en definitiva no te extrañan). Por un segundo quise escuchar cómo sonaba; era un ruido grato, que aumentaba, aumentaba y me iba llenando... Pero entonces sonó el timbre de la puerta.

...

(Sí, yo creo que aquella fue la primera campanada; bueno, la primera que hacía sonar alguien desde fuera de mí. Por eso aquella parecía ya una campanada de júbilo...)

¡Je! Con qué aplomo se lo dije. (Ahora que seguramente con cara de circunstancias). “Mamá, esta es Rosa.”

Y mientras mamá la besaba, y le hablaba, y le pasaba revista con disimulo, yo... ¡Je! Nadie podía imaginar que mientras tanto, dentro de mí, yo seguía escuchando aquella vaga campanada.

...

¡Ya lo creo que sí! Aquel fue un día redondo...

...

...

(Bien, que se consuma también este. No voy a estar siempre con el cigarro en la boca...)

(¡Bueno, pero cuidado, no se vaya a consumir del todo! Hay que empalmar los pitillos...)

...

Un día redondo.

(Y todo esto... En fin, exactamente así... ¡No sé, no puedo acordarme si fue así como lo recordaba! Pero el caso es que todo esto era lo que iba recordando Arturo sentado en el café aquel, espionando por el ventanal. ¡Y Toni sin aparecer! Salvo aquellos dos fulanos que pasaron varias veces, nada, no apareció nadie...)

¡Y pensar que mientras Arturo pasaba revista a aquellos dos últimos años estaría ya Toni aguantando los primeros palos!

(¿Arturo...?)

No, no era Arturo. (Claro que no. Era “Juan”...)

Arturo no podía recordar nada de Rosa. (Arturo no...)

¡Naturalmente, quien recordaba todo aquello era Juan! (Claro que sí, que por aquel entonces yo vivía ya más en Juan que en Arturo...)

Arturo lo que recordó fue lo otro. Todo el tinglado aquel que organizó en la Universidad; en todos los sitios donde había estudiantes...

(Como a la policía se le ocurra recordarlo ahora...)

...

¡En fin, era natural que lo hiciese! Todavía quedaba algo de Arturo. (Además, vino la cosa tan rodada... ¡La verdad es que me lo pusieron como a Felipe segundo!)

(¡Hay que ver...! ¡Cuántas verdades gordas habrán empezado así! Con una mentira obligada...)

...

Mentira a medias, claro: porque había una parte de verdad. Es cierto que yo había engañado a Rosa y a Maribel y a Eduardo diciéndoles que la policía venía tras de mí por haber empezado a organizar la FUE. Pero también es verdad que por aquel entonces ya había pensado en ello; y que en Filosofía y en Medicina había varios chicos... (Hasta en Derecho; solo uno pero ya conocía en Derecho al chico aquel que estaba dispuesto a lo que fuese).

Lo que pasa es que, ¡a ver! Estando yo metido hasta el cuello en las cosas del Partido, ¿cómo iba a ocuparme de aquello? Y no era por falta de ganas...

No era por falta de ganas porque, desfondado como estaba, la verdad, liarme a reorganizar la FUE, aquello sí que me parecía aún cosa *mía*...

(Bueno, bueno: Y que Juan prefería que Arturo se liase con lo de la FUE y dejase de una vez el Partido. ¿Eh? ¡La verdad...!)

...

¡Je! El caso es que uno habla, habla, y luego se encuentra con que sus propias palabras le han abierto un camino inesperado.

Porque, vamos a ver, ¿cómo había yo de imaginarme, ni por asomo, que Eduardo me había de contestar aquello? “¡Ah, pues no te preocupes! No te preocupes, que ahora seguiremos nosotros. Lo que pasa es que nosotros no nos atrevíamos a hacer nada por si había ya algo en marcha; y como lo bueno es poder tener relación con la gente que está fuera para armar bochinche al mismo tiempo por las radios y todo eso, pues, ya comprendes ¿no? Cuatro gatos como nosotros... ¡Y sin conocer a nadie! Pero ahora verás, ahora; ¡no te preocupes que ahora vas a ver!”

(¡Qué Eduardo! Vaya un chico majo que es Eduardo...)

(¿Qué edad tendría entonces?)

...

La verdad es que entonces Eduardo era todavía un crío... (Vamos a ver, la redada aquella del Partido fue el cuarenta y cuatro; a fines del verano, eso es. Y Eduardo... ¡Bueno, pero si Eduardo se lleva unos tres años con Rosa! Unos tres años menos. Así que tenía que tener diecinueve años bien cumplidos. Porque Rosa tenía ya los veintidós).

(Bueno, eso de un crío... como “El teniente Vignon”. Diecinueve años; que esa edad tenía yo cuando acabó la guerra).

(Muy bien, ¿y qué? Un crío de todas las maneras...)

...

(¿Se le ocurrirá pensar así al Auditor? Claro que si el don Eugenio ese...)

...

...

(¡Venga, sigamos! Sigamos, que aquello...)

¡Aquello sí que fue como remozar mi vida! Aquello fue para Arturo como una ilusión de volver a empezar.

Solo que la ilusión duró bien poco. Mejor dicho, que pronto se dio cuenta de que aquello, en realidad, era ficticio: que era precisamente eso: nada más que una ilusión... Porque si uno es de verdad estudiante y va a clase; si bulle por los pasillos de la Facultad y conoce a los compañeros y a los profesores... ¡Entonces todo lo demás se da por añadidura! Si hay que lanzar octavillas se lanzan; si hay que armar lío, pues se arma... ¡Todo parece tan natural! (Porque lo es...)

Pero si lo que pasa es que uno está acorralado por la vida y no es ya un estudiante, pero como durante toda su vida no ha sido más que estudiante resulta que ahora si no es eso no es nada... Claro, quedaba aquella justificación: “Lanzarlos, ponerlos en marcha; nada más. Que esto no es ya *lo mío...*”

Ahora que entonces fue cuando comprendí claramente lo gordo que era aquello; “Lanzar”. (Sí, sí, sacar a la gente de sus casillas. ¡Eso es muy gordo! Sobre todo cuando se trata de algo que ya no es *lo de uno...*)

En fin, que me metí a mover a los estudiantes aquellos como quien se tira al mar en un naufragio. (Pero claro, lo que yo quería era ganar la costa de alguna manera. Pisar tierra...)

Eso es, justamente como un naufragio: Arturo nadaba, nadaba... (Pero no encontraba molla de agua. Y no pisaba tierra tampoco. Era como bracear en un mar irreal).

(Tenía ya veinticinco años; edad sobrada para haber terminado una carrera. Pero no había podido empezar ninguna).

(Todos aquellos chicos eran más jóvenes que él. Y los pocos que eran como él estaban terminando ya... “Una” carrera, pensaba. Pero ¿para qué? ¡Si mi carrera es Rosa! ¡Si mi carrera es escribir! Además, tengo ya un buen empleo...)

(Total, que aunque nadie lo sabía se encontraba como gallina en corral ajeno).

Arturo nadaba, nadaba; y se hundía, se iba hundiendo...

Pero mientras Arturo se hundía en un esfuerzo inútil Juan comenzó a nadar con mayor brío. (La visión de la tierra prometida era ya tan clara para él...)

El invierno del cuarenta y cinco al cuarenta y seis fue, para Juan, como una primavera en el alma. La colocación que había obtenido por mediación de Eduardo era muy buena; un poco de tiempo más y tendría ya una situación casi desahogada. (Vamos, que si Rosa seguía trabajando podrían casarse y todo. A lo sumo a la vuelta de un año...)

Lo de la FUE marchaba también sobre ruedas. Ya había grupos en todas las Facultades y Escuelas, se tenía contacto con muchas provincias... (¡Qué bien aprovechó Andrés aquel viaje por Andalucía con su padre!) Y lo bueno del caso fue que cuando Arturo se lanzó con Eduardo y Andrés a mover el cotarro resultó que la FUE existía también por otro lado; así que todo fue cuestión de unificar los dos empujes. (Fue cuando la Ciudad Universitaria amaneció un buen día con aquellos letreros que volvieron locos a los policías; cuando en la Facultad de Medicina se leyó el primer manifiesto en los pasillos; cuando empezaron a armarse aquellos pitotes...) La rebeldía estudiantil estaba otra vez en marcha; ¡y con estudiantes de verdad, eso era lo bueno! (Así que, claro, lo mejor del caso era otra cosa: que resultaba que Arturo maldita la falta que hacía... ¡Vamos, que su papelito no tenía ya razón de ser!)

Y como lo de la FUE iba sobre ruedas, pues Arturo, eso es, empezó a desvanecerse. Y así fue como Juan pudo ir pensando en casarse...

...

Uno solo se da cuenta de lo serio que es casarse cuando piensa en serio que se va a casar. (Solo entonces se da cuenta de que va a uncir a otra persona al carro de su vida... ¡Y él, toma! También él se va a uncir a la vida de ella. Lo que pasa es que como en este caso es el carro de uno el que pesa tanto...)

...

Aquel sábado ya se lo tenían pensado (Unos meses más. Solo unos meses y ya podrían uncirse...)

“¿Te gusta aquella?”, me preguntó Rosa. “Aquella, la granate; tiene que ir muy bien con el gris de tu traje”. Pues sí, era verdad. (“Ciertamente, elegir una corbata también tiene lo suyo”, pensaba yo.)

Me mareaba un poco ver tantas corbatas juntas. Pero con un poco de esfuerzo, sí, ya lo creo que sí; se la podía imaginar uno sobre el traje gris claro, liso... Le dije que bien, que aquella. Pero antes de entrar a comprarla apretujé su codo sobre mi costado y la acerqué

hacia mí. “¿Te acuerdas?”, le dije. “Fue aquí...” Los dos nos miramos en la luna del escaparate. Como aquel día que nos encontramos por primera vez. Ella no me contestó pero me hizo un cariñito a través de la luna. (En realidad aquello era más expresivo que cualquier palabra).

...

Sí, aquel día era sábado...
(Sábado. Como hoy).

...

Sábado por la tarde, claro. Como por la tarde no iba ella tampoco a la oficina nos habíamos ido de compras. Había que ir comprando cosas poco a poco, porque si no, todo de una vez...

Y habíamos ido a parar frente a aquel escaparate de corbatas de la Puerta del Sol.

(Ahí. Ahí arriba; según se sale a mano derecha...)

...

Realmente, con aquel cariñito bastaba. ¡Nos habíamos dicho ya tantas cosas! (Dos años y pico dan mucho de sí...)

¡“Y pico”, ya lo creo! Porque nos conocimos en primavera y estábamos ya terminando el verano. (Era agosto del cuarenta y seis...)

...

Aquella mueca de cariño que se reflejó en el cristal contrastaba con la cara estirada de la otra chica, la que asomaba por detrás. Hacía ya un ratito que estaba allí, pero yo no me había dado cuenta.

(Cuando me di cuenta de que aquella cara me miraba a mí ya no me di cuenta de nada más. Era una mirada tan fija, tan fija...)

...

Me encontré de pronto como ausente. ¡Era Elvira!

(¡Qué mirada tan honda se le había hecho! Iba cogida del brazo de un hombre...)

...

Entré en la tienda tras de Rosa como un autómatas. (Sentí como si alguien... en fin, como si alguien que hubiese mandado siempre en mí se metiera de pronto en mi interior y me dijese desde allí: “¡Tú! ¡Eh, tú! ¿Pero qué te habías llegado a creer?”)

...

“Tú”... “¡Eh, tú...!” me decía.

¡Y yo, claro, yo no sabía qué contestar!

Mejor dicho, lo que pasaba es que no sabía *quién* contestaría. (Porque yo... ¿Quién había de contestar? ¿Quién? ¿Arturo? ¿Juan...?)

¡Vaya, ya está terminando de comerse el emparedado! (Para sostener el plato necesitará las dos manos, porque como está el caldo tan caliente...)

¡Qué Maribel! Mientras lo mordía me ha mirado de reojo. (¡Cómo busca la manera de darme las gracias!)

Ya le llega el turno. (Si anda despacio la alcanzaré. Como no hay más que uno entre los dos...)

(Aunque no podamos hablar, pero bueno... ¡Siempre gusta! Sí, me parece que la podré alcanzar).

—Gracias, gracias, ya está bien; solo quiero un poco de caldo.

...

(¡Caramba, si se ha detenido!)

(¡Ah, es que está sujetando el plato con el pañuelo! Claro, así puede tener la otra mano libre. Y es un pretexto para esperarme...)

¡Qué emoción tan extraña! Aunque no nos digamos ni pío, pero... ¡bueno, el caso es que ya estoy a su lado! (Si no estuviera ese guardia plantado ahí...)

¿Pero por qué no la he de mirar? Puedo mirarla con el rabillo del ojo. ¡Al guardia no puede extrañarle que mire a una chica! (Y ya estamos llegando a mi celda...)

¿Pero qué diablos hace? Ese chasquido con los dedos... (¡Menos mal que puede sujetar el plato con la otra mano!)

Pues parece como si quisiera decirme algo. (Esa manera de arquear las cejas y apretar la mirada...)

—¡Eh, usted! ¿Qué leche mira? ¡Ya hará conquistas en la calle! No puede uno distraerse, coño...

(Adentro, adentro... ¡Menos mal que ya había llegado!)

(¡Vaya portazo! Y me ha echado el cerrojo con un talante...)

¡En fin, ya estamos chapados otra vez! (Ahora parece que le habla a ella).

—Y usted no me busque compromisos, ¿eh? ¡No vaya usted a creerse que porque uno es complaciente...!

(¡Pobrecilla! Parece que se disculpa. Está tartamudeando algo. ¡Ya podía haber sido el guardia de la verruga...!)

...

Bueno, a cenar. No lo tomemos muy a pecho. (Como aquí uno no es uno...)

(Primero un poco de caldo, que está calentito y siempre sienta bien).

...

¡Nada, ni mirarse! Está visto que aquí no puedes reconocer ni a tu padre. (¡Pobrecilla! Ya le han amargado la cena).

...

En cuanto tome unas cucharadas me zampo dos o tres emparedados y un poco de fruta y a la cama. A dormir.

(¡Je! ¡Qué optimista! “A la cama...” ¡A cualquier cosa llaman chocolate las patronas!)

...

(¡Pobrecilla! ¡Y como ella tiene encima todo lo que tiene! Con Eduardo ahí...)

...

(¡Bueno, pero es que como en cambio uno está que revienta de alegría por *lo suyo*, pues se siente jovial! No puede uno evitarlo...)

(Porque, mañana nada aún. Mañana, como es todavía domingo... Pero el lunes seguramente ya tengo de vuelta a Rosa. Y con el chico en Valencia podrá moverse por todas partes; como ella sabe hacerlo, como una ardilla).

(Gracias a eso, que si no... Pero como ella sabrá ir al grano yo creo que alcanzaremos esta primera firma del Capitán General. Y enseguida, ya... ¡Nada, luego en veinticuatro horas a la calle!)

...

(Para algo, para algo le habrá de servir la experiencia de la otra vez...)

Sí, me comeré tres. Como mañana traerá Patro otro paquete... (Y enseguida estas dos peras y me acuesto).

...

Porque la otra vez bien que aprendió. Y entonces no teníamos las influencias que ahora... (¡Je! Me la imagino en la Dirección de Prisiones incordiando por todos los despachos para empujar el expediente).

Bueno, pero antes de acostarme he de ver si pido fuego, porque lo que es hoy... (Otros días, nada ¡pero hay que ver las ganas de fumar que tengo hoy!)

...

(Gracias a eso; que si no me hubiese empujado el expediente... La cosa es que me quité de encima un año corrido. Un año de cárcel...)

(Hay que reconocer que está bien eso de que te quiten la cuarta parte de la condena. Aunque luego tengas que salir aún en libertad condicional; total, con presentarte a la policía puntualmente hasta cumplir del todo...)

(Claro que... Eso también es verdad. Si cuando pasa tu expediente a Consejo de Ministros resulta que ya te has cascado quince o veinte años...)

(¡Brrr! Da frío pensarlo.)

¡Ahora que tratándose de una condena pequeña sí que luce!
(Bien, bien que me gustó a mí poder salir un año antes. Aunque me había tirado ya cuatro, pero bueno... un año es un año).

La verdad es que a mí me lució. Y como pudimos casarnos enseguida... (¡Porque tuve la suerte que tuve! Que si cuando me encerraron la otra vez...)

—¡Guardia!

—¿Mmm...?

—Por favor, ¿me da fuego?

—¡Venga, ahí va!... Parece que están ustedes esperando a que entre uno de guardia...

—Gracias. (¿Qué otra cosa le voy a decir...? Con ese talante...)

(¡No iba a pedirle fuego al de antes! Después del broncazo por lo de Maribel...)

...

¡Si me hubieran llegado a complicar con lo del Partido sí que la habríamos hecho buena! Pero como cuando me detuvieron la otra vez...

(Bueno, ahora ya, con el cigarro en la boca...)

(¡Ya está bien! Esta otra pera para mañana. O tal vez de madrugada... La dejaré a mano. A lo mejor me entra sed).

La otra vez...

(No, el pantalón no me lo quito; que esta noche apretará el frío).

...

¡Pobre Toni! No, seguro que él no dijo nada. ¡Bien que aguantó!
(Pero es que cuando las cosas vienen así, tan rodadas...)

Ahora que eso sí; si aquel sábado no me los llevo a encontrar...
(¡Pues hubiera sido por otro motivo! Que también Eduardo cayó al cabo de unos meses...)

El caso es que todo arrancó de aquel día. Aquella tarde gris en la Puerta del Sol. (Fue tan feo aquel verano...)

Yo seguí a Rosa como un autómatas. Entramos en la tienda, compramos la corbata, salimos... “¡Mira, corre! ¡A ver si alcanzamos ese autobús!” me gritó. Y corrimos. Elvira, en la esquina de Alcalá, nos miraba mientras se despedía del hombre. Corrí detrás y alcanzó también el autobús... Como nosotros nos subimos al piso de arriba, ya no la vi. (¡Pero bien sabía yo que iba en el mismo autobús! Vaya si lo sabía...)

Rosa iba tan contenta. Nos marchaba todo tan bien... “Mira, mira, casi nos toca capicúa”. Y me sonrió como una niña repleta de alegría. (No recuerdo siquiera si miré el billete. “Sí, *casi*...” le contesté).

(Y le sonreí...)

...

...

(¡Qué bien! Fumar tranquilo cuando se ha cenado a gusto...)

(Todo está en la manera de hacer las cosas. Y como yo he cenado a gusto...)

...

El humo sube vertical. ¡Ni espirales ni nada! Es solo un hilillo vertical...

(Un hilillo tenue...)

...

(Como aquel día en el café. El sol se acababa, Toni no aparecía... Y el humo del cigarro subía vertical; como un tenue hilillo...)

(Arturo, sentado en el café, miraba y miraba; sus ojos estaban anclados en la calle a través del ventanal. Y se justificaba... Pero Juan le murmuraba por lo bajo: "No volverás, no volverás, no volverás...")

...

¡Je! No volvió, no. ¡Pero para lo que le valió...!

...

(Todavía puedo aprovechar unas chupadas. Como es ya el último pitillo...)

(¡Y enseguida a dormir!)

...

Este hilillo de humo sube derecho, pero claro, tropieza con la bóveda. Como es tan baja... (En cambio yo me pongo a pensar y salgo de aquí. ¡Es como si estuviera ya fuera de aquí!)

(Ahora cuando me suelten habré de andar con cuidado; pero en fin... ¡Al fin podré empezar! Como ya no tendré pendiente ni siquiera lo de la guerra...)

(¡Por fin! Por fin voy a poderme hacer una vida a mi manera...)

...

¡Qué gusto, ver subir el humo cuando tiene uno el alma tranquila!

—¡Aguarde, aguarde un momento! Le voy a dar un poco de masaje.
 (Ya no me acordaba. ¡Bueno, venga el masaje! Lo que le dé la gana...)

...

—...Así que ya sabe, ¿eh? Mañana no vendré... Lo siento, porque si dice usted que para mañana espera visita... ¡Pero en fin, una barba de veinticuatro horas, eso no es nada! Y como le he apurado bien...

—Pero el martes sí que vendrá, ¿no?

—¡Hombre, sí! Porque aunque mi señora se retrase siempre habrá algún huequecillo. ¡Y como la clínica está aquí a un paso...!

(La verdad es que con la mujer a punto de dar a luz... ¡Y el primer chico!)

(Casi, casi, ha sido mejor...Así, con este rato en la barbería se me ha ido la mañana del domingo, como quien dice. Dentro de nada la comida...)

(La cuestión es que nunca puede uno saber... ¡Yo que creía que me tiraría el domingo entero metido en la celda!)

—¡Listo!

(Pues no... No, no tengo moneda pequeña. No pensé en pedirle a Rosa).

—¡Uy, no! De cincuenta no voy a tener cambio...

...

—...No, no me llega... Bueno, mire, si acaso... ¡Eso es! Mire: esto hace cuarenta. Y ahora le dejo a usted en la celda y más tarde ya le llevaré las diez pesetas. ¿Le parece?

—¡Sí, hombre! Claro...

(¡Valiente granuja estás hecho! Y como yo soy tan idiota que luego no te ajusto las cuentas...)

(Claro que por eso... ¡La verdad es que vale la pena! Si no es por él no me ducho esta mañana).

—Ya vamos, ya. Un momentito, que ya vamos...

—¡No, no; si yo no tengo prisa!

(Vale, vale la pena; ¡Y para los días que me quedan! Ahora, que habría que ver cómo trata este a los demás).

(A la gente así... como “El Tristezas”, pongo por caso).

...

—Ale, vamos.

...

(Menos mal que va arreglando ese paquete. Así me deja tranquilo, que si no... ¡Con lo cotorra que es!)

...

(Ese que va delante... ¡Si parece Eduardo!)

(Lo llevan hacia adentro, así que... Se ve que viene de arriba. Por los andares del guardia... Parece que tiene prisa).

(A ver si dobla por mi pasillo... ¡Sí! Sí, es él. Tiene ese perfil tan suyo...)

(Pues va a pasar por delante de Maribel. Más de una vez lo habrán pasado por allí. ¡Toma y por delante de mi celda! Lo que pasa es que como uno suele estar echado...)

...

(Ya le han chapado. ¡Caray, qué deprisa han ido! Claro que como nosotros vamos pisando huevos...)

—¡Vaya, ya está! Ya tengo listo el paquete. Así le dejo a usted y me voy directo a la calle, sabe... Bueno, ya parece que llegamos.

(Ahí vuelve el mismo guardia. Se ve, se ve que lleva prisa. Y como da esas zancadas tan largas...)

(¡Ah, pues se ha parado ahí!... Esa es la celda donde estaba “El Tristezas”).

—... Así pues, quedamos que hasta el martes, ¿no es eso?

—Eso es; procure no olvidarme, porque como a partir de mañana volveré a tener visita todos los días...

—Descuide. ¡Adiós!

—Adiós.

(Ya se olvidó de las diez pesetas. No, si...)

(¡Julio!!)

¡Lástima! Por un segundo...

Si llega a tardar un segundo más en cerrarme me ve, seguro.

Porque yo le he visto a él perfectamente. (¡Qué impresión da verle así! Con esa barba...)

¡Julio! También Julio... (Ahí. ¡Salía de la celda del “Tristezas”!)

(¡Era de suponer! No creo que tenga nada de particular; cuando una redada va de veras... ¡Por de pronto, hasta el gato!)

(¡Natural, de primera intención echan el guante a todo el que sale a relucir en las declaraciones!)

(O en las notitas; las agendas...)

¡Así que también Julio! (A este paso toda la tertulia de casa...)

Claro, han bajado a Eduardo y ahora le suben a él. (Se ve que no ha terminado el baile...)

Pues debe de llevar aquí varios días (Esa barba...)

...

(¡De buena me he librado! Estoy viendo que me he librado por tablas...)

A este paso voy a estar rodeado de amigos por todas partes.

(Como la otra vez).

...

Eduardo, Maribel, Julio... Seguro que estará también Andrés. (Como no se haya largado a tiempo...)

...

(Ya se nota el olorillo del rancho).

...

Está visto que nunca se encuentra uno solo. ¡Mira tú por dónde, resulta que estoy rodeado de amigos! Como la otra vez.

(Como la otra vez...)

...

Habrán destapado las ollas para ver cómo marcha; por eso llega ese olor de rancho. (Pero eso no quiere decir que vayan a dar enseguida la comida. Además, ya avisarán...)

...

Eso, me taparé con la piel nada más. ¡Total, para estar un ratito echado! Y como voy de trapillo... Para eso llevo este traje; para poderme arrugar).

(En cuanto oiga que arrastran las perolas, me levanto).

...

Julio ahí, a la derecha; ¡bueno, enfrente pero a la derecha, donde estaba “El Tristezas”! (Lo habrán metido ahí al sacar al otro, pero eso no quiere decir que no llevase más tiempo aquí; lo habrán trasladado de calabozo). Maribel, a la izquierda, a esta misma mano; total, un par de celdas más adentro. Y más adentro aún Eduardo; a la vuelta del pasillo. (Eso que yo sepa. Porque seguro que habrá más).

Tiene que haber más. (Siempre resulta que hay más).
(Siempre, siempre resulta que hay más. Como pasó la otra vez...)

...

Con la piel, da gusto; se entra enseguida en calor. (¡Y acompaña tanto el sentirse calentito!...)

—¿Quién quiere mear? ¡Venga, el que quiera que aproveche ahora, antes de la comida!

(No, que se está aquí muy a gusto...)

...

¡Je! El primer día salí pitando; en cuanto lo dijeron...

Y el caso es que esta es muy buena hora para oír el bullicio; esta es la hora del jaleo en la Puerta del Sol. Ahora a mediodía es cuando mejor se oye el clamor de la gente, el resuello de los autobuses... Claro, es que es la hora de ir a comer; el que más y el que menos tiene que irse corriendo a casa para volver luego al trabajo.

(Bueno, pero aquí se está muy calentito. ¡Y total, dentro de nada voy a estar también yo ahí! Ahí arriba...)

...

— (“El resuello de los autobuses”...)

¡Je! ¡Si fuera uno a saber! Cuando una persona corre para no perder un autobús puede ser por tantas cosas... (Desde luego, porque si el autobús resuella así es que va a arrancar. ¡Pero la prisa, la prisa! La prisa por alcanzarlo puede ser debida a tantas cosas... Aunque no sea la hora de comer).

...

No recuerdo bien qué hora sería... (¡Y qué más da!) Desde luego era una tarde gris...

Cualquiera que hubiese visto correr a Elvira para no perderse el autobús podría haber pensado: “Esta chica debe ser de esas puntuales, de las que le gusta llegar a su hora adonde sea”. Porque como detrás del nuestro había otro autobús...

(Pero solo yo sabía la verdad. Solo yo podía saber por qué se daba aquella carrera...)

...

Desde luego, Elvira es de las que hacen bien las cosas. (¡Vaya si lo hizo bien! Me tuvo casi una semana en vilo...)

Rosa no se dio cuenta de nada. Y yo mismo llegué a pensar si habría perdido el autobús... (Después de haber transcurrido cerca de una semana sin que diese señales de vida era para pensarlo).

(¡Je! “Pensar”. ¡Ya, ya! Desear, desear... Lo que llegué a pensar fue en Santa Rita, para ver si lo había perdido...)

...

Lo hizo bien y muy discretamente; las cosas como son. El día que me abordó no pudo llamar la atención de nadie; nadie, ni los porteros de casa pudieron tener tema que cotillearle a mamá. (Claro, es que iba bien aleccionada...)

Ya había transcurrido como cosa de una semana. Y un buen día, cuando me iba por la mañanita al trabajo, el tropezón. Es natural, tropezar con una chica que dobla la esquina en dirección contraria, es una cosa natural). “¡Ay, chico, pero eres tú!” —“¡Oye, si no me llegas a decir nada...! ¡Cualquiera te conoce! Estás guapa y todo...” —“¡Majadero! Siempre le queda algo a una ¿No? ¡Je, je! ¡Oye, pero qué alegría...! ¡Y mira por dónde! Porque si supieses las ganas que tenía de charlar contigo...” —“Pues también yo”. —“Pues las cosas en caliente, chico. ¿Quieres que nos veamos a mediodía? Porque ahora llevo prisa...” —“Sí, yo también tengo prisa; no puedo entretenerme porque voy al trabajo”. —“Bien, pues entonces mira... Además, así de paso conocerás a mi novio...”

...

(Natural. Todo aquello era tan natural... ¡Hay que reconocer que Elvira lo hacía bien!)

...

¡Su novio! “De paso conocería a su novio”.

(“Así que” —pensé, claro— “aquel hombre era su novio”).

...

Se me hacía raro, pero en fin...

(¡Su novio! Toni... ¡Nada menos que Toni! ¿Cómo podía yo imaginar...? ¡Vaya emoción que me entró cuando le vi! Me quedé sin palabras en el cuerpo. Menos mal que como en esas ocasiones se dan esos abrazos tan fuertes y se dicen cosas tan banales...)

...

(¡Toni! “Su novio”...)

(¡Pobre Toni!)

...

No, si recuerdo todo aquello me voy a poner triste. (Y no estoy ahora para tristezas...)

Además, no fueron más que cuatro días. (Tal vez unas semanas...) ¡Nada, total cuatro días! (Claro, como Toni había llegado de Francia el mes anterior... Naturalmente, estaba todo a medio organizar aún. Por eso le pareció muy bien que de momento mantuviéramos solo un mero contacto. En cuanto se lo indiqué. Nada más que un contacto, y con él; así podría yo mientras tanto seguir con lo de la FUE...)

...

Ahora que en aquel breve tiempo pude darme cuenta de lo que le pasaba. Porque el primer día, nada; aquel día lo encontré tan lógico. Él me lo explicó: “Es que así se trabaja mejor. Si tú vas siempre con la misma chica como si fuereis novios, llamas menos la atención; puedes ir si quieres a los mismos sitios, estarte de palique en voz baja todo el rato que te haga falta... (En realidad no necesitaba explicármelo. Ya sabía yo que había que pensar siempre en la policía...)”

...

La cuestión es que me encontré como acorralado. Porque a Elvira, a cualquier otro camarada, sí, se lo hubiera dicho. Podría haberle dicho: “Mira, me voy a casar, así que... Ahora lo primero para mí va a ser mi mujer; ya puedes comprender... Bueno, mira, dejemos al menos que pase el tiempo; cuando reflexione ya volveremos a hablar”... Pero a Toni no; a Toni no podía espetarle todo eso así como así.

Toni no era un camarada al que te han presentado el otro día. Toni no era solo “El Partido”. Toni... (Resultaba que entonces Toni me parecía más que todo eso: claro, era *el amigo*. El amigo de siempre. Un trozo de mi vida...)

Toni era como el principio de mi propia vida que se levantaba de pronto ante mí. (Entonces. Cuando ya mi vida era otra vida...)
(Cuando yo ya era otro yo).

...

Así que lo mejor... Eso es, por eso le propuse que nos marchásemos una mañana a la Casa de Campo. Para poder charlar, charlar... (Así podría explicarle lo que había ido siendo mi vida. Y así tendría que entender lo que estaba llegando a ser. Tendría que entenderlo...)

...

Lo que pasó es que cuando por fin fuimos aquel día a la Casa de Campo yo ya me había dado cuenta de que él y Elvira... (Sobre todo él. Aquella cosa tan honda que se le veía en la mirada...)

(¡Y teniendo que hacer de “Novios”! Eso era lo peor).

(Eso, ponerse los dientes largos... ¡Desde luego, tenía que pasar muy malos ratos!)

...

No, yo no podía ponerle el dedo en la llaga. ¡Ya veríamos! “Ya veremos”, me decía a mí mismo. “Ya veremos cómo se lo digo. Porque de algún modo se lo habré de decir”.

Y así fueron pasando los días, los días...

Hasta aquel día en el café. Aquel día de la cita en el portal. (Septiembre del cuarenta y seis...)

...

(¡Es curioso! Al acordarme otra vez de aquel día del café...)
Es curioso. Me están entrando ganas de fumar.

—Gracias, muchas gracias. ¿Quiere usted también un pitillo?
—¡Hombre, bueno! Siendo inglés... ¡Esto no se fuma tós los días!

...

(Este guardia es sencillote. Me recuerda un poco al Maño).

...

(El Maño tenía talla de Guardia de Asalto. Bien podía haberlo sido... Y hubo guardias de aquellos que lograron seguir en el Cuerpo al acabar la guerra).

(Este es un tío sencillote. Y ya sabe por qué estoy aquí... Sí, parecía buena persona).

...

El humo ahora no sube derecho. Como no paro de dar vueltas...
(Pero es que ya estaba cansado. Se cansa uno de estar acostado...)

(Y ahora mismo nos abren para la comida. Ya están arrastrando por ahí las perolas...)

¡No, ya no me echo! Seguiré dando vueltas.

...

El humo sube derecho a condición de que uno esté quieto y que no se mueva el aire. Pero como ahora no paro de dar vueltas...
(Cuando alguien abría la puerta del café pasaba igual. El soplo de aire que entraba inclinaba el humo del cigarro. Como ahora...)

Cada vez que notaba el aire a mis espaldas, aquel hilillo tenue se inclinaba. El humo resbalaba a veces sobre la mesa... “¡A ver quién ha entrado ahora!”, pensaba. (Lo pensaba sin moverme, claro. Como si nada. Porque podía ser la policía... Pero paseaba la mirada con disimulo hacia la puerta).

Un par de horas sí que llevaría allí. ¡Ya lo creo, con la cantidad de cosas que había estado recordando! Lo último que recordé fue lo de la Casa de Campo; el paseo aquel con Toni. Como había sido tan pocos días antes... (Y que si no llega a ser por lo de Elvira tal vez le hubiera llegado a decir...)

Ya estaba a punto de levantarme. Ya había pagado y todo. Y entonces se abrió de nuevo la puerta. El aire arrastró todavía el humo, porque acababa de aplastar la colilla en el cenicero. El bulto de quien fuese avanzó hacia adelante, dándome la vuelta... Eran tres personas. Sí, tres. Dos hombres y una mujer, ya se les veía de espaldas... Avanzaban

hacia una mesa de las que quedaban vacías en el centro. Casi enfrentito de mí. Se sentaron... ¡Y sentí un porrazo en el corazón!

¡La mujer era Elvira!

...

(No, eso tampoco. ¡Para qué recordar lo que sentí!)

(Pues... Que algo me empujaba con fuerza hacia afuera. Que una voz me decía “¡Vete! ¡Lárgate, que es la poli!” Y que otra voz decía al mismo tiempo “Bueno, pero aguarda. ¡No te vas a marchar enseguida! Aguarda un momento y sal luego despacio...”)

Uno de los hombres paseaba la mirada como buscando al camarero. Elvira le ayudó. “Me parece que es aquel”, dijo. Y levantó la mano chasqueando dos veces los dedos.

Sentí entonces otro porrazo en el corazón. Y la primera voz me lo repitió muy bajito: “Vete, vete...” Porque Elvira llamaba al camarero que me había cobrado hacía un momento; estaba todavía en la mesa de atrás. ¡Pero mientras le chasqueaba los dedos me miraba a mí! (La cosa estaba clara...)

(¡Aquella, aquella vez sí que me libré por tablas!)

(Hay que reconocerlo, desde luego Elvira trabajaba bien...)

...

(También es verdad que caí un poco después. ¡Pero ya fue otro cantar! Como me detuvieron por lo de la FUE...)

¡Vaya mes aquel! (Septiembre del cuarenta y seis... Y octubre). Y después, ya... (A todo se hace uno, a todo). Después ya fue... pues nada, ir desgranando los días. Pero aquel primer mes de encierro, de septiembre a octubre...

Porque en total sería eso, un mes: como unos quince días aquí, en un calabozo de estos; luego los diez días de período en la cárcel, y después casi otros cinco días hasta que pude recibir la primera visita. Aquella primera comunicación de Alcalá, con las sienes pegadas a los barrotes... (Papá, mamá y Rosa. Los tres... Dos caras de funeral y otras dos cubiertas de lágrimas...)

(¡Bueno, vamos a dejarlo estar!)

¡No es cosa de pensar ahora en aquello! (Además, parece que traen la comida...)

Sí, ahí están ya las perolas.

Estas siestecillas tranquilas son las que engordan; así parece que ha comido uno mejor y todo. (¡Y tanto! Como decía el abuelo en los años del hambre: “Hacen de segundo plato”).

(Bueno, eso de tranquila...)
¡Menuda pesadilla he tenido!
(¡Y tan estúpida, como todas las pesadillas...!)

...

Lo que he soñado al principio era bastante natural: Maribel, cantando... (*El café de chinitas*. Al principio cantaba eso...) Y luego, claro, pues bailando. (Con un vestido encarnado, a lunares blancos... ¡A ver, es lo suyo! ¡Je! La cola de faralaes se le enredaba a veces entre las piernas...)

Y el caso es que después bailaba ya como una reina. (Como Rosita, la de Zambra...)

...

(¡Je! ¡Cómo le gustaba a míster Hopkins ver bailar a Rosita! Lo malo es que se me ponía confidencial. Me decía al oído: “¡*Spain is wonderful!*” Y casi me convencía).

(Desde luego, es que Rosita es un portento; pero vamos, ¿qué tendrá que ver...?)

¡El caso es que Maribel bailaba y a veces tenía la cara de Rosita! Parecía talmente que estuviésemos en Zambra... Y Maribel-Rosita decía: “¡Pericón, vamonó pa Cái...!” Y Pericón se arrancaba con la guitarra. (Y todo el público tenía entonces cara de míster Hopkins. Y me repetían todos a coro, por lo bajini: “¡Wonderful! Spain is wonderful...” De cuando en cuando se dirigían al camarero; ahora que eso era ya con cara de amos: “¡Scotch!”)

(¡Bueno, es que en Zambra sirven buen whisky, caray! Cuesta lo suyo, pero es del de verdad).

Ahora que lo más chocante era cuando... (¡Lo que son los sueños!) De pronto Maribel-Rosita dejaba de bailar al son de la guitarra; se inclinaba hacia el público, al borde mismo del tablado, y se contoneaba majestuosamente al compás de sus propios pitos. Sus ojos se clavaban en mí; el busto echado hacia adelante, las manos arqueadas sobre la cabeza, chasqueando los dedos... Al mismo tiempo, de pronto, Pericón y el otro guitarrista ponían cara de policías. ¡No, no; es que eran ya un par de policías; y Zambra no era ya Zambra, era el café aquel! Y Elvira, con los ojos clavados en mí, chasqueaba los dedos, como llamando al camarero...

...

(¡Je! ¡Lo que son los sueños...!)

¡Ah! Y luego Elvira ponía cara de Maribel y cantaba otra vez *El café de Chinitas* mientras los policías sorbían su café haciendo ruido. (Con las ganas que me entran de estrangular a los que sorben haciendo ruido... ¡Je!)

Lo que pasa es que en los sueños siempre queda alguna imagen que es la que domina. Y esta vez ha sido la de Elvira, chasqueándome los dedos y clavando en mí sus ojos. Con aquel gesto... (Arqueando las cejas y apretando la mirada; como diciendo: "Lárgate, lárgate, lárgate...") En realidad, aunque no hubiese chasqueado los dedos... ¡La cosa estaba bien clara! Aquel gesto era para que me largase. ¿Para qué otra cosa podía ser?

(¡Alto!!)

...

¡Alto...!

(¡Qué golpe, otra vez! ¡Qué golpetazo en el corazón...!)

...

¡Alto, alto! (Pero tranquilízate).

Así que...

¡Naturalmente, no podía ser más que para eso! Anoche, cuando me encontré con Maribel al ir por la cena... (¡Porque justamente fue eso lo que hizo: chasqueó los dedos...! Flojito, claro).

Chasqueó los dedos. (Y arqueó las cejas y apretó la mirada...)

...

(¡Qué escalofrío tan absurdo! Y sin embargo, ya está; ya tengo ahí esa especie de calorcillo, junto al corazón).

...

...

¡Bueno, vamos a ver! Vamos a pensarlo un poco...

(¡Nada, no hay nada que pensar! El gesto de Maribel está bien claro. Aquel chasquido de los dedos era para advertirme que me he de largar).

Maribel quería decirme que tengo que largarme, eso es. ¡Y eso que ella sabe perfectamente que yo de aquí no me puedo largar!...)

Bueno, pero es que pudo muy bien haberse enterado de mi detención antes de que la detuviesen a ella; como estas cosas se saben enseguida... Y como yo no tengo nada que ver con lo de ellos... Eso, eso es: Ella sabe que mi detención es un asunto de guerra; nada, que me van a echar a la calle; y ahí está el asunto, lo que quiso decirme es que en cuanto salga a la calle tengo que desaparecer del mapa. Que me he de largar...

¡Claro, la razón ya me la sé yo; las dichosas reuniones! Habrán salido a relucir las reuniones. Y... (El caso es que siendo así ¿cómo no me han llamado a declarar?)

En fin, que en cuanto salga de aquí he de largarme. Eso es lo que me quiere decir. ¡Para qué darle más vueltas! (Así que en cuanto venga Rosa... sí, habrá que ir preparando el terreno).

¡Total, que no vive uno más que para sustos!

...

(Pues si no llega a ser por la pesadilla en cuestión... ¡También soy yo lerdo! Ya podía haberme dado cuenta anoche...)

No, ahora no es cosa de ponerse a barrenar. ¡Eso faltaba, que empezase a amedrentarme a mí mismo! (El aviso de Maribel, en definitiva, no es otra cosa que una medida de precaución, nada más).

No hay para tanto; que al fin y al cabo no me han molestado aún para nada...

(¡Bueno, pues tendré que distraerme! Si no quiero pensar en esto habré de entretenerme en algo).

¡Je! ¡“En algo”! ¿En qué demonios me voy a entretener?

(¿Cómo que en qué demonios? ¡Pues en lo que te has entretenido todos estos días!)

...

Es verdad. Ya llevo recordando...

...

Sí señor, cuatro días: cuatro días enteritos, porque hoy es ya domingo; y por la tarde... (A esta hora vendría a entrar el miércoles, poco más o menos. Que ya pasó la siesta...)

...

¡Tiene gracia! Solamente con haber echado cuentas del tiempo que llevo metido aquí, parece que me he tranquilizado un poco.

(Recordar, recordar, recordar...)

Lo chocante es que de pronto se me han ido hasta las ganas de fumar.

...

¡Je! ¡Vaya pesadilla...!

(Cuando vaya a Zambra se lo tengo que contar a Rosita).

(¡Lo que pasa es que allí ni ella ni nadie se imaginará que yo...!)

(¡Bueno, pero Rosita no es míster Hopkins! Supongo que ya estará curada de espanto... Aunque tenga que pensar de mí que soy eso que llaman “un rojo” lo pensará por lo menos como hay que pensarlo en España; no como un míster Hopkins cualquiera...)

...

¡Ah, y llevaré a Rosa y se la presentaré! (Alguna vez he de ir sin los americanos)... Tendré que decir: “Rosa, esta es Rosita”. (Y luego, cuando salga al tablado: “Vas a ver bailar a una faraona...”)

Sí, sí, antes de irnos a Buenos Aires quiero que la vea bailar. ¡Que a saber cuándo podremos regresar a España!

(¡Toma, claro! Habrá que irse a Buenos Aires...)

(Habrá que largarse; ¡a ver qué remedio!)

(Que yo a la cárcel no vuelvo otra vez).

...

“A la cárcel”.

(“Otra vez...”)

...

¡No, con una vez ya está bien!

(Ya está bien con la otra vez...)

...

Y la otra vez empezó igual; en un calabozo de estos...

...

(Bueno, pero eso es una estupidez recordarlo ahora. ¿Para qué recordar lo que está uno viendo...?)

No, las celdas no estaban recién pintadas... ¡La de rótulos que había! Yo creo que los nombres de todos los partidos de España estaban escritos por las paredes.

Ni estaba entonces Eduardo. Él cayó después, hacia la primavera del cuarenta y siete; cuando Nicolás y Manolo... Eso es, porque después de mi detención pasaron varios meses. En cambio, yo...

(Bueno, el caso es que el pobre Eduardo también está ahora por segunda vez).

A Toni y Elvira los detuvieron el mismo día. Y yo ya no regresé a casa; en cuanto vi la seña de Elvira salí del café y me fui en busca de Rosa, para que avisase a papá (¡Pobre Rosa! Razón tenía, “o dentro o fuera”. Si queríamos casarnos... ¡Y tuvo que ser de la manera más estúpida; porque entonces, realmente...! Eso es, yo entonces no estaba ni dentro ni fuera de verdad).

...

¡No puede uno confiarse! Mientras ves correr el agua siempre puedes mojar te... Porque el caso es que me detuvieron cuando menos lo esperaba; como ya habían transcurrido varios días, y había vuelto a casa y todo... (¡Pobres padres!, ¡qué susto, otra vez...!) Pero es que, claro, vas tejiendo red, y luego te encuentras rodeado de hilos. ¿Cómo iba yo a suponer que el chico que se había encargado de la FUE en Zaragoza fuese hermano de un enlace de los guerrilleros del Pirineo? (Claro que como la cosa había venido por Toni...)

(Bueno, pero es que de eso me enteré en la cárcel. En Alcalá).

La cuestión es que a los pocos días de caer Toni, Elvira y aquellos otros, ¡paf! ¡la primera redada de la FUE! Medio comité de Madrid y varios delegados de Facultad. (Y yo...)

(Yo, y eso que en realidad... ¡Yo entonces ya no pinchaba ni cortaba!)

(Que para algo me iba a casar).

...

Cuando Toni me recuerde, seguro que se acordará de la última vez que me vio; aquí, en un calabozo de estos. (Bueno, pero fue allá, al fondo: en "La Siberia").

Yo le vi desde la mirilla, con la nariz entre los barrotes; lo bajaban de declarar. (Aquella mirada de perro acosado... Ya se le notaba, ya, la sombra azulenca junto al ojo. Por lo visto al día siguiente tenía media cara casi negra. Por lo menos el trozo de cara que le vio Díaz...)

¡Qué descanso, cuando al fin fuimos a la cárcel! La cárcel significaba al menos el fin de los interrogatorios. (¡Y qué descanso, sobre todo, cuando supe que a Toni y su grupo los habían puesto en otro expediente!)

...

Sí, parece mentira. Da casi vergüenza decirlo, pero ¡ya lo creo!, la cárcel fue un descanso. Como una cura de reposo; allí se me sedimentaron las ideas, se fueron posando los sentimientos; fueron naciendo y haciéndose firmes nuevas maneras de ver la vida...

Y murieron otras.

Eso, porque allí murió Arturo.

...

La verdad es que ya estaba moribundo, pero por si fuese poco... Eso es, allí acabó de morir.

En Alcalá.

...

(No, eso sí que no. Recordar ahora la vida de la cárcel sería como volver allí otra vez).

(No, ya está bien...)

¡No sé qué me pasa hoy pero no estoy para recuerdos! (Tal vez si me pusiera otra vez a fumar...)

Es que... ¡Siempre lo mismo! Siempre igual; te encuentras a cualquiera, y enseguida el abrazo, la charla... (Y siempre, siempre el mismo tema: la guerra o la cárcel, la guerra o la cárcel, la guerra o la cárcel...)

...

Y si vamos a mirar... Lo bueno del caso es que cada cual ha pasado algo en la cárcel que es lo que no les suele contar a los demás. (Y que es lo que a veces hasta llega a olvidar...)

(Sí, sí; lo decía por eso. Por lo de Arturo).

(La muerte de Arturo...)

...

Tú puedes estar muriéndote durante mucho tiempo. Puedes vivir tiempo y tiempo como un cadáver. Pero llega un día en que respiras por última vez. Un día en que la última razón de vivir ha abandonado tu cuerpo... Y, naturalmente, ese es el día en que definitivamente has muerto.

...

Era en invierno, de eso sí me acuerdo. ¡Hacía un frío que pelaba! Aunque nos sentábamos en los petates y nos cubríamos con las mantas, los pies se nos quedaban helados. (Los dedos de las manos se me habían puesto colorados como tomates).

Aquel día vino también Luis a ponerme la inyección balsámica; un camelo de aquellos para la tos... (Ya era el segundo día que venía. Como él era enfermero y convenía que se moviese de un lado para otro, el Partido había resuelto que no se incorporase a la huelga de hambre; así podría servir de enlace entre todos los rincones de la cárcel).

La huelga estaba ya en su tercer día. Bueno, en realidad no llegaba aún a las cuarenta y ocho horas, porque como Luis vino a eso de las tres de la tarde y el plante se había declarado a la hora de cenar, un par de días atrás... Pero lo cierto es que era ya la tercera jornada. Tres días de tensión, de una calma expectante y angustiada. La calma era en nuestras galerías, las del ala izquierda de la prisión. Porque en las del ala derecha era precisamente donde estaban encerrados los amotinados. Todo el Partido.

Al fin habían logrado aislar al Partido. Y la cosa había resultado asombrosamente sencilla. (Yo pensé que incluso algo más que estúpida...) Como el Director ya estaba en antecedentes, reforzó el servicio de guardianes en el comedor. Apenas comenzó el reparto del rancho se cumplió la consigna; las cucharas golpearon los platos de aluminio vacíos, volcados sobre las mesas. El estruendo enardecía a la gente; las miradas encendidas saltaban de mesa en mesa. La expectación nos aprisionaba como una tela metálica... De pronto, los tres toques de ordenanza; el Director. Todos en pie. Se hizo el silencio.

Era un hombre listo, desde luego. Avanzó cojeando hasta la cabecera de la nave, cuchicheó con los oficiales unos momentos y luego levantó la voz. Una voz sólida, de esas que te convencen enseguida de que el asunto va de veras. Hablaba pausado; seco, enérgico; como cortando el aire aquel tan espeso... (Yo diría que con su poquillo de ironía y de triunfo). Solo dijo cuatro palabras: "Señores, por lo que parece hay una parte de ustedes que no quiere cenar. ¡Perfectamente! Como ustedes comprenderán no se lo voy a poner en la boca. Ahora bien, como a mí me gusta simplificar y hacer las cosas con cierto orden,

por de pronto van a salir al patio”. Se volvió hacia los oficiales. “¡Venga, los que tengan los platos vacíos que salgan a formar al patio!” –La última frase había sonado como un latigazo.

Yo creo que el frío hacía más premiosos la inquietud y el silencio. ¿Por dónde reventaría aquello...?

¡Je! ¡Vaya si reventó! Como que se ve que lo tenían todo bien previsto. Por de pronto, la primera medida: varios oficiales fueron anotando los nombres y las galerías de los que estaban formados. Y mientras tanto los demás cumplíamos la otra orden: a concentrarnos con todas nuestras cosas en las galerías de la izquierda.

Así se comprende que cuando al anochecer vino el juez a visitar la cárcel, al Director le bastó con pasearle un momento por el patio y señalar con el bastón alternativamente las dos naves; hacia la derecha, con ademán cortante; la punta del bastón, suspendida en el aire, inmóvil, señalaba firmemente el conjunto de las galerías que formaban aquel cuerpo del edificio. Seguro que le estaría diciendo: “Ya tengo ahí a todos los comunistas”. Luego, al señalar hacia nuestra nave, el bastón osciló varias veces, como haciendo ochos; la cosa estaba clara; el Director le explicaba al Coronel que en aquella otra ala estábamos revueltos todos los demás.

Los dos ocupaban el centro de un semicírculo respetuoso, rígido; la comitiva que les seguía: oficiales y guardianes de la prisión, y los militares que acompañaban al juez.

(Claro. Claro... El juez miraba a todas partes como si fuese el amo. Mejor dicho, como una especie de señor feudal... Todos los que estábamos allí dependíamos de él. Todos, hasta el último gato. Por eso paseaba la mirada en torno suyo con aquel aplomo posesivo).

El Coronel. El Juez. (“Don Eugenio”...)

¡Je! Había matices, naturalmente. Para los funcionarios de la cárcel, el juez era “El Coronel”. Cuando hablaban de un coronel no podía tratarse más que del “Coronel”. En cambio para los presos el coronel aquel era “El Juez”. (Como quien dice, la negra Providencia...) Luego, había aquellos pocos presos... ¡En fin, allá ellos! Pero para unos pocos era “Don Eugenio”. (¡Quién sabe! Acaso así la imagen uniformada de la Providencia les pareciese menos negra. ¡Que en cuestión de ilusiones...!)

Con el director los matices eran un poco más variados. Como el pobre hombre cojeaba un poco, una grandísima parte le llamaba “Patachula”. (Y si no, le hubieran llamado cualquier cosa; peor fue luego, al de Ocaña, que le llamaban “Cuernos de oro”...) Sin embargo una gran parte de nosotros se limitaba a referirse a él llamándole sencillamente “El Director”, sin más; eran pocos, muy pocos, los que sentían

la necesidad de hacer la cosa un tanto barroca: “El Señor Director”. Acaso para evitar este barroquismo algunos de ellos preferían referirse a él de una manera familiar: “Don José”. Pero lo chocante es que precisamente estos últimos solían ser los que evitaban llamar “Juez” al juez y le llamaban también “El Coronel”.

(El caso es que entre unas cosas y otras todo aquello me iba dando un cierto asquito...)

...

(Cuidado. ¡Cuidado, no seas demasiado mordaz! No dejes de reconocer que aquella cárcel tenía mucho de sublime... Sí, sí; de sublime. Con porquería y todo; a pesar de que todo “aquello” te diese asquito...)

(No me negarás, por ejemplo, que los que hicieron aquella huelga de hambre pasaron hambre; y que aguantaron palos en las celdas; y que todos teníamos el corazón en un puño cuando al entrar en la mañana del cuarto día todavía gritaban, gritaban...)

(Y no me negarás tampoco que los que no fueron en aquella ocasión a la huelga tenían sus razones para hacerlo así... Y que era también gente que se la jugaba, llegado el caso).

(No, no seas mordaz...)

...

¡No, no tengo ganas de fumar!

(No sé qué diablos me pasa hoy, pero el caso es que... Pues eso, es como si tuviese un demoniejo por dentro del cuerpo...)

No tengo ganas de recordar nada. Enseguida me cabreo... (¡Está visto! ¡Hoy nada me parece bien!)

¡Tiene gracia! Es como si hubiera dicho alguna mentira. (Como si *algo* fuese mentira...)

....

¡Bueno, sigamos! (Sigamos, sí, Sigamos... Mejor será).

Sigamos, que ahora viene lo bueno. (En fin, “lo bueno”... Es lo bueno porque es el final).

Aquella tercera conversación con Luis fue como un punto final. (En aquella conversación fue cuando acabó de morir Arturo).

...

Como la cosa estaba muy seria y se nos había prohibido salir de las galerías, Luis venía a mi petate para ponerme aquel camelo de inyección. (Para poderme hablar).

Le repetí brevemente lo que le había explicado el día anterior. Pero en vista de que volvía nuevamente a la carga, para conseguir que me incorporase a la huelga, se lo expliqué ya del todo.

...

(Como de cuando en cuando se levantaba el clamor de los gritos en la otra nave, los dos teníamos el alma oprimida. ¡Bueno, al menos yo!)

Para poder llegar hasta el final me acordé varias veces de aquel regreso con Toni de la Casa de Campo; de aquel trecho que caminamos silenciosos, entre las casuchas míseras de la orilla del Manzanares, por detrás del Palacio de Oriente. “No”, me repetía, “no he de flojear. Esta vez he de llegar hasta el final”...

“Mira, Luis”, empecé a decirle, “he tenido ya muchas reuniones con el comité del Partido. ¡Sí, sí, con el Uno y todo! Hemos tocado todos los palillos que había que tocar y me he destapado con él por completo. Ya llevábamos más de una semana con lo mío, demasiado lo sabes tú. ¡Ahora que esto de la huelga, mira, ha acabado de decidirme! Comprenderás que si yo había planteado ya mi separación del Partido no voy ahora a aplazarla por una razón de aparente dignidad... Sí, sí, aparente; de mera apariencia... Mira, ya he hablado de todo lo que tenía que hablar y creo que lo mejor sería que me dejaseis tranquilo. ¿O es que creéis que yo soy al estilo de *La noche quedó atrás*? Bien sabes tú lo que opino de esa clase de folletines, así que... ¡No hombre, claro que no! ¡Claro que no me voy a negar a hablar contigo! Hablemos de lo que quieras, venga. Solo que, ya sabes, no te hagas ilusiones porque conmigo ya no hay nada a hacer. ¡No sé cómo el Uno no quiere comprenderlo! Es más, con el Dos, como ya sabes que es un hombre muy preparado —para algo es profesor de Filosofía—, he llegado hasta los últimos rincones de las cuestiones que hemos discutido. Admito que en muchas está en lo cierto, que tal vez tengan validez general... ¡Sí, hombre sí, eso no te lo discuto!, ¿cómo no voy a admitir que el mundo en que vivimos es una mierda?... Sí, también te acepto eso. La burguesía imperialista tiene que mantener esa mierda porque es lo que la alimenta. ¡Si de todo eso estamos al cabo de la calle! Eso no es ninguna novedad para mí... Eso también, ¡no faltaba más! Naturalmente que hay que hacer un mundo mejor para nuestros hijos... ¡Bueno, pero es que no me dejas hablar! Y quien tiene que escuchar eres tú. ¿No?... ¡Hombre, me excito porque me estás cargando! Me estás queriendo poner una barba vulgar y corriente; e inútil... Sí, porque estás perdiendo el tiempo. ¡Yo ya no pertenezco al Partido, así que no contéis conmigo! ¿Está claro?... ¡Caray, no es que me enfade! Es que... ¿No oyes? ¿Oyes el griterío...?

(Otra vez se levantaba la ola de los gritos. Era como una ola desmayada, de esas que llegan a la playa sin fuerzas. Porque era ya el tercer día...)

Aquel Luis era un buen chico; desde luego, tenía buena pasta...

Cuando comprendió que lo que estaba haciendo era estropear más la cuestión, prometió no interrumpirme.

“Acabas de tocar el punto sentimental, Luis. ¡Que si el pan de nuestros hijos, que si su futuro, en fin todo eso! Bueno, pues mira, si nos referimos a nuestros hijos, lo que habrá que asegurarles será un pan de hoy, el de ahora ¿no? El de cada día... ¡Y si no, pues habrá que ser más exactos! En lugar de hablar de la lucha por el pan de los hijos y tal, será más correcto referirnos al pan de los nietos, o vaya usted a saber... ¡No, no lo tomo a broma, no! ¡No sabes tú bien cómo estoy yo por dentro...!”

...

(Va a ser cosa de atisbar, a ver si puedo pedirle fuego a algún guardia. Tal vez fumando...)

...

(¡Vaya una desazón extraña que tengo hoy!)

Es como cuando se te ha clavado una espinita de esas que no se ven. En realidad no te hace daño, pero tú sabes que está ahí; que la tienes ahí, ahí... ¡Y hasta que no te la quitas no te quedas tranquilo!)

(Como cuando has dicho una mentira... En fin, o la has pensado).

¡Esa es Maribel!

...

Ya la han encerrado...

...

(Al pasar me ha lanzado una mirada de reojo).

¡Toma! Me ha mirado de reojo porque con el guardia al lado no podía mirar de otra manera.

(La habrán bajado de declarar. O quizá venga del gabinete antropométrico; llevaba un pañuelo en la mano...)

Bueno, como ya me he puesto de pie... (Me pasearé despacio, hasta que consiga fuego).

...

Cuando has dicho una mentira y después vives sobre esa mentira... ¡Es eso, como si tuvieses clavada una espina! (Llegas a olvidar la mentira y todo, pero la espina sigue clavada ahí; la sientes pero no la ves).

(Algo, *algo* es mentira...)

Esa que canta... (Sí, es Maribel).

¡Está como una cabra! ¿Pero será posible? ¡Mira tú que canturrear eso de *Amores y amoríos*!

...

Buen muchacho, buen muchacho aquel Luis... De pocas luces, pero buen muchacho. Y fiel. (Eso siempre es una cualidad). Él, por

lo visto, lo que quería era asegurarse de que yo... Porque cuando me subí a la parra al final de la conversación se alarmó. ¡Je! ¡Claro, es que le solté todo aquel chorro...! “Mira, como sigas por ahí se acabó la conversación. Y además te mando a hacer puñetas. ¡Pero desgraciao, pero es que tú te crees que todos esos que gritan lo hacen porque son unos tíos cojonudos, o por eso de la dignidad? Lo que les pasa a muchos es que no tiene valor para... ¡Bueno, mira, vamos a dejarlo estar!” Entonces fue cuando me hizo la última pregunta, y ya me volvió a mirar con simpatía. Muy extrañado, pero con una sombra de afecto... “Pero bueno, aunque yo abandone el Partido”, le contesté, “¿por qué tengo que convertirme en un enemigo de la Unión Soviética? Además, ya te he dicho y te repito que la revolución del partido bolchevique reconozco que ha sido un hecho positivo para Rusia. Y tal vez lo sea para muchos países... Ahora, que no forzosamente igual. Y que para algunos, pues de ninguna manera, ¡maldito lo que la necesitan! Al menos hoy por hoy. Que cada país es cada país...” Al llegar aquí ya empecé a sonreírle. Con un poco de tristeza, pero en fin, con una sonrisa que buscaba la confianza. Fue cuando le añadí: “Y cada cual es cada cual... ¡Nada hombre, nada! No hemos de disgustarnos; lo que pasa es que como me has tirado de la lengua... Yo, mira, lo que quiero es vivir tranquilo. A ver si de una vez logro poner en marcha mi vida, me hago un hogar... Eso es, pues sí; vivir para mí. No vayas a creer que no será esa una buena manera de vivir para mis hijos, cuando los tenga...”

...

¡Pobre Maribel! Se ve que el miedo la tiene un poco trastornada. Sí... Sí, sigue cantando lo mismo. En voz bajita, pero no para de cantar. (A ver si así la oigo mejor...) Ha vuelto a empezar la canción. —... “Era una rosa encendida, una rosa inmaculada de un rosal...” ¡Je! ¡Y nos decía en casa que le parecía una letra cursi...! (Por eso la cambiará a su antojo).

—... “y al notar el jardinero que faltaba del rosal...”

¡Pobrecilla! “Tiene que estar desquiciada... Canta solo trozos de canción. ¡Lo que le da la gana! Y los repite, no para de repetirlos... (Se ve que necesita cantar lo que sea).

(¡Está visto! “Cuando el español canta...”)

...

¡Mejor, mejor será dejarlo estar! Ya está bien de recordar la cárcel. Me pongo siempre de un talante... (Además, no puedo quejarme. Salí, me casé, nació el chico; me coloqué al fin con los americanos... Y estos primeros cuentos que he escrito no me han salido mal...)

¿M? ¿Pero...? (¡Pues no está cantando ahora esos versos de Juan Ramón con música del “Vito”!)

—“¡Pa-san-to...das-ver...des-gra.nas.tues-ta-sá-lla.. rri-ba... blan.ca. Pa-san-to.das.ver-des-gra.nas...”

¡Je! Y el caso es que los hace encajar con la música... ¡Qué Maribel! (Pobrecilla...)

...

¡A ver, a ver...! Ha cambiado. Esta música de ahora... (Ahora solo canta con la nariz).

¡Ah, sí! ¡Sí es lo de *Fuenteovejuna*! ¡Tal como se lo enseñé yo, la música que le ponía La Barraca! (Posiblemente... ¡Claro, como sabrá que la estoy escuchando...!) A ver, ahora va con letra y todo.

—“Al val de Fuenteovejuna la niña en cabellos baja... El caballero la sigue, de la cruz de Calatrava...”

(Pues esto lo canta en serio... A ver, que repite).

—...“El caballero la sigue con la escopeta cargada...”

(¡Je, je, je! ¡Qué bárbara!)

¡Pero qué burra...!

¡Es eso, claro! Como sabe que la estoy oyendo... (Todo eso que canta va para mí).

Pues ha conseguido distraerme. ¡Me he reído y todo! No siento ya ni esa especie de espina clavada...

(Espinas. Realmente era como si tuviese clavadas varias espinas, de esas que ni las ves...)

(Como si estuviese sentado sobre un montón de mentiras, igual).

...

(“Espinas”. “Mentiras...”)

Todo eso que ha estado cantando Maribel...

(“Va para mí”)

...

...

(¡Pero si ha sido otro golpe! ¡Este golpe en el corazón...!)

(¡Cómo me sube la sangre a la cara! O se me va, no sé...)

(¿Por qué tendré otra vez el corazón como metido en un puño?)

...

(¡Idiota! ¡Pues porque te acabas de dar cuenta...!)

(¡Razona, razona!)

Va a ser cosa de razonar. A ver...

(¡No, no hace falta ni razonar! Con poner en orden las cosas...)

Maribel hizo anoche un chasquido con los dedos. Y me miró.

Un chasquido con los dedos puede significar: “¡Hay que largarse!”

...

(No, no, dejémonos de lo que yo haya pensado antes. Vamos al grano, a los hechos...)

“Hay que largarse”... Sí, eso es lo que quiere decir. Se ha de largar “alguien”. (No precisamente yo. Yo no me puedo largar de aquí).

Todo eso fue anoche...

Y ahora acaban de encerrarla en su celda. Llevaba un pañuelo en la mano y me ha mirado de reojo. (El pañuelo podía ser para acabarse de limpiar la tinta de los dedos, si es que venía de poner las huellas; pero también...)

Si llevaba un pañuelo en la mano podía ser porque venía secándose las lágrimas. (O sea, que en ese caso es que la cosa se está poniendo muy fea).

En cuanto la han metido en la celda, a los pocos minutos, ha sido cuando se ha puesto a cantar. (Todas esas canciones iban para mí, de eso no hay duda).

Y lo primero que ha cantado... (“Era una rosa encendida...”)

“Una rosa”. Por ahí empezó. (“Rosa” se puede decir con mayúscula...)

Rosa.

(¡¡Rosa!! ¡No sé, no sé cómo podrá haber sido, pero...!)

¡Sí, Rosa!

...

(¡Qué puño! ¡Qué puño apretándome el corazón...!)

Y el hecho es que Rosa *se ha ido* a Valencia.

(Este guardia... ¡Pues sí, es a mí!)

—Juan Fernández... ¿Es usted, no?

—Sí.

—¡Venga! Para arriba.

...

(¡Qué puño! ¡Qué puño ahora!)

(Se me lleva el corazón...)

¡Vaya prisa que se da este guardia!

(Mejor. Cuanto antes esté frente a ellos mejor. Lo malo es esta incertidumbre).

Parece que hace mal día; estos remolinos de viento por la escalera...

(No hay que darle vueltas. La verdad, lo mejor es decir la verdad y salga el sol por Antequera. ¿Por qué tengo que negar que todos ellos venían a casa y que yo iba a la de ellos? Lo peor sería caer en contradicciones).

¡Qué ventarrón! ¡Vaya un día asqueroso!

(Sí, y las lecturas que hacíamos, todo lo puedo decir. En definitiva nunca nos metíamos con el régimen; ni mentábamos siquiera el nombre de Franco. Para qué...)

(Ahora que mi comedia... No se le mienta, pero... ¡Bueno, no hay por qué preocuparse! Como está en el fondo del baúl...)

...

(Está visto. Tan solo con organizarse para ir parando los golpes ya se va uno serenando).

...

(¡Ah, sí; eso sí! Convendrá tener preparado el codo...)

Aquí en el patio sí que se nota frío.

Y por la calle... La gente anda a la carrera.

(Teniendo preparado el codo siempre te evitas algún tortazo.

Con tal de no picarles mucho, claro).

(Que ahora de poco va a servirme la recomendación de Pablito...)

(¡Natural! ¡Como que será otra brigadilla!)

...

¡Ah, pues seguimos por la planta baja! (¿A dónde me llevará?)
(Dicen que junto al botiquín hay un cuarto de interrogatorios).
(Esto no me gusta. Esto no me va gustando nada...)
(Si es así es que la cosa está más fea de lo que yo podía suponer).

...

(¡Nada, por más que se serene uno! Ya empieza un poco ese runrún).

...

Pues esto... Esta barandilla y estos guardias... (Esta es la Inspección de Guardia).

Y ahí dentro, esa habitación larga... (¡Si es la mamá! ¡Y el papá)

—Aquí está, mi sargento.

(No sé...)

(¡Ya no sé si es alegría o qué es! Porque...)

(Rosa. - Rosa. - Rosa...)

—Está bien. ¡Usted, pase! Son diez minutos.

(Madrid-Valencia. Mamá-Rosa. Papá estaba en la cama...)

—¿Qué hay, guapa, cómo estás? ¡Vaya viaje rápido!

(Esto ya me lo esperaba yo. ¡Ahora, ahora veremos cuándo separa la cara...!)

—...¿Bueno, pero tú, papá? ¿Para qué te has levantado de la cama?

—¡No, si ya estaba bien, ya estaba bien...! Venga, mujer, no llores de esa manera que no hay para tanto...

—Anda, siéntate papá. No, en el banco no, que no podremos hablar bien. Coge esa silla... eso, así yo sigo aquí con la mamá.

—Venga, vamos al grano, que tenemos poco tiempo. Ahora venimos de casa de don Evaristo. ¡No puedes hacerte una idea de lo bien que se están portando! Ah, y Pablito me ha encargado mucho que te diga que quiere verte en cuanto salgas.

—¿Qué hay de la libertad provisional?

—Eso iba a decirte. Don Evaristo habló por teléfono con el coronel ayer a mediodía, después de que te tomó declaración. Y por la tarde estuvo Pablito en su casa. Bueno, supongo que ya sabrás que ahora todo depende de esos informantes...

—Sí, ya me lo dijo. Por cierto, antes de que se me olvide: tienes que comunicar al Juzgado en qué iglesia está don Manuel. Yo sé que hasta hace cosa de un par de años estuvo de párroco en Navalcarnero, pero como se vino a Madrid... En el Obispado lo podrás averiguar. Su informe es de los que habrán de pesar.

—Mira, de eso no te preocupes porque ya estoy yo al tanto de todo. (¡Tú de lo que te has de preocupar es de lo otro!)

(¡Ya salió el asunto! Se ve que también ellos creen que yo...)

—¡Mamá, pero no llores así! ¡Y dale, otra vez llorando!... Todavía no me has dicho una palabra.

—¿Y qué voy a decirte?

(Vaya, ya va llorando más flojito).

—...¡Ay fill meu! Sempre, sempre igual...

—Mira, estad tranquilos porque yo no estoy metido en nada. ¡No, no me mires así porque es verdad, papá! Lo que importa ahora es... (¡Venga, lo que sea suéltalo ahora! ¡Rápido, antes de que vuelva el guardia!) ¿Y Rosa?

(¡Dichoso guardia!)

(Ya podía haberse quedado allí. Y parece que viene a sentarse...)

—Pues... Con el chico. Ya te lo diría...

(Parece que se ha sentado para rato. Ha encendido un pitillo...)

—¿Pero sigue allá?

—No, hemos pensado que es mejor clima un poco más arriba. Valencia es tan húmeda...

(“Más arriba”. Más al norte...)

(Es curioso. Ya no llora la mamá).

—Oye, papá, pero bueno, ¿habéis contado con el médico? Porque ahora, cara al invierno...

—¡Hombre, en casos así lo indicado es un clima de altura! Y como allí tienen buenas chimeneas... Y que allí ya encontrará algún médico, hombre. No, ya verás, van a estar bien. El chico va a estar la mar de templao; le ha comprado Rosa un gorro de colorines con borlas, de esos de lana del Pirineo...

(Ya, ya; *el Pirineo*. ¡Si estaba bien claro!... No hace falta que te esfuerces).

—Decidle que mande algunas fotos. Me gustaría verlo así.

—¿Cómo mandar fotos? ¡Bueno, si es que quieres hacerlas tú...!

—¡Caramba, papá, estás jovial! No pierdes nunca tu buen humor... ¿Sabéis alguna novedad de mi oficina? Ya os diría Rosa que estuvo a ver a míster Hopkins...

—Mira, hijo, creo que es mejor no pensar en eso. Míster Roy fue el que me telefoneó ayer interesándose por ti. ¡Es un buen hombre, si por él fuera...! Pero me dijo que no te hagas ilusiones porque míster Hopkins ha explicado las cosas de un modo tan... en fin, muy a su manera, por lo visto, así que no creo que el Gerente general te quiera otra vez allí. Además parece ser que le ha ido diciendo que tú eras una persona un poco rara, que te daban chaladuras por los pájaros y no sé qué historias. ¡En fin, tú sabrás, hijo!

—¡Valiente cretino! No, no quiero echármelo a la cara, porque...
Pues estaba dispuesto a regalarme un canario, ¿no te han dicho eso?

—¡No te pongas así, caray! Si sé no te digo nada...

—Tienes razón. En fin iré a ver a míster Roy para darle las gracias por lo menos. ¿Qué va él a hacer? Como en este caso es míster Hopkins el que tiene la sartén por el mango... Vosotros por mí no os preocupéis, ¿eh?, ya encontraré trabajo, ya; ya veremos cómo, pero...

—Mira, creo que es mejor que no pienses siquiera en eso. En cuanto salgas lo que tienes que hacer es marcharte con Rosa y el chico a disfrutar una temporada. Y ya puedes ir entreteniéndote en pensar qué excursión les preparas, tú que conoces aquello. ¡Eso sí, hacia arriba! Ya sabes, clima alto...

(¡La cosa está clara! *Rosa-Pirineo-Francia*, Rosa-Pirineo-Francia...)

—¡No llores, mamá! No llores, que todo se arregla, ya ves...

—¡Sí!...

(Claro, en cuanto ha oído eso ha arrancado a llorar otra vez).

—...¡Ya veo, ya veo!

(El papá ha perdido el aplomo. Es que cuando se desploma la mamá, claro, ya no sabe qué decir. Y yo...)

—...¡Tota la vida igual!

(¡Y a ver quién la calma ahora...!)

—...¡Sempre igual, sempre igual...!

(Habrá que dejarla llorar. Que se desahogue... Así, con la cabeza en mi hombro, mejor).

—El abuelo bien, ¿no?

—Sí, dice la mamá que ya se levanta y todo.

—Otra cosa; que ya solo nos quedan unos minutos. ¿Os explicó Rosa cómo está el asunto... (Bueno, aunque lo oiga el guardia, ¿qué?), vamos, cómo tenía la cosa dispuesta en Auditoría?

—¡Sí, hombre sí! ¿No te he dicho que no te preocupes de nada de eso? Todo lo tengo yo ya en mis manos; tú a esperar y nada más. Que por lo que nos ha dicho Pablito vamos a llegar seguramente a tiempo a la firma del Capitán General.

—¡Vaya con Pablito! Menudo abrazo nos vamos a dar...

(¿Por qué me habrá mirado de esa manera?)

—Tanto como un abrazo... Te impresionará, un poco, ¿sabes? Ha perdido un brazo. Por el hombro. Y...

—¿Pero cómo ha sido eso?

—En Rusia. En los fregaos aquellos del lago Ilmen.

—¡Ah, pero se fue con la División Azul?

—Por lo visto, sí. Pero es otro, sabes, ahora es otro. Tiene unas

rarezas... Se trajo de allá un icono y lo tiene en la cabecera de su cama. Y dice su madre que más de una vez le ha sorprendido rezando. Ella no se da por enterada, porque como él era un falangista de esos que no querían nada con los curas... ¡Y el caso es que sigue sin ir a misa!

—Oye, por cierto, ahora que pienso, ¿qué sabéis de Lola? ¿Y Andrés?

(¡Vaya, para qué habré preguntado! Ya arrecia la mamá con su lloro).

—Lola, bien. Estuvo el otro día en casa y me contó que Andrés, el pobre está con unos exámenes terribles. Eduardo y Julio también, ¡ah! y Maribel. También Maribel. Yo creí que tú sabrías...

(Ese gesto con el dedo tamborileando hacia abajo, en el aire... ¡Claro, como él está de espaldas al guardia...!)

—Sí, pero no sabía que también Andrés se había presentado... (¡Pobre papá! Ahora sí que me mira de una manera...)

(El guardia se levanta. Será ya la hora).

—...Bueno, me parece que esto se acaba.

(Sí, mira el reloj y me mira a mí... Le preguntaré).

—...¿Es la hora, guardia?

—Sí, ya pasó. Hay que ir para abajo.

—¿Cuándo volveréis?

—La mamá vendrá todos los días con Patro y te traerá la comida. Yo, cuando pueda. Por cierto, hemos entregado un paquete para ti al oficial de guardia...

—Bien, ya me lo darán. Mamá, la ropa sucia la habéis de pedir ¿eh? Mañana la sacaré para que os la den. Ale, adiós. Un beso...

—Si quieres más tabaco, dilo. Hoy van dos paquetes.

—Anda, suelta ya, mamá. Deja que me vaya...

—Adiós, papá.

—Adiós.

...

...

(Rosa-Maribel-Eduardo-Julio-Andrés...)

(Rosa-Pirineo-Francia... Lo malo es que dentro de nada empezará a nevar. Ya está el invierno encima...)

—¿Usted fuma, guardia?

—¡Bueno!...

(Sí, habrá que largarse. No queda otra solución).

(Esto es el botiquín. ¡Ah, si estamos llegando ya al patio!)

—... Tenga, querrá lumbre, ¿no?

—Sí.

(Estarán en algún hotel de montaña. Si dice que tienen buenas chimeneas...)

—...Gracias.

...

(¡Je! Todo eso está muy bien, pero...)

(La libertad provisional. ¡Como no llegue a tiempo la libertad...!

(Eduardo-Maribel-Julio... Y Andrés ¡Pues si cogen a Enrique...!)

(Enrique tiene una copia de mi comedia).

...ploc-ploc, ploc-ploc, ploc-ploc!

(Sí, sigamos dando vueltas...)

Rosa... Maribel-Eduardo-Julio... (Y Andrés...)

¡Y a saber quiénes más!

(Y Enrique tiene una copia de la comedia. Por si era poco...)

...

...¡ploc-ploc, ploc-ploc, ploc-ploc!

(Sí, sí, sigamos; así, dando vueltas, parece que se piensa más deprisa).

Bueno, pero ya, ¿qué me importa?

(En fin, quiero decir, ¿qué más da?)

¡Lo importante es que también Rosa está metida en el ajo!

...

...

También ella...

(“También”)

O sea que todos. Todos ellos estaban metidos en el lío este de ahora. ¡Hasta Rosa! (Y en cambio yo...)

(Yo, “de campo”)

...

Bueno, bueno, dejémoslos ahora... (Dejémoslos ahora de recriminaciones; ahora a lo que hay que ir es al grano. A lo que importa).

Habrán que dominarse un poco, porque... (¡Esto es como un turbión de ideas! Así no voy a ir a ninguna parte. Así me va a coger el toro...)

Lo que tengo que hacer es organizarme. (Ir por partes, eso es).

¡Primero a lo que importa!

Rosa...

Rosa y el chico.

(Y yo).

(Porque ellos... ¡menos mal! ¡Menos mal que Rosa se largó!)

(Pero yo...)

(Yo estoy aún aquí).

...ploc-ploc... ploc-ploc... ploc-ploc... (Yo estoy aún aquí, pero...) ploc... ploc... ploc... ploc... (¡Es chocante! Yo estoy aquí y sin embargo...) Creo que si me sentase un rato estaría más a gusto. (Malditas las ganas que tengo ya de pasear).

¡Es chocante! Soy yo el que está aquí; es a mí a quien subirán a declarar si llega el caso, y no obstante... (¡Yo diría que ahora estoy ya casi tranquilo!)

...

Así que Rosa... (¡Pero bueno, cómo es posible que Rosa...? ¡Con lo que ella deseaba la tranquilidad!)

Y es curioso, porque el caso es que a ella no le gustaba que hiciésemos aquellas reuniones, aunque solo fuesen literarias. Ella temía...

(¡Toma, pues *precisamente por eso!* Porque también ella estaba metida en el lío...)

(Tú, en cambio, estabas en la luna. Tú...)

(“De campo.”)

...

¡Bueno, pero ahora no se trata de eso! ¡Qué “de campo” ni qué demonios! (Luego, dejemos eso para luego). ¡Ahora se trata de pensar en lo que ha dicho papá! De recapitular... (Eso, eso; de ver cuál es en realidad la situación).

...

Así que Rosa está con el chico en algún lugar próximo al Pirineo.

Papá va a tratar de que mi libertad provisional pase enseguida a la firma del Capitán General.

Y por lo visto lo tiene todo dispuesto para que en cuanto salga a la calle me reúna con Rosa.

Hasta ahí, nada; todo hecho. (Yo lo que tengo que hacer es una vez allí ver la manera de pasar a Francia. Eso, eso es lo que tengo que ir pensando...)

(Eso, que no es moco de pavo...)

Ahora que hay una cosa que no veo del todo clara. Hay algo...

Vamos a ver: ¿por qué nos hemos de largar de España?

Puede ser, claro, por Rosa. Si lo de Rosa es muy gordo... (¡Porque si no, con estar una temporada por ahí, hasta que pase la tormenta...!)

O puede que sea porque Rosa le haya explicado cómo está planteada la cuestión y teman que se me haya de complicar a mí. (Aparte de que papá tiene que estar convencido de que también yo estaba en el ajo).

Pero también podría ser... (También, porque lo mismo he pensado yo).

(Sí, sí, claro que lo he pensado, lo que pasa es que...)

(Lo que pasa es que no me lo quería decir ni a mí mismo).

Vamos a suponer que esta gente me echa enseguida a la calle. (Eso de “enseguida”, porque los míos se mueven, que si no...) ¡Bien, muy bien! Pero es que el sumario está ahí... El proceso ese tiene que seguir su marcha. (Porque *alguien lo ha puesto en marcha...*) El proceso sigue su marcha y el que lo ha puesto en marcha, quien sea, pues claro, ¡no lo ha hecho para que luego me vayan a sobreeser! (O sea que ahora salgo a la calle, empiezo a presentarme cada mes, cada quincena, cada cuando les dé la gana, hasta que un buen día... ¡ale, a la sombra otra vez! ¡Claro, para comparecer ante el Consejo de Guerra!)

¡Y el causante de todo esto ya se encargará, ya, de que me jodan bien en el Consejo!, ¡que para eso lo ha hecho!

Sí, muy bien, todo lo de guerra está indultado. O sea que a mí me van a condenar y a indultar por haber sido Teniente, y por todo aquello, pero en cambio me van a condenar y a hacer cumplir la condena por lo otro. ¡Llámale hache! Por lo de las “manos manchadas de sangre”. ¡Natural, porque de lo que se trata en definitiva es de “aquello”! De que yo maté al tal Viñas. (Viñas, sí Viñas; ¡ya lo creo que me acuerdo ahora! ¡Como que lo tendría que volver a matar si las cosas volviesen a ocurrir de la misma manera! ¿Que para qué fui a la guerra?)

(¡Pero no, eso para ellos no es “delito de guerra”!...)

No, por lo visto eso no es un delito de guerra, porque “Lo de la guerra está ya todo indultado”. (Eso es, simplemente pues, “un asesinato”; eso es. No puede ser otra cosa).

(¿Que por qué, si no, fusilaron al rector de la Universidad?)

(¿Y por qué apalearon a don Vicente hasta volverle loco?)

(¿Y por qué el hermano de Ramón tuvo que confesar que había matado a quince monjas?)

(Tantas como años tenía...)

...

¿Quién habrá sido el cabrón, quién.....?

...

(Y mientras tanto él ahí, con sus moros de opereta, repitiendo siempre lo mismo: “¡El comunismo o yo!”).

Siempre lo mismo, siempre igual; como un disco rayado... (¡Con esa voz quebrada que no le acaba de cuajar!)

(¡Frena, Juan!)

...

¿Por qué coño tengo que frenar? ¿Es que no es verdad lo que estoy diciendo? (Y esa colección de mister Hopkins y compañía haciéndole coro...)

¡Y a la otra parte del charco, el otro general! Los dos, como dos ranas. Los dos croando al mismo tiempo sobre el agua cubierta de mierda... “Li-bre, li-bre, li-bre... El Mundo Libre, li-bre, li-bre...” (“¡Spain is wonderful! ¡Won-der-ful, won-der-ful!... Cada cual desde su orilla. ¡Lástima de ciclón que los arrasase a un tiempo!”)

(“Frena, Juan. Frena...”)

¡Sí, sí, ciclón! ¡Un ciclón de los gordos! ¡No un simple viento, no un simple soplo de aire...!

...

(No un simple soplo de “aire”...)

(¡Pobre Miguel Hernández! También él...)

(Claro, en el penal de Ocaña me perseguía su fantasma. ¡Y con aquella jauría que nos guardaba...!)

(En Ocaña el aire ha de ser viento...)

¡Ah, desde luego; eso sí! Si es que no ha de haber otra salida... (¿Conque “El Comunismo o Yo”? ¿“Tú”? ¿“Vosotros”...?) ¡Desde luego, tú no! Así que... ¡En definitiva vuestra será la culpa! (¿Por qué no sabré echar ninguna maldición gitana?)

(“¡Frena Juan! ¡Ya está bien!”)

¿Pero es que no va a poder uno decir lo que piensa ni cuando está solo?

(“Pero es que no estás solo. ¡Estás conmigo!”)

Pero... ¿Pero quién será ese demoniejo que me está escarbando por dentro...?

(“¡Yo!”)

...

Si me echo estaré mejor. Parece que me encuentro... ¡no sé, tal vez un poco flojo! ¿Será que tengo fiebre? (A ver si me he enfriado...)

...

¡No, boca arriba no! ¡No quiero ver esa maldita bombilla! (Ni esa araña...)

(¡Siempre ahí; siempre a lo suyo esa araña!)

¡Eso, boca abajo! ¿Por qué no? Así, boca abajo y con las manos debajo de la barbilla... (Sí, así se está bien).

Lo que pasa es que ahora no veo nada. Solo este trocito blanco de pared. (Como tengo la cara casi encima de la pared...)

...

Está fría. (¡Y eso que solo la he tocado con la punta de la nariz!)

(“Blanco” - “Pared”... “Fría”...)

...

(“Me gusta, esta blanca frescura de la cal”...)

...

¡Soplagaitas! Pensar que eso fue lo primero que se me ocurrió al entrar aquí...

(¿A mí...?)

¡Ah, pues no está tan limpia la pared! Estos letreros... (Hay uno que se lee bastante bien). A ver... ¡Ah, sí! “M.H.L. - 26.7.55” ¡Sí, también lo vi el primer día! (Es del verano pasado...)

A este paso dentro de nada va a estar esta pared otra vez llena de mugre. Porque como seguirán escribiendo letreros... (Dentro de nada estará como estaba la otra vez).

¡Claro, porque esto es un chorro; no paran...! (No paran de detener a la gente porque, es que, ¡claro, la gente no se deja joder!)

¡Que uno no es un venao!

Y como siempre hay gente nueva... (Como siempre hay gente brava...)

(¡Yo mismo, qué diablo! Como no me vaya de España... ¡Yo mismo!)

(¡Si resulta que hasta Rosa...!)

¡Yo mismo, y como sea, sí señor! Que venga luego lo que sea... ¡Salga el sol por Antequera!

(¿“Lo que sea...”?)

¡No sé, da igual! ¡Cualquier cosa ha de ser mejor que ahogarse en esta mierda!

(“¡Te he dicho que frenes, Juan!”)

¿Y quién eres tú?

(“¡Pues tú mismo!”)

¡Ah, sí!

(“Yo”)

Sí...

...

...

“M.H.L. - 26.7.55”

(Si tuviera con qué escribir pondría también mis iniciales).

...

“M.H.L...” (M.H.L. - M.H.L. - M.H.L...)

¿Tendré fiebre? (¡Qué flojedad! ¡Y qué especie de temblorcillo! Es talmente como si estuviese asomándome al vacío).

“M.H.L...”

(Y pensar que estos cuatro días he estado...)
¡Je! ¡Yo que creía estar “reconstruyendo mi vida”! (¡Conque ahora,
al fin, “a trabajar para mí”...?)

(¡Conque al fin “yo ya soy yo”...?)

...

(“Yo”)

(¿?)

(¡Qué cinco días perdidos!)

...

...

Así mejor. Dejando caer la frente sobre las manos estaré mejor.
(Aunque tenga que aplastar la nariz contra la estera).

...

Pero será mejor aun con los ojos cerrados.

(No la quiero ver... ¡No quiero ver ni la estera!)

Pues no, no es puerca esa luz. Ni amarilla. (Es la bombilla. Lo
que pasa es que la bombilla está cubierta de roña).

Claro, el polvo; y la humedad... (Día tras día...)

(Años tras años).

Es la bombilla, eso es. (En resumidas cuentas, el tiempo).

Que la luz... (Es una luz tranquila, con ese destello tan suave...)

Es una luz que la puedes mirar.

...

Uno es uno, en cualquier parte. (Está visto). En casa, cuando
me despierto, lo primero que hago es cambiar de postura. (Como
aquí). Si estaba de lado, me vuelvo del otro lado. Si boca arriba, pues
boca abajo. (Y si estaba boca abajo, como hace un momento, pues
boca arriba...)

(Lo que pasa es que en casa no me suelo dormir boca abajo).

...

¡Je! Ni me encuentro cara a cara con una bombilla así.

En casa lo que veo al despertar es la luz del día.

...

...

Ya parece que me pasó, pero... (¡Qué depresión tan tremenda!)

¡Si llegué a creer que todo se había acabado para mí! (Mejor
dicho: Que no valía ya la pena moverse para nada...)

...

(Pues he estado soñando...)

Poco, pero he soñado algo.

(Leonor...)

¡Ah, sí! Leonor era mi dama. Estábamos jugando, en el Parterre, junto a la estatua aquella del rey Don Jaime...

Leonor se bajaba del banco (“del castillo”) y me calzaba los cascabeles (“las espuelas”).

...

(Como recordaba el primer día...)

Y antes de pedir mi caballo me quitaba la roña de las rodillas... (¡Je! “Me lavaba la herida”... ¡Je, je! “Ya sé que la herida la tienes en medio del pecho”—me decía— “pero yo te la lavo aquí. Así mamá te dejará que vengas al cine a ver *Los Nibelungos*”...)

He soñado lo mismo que el primer día. (Creo que sí...)

Sí, sí: eso fue lo primero que soñé al entrar aquí. (Mis juegos con Leonor, cuando éramos chicos; en Valencia...)

(¿Soñado...?)

¡Je! Pero esta vez no me llamaba Amadís; esta vez me llamaba Arturo.

(Es que como cada vez... ¡Según qué aventura fuese, claro! Cada vez me había de llamar de una manera).

Solo que... (En realidad...) Yo creo que en realidad no he soñado.

¡Claro que no! Porque realmente no he llegado a dormir.

...

(Leonor...)

(¿Seguirá todavía en el convento?)

(¿Vivirá aún...? Si vive, estoy seguro que de cuando en cuando se acordará de mí).

Leonor me tiene en su memoria, seguro.

(Y cada vez que siento dentro de mí esa extraña sensación... Es muy pocas veces, pero...)

Cada vez que siento eso, seguro, es que se acuerda de mí. (Bueno, pero eso no le importa a nadie. “Eso” queda solo para mí).

(Que a mí no me hace falta ni recurrir a un icono...)

Cuando íbamos ya cara al invierno, como ahora, encendían la salamandra en su casa. Porque Leonor...

(¿No decía yo? Ya estoy como el primer día...)

...

¡Tiene gracia la cosa! ¡Si estaba otra vez recordando mi infancia, como el primer día! (¡Cualquiera diría que estoy volviendo a empezar...!)

En fin, por lo menos me he serenado. (Esta tranquilidad que me llena ahora...)

¡Ya está bien de estar tumbado! A ver si estoy ahora un rato sentado. (Así si pasa un guardia me levanto y le pido lumbre).

...

...

Bueno, a ver ahora por dónde vienen los golpes. (De lo mío, nada. Eso ya está concluido. A esperar la libertad...)

Por parte de Eduardo y Maribel no creo que... (¡Y qué más da! Será por parte de Julio, de Andrés... ¡Raro será que no salte alguna liebre! Y lo que es como cojan a Enrique...)

Pero lo malo es que hasta que pueda llegar mi libertad todavía habrán de pasar varios días... (¡Toma, lo menos una semana! Como no sean dos...)

Así es que lo mejor será tomarlo con calma. Y estar preparados para lo peor.

(Pero lo peor... ¡Es que nunca sabes...!)

Por eso, como a partir de mañana me pueden llamar para un montón de cosas...

(En lo sucesivo, cuando venga el guardia y me diga: ¡Juan Fernández!, puede ser simplemente para entregarme un paquete, porque como vendrá Patro...)

(O para subir a ver a los papás).

Pero puede ser también para empezar con los interrogatorios.

(¡O para darme la libertad!)

Ahora que a veces no llaman siquiera; a veces, con abrir la puerta... (Cuando sacaron a Julio de ahí enfrente no dijeron ni pío. Se lo llevaron y nada más. Mirarían el volante, harían un gesto...)

O sea que cuando se abra la puerta puede ser para cualquiera de esas cosas. (Así que en cualquier momento pueden empezar las bofetadas).

¡Pero no voy a vivir cada minuto con el alma en un hilo!

(Porque, además, a lo mejor resulta que el que ha abierto es el barbero...)

...

(¡Sí, sí, hurga! Hurga todo lo que te dé la gana, ¡que ya...!)

Sí, el puñito ese me sigue hurgando, ¡pero bueno...!

(Como ya siento otra vez el corazón en su sitio...)

Ahora ya no podrá el puño abarcarme el corazón.

...

Y lo mejor del caso es que...

(Lo de las espinas).

(Aquella sensación de mentira... ¡Y eran varias! Eran varias las espinas...)

Lo mejor del caso es que parece como si me hubiera ya sacado todas aquellas “espinas”.

—¡Guardia!

...

—...Gracias.

(¡Vaya, este ni pregunta! Claro, ha supuesto que lo que quería era salir al lavabo).

(¡Bueno, así estiro las piernas! Y cuando vuelva le pediré lumbre).

...

¿Será de día aún? (No es que me haga mucha falta, ahora que...)

Aunque solo sea por comparar...

(Me gustaría ver la luz del día).

Cuando uno fuma llega a concentrarse, ya lo creo; llega un momento en que solo ve uno el hilillo de humo que sube, nada más. (Todo lo demás lo ve por dentro de él).

Pero eso es cuando llevas ya un rato fumando. Porque al principio lo que te llama es el olor del tabaco, la ceniza que empiezas a sacudir... Que si encontrar la postura, que si pasear la mirada por las cosas que te rodean... (Sobre todo las que tienes delante).

“M.H.L. - 26.7.55”...

(Claro, es que lo tengo en mis mismas narices...)

¡Lástima, no tener algo con que escribir!

(Me gustaría añadir mis iniciales).

...

Pues sí, se está bien en esta postura; sobre todo así, con los pies apoyados en la pared de atrás. Y como la parte de arriba del cuerpo descansa en los codos... (Ahora que la tripa se le aplasta a uno).

En realidad así no veo más que ese letrero y el humo del cigarro. Nada más...

(Cuando vea a Rosa... ¡Porque algún día la verá! Si hay suertecilla, pues nada, dentro de unos días. Y si no... ¡Bueno, cuando la vea!)

(Cuando vea a Rosa...)

Cuando vea a Rosa, ¡cómo nos vamos a mirar! (Con los ojos encendidos...)

...

Sí, esta postura es buena más que nada porque se apoya uno con los pies contra la pared. Que si no... (Voy a tener que aflojarme ese cordón del zapato... Me está molestando un poco).

¡Je! Seguro que ese que se oía en la calle vendía también piedras para mechero, seguro. Lo que pasa es que él solo voceaba el tabaco y los cordones para zapatos...

(Si no llego a salir al lavabo..., ¡ni me acordaba de que hoy es domingo!)

(Zapatos, zapatos, zapatos... Se comprende que haya quien se dedique a vender cordones. ¡Cuántos pies! ¡Cuántos zapatos...!)

(*Zapatos, zapatos, zapatos...*)

(Los domingos por la tarde la gente no habla más que de fútbol, está visto).

(Y lo malo es que entre semana... ¡Pero a ver qué vida!)

¡Qué optimista! Yo esperaba a ver si voceaban la prensa de la noche. ¡Como ya no quedaba apenas luz del día! Pero como hoy es domingo... Lo que voceaban, claro, era "Goleada"... (¡Je! "¡Con los resultados de los partidos de hoy!"...) (Y hasta la semana que viene).

¡Y cuidado que lo compraban! Todo el mundo llamando al muchacho...

(Bueno, de algo se ha de ocupar la gente el domingo...)

(El domingo es para unos el fin de la semana. En fin, más bien para todos...)

(Pero en cambio para otros... ¡No sé, este domingo...!)

...

(Yo diría que es hoy cuando empieza la semana. O por lo menos...)

(Sí, este domingo... ¡Qué rara sensación de hallazgo! Yo diría...)

...

Prácticamente ya no había luz del día. (¡Así que para qué mirar hacia afuera! Se veía el resplandor de los luminosos, eso sí; pero...)

Pero yo tengo aquí mi bombilla.

...

(Sí, no sé qué, pero "algo", estoy seguro; algo empieza hoy para mí).

Yo tengo aquí mi bombilla; con esa luz amarilla, tan suave...

(Tan grata).

(Y sin embargo le estoy dando la espalda).

Ahora después me volveré boca arriba y la miraré un ratito.

(Cuando vea a Rosa, eso, nos miraremos con los ojos encendidos. "¡También tú!" —le diré— "¿pero cómo...? ¿No decías tú que lo que querías era vivir tranquila?")

(Sí, cuando vea a Rosa...)

(¡Eh, eh, pero bueno...! Cuando vea a Rosa será para largarnos, si es que todo sale bien...)

(Así que yo lo que tengo que ir pensando es cómo habremos de pasar la frontera).

...

...

Un poquito más. Un ratito más boca abajo y luego, tranquilamente... (Eso. Luego, mirando la bombilla, empezaré a pensar en serio la manera de pasar la frontera).

(Ángel creo que sigue viviendo en Olot. A un paso del Pirineo... Y su hermano va cada dos por tres a La Junquera... ¡No, no será difícil dar con alguien...!)

(El caso es que nos larguemos. Y una vez en Francia...)

(Esa es otra cuestión. ¿Qué será mejor, quedarse en Francia o marcharse a América?)

(“América es un hermoso país...”)

...

¿Dónde he leído yo eso? ¿O a quién se lo he oído...? (“América es un hermoso país.”)

(Son tantos los amigos que tengo desparramados por América. ¡Je! Tiene gracia: ya estoy dando por sentado que nos iremos a América).

¡Con las ganas que tiene el crío de ir en barco! Si nos embarcamos en algún puerto del Atlántico, no, claro; pero si es en el Mediterráneo... Embarcando, por ejemplo, en Marsella, pasaríamos por el estrecho de Gibraltar. (Dicen que es tan emocionante dar el adiós al Peñón...)

...

¡Fuera! Ale, fuera el zapato... (Bueno, pero luego arreglaré el cordón. ¡No voy a destaparme ahora!)

...

(Lo mejor será marcharse a Buenos Aires. Como allí tengo ya a Ricardo... ¡Toma, y a Nicolás! ¡Y a Manolo! Y a saber, a saber cuántos más...)

(¡Lástima de Eduardo! Si se hubiera largado como ellos, cuando la otra vez...)

¡Eduardo! (Y Maribel...)

Eduardo-Maribel-Julio-Andrés...

(Me había llegado a olvidar).

...

...

Pues sí, cuando uno fuma... (Que no se me olvide que he de empalmar los pitillos; que si no, para volver a pedir lumbre...)

Cuando uno fuma, sí, acaba por quedarse como solo consigo mismo. Pero, claro, ha de fumar un buen rato. (Habrà de ser un buen

rato, porque lo que es ahora... ¡Je! Ahora estoy pensando en lo que se me antoja, lo que me salta al paso. Como balanceándome al tún-tún en el magín...)

Lo que pasa es que me estoy dedicando ya a vivir esa otra vida...

(Me estoy refocilando ya...)

“América es un hermoso país”.

...

Bien, un hermoso país... (Sí, tiene que serlo, pero... ¿dónde he oído yo eso? ¿O dónde lo he leído...? ¡Me suena a algo tan lejano!)

(Si vamos a Buenos Aires tengo otra ventaja, y es que como dice Ricardo que allí todo sabe a nuevo... Como allí va a parar gente de todos los países y cada cual es hijo de su padre pero todos se van quedando allí... ¡Sí, seguramente allí todo se puede aun hacer de nuevo! Todavía podré intentar...)

(¡Aún es tiempo de empezar a vivir!)

...

(¡Je! Esto sí que es chocante...) ¡Yo que me reía de los seriales esos que dan por la radio! Esto sí que parece un serial... ¡Si le estoy poniendo música y todo! (¿Pues no me estaba entreteniéndome con la *Sinfonía del Nuevo Mundo*?)

...

Allí sí que podré hacerme una nueva vida. Allí, por fin, podré escribir... (¡No, no se trata de que uno puede en cualquier circunstancia escribir lo que quiera porque “siempre tiene el recurso de guardarlo en el fondo del baúl”! Se trata de que encuentre el aplomo necesario; que pueda uno realmente ser uno, que viva enteramente, sin espinas clavadas, de esas que...)

(Porque lo de dedicarse uno “a sí mismo”... Eso de olvidar a los demás... ¡Si es al quedarse uno solo, al sentirse de verdad consigo mismo, cuando más cerca está de los demás! ¡Si es entonces cuando percibes ese eco lejano, como esa música, ese rumor de voces que no sabes ya si son tuyas o de quién son...!)

...

...

Sí, América tiene que ser un “hermoso país”...

(En la Argentina, por ejemplo, rinden por lo visto un gran culto a la bandera; bien; pero es que eso no impide que en el último rincón de su alma cada cual conserve acaso la suya, la de antes. La que un día tuvo que guardar, plegadita... ¡Lo uno no quita para lo otro!)

Allí el chico... ¡Je! ¡Cómo va a disfrutar! ¡Con lo que a él le gusta compartir sus juguetes con los demás chicos! (Y allí los habrá de

todas las partes del mundo... Dice Ricardo que hay gente de todos los lugares de Europa. Como va tanto emigrante... Y tanto refugiado... ¡Igual que nosotros, toma! También nosotros seremos refugiados... Y también los hay de Asia; de África; de todas, de todas partes...)

Ahora que por pronto que nos marchemos... ¡Sí, los Reyes ya están encima! (Ya me hablaba él de ir pensando la carta para los Reyes Magos...)

¡Vaya un crío! (Y el caso es que es extraño... ¡con lo que a él le gusta el colorín colorao! En fin, como a todos los críos). Es extraño, pero él lo que me pedía era aquel artefacto gris, liso; sin colores de ninguna especie... ¡Y cuidado que había cosas vistosas en el bazar! ¡Aquellos barcos, y aquellos aviones; todo con sus colorines, con sus banderas...! Pero él se emperó con lo otro.

(Todo gris... Por no tener, no tiene ni una simple bandera).

(Y el caso es que es un juguete, pero... A pesar de ello, resulta un tanto impresionante).

En fin, habrá que comprárselo. (¡Qué crío! Seguro que lo enseñará enseguida a los amiguitos; le ayudarán a ver cómo funciona...)

¡Con lo que a él le gusta que le hagan corrol!

(¡Qué crío!)

...

(Sí, habrá que comprarle aquella astronave...)

...

...

Ya será de noche. (Cuando fui al lavabo apenas si entraba luz del día...)

Hoy tardan en dar la cena.

(Bueno, tal vez porque es domingo...)

(Que hoy hay rancho extraordinario).

...

Ese ruido...

(Ha sido un cerrojo. Han abierto a alguien... O le han chapado).

(Como ha sido tan despacito...)

...

¡Con eso no había contado!

Con el rancho.

(O sea que en lo sucesivo, cuando me llamen o me abran la puerta puede ser para cualquiera de esas cosas, pero...)

(¡Igual puede ser para el rancho! Porque como si estoy dormido no oigo arrastrar las perolas...)

...

Ya será de noche. Bien de noche. (Ya no habrá arriba luz del día...)
(La luz ahora está aquí. Aquí abajo...)

(*Aquí dentro*).

Tengo ganas de contemplar la bombilla.

(Sí, ya está bien. Vamos a ponernos boca arriba).

...

¡Claro, así me molestaba él! El hierrecito este del cordón se me había metido en el zapato...

(El *hierrecito*).

...

¡El *hierrecito* este...! (¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?)

¡Con este hierrecito se ha de rayar muy bien la pared!

...

Pero ahora todavía no. (Luego...)

Ahora lo que puedo hacer... (Eso es ¡fuera el cordón!)

Ahora prefiero seguir así, mirando la bombilla. Como ya había cambiado de postura... (Se está bien así, reclinado en la pared. Bueno, en el bulto este de la ropa. Como así puedo apoyar el cogote...)

Se está bien así. Así, mirando a través del humo la luz de la bombilla... (¡Je! Cualquiera diría que estoy preparado para hacer algo importante: en esta mano el cigarro, en la otra el cordón del zapato...)

(Pues esa puerta que han abierto hace un momento puede muy bien ser la de Julio. Se ha oído hacia enfrente, un poco a la derecha).

...

¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

(Luego, luego grabaré mis iniciales en la pared).

Se ha de hacer muy bien con este hierrecito...

...

¡Pobre Julio! Es el más joven... (Eduardo ya tiene la experiencia de la otra vez, pero él...)

Un muchacho tan sensible... (Y Julio sí que es... ¡vamos, que es de los que van a misa y todo!)

Me recuerda a Sacha Yegulef.

(¡Ah! Claro, si es el final de "Sacha Yegulef": *América es un hermoso país...*)

...

(Después, después las grabaré. ¡Se está ahora tan bien así, mirando a la bombilla!)

(¡Da un gusto tan particular filtrar la luz a través de las pestañas entornadas...!)

Ya, ya parece que me pasó el susto...

(Es que cuando está uno adormilado no se puede controlar).

...

¡Y el caso es que lo tenía previsto!

(“Puede ser el rancho...” “Si te abren la puerta o te llaman de repente puede ser para que salgas por el rancho...”)

Pero, claro, como no había oído el ruido de las perlas...

...

Bueno, mira por dónde, ya tengo lumbre otra vez. (Como hoy no me apetece cenar...)

Y otra vez como antes. Así, mirando a la bombilla... (Pero no se me vaya a olvidar que dejé ahí el cordón del zapato).

(Luego, luego; cuando vaya a dormir...)

...

Esta noche no paran de abrir y cerrar puertas. ¡Vaya un trajín que se traen! (Tiene que estar la cosa muy fea. Para que haya tanto movimiento siendo domingo...) Se ve que están subiendo a declarar a todo bicho viviente.

...

Bueno, pero parece que se ha quedado esto tranquilo. No se oye ya una mosca... (Pero lo que es antes... ¡Hay que ver! Y eso que lo oía a duras penas; como me encontraba tan a gusto en la duermevela...)

...

¡El sueño que he tenido ahora sí que ha sido absurdo! (Todos esos perros acosándome... ¡Je! ¡Y Hércules en persona me defendía! Blandiendo su garrota...)

(Por fin, habíamos embarcado en el Mediterráneo; camino de América... Sí, en Cannes; por fin en Cannes, eso es... Pronto me di cuenta de que el agua era tan azul, tan azul, y que había tantas sirenas sobre el mar siguiendo al barco... Sirenas rubias, morenas, pelirrojas; ¡todas tan hermosas...! En la proa del barco, sobre el espolón, estaba tallada la cabeza de un cíclope; y era su ojo afanoso el que buscaba el camino en la oscuridad. Ulises ya estaba cansado de charlar conmigo. ¡Llevábamos tantos años de viaje! Ahora andaba detrás de jugar con el chico. Como el barco navegaba solo... ¡Je! Pero el chico no le hacía el menor caso. ¡Él lo que quería era jugar con la astronave! Corría sobre cubierta, se abría paso entre las velas y lanzaba su astronave hacia las estrellas... Ulises corría tras él, pero él entonces venía hacia mí. “Papi” —me decía— “¿Quién es este? ¿Por qué lleva esos vestidos tan raros?” Y como yo no sabía qué contestarle él volvía a lo suyo; a lanzar su

juguete a las estrellas... Y no paraba de decírmelo, no paraba... ¡Qué crío! No dejaba de repetírmelo: “¡Papi, cuando sea mayor me has de comprar uno de verdad!”)

...

No sé... (No sé si estaré volviendo a las andadas).

No sé... (¿No estaré empezando a desvariar?)

En realidad, todo esto no lo he soñado. (En realidad... lo he *pensado*).

No estaba más que un poco adormilado...

...

(¡No! ¡No creo...!) Yo diría que es ahora cuando estoy en mi pleno juicio.

(Porque siento en mí esta serenidad...)

¡Ahora sí que me domina una verdadera sensación de aplomo!

...

A ver, cerremos otra vez los ojos... (Después volveré a mirar a la bombilla).

...

(Ya se divisaba el estrecho de Gibraltar. Ulises recogía velas, quería frenar la nave... Miraba al estrecho y a mí, alternativamente; y repetía con voz impregnada de temor: “Son las Columnas de Hércules...” Las sirenas, inquietas, retozando todavía entre la espuma en torno a la nave... ¡Ah, sí! Fue entonces cuando las sirenas se convirtieron en perros. Y la espuma era una espuma que salía de sus bocas; habían saltado a tierra y me aguardaban junto al estrecho... Ya llegábamos. La tierra estaba ya encima; las dos orillas se veían al alcance de la mano... El vapor avanzaba majestuosamente por el centro. El segundo de a bordo se me acercó sigilosamente: “Ya llegamos a las Columnas” —me susurró— “pero no temáis. Pasaréis; vos pasaréis... ¡Aguardad aquí! Voy a dar parte al Capitán.”)

Eso que se ha oído... (Parecía la cancela).

Han abierto la cancela y decían algo de un volante. Se llevarán a alguien para declarar...

(¡Bueno, sigamos!)

(Las orillas estaban ya tan cerca que los perros, alargando los cuellos, trataban de atraparnos. Su aliento nos llegaba a la cara... ¡Y el caso es que Rosa no tenía miedo! Ella apretujaba al chico contra su cadera y me decía muy bajito: “¿Ves, ves qué cerca están? ¿Pero qué te habías llegado a creer?”. Eran perros de muy distintos tamaños. Y de razas muy distintas... El perro de Ulises era uno de los mayores. Parecía viejo pero no, no; bien sabía yo que a pesar de todo era aún

joven... ¡Ah, y aquellos perros del Himalaya...! Parecían todos jóvenes pero no, no; bien sabía yo que entre ellos los había muy viejos... ¡Je! ¡El que me ladraba como un desesperado era el de papá! Tan zalamero... ¡Pero de todos ellos los más grandes eran el de míster Hopkins y el de Toni! Los dos en primera fila, descomunales; alargando las patas y haciéndome carantoñas. Queriéndose llevar... Toni animaba al suyo, mirándome con sus ojos de siempre; sus ojos de amigo. Pero detrás de él asomaba Elvira, con su cara de eterna discusión. Y yo, claro, me apartaba... El perro de míster Hopkins hacía lo mismo; míster Hopkins le azuzaba, fijando en mí sus ojos de rana. Y yo seguía apartándome, claro. Aunque tras él asomaba el rostro amistoso de míster Roy con sus ojos de comprensión... ¡Total, que era una jauría que quería hacerse conmigo! Entonces fue cuando apareció el Capitán sobre cubierta... ¡Je, je! Al principio era un capitán... ¡pues como todos! Un capitán de un transatlántico, con su uniforme y su gorra galoneada... Pero cuando el oficial comenzó a hablar...: “Capitán, entre columnas se halla un pasajero que desea llegar a la región de las aguas tranquilas.” ¡Je! Entonces el Capitán creció, creció; fue creciendo... El peñón de Gibraltar estaba ya frente nosotros. Y el Capitán... ¡Era Hércules!... A lo lejos, la nave de Ulises se retiraba sobre las aguas encrespadas. Los perros se encaramaban en las columnas y, haciendo un esfuerzo final, se preparaban para lanzarse sobre mí... Pero entonces el dios, arrojando al agua su disfraz de Capitán, emprendió una nueva hazaña: ¡Su garrota describía círculos en el aire y tenía a raya a los perros!... Anochecía. Hacia poniente, donde las aguas empezaban a aparecer más tranquilas, el sol se hundía en el mar. Y el crío, claro, buscando siempre las estrellas, pues corrió hacia la popa. Porque el barco navegaba ya derecho hacia alta mar... ¡Qué bien se estaba allí, apoyado en la proa! El barco avanzaba, avanzaba... Bien sabía que no lograría alcanzar al sol, pero él avanzaba, avanzaba, en dirección a las aguas tranquilas... En la popa, la silueta del chico, con la astronave apuntando hacia la noche negra, se recortaba sobre un fondo de estrellas. Aunque de cuando en cuando me salpicaba el agua removida y, con aquel movimiento de sube y baja mi cuerpo sentía a veces el vacío, yo... ¡Yo comenzaba a sentirme invadido por una serenidad...! El sol había ya desaparecido a mis espaldas y sin embargo yo oía dentro de mí como una música de amanecer. Y me quedé mirando a la popa. Con un poquito de inquietud, porque la noche llegaba y la silueta del chico apenas si se divisaba ya. Fue entonces cuando pensé aquello. Una de esas cosas tontas... Una de esas cosas que piensas a veces sin venir a cuento: “Por allí, mañana, saldrá el sol.”

...

...

Ha sido otra vez la cancela... (Pronto le han bajado, a quien sea).
(No, si me parece a mí que... ¡Yo creo que va a haber meneo esta noche!)

Si me entrecruzo las manos bajo el cogote y aprieto los brazos sobre las orejas... (Así no oiré nada).

Así; así... ¡Eso es, así ya no oigo nada! (Eso, si me tienen que subir ya abrirán).

Ahora lo único que llega a mí es esa luz suave de la bombilla. (Es talmente como si me llegara adentro...)

...

Si no llega a ser porque Rosa me trajo... (¡Cómo se agradece el calor de esta manta!)

...

Se agradecía, ya lo creo que se agradecía el calor de la salamandra... En cuanto se adivinaba el frío del invierno, la madre de Leonor... (Lo malo es que se me van a quedar las manos frías).

...

(¡Nada, ya me he enredado! Ya me había enredado a recordar otra vez...)

(¡Y lo chocante es que vuelvo también a empezar por mis recuerdos de niño! Como si quisiera revisar mi vida de nuevo...)

“¡Es que es eso lo que tienes que hacer!”

(¿Eh?)

“¡Que tú tu vida no la has revisado! Tú te has limitado a recordar”.

(Pero... ¿Pero, bueno...?)

“Y lo que pasa es que, claro, has oído campanas pero no sabes por dónde.”

(Tú... ¿Tú eres...?)

“Sí, eso. Tú. ¡Vamos...! *Yo*”

...

“Ten presente que dentro de nada vas a volver a la luz del día. A la calle o a la cárcel, no lo sé. Pero en definitiva a la luz del día; al quehacer de cada día... ¡No creas que a cada paso te vas a encontrar con esta oportunidad! Esta luz tan suave y tan clara te invade ahora, pero a saber si luego...”

(Es verdad. La tengo *dentro* de mí; llenándome...)

(La bombilla la cuelgan sobre la puerta, claro está. Así da luz hacia afuera, al pasillo; pero también ilumina aquí dentro).

...

(Es como cuando te pones unas buenas gafas de sol. ¡Entonces, entonces sí que puedes mirar al sol...!)

(Lo que pasa es que eso es roña. ¡Je! Roña de años...)

...

¡No, no estoy loco! ¡Qué voy a estar loco?

(¡Aquí, la puerta del sol está aquí abajo! ¡La tengo ahí enfrente y no me había dado cuenta...! Claro, es que yo me dejaba llevar por lo de arriba nada más...)

(Yo pensaba: “Lo mío empezó ahí, en la Puerta del Sol. Ahí conocí a Rosa... Ahí volví a encontrar a Elvira...”)

(Pero...)

¡No, qué voy a estar loco! (¡Si es ahora cuando más aplomo siento en mí!)

¿M?

¡Estos guardias...!

...

Han sido dos guardias y un fulano de paisano. (¡Menos mal! Han pasado de largo...) ¡Claro, el de paisano será el policía!

(¡Bueno, miremos, miremos! Miremos otra vez a la bombilla...)

(Ahí, colgada como un sol suave, sobre la puerta...)

...

“Y tienes que aprovechar bien los días. En cinco días has recordado toda tu vida, pero ahora, eso, la tienes que revisar. Porque habrá cosas que sí, son *tuyas*, que no tienes por qué abandonar. Otras en cambio... En fin, que a veces va uno en la vida... pues como en un autobús que no te lleva a tu destino. ¡Pero como no había otro! O como pasó en aquel momento frente a ti... Pero ahora, con esta nueva luz, lo verás todo más claro. ¡Así que, ale, a recordar otra vez...!

(¿Cómo...?)

“¡Claro, hombre! *Tú has de revisar tu vida* para buscar, buscar... Y para eso lo que tienes que hacer es repasártela toda otra vez. Pero ahora, ya, *buscando, buscando...*”

(Sí. Lo que hay que hacer es buscar, buscar...)

“Porque ten presente que al mosaico de tu vida le faltan aún los pedacitos del futuro. Y para que haya armonía en el todo tienen que estar de acuerdo con los demás. Pero han de ser *otros*. Los has de buscar, buscar...”

—¿Cómo? (Pues lleva un volante en la mano...)

—¡Ah, no! Nada, es el de al lado...

...

(¡Ahhh! ¡Qué respiro!)

(Y eran un guardia y uno de paisano...)
(¡No, si esta noche...! Milagro será que no vengan por mí).
...
Bueno, como ya me he incorporado...
(Va a ser cosa de cambiar de postura... ¡Hombre, eso! ¡Boca abajo!)
(Boca abajo otra vez...)
...
Claro, ahora lo tengo otra vez en mis narices: "M.H.L. - 26.7.55"
(Pues sí, ahora puedo hacerlo; las grabaré ahora. Como tengo
aquí a mano el cordón...)
...
Esos pasos parecen de otro guardia... Sí, parece que cierra a
alguien.
(Me voy a pasar la noche de susto en susto).
La puerta se ha cerrado suavemente.
Apenas se ha oído el cerrojo...
(Ya se va. Es el guardia el que se aleja silbando).
...
¡Perfecto! Un poco torcido pero se lee muy bien: "J.F.V. - X.XI.55".
(Del día exacto no consigo acordarme. Hoy es domingo, porque
entré en miércoles, pero... Es que, claro, no recuerdo en qué fecha entré).
...
Ahora puedo estar me un rato así. Mirando los dos letreros.
(Ha quedado bien. Debajo mismo del otro).
...
Así... (¡Qué silencio!)
¡Hay ahora un silencio...!
(Parece un silencio que se pudiera tocar).
...
...
(*Leonor...*)
...
No había vuelto a acordarme, pero ahora... (*Ahora* es cuando de
verdad me doy cuenta de que me he sacado las espinas).
(¡Y se está tan tranquilo aquí!)
Se está bien, sí. (A pesar del va y viene de esta noche. ¡No paran!)
Esos pasos... (Están aún lejos, pero vienen otra vez hacia aquí).
¡Bueno! Que vengan. Si vienen por mí ya abrirán.
...
...
(Cuando Leonor comenzó a llamarme Amadís...)

¡Sí, ya está, ya! (Ya empiezo otra vez a recordar...)

...

¡Qué Leonor! Aquel día ya me advirtió que después me llamaría Arturo...

(¡Sí, sí! ¡Vamos a empezar otra vez!)

Puerta del Sol

Se acabó de imprimir en Valencia
el día 23 de mayo de 2022,
56 años después de la muerte de su autor.

